

ED A  
CCIO



LILIO ZC



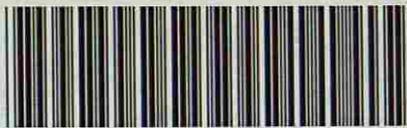
ABA

PO 2521

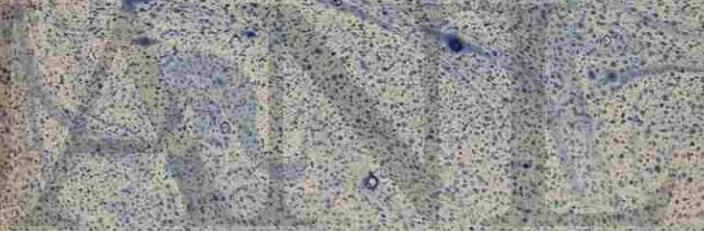
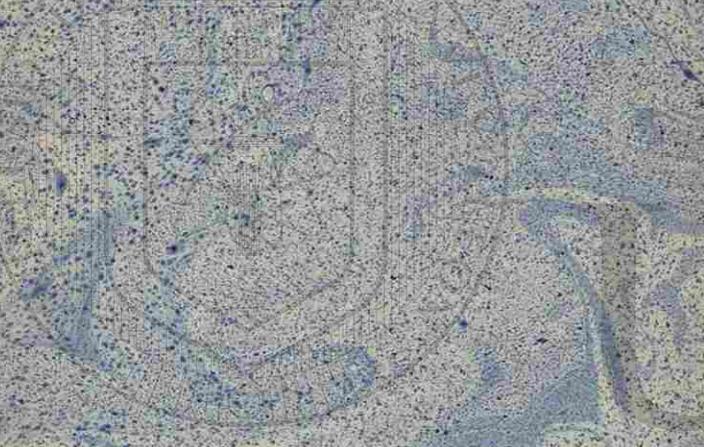
T5

v. 2

1904

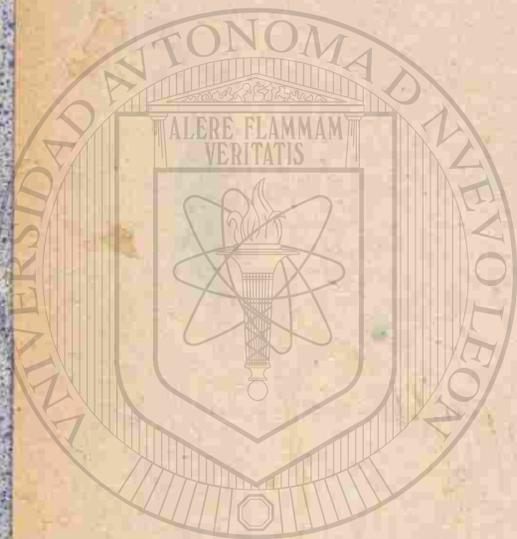


1080011066



Z-1031-T

3350



BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"  
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

TRABAJO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



**OBRAS DE EMILIO ZOLA**

de venta en esta Casa Editorial

|                                    |         |
|------------------------------------|---------|
| Naná. . . . .                      | 2 tomos |
| L' Assommoir. . . . .              | 2 >     |
| Teresa Raquin. . . . .             | 1 >     |
| Los Misterios de Marsella. . . . . | 1 >     |
| La Débacle. . . . .                | 2 >     |
| Lourdes. . . . .                   | 2 >     |
| Roma. . . . .                      | 2 >     |
| Paris. . . . .                     | 2 >     |
| Fecundidad. . . . .                | 2 >     |
| Trabajo. . . . .                   | 2 >     |
| Verdad. . . . .                    | 2 >     |

LOS CUATRO EVANGELIOS

**TRABAJO**

por

**EMILIO ZOLA**

TRADUCCIÓN

DE

**LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)**

Segunda edición

TOMO SEGUNDO

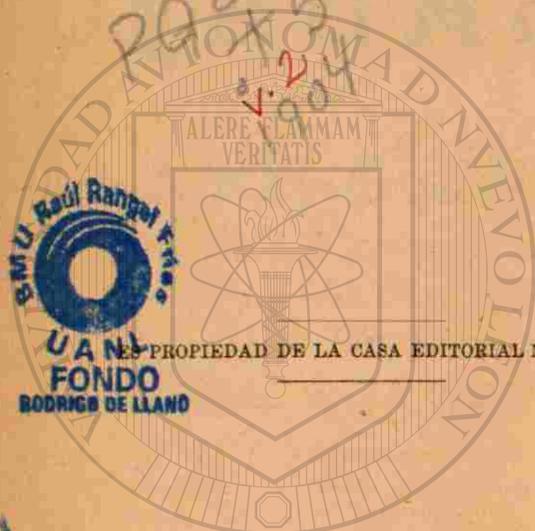
BARCELONA



CALL

1904

292521  
21.24  
1.00



ES PROPIEDAD DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI



FONDO  
RODRIGO DE LLANO

# TRABAJO

LIBRO SEGUNDO

III

(CONTINUACIÓN)

Volvió Jordán a su apacible sonreír. No respondió en seguida á la cuestión que Lucas le planteaba, temblando, á propósito de las grandes sumas de dinero que todavía serían necesarias. Con un movimiento, porque sintió frío, atrajo las mantas hacia sus miembros débiles. Y dijo suavemente:

—Ha de saber usted, amigo mío, que tampoco yo estoy muy contento. Sí, esta mañana me ha ocurrido un verdadero desastre... Ya sabe usted mi descubrimiento para transportar la fuerza eléctrica á bajo precio y sin malgastar nada. Pues bueno, me había engañado. No tengo absolutamente nada de lo que creía tener. Esta mañana, un experimento de comprobación ha fracasado totalmente y me he convencido de que hay que empezar de nuevo. Hay que volver á emprender el trabajo de años y años... Ya com-

prende usted lo molesto que es tropezar así con una derrota, cuando se cree estar seguro de la victoria.

Scurette se había vuelto hacia él, trastornada al saber así aquel contratiempo que ignoraba todavía. También Lucas, compadecido á pesar de sus propias penas, había alargado la mano para estrechar con fraternal simpatía la de Jordán. Sólo éste seguía tranquilo con su temblorcillo de fiebre, que era corriente siempre que se excitaba demasiado.

—Y entonces, ¿qué va usted á hacer?

—¿Qué voy á hacer, amigo mío? Pues voy á ponerme otra vez al trabajo... Mañana volveré á empezar tomando mi empeño desde el principio, puesto que hay que reformarlo todo. Es muy sencillo, no hay otra cosa que hacer... ¡Ya lo oye usted! Jamás se abandona una empresa. Se necesitan veinte años, treinta, vidas enteras; se le dan. Si se ha engañado uno, otra vez paso atrás, y se vuelve á andar el camino ya recorrido, cuantas veces hace falta. Los impedimentos, los obstáculos no son más que paradas, las dificultades inevitables del camino... Una empresa es un hijo sagrado, que es criminal no hacer que nazca. Es nuestra sangre, no tenemos derecho de negarnos á su creación, le debemos toda nuestra fuerza, toda nuestra alma, nuestra carne y nuestro espíritu. Como la madre que muere á veces por causa de la criatura querida que concibe, debemos estar dispuestos á morir por nuestra empresa, si nos agota... Y si no nos ha costado la vida, corriente; sólo una cosa tenemos que hacer cuando está acabada, viva, fuerte; emprender otro trabajo, sin detenernos jamás; siempre una empresa tras otra, mientras estemos en pie, inteligentes y viriles.

Parecía que había crecido, que era grande, fuerte, como acorazado por su creencia en el esfuerzo humano contra todo desaliento, seguro de vencer si utilizaba para la victoria hasta el último latido de sus venas. Y Lucas, que le oía, sentía venir á él, de aquel sér tan débil, un soplo de indomable energía.

— ¡El trabajo! ¡El trabajo! — continuó Jordán, — no hay otra fuerza. Cuando uno ha puesto toda su fe en el trabajo se es invencible. Y es tan fácil crear un mundo; basta, todas las mañanas, volver á la fae-

na, añadir una piedra á las piedras del monumento ya colocadas; hacerle subir tanto como lo permita la vida, sin prisa, por el empleo metódico de las energías físicas é intelectuales de que se dispone. ¿Porqué dudar de mañana si lo hacemos nosotros, gracias á nuestro trabajo de hoy? Todo lo que nuestro trabajo siembra, mañana nos lo da... ¡Ah! ¡trabajo sagrado, trabajo creador y salvador, que es mi vida, mi única razón de vivir!

Sus miradas se habían perdido en la lontananza; ya no hablaba más que para sí, repitiendo este himno al trabajo, que volvía sin cesar á sus labios en las grandes emociones. Y una vez más contaba cómo el trabajo le había consolado, le había sostenido siempre. Si aún vivía era porque había puesto en su vida una obra para la cual había regularizado todas sus funciones. Estaba seguro de no morir mientras su obra no estuviera acabada. El que se entregaba á una empresa encontraba desde luego un guía, un sostén como el regulador mismo del corazón que latía en su pecho. La existencia adquiría un fin, la salud se ordenaba, nacía un equilibrio que producía la única alegría humana posible: la de la acción bien realizada. El, tan enfermizo, jamás había entrado en su laboratorio sin sentir algún alivio. ¡Cuántas veces se había puesto al trabajo con los miembros doloridos, llorando con el corazón! Y siempre el trabajo le había curado. Sus incertidumbres, sus raros desalientos, siempre habían provenido de las horas de pereza. La empresa conducía á su creador; no le era funesta, no le hundía hasta el momento en que la abandonaba.

De pronto se volvió hacia Lucas y concluyó diciéndole sonriente:

— Créalo usted, amigo mío; si usted deja morir á la Crécherie, morirá usted por la Crécherie. Su empresa es usted mismo. Hay que vivirla hasta el fin.

Lucas se había puesto en pie, con un arranque de todo su sér. Lo que acababa de oír, este acto de fe en el trabajo, este amor apasionado de la empresa, le elevaba con aliento heróico, le devolvía á toda su fuerza. En sus horas de cansancio y de duda, sólo de aquel baño de energía que corría á tomar junto á su amigo, aquel pobre cuerpo enfermizo, emanaba se-

mejante irradiación de paz y de certidumbre. Siempre obraba el encanto, un flujo de valor le inundaba, ya no sentía más que la impaciencia de volver á la lucha.

—¡Oh!—gritó,—tiene usted razón, soy un cobarde, tengo vergüenza de haber desesperado. La dicha humana no está más que en la glorificación del trabajo, en la reorganización del trabajo salvador. El fundará nuestra ciudad... ¡Pero ese dinero, pero ese dinero que habrá que arriesgar todavía!

Jordán, agotado por la pasión con que acababa de hablar, envolvía los flacos hombros, apretando más contra sí las mantas. Y dijo sencillamente con voz débil, cansada:

—Ese dinero yo se lo daré á usted... Haremos economías; ya nos arreglaremos. Bien sabe usted que con poco nos basta; leche, huevos y fruta. Con tal que pueda pagar los gastos de mis experimentos, lo demás marchará bien.

Lucas le había cogido las manos, que estrechaba con emoción profunda.

—¡Amigo mío, amigo mío!... Pero y su hermana ¿vamos á arruinarla también?

—Es verdad,—dijo Jordán,—nos olvidamos de Scœurette.

Se volvieron; Scœurette, silenciosa, lloraba. Seguía sentada junto á su mesita, apoyados en ella los codos, la barba en las manos. Grandes lágrimas rodaban por sus mejillas, al desahogarse su pobre corazón torturado y que sangraba, con aquella ola de ternura. También á ella, lo que acababa de oír la había trastornado, elevando lo más hondo de su sér. Todo lo que su hermano decía para Lucas, resonaba en ella con igual energía. Esta necesidad del trabajo, esta abnegación ante un empeño ¿no era la vida aceptada, vida lealmente para la mayor armonía posible? En adelante, también ella se hubiera considerado como Lucas, mala y cobarde, si hubiera estorbado á la empresa, si no se hubiera sacrificado á ella hasta renunciar á todo. Volvía á ella otra vez su gran valor de alma buena, sencilla y sublime.

Se levantó, se abrazó á su hermano; así estuvo al-

gún tiempo y, con la cabeza en su hombro, le dijo suavemente al oído, despacio:

—¡Gracias!... Me has curado; me sacrificaré.

En tanto Lucas, agitado, con nuevo afán de acción, había vuelto á la ventana, mirando el gran cielo azul brillar sobre los tejados de la Crécherie. Y al retirarse repetía una vez más:

—¡Si es que no aman! ¡El día que amen, todo se fecundará, todo brotará triunfando bajo el sol!

Scœurette, que se le había acercado cariñosa, dijo entonces, con el último temblor de su triste carne dominada:

—Y hay que amar sin querer ser amado; porque la empresa no puede comenzar á ser más que por amor de los demás.

Esta frase de una criatura que se entregaba toda con la única alegría de entregarse, cayó en medio de un gran silencio en que temblaba algo. No hablaron más; los tres, unidos en fraternidad estrecha, contemplaron á lo lejos, entre verdores, la ciudad naciente de justicia y de felicidad que iba á extenderse poco á poco á lo infinito, ahora que estaba sembrado mucho amor.

Desde entonces, Lucas, el constructor, el fundador de pueblos volvió en sí, quiso, obró, y los hombres y las piedras se levantaron á su voz. Se vió al apóstol en su misión, en su fuerza, en su alegría; estaba muy contento, dirigía la lucha de la Crécherie contra el Abisino con triunfante animación, conquistando poco

mejante irradiación de paz y de certidumbre. Siempre obraba el encanto, un flujo de valor le inundaba, ya no sentía más que la impaciencia de volver á la lucha.

—¡Oh!—gritó,—tiene usted razón, soy un cobarde, tengo vergüenza de haber desesperado. La dicha humana no está más que en la glorificación del trabajo, en la reorganización del trabajo salvador. El fundará nuestra ciudad... ¡Pero ese dinero, pero ese dinero que habrá que arriesgar todavía!

Jordán, agotado por la pasión con que acababa de hablar, envolvía los flacos hombros, apretando más contra sí las mantas. Y dijo sencillamente con voz débil, cansada:

—Ese dinero yo se lo daré á usted... Haremos economías; ya nos arreglaremos. Bien sabe usted que con poco nos basta; leche, huevos y fruta. Con tal que pueda pagar los gastos de mis experimentos, lo demás marchará bien.

Lucas le había cogido las manos, que estrechaba con emoción profunda.

—¡Amigo mío, amigo mío!... Pero y su hermana ¿vamos á arruinarla también?

—Es verdad,—dijo Jordán,—nos olvidamos de Sœurette.

Se volvieron; Sœurette, silenciosa, lloraba. Seguía sentada junto á su mesita, apoyados en ella los codos, la barba en las manos. Grandes lágrimas rodaban por sus mejillas, al desahogarse su pobre corazón torturado y que sangraba, con aquella ola de ternura. También á ella, lo que acababa de oír la había trastornado, elevando lo más hondo de su sér. Todo lo que su hermano decía para Lucas, resonaba en ella con igual energía. Esta necesidad del trabajo, esta abnegación ante un empeño ¿no era la vida aceptada, vida lealmente para la mayor armonía posible? En adelante, también ella se hubiera considerado como Lucas, mala y cobarde, si hubiera estorbado á la empresa, si no se hubiera sacrificado á ella hasta renunciar á todo. Volvía á ella otra vez su gran valor de alma buena, sencilla y sublime.

Se levantó, se abrazó á su hermano; así estuvo al-

gún tiempo y, con la cabeza en su hombro, le dijo suavemente al oído, despacio:

—¡Gracias!... Me has curado; me sacrificaré.

En tanto Lucas, agitado, con nuevo afán de acción, había vuelto á la ventana, mirando el gran cielo azul brillar sobre los tejados de la Crécherie. Y al retirarse repetía una vez más:

—¡Si es que no aman! ¡El día que amen, todo se fecundará, todo brotará triunfando bajo el sol!

Sœurette, que se le había acercado cariñosa, dijo entonces, con el último temblor de su triste carne dominada:

—Y hay que amar sin querer ser amado; porque la empresa no puede comenzar á ser más que por amor de los demás.

Esta frase de una criatura que se entregaba toda con la única alegría de entregarse, cayó en medio de un gran silencio en que temblaba algo. No hablaron más; los tres, unidos en fraternidad estrecha, contemplaron á lo lejos, entre verdores, la ciudad naciente de justicia y de felicidad que iba á extenderse poco á poco á lo infinito, ahora que estaba sembrado mucho amor.

Desde entonces, Lucas, el constructor, el fundador de pueblos volvió en sí, quiso, obró, y los hombres y las piedras se levantaron á su voz. Se vió al apóstol en su misión, en su fuerza, en su alegría; estaba muy contento, dirigía la lucha de la Crécherie contra el Abisno con triunfante animación, conquistando poco

á poco las almas y las cosas, gracias al anhelo de amor y de dicha que esparcía en torno de sí. Su ciudad fundada tenía que devolverle á Josina. Con Josina serían salvados los miserables de toda la tierra. En ello había puesto su fe y trabajaba por y para el amor, seguro de vencer.

Un día claro de cielo azul sorprendió una escena que le llenó de alegría, ternura y esperanza. Paseando alrededor de las dependencias de la fábrica, desceoso de vigilarlo todo, oyó de pronto voces ligeras, frescas carcajadas que venían de un rincón del dominio, al pie de la vertiente de los Montes Bleuses, en el sitio en que un muro separaba los terrenos de la Crécherie de los del Abismo. Y habiéndose acercado con cautela, queriendo ver sin ser visto, dió con el espectáculo delicioso de una bandada de niños que jugaban libremente bajo el sol, devueltos á toda la inocencia fraternal de la tierra.

De la parte de acá de la pared estaba Nanet, que todos los días venía á buscar á sus camaradas, con Luciano y Antonieta Bonnaire, á quien debía de haber sacado de sus casillas, llevándoselos á una terrible caza de lagartijas. Los tres mirando al cielo reían, gritaban, mientras que del otro lado del muro otros niños que no se veían, reían y gritaban también. No era difícil comprender que había habido en casa de Nisa Delaveau un almuerzo de amiguitos que, libres por el jardín, habían acudido á las voces de la otra pandilla, anhelando verse, acercarse para jugar juntos. Lo peor era que habían tapiado la puerta, cansados de reñirles inútilmente sin lograr impedir que se acercaran unos á otros. Los Delaveau castigaban con seria prohibición hasta el llegar al extremo del jardín. En la Crécherie se procuraba hacerles comprender que iban á ser causa de algún disgusto serio, de una queja, tal vez de un pleito. Pero ellos no hacían caso, cándidos galopines que cedían á las fuerzas desconocidas del porvenir, y se empeñaban en mezclarse, confundirse, fraternizando con total olvido de los rencores y de las luchas de clase.

Las voces agudas, puras, cristalinas, subían como cantos de alondra.

—¿Eres tú, Nisa? Buenos días, Nisa.

—Buenos días, Nanet. ¿Estás solo, Nanet?

—¡Ca! No, tengo aquí á Luciano y Antonieta; y tú ¿estás sola, Nisa?

—¡Oh! No; con Luisa y Pablo. Buenos días Nanet, buenos días.

—Buenos días, Nisa.

Y á cada saludo repetido, risas sin fin y más risas, porque les parecía muy gracioso hablar así sin verse, como si las voces cayeran del cielo.

—Dí, Nisa, ¿estás ahí todavía?

—Sí, Nanet, todavía estoy aquí.

—Nisa, Nisa, oye, ¿no vienes?

—¡Ay, Nanet, Nanet! ¿Cómo quieres que vaya si han tapiado la puerta?

—Salta, salta, Nisa.

—¡Salta tú, Nanet, salta tú!

Y de golpe, el delirio; los seis repetían: ¡Salta! ¡salta! bailando delante de la pared, como si brincando cada vez con más fuerza hubieran de acabar por saltar tanto, que pudieran verse y juntarse. Daban vueltas, bailaban agarrados, hacían reverencia al impasible muro y jugaban á hacerse muecas á través de las piedras con la fuerza de imaginación infantil que suprime los obstáculos.

Y volvió el cantar aflautado.

—Oye, Nisa, ¿sabes una cosa?

—No, Nanet, no sé.

—Pues bueno, voy á subirme sobre la pared y cogerte por los hombros para pasarte acá.

—¡Oh! Eso, eso Nanet; sube, Nanetín mío.

En un momento Nanet estuvo sobre la pared, trepando con pies y manos con agilidad de gato. Y, y arriba, á caballo, era de ver con su cabeza redonda, sus grandes ojos azules, el pelo rubio alborotado. Ya tenía catorce años, pero era pequeño, de sólidos riñones, de aire sonriente y resuelto.

—¡Luciano! ¡Antonieta! Vosotros, ojo alerta.

Inclinándose sobre el jardín de los Delaveau, muy ancho porque dominaba la situación y veía los dos lados á la vez, gritó:

—Sube, Nisa, yo te cogeré.

—¡Ay no, la primera yo no, Nanet! Yo seré la que esté alerta por este lado.

—¿Entonces, quién, Nisa?

—Espera, Nanet, ten cuidado. Pablo subirá.

—Hay un enrejado. Va á probar á ver si se rompe.

Hubo un silencio. Sólo se oía el crujir de madera vieja, mezclado con risas sofocadas. Se preguntaba Lucas si no debía presentarse para restablecer el orden, espantando á las dos bandadas como á gorriones sorprendidos en una granja. Cuántas veces él mismo había reñido á aquellos niños temiendo que sus juegos obstinados fuesen causa de disgustos; pero era tan graciosa esta alegría infantil, este valor para juntarse apesar de los obstáculos. Un momento más y se decidiría á corregirlos.

Un grito de triunfo estalló; la cabeza de Pablo asomó tras la pared y se vió que Nanet lo aupaba, después lo pasaba al otro lado para dejarle caer en brazos de Luciano y Antonieta. Pablo, aunque también pasaba de los catorce, pesaba poco, delgado y delicado, hermoso niño rubio muy bueno, muy amable, con ojos de inteligencia. En cuanto cayó en brazos de Antonieta, la besó, pues la conocía bien y le gustaba encontrarse con ella, porque estaba alta y guapa para sus doce años y tenía mucha gracia.

—¡Ya está aquí, Nisa, ya ha pasado uno!

Nisa inquieta y procurando apagar la voz, dijo:

—Chito, chito, Nanet. Se mueve no sé qué, junto al gallinero. ¡Echate sobre la pared, pronto, pronto!

Después, pasado el peligro:

—Atención, Nanet, ahora va Luisa. Voy á auparla yo. Y esta vez, en efecto, fué la cabeza de Luisa la que apareció; cabeza de cabra, de ojos negros, un poco oblicuos, nariz menuda, barba aguda, de vivacidad y alegría graciosas. A los once años era ya una mujercita voluntariosa y libre que trastornaba á sus padres, los buenos Mazelle, estupefactos de que tal salvaje, cuyo corazón rebosaba, hubiera podido germinar de su plácido egoísmo. No esperó siquiera á que Nanet la ayudase á bajar; saltó ella misma, cayó en brazos de Luciano, el camarada que adoraba, el mayor de todos, alto y fornido á los quince años, como un hombre, y que muy ingenioso, lleno de inventiva, le hacía juguetes extraordinarios.

—Ya van dos, Nisa; sólo faltas tú. Sube pronto. Todavía se mueve algo junto al pozo.

Crugió la madera; todo un trozo del espaldar debió de venir abajo.

—¡Ay! ¡ay! Nanet, no puedo. Es que Luisa ha dado patadas y todo lo ha hechado á tierra.

—Espera, no importa, dame las manos, Nisa, yo te subiré.

—No, no; no puedo; bien lo ves, Nanet, por más que me estiro; soy muy pequeña.

—Cuando te digo, Nisa, que yo te alzaré... Más, más. Yo me bajo, alzáte tú, ¡aupá! Ya ves como te subo. Se había puesto de bruces sobre la pared, sólo se sostenía por un prodigio de equilibrio; y con un vigoroso esfuerzo de riñones levantó á Nisa y la puso á horcajadas delante de sí. Tenía ella el pelo más alborotado que de costumbre, una cabeza rubia de cordero rizado, boca de rosa, siempre risueña, bonitos ojos azules color de cielo. Buena pareja ella y su amigo Nanet, los dos del mismo oro suave, con iguales guedejas, que sacudían los cuatro vientos.

Un momento siguieron á horcajadas, frente á frente, triunfantes, entusiasmados viéndose en el aire.

—Ay que Nanet, que fuerza tiene; ¡parece mentira, y me ha subido!

—Es que has crecido mucho, Nisa... Yo tengo catorce años, ya lo sabes.

—Y yo once, Nanet... ¡Pero mira, eh! Parece que estamos á caballo, en un caballo muy alto de piedra.

—Oye, Nisa, ¿quieres que me ponga de pie?

—¡Ay, sí, de pie! ¡Yo también voy á ponerme, Nanet!

Pero otra vez se movió algo en el jardín. Ahora hacía la cocina; y asustados, se agarraron uno á otro y se dejaron caer, estrechándose con todas sus fuerzas. Pudieron matarse. Pero reían como locos, y al verse en tierra, siguieron allí jugando, riendo con más fuerza, sin el menor daño, encantados con la voltereta. Ya Pablo y Antonieta jugaban locos, corriendo entre la escalera y las rocas desprendidas que formaban allí, al pie de los Montes Bleuses, deliciosos escondites.

Lucas, viendo que era ya muy tarde para interve-

nir, se fué suavemente sin hacer ruido. Como no le habían visto, no se sabría que había hecho la vista gorda.

¡Niños amados, que en buena hora obedeciesen al fuego de su juventud, juntándose así al aire libre apesar de las prohibiciones! Eran el florecer de la vida que ya sabía para qué futuras cosechas florecía así en ellos. Tal vez traerán la reconciliación de las clases, el mañana de justicia y de paz. Lo que los padres no podían hacer, ellos lo harían, y sus hijos mejor todavía, gracias al continuo cambiar de la evolución que latía en sus venas. Y Lucas, ocultándose para alejarse sin alarmarlos, reía solo, alegre al oírlos reír, sin pensar en la dificultad que tendrían pronto para volver á saltar el muro. Jamás había tenido tanta esperanza en el porvenir entrevisto, tan bueno; jamás había sentido en sí tanto valor para la lucha y la victoria.

Vino entonces la lucha encarnizada, sin cuartel, de largos meses, entre la Crécherie y el Abismo. Lucas, que había creído un momento vacilante la primera, cerca de desvanecerse en la ruina, puso todo su esfuerzo en mantenerla en pie.

No esperaba ganar terreno en mucho tiempo; quería no perderlo; ya fué un buen éxito quedar estacionario, viviendo apesar de todo, bajo los golpes que le abrumaban por todas partes, pero ¡qué formidable faena, qué alegre bazaría en el trabajo! Era sin cesar el apostol de una idea, en su prodigio. Estaba en todas partes á la vez, entusiasmando á los obreros en los talleres de la fábrica, estrechando los lazos fraternales de grandes y pequeños en la Casa-Comunal, atento á la buena administración en los Almacenes. No se veía más que á él en las anchas calles llenas de sol de la Ciudad naciente, en medio de niños y mujeres, ganoso de jugar y reír, como padre joven de este pequeño pueblo que era suyo. A un ademán de Lucas todo nacía, crecía, se organizaba, gracias á su genio, á su fecundidad de creador, de cuyas manos abiertas caían semillas por donde quiera que pasaba.

Y el mayor milagro fué la conquista de sus obreros, entre los cuales la discordia y la rebelión habían alentado un momento. Aunque Bonnaire seguía no

pensando como él, había conquistado el afecto de este hombre tan bravo, tan bueno, hasta el punto de encontrar en él el lugarteniente más fiel, más abnegado, sin el cual la empresa no hubiera podido cumplirse. Así mismo, su fuerza de amor había obrado sobre todos los trabajadores, todos se habían agrupado poco á poco estrechándose en torno de su persona al verle tan cariñoso, tan fraternal, no viviendo más que para la dicha ajena, seguro de encontrar en ella la propia. El personal de la Crécherie iba siendo una gran familia unida por lazo cada vez más estrecho; cada cual había acabado por comprender que era trabajar por su propio contento, trabajar por el de todos. En seis meses, ni un obrero dejó la casa, y si los que habían marchado aún no volvían, los que quedaban se sacrificaban hasta el punto de no recoger la totalidad de sus beneficios, para permitir á la Casa constituir un fondo de reserva considerable y sólido.

En esta época crítica, esta solidaridad de todos los miembros asociados, luchando por la obra común, fué sin duda la que salvó á la Crécherie, impidiéndole hundirse bajo la maldición del egoísmo y la envidia del antiguo Beauclair. El fondo de reserva con tal prudencia acumulado, aumentado, fué un auxilio decisivo. Permitió hacer frente á los días difíciles, evitó recurrir durante las crisis á mortales empréstitos. Gracias á él se pudo por dos veces comprar máquinas nuevas, necesarias para los cambios en la fabricación, y que bajaron mucho los precios de fábrica. Después ayudó la buena suerte; hubo por aquel tiempo grandes trabajos de puentes, construcciones metálicas, ferrocarriles que exigieron cantidades considerables de rails, vigas y armaduras. La larga paz en que vivía Europa desarrollaba singularmente la industria del hierro en lo que puede producir de pacífico y civilizador. Nunca hasta entonces había el hierro entrado por tanto en la habitación humana. Había aumentado pues, la fabricación en la Crécherie, sin grandes ganancias, pues Lucas quería producir á buena cuenta pensando en el porvenir. Fortalecía la fábrica con una administración muy juiciosa, con tinas economías y toda aquella reserva de dinero en caja pudiendo entrar en línea de combate á la prime-

ra amenaza. La devoción de todos á la causa común, la abnegación solidaria de los trabajadores, de los asociados, dejando su parte, hacían lo demás, permitiendo esperar el día del triunfo sin sufrir demasiado.

En el Abismo, la situación seguía más floreciente, la cantidad de negocios no había bajado y seguía la buena fama del éxito por la fabricación cara de granadas y cañones. Pero ya no había en ello más que una apariencia y Delaveau comenzaba á sentir á veces serias inquietudes que no confesaba. Tenía consigo á todo Beauclair, á toda la sociedad burguesa y capitalista amenazada. Seguía además convencido de que él era la verdad, la autoridad, la fuerza; y la victoria final segura.

Pero así y todo ya le corroía una duda secreta; lo dura que tenía la vida la Crécherie, cuya ruina profetizaba cada tres meses, le turbaba. No podía luchar en el hierro y acero del comercio con los railes, vigas y armaduras que la fábrica vecina producía baratos y en excelentes condiciones.

Solo le quedaban los aceros finos, los productos cuidados á tres y cuatro francos el kilo, que dos casas muy importantes fabricaban también en un departamento vecino. Se hacían una terrible competencia; veía que sobraba una de las tres y la cuestión era saber cuales serían las que se comerían á la otra. Debilitado por la Crécherie ¿iría á ser el Abismo la casa condenada á desaparecer? Esta duda le roía siempre, y aunque redoblaba su actividad, guardando una actitud de serena confianza en la buena causa, esta religión del salario de que era el defensor. Pero más que esta competencia, y los azares de las luchas industriales, le preocupaba el no verse apoyado por un fondo de reserva que le permitiera hacer frente á las necesidades en catástrofes imprevistas. Si se declaraba una crisis, un paro, una huelga, simplemente un mal año, ya sería un desastre pues la fábrica no tendría con que vivir esperando la vuelta de los negocios. Ya en un caso de apuro, para adquirir nuevas máquinas, había habido que tomar prestados trescientos mil francos cuyos intereses eran gravosos ahora en el balance anual. ¿Y qué sería si había que

seguir pidiendo prestado ahora y siempre hasta el salto final en la sima de la deuda?

Por este tiempo, procuró Delaveau llamar á la razón á Boisgelin. Cuando había decidido á este á confiarle los restos de su fortuna, le había prometido, si compraba el Abismo ganarle grandes intereses que le permitirían continuar su vida lujosa. Pero ante las dificultades deseaba verle bastante razonable para reducir su tren durante algún tiempo, con la seguridad de volver á él y aun aumentarlo en cuanto la fortuna volviera á ser propicia. Si Boisgelin hubiera consentido en no sacar más que la mitad de los beneficios, se hubiera podido constituir el famoso fondo de reserva, atravesando el Abismo, victorioso, los años malos. Pero el primo era intratable, lo exigía todo, no quería suprimir nada de sus recepciones, de sus cacerías, de la vida que llevaba, cada vez más dispendiosa. Reñían á veces. Si el capital amenazaba no sudar mas los intereses esperados, si la carne de trabajo, los obreros, no bastaban ya para mantener al ocioso en su lujo, el capitalista acusaba al director industrial de no cumplir sus promesas queriendo mermarle la renta. Y Delaveau irritado, desesperado por la imbecilidad de esta ansia de goces, no sospechaba nada de su mujer, Fernanda, no la veía detrás del fátuo buen mozo; no veía á la corrupta, la que lo devoraba todo en caprichos y locuras. Ardía en fiestas la Guerdache; Fernanda gozaba allí desquites tan deliciosos, se embriagaba con tales triunfos que detenerse en su alegría la hubiera parecido perderse. Ella misma irritaba á Boisgelin diciéndole que su marido decaía, que no sacaba de la fábrica todo lo que se podría, y según la única manera de aguijonearle era acosarle pidiéndole dinero. La actitud de Delaveau hombre autoritario que jamás hacía de las mujeres confidentes, ni aún de la suya, aunque la adoraba, había acabado por convencerle de que estaba en lo cierto y de que si quería más tarde realizar su sueño, volver á París con los millones conquistados, había que pinchar sin descanso á su marido, y devorarlo todo para centuplicarlo todo.

Sin embargo, una noche Delaveau se clareó sin

querer delante de Fernanda. Volvían de una cacería, de la Guerdache, durante la cual Fernanda, cuyo mayor placer era galopar á caballo, había desaparecido con Boisgelin. Había habido luego una gran comida y era más de media noche cuando el matrimonio volvió al Abismo en carruaje. La joven que parecía muerta de cansancio, como ahita de los ardientes placeres que eran su vida, se apresuró á desnudarse, deliciosa en su fatigada desnudez; luego se estiró bajo el abrigo de su lecho, mientras su marido, sin prisa, se desnudaba metódicamente dando vueltas por el cuarto, colérico y preocupado.

—Dime tú,—preguntó al fin,—¿no te ha dicho nada Boisgelin cuando desaparecisteis juntos?

Sorprendida, Fernanda, abrió los ojos que ya se le cerraban.

—No, respondió,—nada importante á lo menos... ¿qué quieres que me dijera?

—¡Ah!—prosiguió Delaveau,—es que antes habíamos tenido una discusión. Ha vuelto á pedirme diez mil francos para fin de mes. Y esta vez me he negado en redondo; es imposible; una locura.

Levantó ella la cabeza, brillantes los ojos.

—¿Cómo una locura? ¿Por qué no le das esos diez mil francos?

Era ella precisamente quien había apuntado á Boisgelin esta nueva petición, para la compra de un automóvil eléctrico en el cual tenía el ardiente capricho de hacerse pasear con loca velocidad.

—Pues,—gritó Delaveau, confesando sin querer,—porque ese imbécil acabará por arruinar la fábrica con sus continuos gastos. Saltaremos si no se decide á reducir su tren. Y es una necedad ese continuo holgorio, su vanidad estúpida de que se lo coma todo el mundo.

De un salto se había ella incorporado, algo pálida, mientras que él agravaba aún su confianza añadiendo con su ruda candidez de marido ciego.

—Solo hay una persona razonable en la Guerdache, la pobre Susana, la única que no se divierte. Dá lástima verla tan triste; y al rogarla hoy que interviniera con su marido, me ha contestado, ahogando las

lágrimas, que no quería mezclarse absolutamente en nada.

Esta torpe alusión á la mujer legítima, á la sacrificada, tan digna y tan alta en su renunciamiento, acabó de exasperar á Fernanda. Pero, sobre todo, la idea de que la fábrica pudiera estar en peligro, la misma fuente de sus placeres, la inmutaba. Volvió al asunto.

—¿Que vamos á tronar? ¿Por qué dices eso?... Yo creía que los negocios iban muy bien.—Había puesto tal pasión inquieta en la pregunta, que Delaveau, desconfiando, temiendo verla amplificar los temores que se ocultaba así mismo, no dijo la verdad total, cuya confesión iba la cólera á arrancarle.

—Claro que los negocios van muy bien. Pero irían mejor todavía si Boisgelin no vaciase la caja, para la vida de idiota que lleva. ¡Te digo que es estúpido con su pobre mollera de guapo mozo!

Tranquilizada, volvió Fernanda á tenderse con un gracioso movimiento de su cuerpo adorable, tan fino y esbelto. Su marido no era más que un espíritu grosero, brutal, avaro, que soñaba con soltar lo menos posible de las sumas considerables que tenía la fábrica en caja; y las bromas pesadas, las palabrotas con que perseguía á Boisgelin, eran otros tantos ataques indirectos que la herían personalmente.

—Querido,—concluyó con sequedad,—no todo el mundo está hecho para embrutecerse en el trabajo todo el día, y los que tienen dinero hacen bien disfrutándolo como quieren y gozando las distracciones de una existencia superior.

En el primer ímpetu quiso Delaveau responder; pero consiguió contenerse con gran esfuerzo. ¿A qué intentar convencer á su mujer? La trataba como á niño mimado, dejándola obrar á su antojo, sin que en ella le enojasen nunca errores de conducta que en otros reprobaba con calor. Ni aun advertía su vida loca, pues ella misma era su locura, la joya que había querido en sus groseras manos de gran trabajador. Nunca la había amado, deseado más, cuando de noche la encontraba en el lecho llena de exquisito encanto, de un perfume embriagador, después de las ásperas jornadas que pasaba él en medio del humo

acre de los trabajos negros que aturdíán, del Abismo. Seguía siendo ella su admiración, su adoración, el ídolo que se pone á parte en una abdicación supersticiosa de la dignidad y el buen sentido, y del cual no cabe dudar ni sospechar. Guardaron silencio, y Delaveau por fin se acostó también sin apagar todavía la lámpara eléctrica puesta sobre la mesita de noche. Permaneció un momento inmóvil con los ojos muy abiertos. Sentía cerca de sí el tibio calor, el olor penetrante de aquel cuerpo de mujer cuyo seno y brazos desnudos, entre encajes, tenían la suavidad de la seda. Ya Fernanda se dormía, había cerrado los ojos y su hermoso rostro, pálido por el cansancio, aparecía más apetecible en medio de las ondas del cabello desatado.

Se volvió el marido y besó un mechón suelto cerca de la oreja. Como ella no se meneaba, la creyó enfadada y quiso agradarla mostrando que comprendía las flaquezas del lujo.

— ¡Sea todo por Dios! Yo le daré esos diez mil francos, ya que tanta gana tiene de un automóvil. Lo que digo es por prudencia... Hermosa cacería la de hoy.

Seguía ella sin responder. De su boquita roja, algo entreabierta, que dejaba ver los dientes fuertes y brillantes salía un aliento caliente, regular, mientras el seno levantaba sus puntas de rosa en una leve palpitación, como oprimido por larga fatiga de amor. Dormía, rendida, medio desnuda: había sacudido una punta del cobertor y fermentaba la embriaguez de los placeres de aquel día.

— Fernanda, Fernanda, — dijo suavemente Delaveau, tocándola otra vez con los labios.

Convencido de que dormía, se resignó, renunció.

— Pues entonces buenas noches, Fernanda.

Después de apagar la luz, se tendió de espaldas. Pero él no podía dormir y siguió con los ojos abiertos en la obscuridad. Febril, insomne junto á aquella mujer tibia y bien oliente, volvió á sus temores, á la ansiedad que le causaba la crisis de la fábrica. En este estado doloroso de vigilia se agravaban las dificultades; nunca había visto el porvenir con semejante lucidez, desde puntos de vista tan sombríos.

Clara se le ofrecía la causa de la ruina, la locura de gozar, la enfermiza impaciencia de gastar el dinero apenas ganado. De seguro en alguna parte había una sima que se tragaba la fortuna, una llaga abominable por la cual se escapaban toda la salud y toda la ganancia del trabajo. Muy franco consigo mismo, hacía exámen de conciencia y nada encontraba que reprocharse. En pie muy temprano era el último en dejar los talleres de noche, siempre vigilante, conduciendo su numeroso personal como si fuera un regimiento. Y además un esfuerzo sostenido de todas sus notables facultades, mucha rectitud en su rudeza, una rara potencia de método y de lógica, una lealtad de combatiente que ha prometido vencer, que quiere vencer ó sucumbir. Y padecía mucho sintiéndose resbalar hacia el desastre, apesar de su heroísmo, por una destrucción lenta de todo lo que creaba, por un estrago cotidiano que venía no sabía de donde y que su energía no podía contener. Sin duda los continuos gastos, lo que él llamaba la vida de imbécil de Boisgelin, el ansia glotona del placer, era el cáncer que devoraba la fábrica. ¿Pero quién le embrutecía así? ¿Quién alentaba la demencia del pobre hombre que él no acertaba á comprender, como juicioso trabajador, sóbrio, continente, que odiaba la ociosidad y los goces que destruían toda la salud creadora?

No sospechaba Delaveau que quien demolía, envenenaba, vivía á su lado el día entero, que era su Fernanda adorada, tan bonita, delicada y esbelta, dormida á su lado y cuyo tibio perfume le embriagaba de amor. Mientras él se afanaba entre el humo y el calor de los hornos haciendo sudar el dinero con dolor á sus obreros, ella lucía sus claros trajes bajo las umbrías de la Guerdache, lanzaba el oro á los cuatro vientos, y con sus dientes blancos mascaba como pastillas cientos de miles de francos que mil jornaleros le forjaban entre el estrépito de los grandes martillos. Y aquella misma noche, mientras él se atormentaba pensando en cómo buscar recursos para los próximos pagos, dormía ella á su lado, carne con carne, abrumada por la voluptuosidad, cansada de haber gozado. A veces su deseo varonil volvía hacia la compañera que era suya, y cuyo espíritu desconocía absoluta-

mente. Sentíala á su lado en completo abandono, pudiendo poseerla sin que ella lo notara tal vez. Luego volvía á las angustias de su batalla industrial. Y no era ella más que una niña inconsciente cuyo sueño respetaba como toleraba sus caprichos, no llegando jamás al fondo de aquel cuerpo divino, ídolo de su culto. Se durmió al fin y soñó que bajo el Abismo había fuerzas perversas y diabólicas que iban comiendo el suelo para que la fábrica entera se hundiese en una noche fulgurante de tempestad.

En los días siguientes Fernanda se acordó de los temores que su marido le había manifestado. Aun dando lo suyo á lo que ella creía su amor al dinero amontonado, su odio al lujo, todavía tembló pensando en la ruina posible. Arruinado Boisgelin ¿qué sería de ella? No era solo el fin de esta vida alegre, el desquite de su miseria antigua cuando mostraba botinas descarchadas, bajo la explotación brutal de los hombres. Era además la vuelta á París vencidos por la suerte, una vivienda de mil francos en el fondo de algún barrio excéntrico, un empleillo en que Delaveau vegetaría mientras que ella volvería á caer en la grosería, en la bajeza de un ajuar de trabajadores. ¡No, no! No consentía, no se dejaría arrancar la presa dorada; con todas sus carnes se agarraba al triunfo, con todas las fuerzas áyidas de su sér. En aquel cuerpo tan fino y delicado, bajo la gracia ligera, había una fiereza de loba de furiosos instintos carnívoros. Estaba resuelta á saciar sus apetitos hasta el fin sin perder ni comprometer nada. Despreciaba la fábrica fangosa y negra en que oía día y noche forjarle su placer á los obreros que tostaban la piel para que ella fuese una vida de pereza, fresca y feliz; en aquel bajo oficio los veía como animales domésticos que la sustentaban, que le evitaban toda fatiga. Jamás manchaba sus pies menudos en el fangal de los cobertizos; nada le importaba el rebaño humano que desfilaba ante su puerta, agobiado por el trabajo maldito. Pero el rebaño era suyo, la fábrica suya, la idea de que la agotaran su fortuna arruinando la fábrica la sublevaba, la lanzaba á la guerra como un atentado contra su persona. Quien dañaba al Abismo era su enemigo, un malhechor peligroso de quien

había de librarse por cualquier medio. Por eso había ido corriendo su odio á Lucas desde que lo había visto por vez primera en aquel almuerzo de la Guerdache, adivinando en él con sutil olfato de mujer al hombre que se le atravesaba en el camino. Siempre era el obstáculo. Y ahora amenazaba destruir el Abismo y lanzarla á ella á las molestias de la mediocridad. Si le dejaba hacer, adiós felicidad, la robaba lo que amaba más en la vida. Furiosa, bajo tanta gracia, ya sólo pensó catástrofes para aniquilarle.

Pronto haría ocho meses, en una noche postrera de ternura, Josina había dicho adiós á Lucas, aplazando la dicha que la vida les debía, cuando estalló un drama que había de dar á Fernanda ocasión para la catástrofe soñada, esperada. Josina había salido fecundada de los brazos de Lucas en aquella noche tan triste y deliciosa. Estaba en cinta, y en cinco meses Ragú no lo notó siquiera; pero un día, borracho, quiso maltratarla y lo comprendió todo por el ademán de terror que hizo ella defendiendo el vientre. Primero, de estupor, quedó inmóvil.

— ¡Estás preñada, preñada, cerda!... Por eso andabas con tapujos y no te mudabas de camisa delante de mí... ¡Tan bruto soy yo, que no ví nada, como tú, tramposa!

Como un relámpago atravesó su mente la seguridad de que aquel hijo no podía ser suyo. Nunca tocaba en ella, como él decía, más que para el placer, muy seguro de sus radicales precauciones. Nada de hijos, que eran grilletos. Divertirse juntos, y á vivir, tropa; fuera estorbos. ¿De dónde venía entonces aquel hijo? ¿Quién lo había hecho? Y otra vez apretó los puños rugiendo de cólera.

— Eh, puerca, ¿no se habrá hecho él solo? ¡No te atreverás á decir que es cosa mía! Bien sabes que nunca he querido hijos... ¿De quién es? Responde, responde; responde pronto, ¡indecente! ó te aplasto.

Josina, muy blanca, con los suaves ojos valientes, fijos en el borracho, no respondía. Había algo de asombro en su temor al verle enfurecerse así, pues parecía que ya nada le importaba ella, y todos los días la amenazaba repitiendo que se vería libre si otro la recogía en el arroyo. El había vuelto á la ma-

la vida, seducía á las infelices obreras que querían oírle; se contentaba con las vagabundas andrajosas esparcidas de noche por las calles pestíferas del viejo Beaclair. Entonces, ya que la insultaba no queriendo nada de ella, ¿por qué se enfurecía de tal modo al saber su estado?

—No es mío, no osarás decir que es mío.

Respondió ella al fin sin quitarle los ojos, en voz baja y profunda:

—No, no es tuyo.

De un puñetazo quiso derribarla. Pero retrocedió y solo le rozó el hombro. Bramaba.

—¡Y te atreves á decirme eso, cochino pendón!...

¡Y el nombre de ese hombre, dime el nombre para ir á contarle un cuento!

Tranquila respondió ella:

—El nombre no te lo diré; no tienes derecho á saberlo, pues me has dicho veinte veces que estabas harto de mí y que podía arreglármelas por otra parte.

Y añadió:

—No has querido un hijo mío, yo tengo uno de otro, y ese es mi marido ahora; y nada te importa.

La hubiera matado. Tuvo que huir para evitar las patadas con que procuraba el malvado, con atroz idea, herirla en mitad del vientre. Lo que así le enfurecía era lo que acababa de decir de que otro la había hecho madre, y que en adelante nada de lo de ella le importaba, ni de su cuerpo ni de su vida. El, que no había querido hijos, se sentía mordido por un dolor sordo, á la idea de no ser él el padre. Comprendía que no era suya; qué nunca lo había sido. Otro se la había cogido antes que la hubiera hecho suya; ahora ya nunca lo sería. Esto era lo que confusamente le exaltaba con celos feroces, cuya tortura no conocía ni hubiera creído que podría conocer. Desde entonces, esta mujer que antes quería hechar á la calle, que abandonaba por inmundas pérdidas, la encerró, la vigiló, con accesos de furor siempre que la veía hablar con un hombre. La cólera de lo irreparable le arrastraba á continuas violencias, y lastimaba aquella carne cuya posesión se le escapaba por su culpa. Y siempre volvía, en su orgullo herido de macho que no había sabido crear la vida, á su rencor contra el

otro, el desconocido que había hecho de esta carne una dependencia de su propia carne.

—Dime el nombre, dime el nombre, y te juro que te dejo en paz.

Pero ella no accedía. Soportaba las injurias y los golpes respondiendo con suave sinceridad:

—No necesitas saber el nombre; no te importa.

Ragú no podía sospechar de Lucas, ni se le pasó por las mientes, pues nadie, fuera de Sœurette, había sorprendido las visitas de Josina. Buscaba entre los compañeros, creyendo en un abandono de un momento. Un día de paga, cuando el vino calienta la sangre. Todo en vano; espió, interrogó, sólo llegó á exasperarse más.

En tanto Josina se ocultaba de todos, temiendo que Lucas pudiese tener un disgusto, por su preñez, si el secreto se descubría. Cuando tuvo la certeza de estar en cinta de él, se sintió primero llena de una alegría inmensa; hubiera querido correr á anunciarle la gran noticia, la buena nueva, segura de hacerle también dichoso. Después pensó inquieta que debía esperar para no precipitar alguna catástrofe en los días difíciles para la Crèche. Una casualidad hizo saber á Lucas la venida del hijo bien amado de que era padre. Un día, acompañando á Bonnaire, llegó á su casa charlando y oyó á la Pelos contar á un corro de comadres que su cuñada estaba embarazada, noticia que acompañaba de venenosos comentarios, dando á entender cosas abominables. Quedó sobrecogido, el corazón le latía con fuerza. A veces Josina venía á la Crèche á buscar á Nanet, que pasaba allí días enteros; y aquel día justamente se presentó en el momento en que se trataba de su preñez y tuvo que responder á las preguntas. Sí, iba á cumplir los seis meses y ya se notaba mucho. Pero había visto á Lucas, y adivinándole tembloroso, aturdido en su silencio, la atormentaba el no poder hablar, no saber cómo gritarle lo que la hacía tan feliz. Adivinaba desesperada la duda terrible y sabía que con una sola palabra le hubiera calmado, encantado. La frase subía de su corazón, la ahogaba: «¡Es tuyo!» De un modo delicioso pudo decírselo en un momento en que las comadres, dejando de mirarla, volvieron á su charla;

primero se llevó las manos al vientre, después á los labios y le mandó en un beso la certeza de su paternidad. Comprendió él y le invadió inmensa alegría.

Aquel día no pudieron hablar, no hubo más que la seña, el beso que acababa de unirlos. Pero Lucas se enteró; pronto supo los furros celosos de Ragú, sus violencias, la estrecha vigilancia en que encerraba á su mujer. Si aún pudiera dudar, estos celos hubieran bastado para probarle que él era el padre. En adelante Josina era su mujer. Era suya, de él solo, puesto que el hijo era suyo. El esposo era el padre; el placer que se robaba á una mujer no dejaba nada, no se contaba. Sólo un lazo ataba á la pareja, sólido, eterno: el hijo, la vida propagada, un sér nuevo nacido de la indisoluble unión de dos séres. Por eso él no tenía celos de Ragú, mientras éste rabiaba celoso; Ragú no existía; era el ladrón que pasa y que se olvida. Para siempre Josina pertenecía á Lucas; ya volvería á él; el hijo era la viva flor de ambos.

Pero desde entonces Lucas padeció mucho sabiendo que Josina, injuriada, maltratada, estaba en continuo peligro de un golpe desgraciado. No podía soportar que siguiera entre las manos brutales é infames de Ragú la mujer adorada para la que quería un paraíso de ternura, rodeándola del culto devoto debido á la madre que el hijo santifica. ¿Pero qué hacer, cómo llamarla á sí cuando ella se obstinaba, discreta, en seguir callando en la sombra para evitarle cualquier contratiempo? Ni quería verle, temiendo una sorpresa, y tuvo que espiarla y sorprenderla para hablar algunas palabras.

Fué una noche muy oscura; Lucas, oculto en un ángulo muy sombrío de la miserable calle de las Tres-Lunas, pudo detener á Josina un instante al pasar.

— ¡Ah, Lucas, eres tú! ¡Qué imprudencia, amigo mío! ¡Te lo suplico, bésame y huye luego!

Pero él, tembloroso, la cogía por el talle, le hablaba al oído con voz ardiente:

— ¡No, no! Josina, quiero decirte... Sufres demasiado; es en mí criminal dejarte así, á tí tan querida, tan preciosa... Oye, Josina: he venido á buscarte, vas

á seguirme para entrar en mi casa, en la tuya, como mujer amada, venerada, feliz.

Ya ella se abandonaba al abrazo de suavidad consoladora. Pero de pronto se separó.

— ¿Qué dices, Lucas, no tienes juicio?... Seguirte... ¡Dios mío! cuando tal confesión podría ser para tí tan peligrosa. Yo sería la criminal... ¡Vete pronto! Aunque me maten no diré tu nombre.

Procuró convencerla de la inutilidad de tal sacrificio á la hipocresía del mundo.

— Tú eres mi mujer, pues yo soy el padre de tu hijo, y á mí es á quien debes seguir. Mañana, levantada nuestra ciudad de justicia, no habrá más ley que la del amor, la libre unión será respetada por todos... ¿Qué nos importa la gente á quien hoy escandalizaremos todavía?

Después, como ella se obstinaba en su sacrificio diciendo que para ella lo importante era el hoy, pues le quería libre de todo obstáculo, gritó él angustiada:

— Es decir que jamás volverás á mi lado, que ese hijo no será nunca mío, ante todos, á la luz del día.

Volvió ella á abrazarle y murmuró suavemente, los labios en los labios:

— Volveré cuando me necesites, cuando no sea un estorbo, sino una ayuda, con el hijo querido que será para los dos una fuerza nueva.

Y el negro Beauclair, el viejo lugar apestado de trabajo maldito, agonizaba en las tinieblas en torno de ellos, bajo el peso de los siglos infelices, mientras se comunicaban esta esperanza de paz y de ventura.

— Tú eres mi marido; en mi existencia no hubo más que tú; y si vieras qué delicia es para mí callar tu nombre, aun amenazada... ¡guardarlo como una flor secreta y como una armadura! ¡Ah, no me compadezcas, soy muy fuerte y muy dichosa!

— Tú eres mi mujer; te amé desde la primera tarde que te encontré tan miserable, tan divina; y si callas mi nombre callaré el tuyo; será mi culto, será mi fuerza hasta la hora en que tú misma proclames nuestro amor.

— ¡Oh, Lucas, qué razonable, qué bueno eres y qué felicidad nos espera!

—Eres tú, Josina, quien me ha hecho bueno y juicioso, y porque te amparé una noche seremos felices más tarde en la dicha de todos.

Sin hablar más, quedaron abrazados un instante. La sentía temblar toda, con su vientre sagrado de mujer fecunda, cuyas sacudidas le prometían la vida futura que había sembrado en ella; y ella se apretaba contra él, como para entrar, desaparecer en el esposo; y luego volvió invencible y gloriosa á su martirio, mientras él se perdía en las tinieblas, alentado, tornando á su batalla y su victoria.

Algunas semanas después, el azar puso en manos de Fernanda el secreto de Josina. Fernanda conocía á Ragú, cuya vuelta al Abismo había hecho ruido, y al cual, desde entonces, Delaveau afectaba estimar, empujar hacia arriba, habiéndole nombrado maestro pudelador, dándole gratificaciones, apesar de su abominable conducta. Estaba Fernanda enterada del drama de los Ragú. Sin aprensión, el marido lanzaba, en voz alta, inmundas injurias contra su mujer llamándola perdida públicamente. Corría esto por los talleres: ¿De qué compañero sería el hijo de Josina? Delaveau había hablado delante de Fernanda de lo que le molestaba todo esto, pues Ragú tomaba muy mal la cosa, rabioso de celos, trabajando como un loco, ya sin tocar un útil en tres días, ya matándose con la faena, braceando el metal en fusión con furia, como quien necesita golpear y matar.

Una mañana de invierno, ausente Delaveau desde la víspera en París, donde tenía que pasar tres días, Fernanda, al desayunarse, hizo algunas preguntas á su doncella, que le servía el té con tostadas. Estaba allí Nisa tomando su taza de leche y mirando golosa el té de su madre, golosina prohibida.

—¿Es verdad, Felicia, que han vuelto á reñir los Ragú? La lavandera me ha dicho que Ragú esta vez por poco mata á su mujer.

—No sé, señora, pero puede que hayan exagerado, pues acabo de ver á Josina pasar lo mismo que otras veces.

Tras de una pausa, añadió la doncella, marchándose:

—Eso no quita que la mate el día menos pensado, pues lo dice á todo el mundo.

Volvió el silencio. Fernanda comía lentamente, sin una palabra, perdida en sus negros pensamientos, cuando Nisa, en medio de aquel pesado recogimiento de invierno, pensó en voz alta, canturreando:

—El verdadero marido de Josina no es Ragú, es el dueño de la Crécherie, ¡el señor Lucas, el señor Lucas, el señor Lucas!

Estupefacta su madre, levantó los ojos y la miró fijamente.

—¿Qué estás diciendo ahí? ¿por qué dices eso?

Nisa, asustada por haber cantado sin querer, metía la nariz en la taza haciéndose la inocente.

—Yo, por nada. No sé.

—¿Cómo que no sabes, embusterilla! No se te ha ocurrido eso porque sí; alguien te lo ha dicho, para que lo repitas.

Cada vez más aturdida, viendo las malas consecuencias del negocio, Nisa, terca y contra la evidencia, quiso insistir con la mayor frescura.

—Te lo aseguro, mamá; á veces canta una sin saber lo que dice, lo primero que se le ocurre.

Fernanda iluminada de repente:

—¿Ha sido Nanet,—dijo,—quien te ha dicho todo eso?

Sí, Nanet había sido. Pero ella, con miedo de que la riñeran si se descubrían sus nuevas escapatorias, volvió á mentir.

—¿Qué Nanet, Nanet! ¡Si no le veo desde que me lo prohibiste!

La madre, febril por el anhelo de saber, se suavizó de pronto. No pensó en castigar las escapadas de Nisa, ante el hecho importante de que quería estar segura.

—Oye, mona mía, es muy feo no decir la verdad. La otra vez te castigué porque mentiste. Ahora si dices la verdad te prometo no castigarte... Vamos, sé franca, ¿fué Nanet?

Nisa, buena niña en el fondo, respondió al punto:

—Sí, mamá, Nanet.

—¿Y te ha dicho que el verdadero marido de Josina era el señor Lucas?

— Sí, mamá.

— ¡Y él qué sabe! ¿Por qué dice eso?

Nisa, aturdida, tuvo que meter otra vez la nariz en la taza, por su inocencia de chiquilla.

— ¡Oh! por ciertas cosas, por ciertas cosas... En fin, porque él bien lo sabe.

Apesar de los deseos de enterarse, se avergonzó Fernanda de las preguntas que hacía á su hija, y no insistió más, esforzándose en deshacer el efecto de la curiosidad brutal que había demostrado.

Nanet no sabe nada; dice necedades y tú eres una tonta repitiéndolas. Vas á hacerme el favor de no cantar jamás semejantes disparates, si quieres comer postre.

Acabaron de desayunarse silenciosas, preocupada la madre, contenta la hija de haber salido bien á tan poca costa.

Fernanda pasó el día en su cuarto reflexionando, discutiendo consigo misma. Primero se preguntó si lo que Nanet decía era la pura verdad. Pero ¿cómo dudar? Quería mucho á su hermana para mentir; era que sabía, que había visto, oído. Y además, todos los pormenores reunidos hacían la historia verosímil, evidente. Después Fernanda, pensó cómo podía utilizar semejante arma que la casualidad ponía en sus manos. Confusamente todavía, ideaba ya envenenarla, hacerla mortal. Nunca había odiado más á Lucas; Delaveau sólo había ido á París á ver si negociaba un nuevo empréstito; el Abismo peligraba más cada día, y era una victoria seguramente suprimir á Lucas, que comprometía su vida de lujo y de placer. Muerto el enemigo, muerta la competencia; la derrota imposible. Con un celoso como Ragú, borracho, furioso, los sucesos podían precipitarse. Bastaría con hacerle sacar la navaja del bolsillo. Pero todo era soñar; ¿cómo realizar aquello? Avisar á Ragú, nombrarle al hombre que buscaba hacía tres meses, era el plan indicado; pero ¿cómo avisarle? Pensó en un anónimo; cortaría palabras de un periódico, las pegaría en un papel y esperaría la noche para llevar la carta al correo. Hasta empezó á cortar las palabras. De pronto le pareció el medio poco seguro, de eficacia escasa, porque un anónimo es frío, puede despreciarse. Si á

Ragú no se le hería en lo vivo, de repente, irritándole hasta la demencia, no daría el golpe. Había que meterle la verdad en el cuerpo, arrojársela al rostro en tales circunstancias que se volviera loco. ¿A quién mandar, dónde buscar el delator, envenenador? Desanimada, no encontró á nadie y la sorprendió la noche buscando en vano, febril, ya enferma, por aquella tragedia con cuyo desenlace no daba.

Al acostarse, temprano, á eso de las diez, ya había tomado una resolución. Al día siguiente haría llamar á Ragú con el pretexto de preguntarle si dejaba á su mujer venir á coser á casa algunos días; y cuando estuvieran solos, tal vez ella encontraría modo de decirselo todo. Pero tampoco esto la satisfacía; temía las consecuencias de esta revelación hecha abajo, en el gabinete de su marido ausente. Gozaba con la ausencia, todo el lecho era suyo y estiraba los miembros, fatigada por la fiebre. Se durmió al fin cansada, llena de dudas, y no dió cuenta de sí hasta las cinco; al dar el reloj esta hora, despertó de repente; boca arriba, los ojos muy abiertos en las tinieblas; volvió á sus reflexiones en el punto en que quedaban, y resolvió el problema al punto con audacia y claridad extraordinaria. Era muy sencillo, tenía que ir ella misma á la fábrica, con el pretexto ya inventado, para dejar caer la frase irreparable en el curso de la conversación. Justamente se había enterado; sabía que Ragú trabajaba aquella noche; de suerte que al ser de día, hacía las siete, podría bajar y le sorprendería en el momento en que los relevos de día reemplazaban á los de la noche. Con la fiebre ya no discutía, tenía la absoluta seguridad de poseer la solución mejor; y lo que la empujaba era menos la razón que la sensación de mujer seductora, comedora de hombres, contando con la complicitad de los seres vivos y de las cosas en circunstancias que no hubiera podido decir, pero que de seguro vendrían. ¡Qué ansiedad de cinco á siete, anhelando el día tan lento en llegar! No volvió á dormir; daba vueltas en el lecho, abrazada con el afán de correr á la cita que ella se daba; y jamás cita de amor, anhelo de voluptuosidad nueva, desconocido, delirante, la había irritado con aquellos mil agujones de fuego. No encontraba sitios fres-

cos para sus miembros; atravesada, ocupaba el lecho entero con sus nudos graciosos de culebra esbelta, la camisa se la había subido con la continua agitación, y el espeso cabello suelto le tapaba el rostro ardoroso. No cejaba en su resolución, ni quería reflexionar ni prever lo que pasaría. Nada de plan. Todo iría bien, estaba segura. Le parecía que el destino la arrastraba á sucesos necesarios que habían de ser obra suya, sin que pudiera negarse. Sólo sufría esperando, no sabiendo en qué matar los minutos, acabando por acariciarse á sí misma para aplacar un poco el fuego que le quemaba la piel. Sus manos pequeñas, largas, suaves, subían lentamente por los muslos, se detenían en el vientre, volvían á bajar, se deslizaban por todas partes con somero halago, volvían á subir, corrían á lo largo de las caderas, hasta el seno duro, donde se irritaban de pronto empuñando la carne, apretándola, con la exasperación aguda de no poder calmarse. Al fin, á las siete menos cuarto, la hora exacta que se había fijado, saltó del lecho. El frío de la alcoba la heló, y quedó muy tranquila, dueña absoluta de sí. Aunque apenas se veía, no encendió luz, ni siquiera abrió las persianas. Simplemente, se recogió el pelo y lo sujetó en la nuca; y sin corsé, se puso un holgado peinador de franela blanca que la envolvía toda y calzó pantuflas de terciopelo también blanco. Y bajó como los días que tenía que dar alguna orden temprano.

Abajo, las criadas dormían todavía, aprovechando la ausencia del amo y contando con que la señora no madrugaría. Fernanda, con precisión de movimientos extraordinarios, atravesó el despacho de su marido, abrió la puerta de la corta y estrecha galería, por la que comunicaba el despacho con las oficinas del Abismo. Los empleados no venían hasta las ocho, y el mozo encargado de barrer se paseaba fuera en la carretera con el guarda, que fumaba tranquilo su pipa. Nadie la vió; atajó por medio del patio y entró en el taller de los hornos de pudelar, sin notarlo alma nacida. Como ella creía con certeza, las circunstancias la ayudaban, las cuadrillas nocturnas acababan de marchar, y las de día aun no habían venido. Para colmo de buena suerte, Ragú, que se había retardado

con la furia del trabajo, quedaba solo, mudando de ropa. Fernanda, aunque conocía el camino, jamás se había aventurado así en este negro imperio del hierro y del carbón; le daba mucho asco tanta suciedad unida á tanta bajeza. Vaciló turbada cuando tuvo que entrar con su peinador blanco y los blancos pantufllos en el inmenso agujero obscuro del taller de pudelaje. La luz naciente apenas entraba allí; sólo dos hornos encendidos rasgaban el humo con dos rayos de astro. No sabía dónde pisar entre los cenagosos charcos, sobre el suelo ennegrecido del polvo de carbón obstruído por lingotes de hierro. Un acre olor compuesto del gas de los hornos y de emanaciones humanas le apretaba la garganta. Entró, sin embargo, y de pronto vió á Ragú que se dirigía á la barraca de tablas donde los obreros colgaban la ropa. Toda la noche había braceado el acero con furia, buscando olvido, aniquilarse, maneando el espetón como un arma con que hubiera acuchillado al mundo. Aún estaba empapado en sudor, y no traía sobre sí en aquel momento más que una camisa y un simple mandil, y antes de ponerse su traje de calle, se bebió su cuarto litro, excediéndose de su habitual ración de la noche, empuñando la botella, ébrio de vino, de fuego y de ira mal fermentada. De pronto vió á Fernanda, una mujer toda blanca, en la negrura horrible del taller; quedó tan asombrado con tal aparición, que avanzó para darse cuenta. Fernanda, reconociéndole, empuñada la botella, vaciándola, se había detenido aún más tranquila. Estaba medio desnudo, la camisa abierta por el pecho muy blanco; los brazos dejaban ver su piel hasta los hombros, la piel fina y brillante de los rojos que contrastaba con fuerza con el tono de la cara congestionada, ya cocida por el fuego. Se había dicho ella que para acercársele esperaría á que se hubiera vestido. Pero no pudo evitarle, pues él venía á ella y tuvo que tratar el asunto inmediatamente.

—Soy yo, Ragú; tengo que preguntarle una cosa, y como sabía que estaba usted aquí...

Seguía él pasmado al verla molestarse de aquel

modo viniendo á buscarle, y continuó mirándola con la boca abierta.

Ella misma, pero sólo entonces, comprendió lo absurdo de aquel paso, pero sin pensar en ello ni tratar de excusarse, fué derecha al asunto.

—Venía á preguntarle si consentirá usted que su mujer venga unos días á casa. Necesito á alguien y he pensado en ella.

Olvidó Ragú de pronto lo extraño de la visita. En una ola de ciega cólera, toda su sangre zumbó en su cráneo.

—¡Mi mujer! ¿quiere usted á mi mujer? ¡Rayo de Dios! Llévela, y quédese con ella; ¡así se muera!

Este era el furor que Fernanda esperaba. Fingió sorpresa, compasión, mucha pena.

—¿Pero, siguen ustedes reñidos? Yo creí que la había usted perdonado, que se arreglaba todo, esperando al pobrecillo que va á nacer.

—¡Perdonar, qué! —gritó Ragú bajo este nuevo latigazo con que azotaba la herida de sus celos.—Perdonar el hijo que le han hecho á esa zorra? ¡Con que el gusto para ella, mientras yo dejo aquí las asaduras!

—Claro que su mujer ha sido ligera; pero es tan joven, tan bonita y es tan natural á su edad querer divertirse y dejarse vencer por los señoritos buenos mozos que la engatusan!

Cerró él los ojos ante la ardiente visión que le evocaban, loco, rugiendo:

—¡Yo le daré á ella los señoritos que la engatusan! ¿Y quiere usted señora que perdone y que críe al bastardo que me trae en la panza, como una indecente perra que es?

Entonces Fernanda fingió mucho asombro, lo soltó todo con aire de perfecta inocencia.

—Pero entonces, ¿qué es lo que me han dicho? Yo creía la cuestión del niño arreglada. ¿No se quedó en que el padre cargara con él?

—¿Cómo cargar?

—¡Pues claro, el dueño de la Crèche, ese señor Lucas, en fin, el padre.

—¿Cómo el padre?

Ragú, estúpido, sin comprender, se había acercado

y adelantaba la cara sudorosa, ardiente, hasta tocar casi el rostro delicado de Fernanda, aquella boca fresca de donde salían cosas tan extrañas.

—¿De modo que no es verdad? ¿No sabe usted nada? ¡Dios mío, cuánto siento haber hablado! Me habían dicho que estaba usted de acuerdo con el señor Lucas, que su mujer se quedaba con usted á condición de que él se llevara el niño, ya que era suyo.

Un temblor agitaba á Ragú, sus ojos iban siendo los de un loco, y seguía adelantando la mandíbula convulsa. Y furioso, rugió perdiendo todo respeto, pues ya no había allí más que una hembra y un macho.

—¿Qué es eso que me cuentas? ¿por qué has venido á contarme eso? Querías plantármelo en las narices; lo del señor Lucas que ha dormido con mi mujer; y es muy posible, de seguro, es cierto, porque ahora veo claro y todo se explica. No tengas miedo, al señor Lucas ya le contaré un cuento; de ese me encargo yo... Pero, ¿y tú? dí. ¿Por qué has venido? ¿Por qué has hecho eso?

Y le echaba en la cara un aliento tan terrible, que se asustó ella comprendiendo que se hacía dueño de la situación, que toda su destreza de mujer seductora no podría nada con esta fiera en libertad. Quiso batiarse en retirada:

—Pierde usted la razón, Ragú; ya volverá usted, ya hablaremos, si quiere, cuando esté más tranquilo.

De un brico la estorbó el paso.

—¡No, no! Oye, tengo que decirte...

Con el miedo, descuidaba ella el peinador mal ceñido y veía él un poco de su seno, suave como seda. Sobre todo, la adivinaba desnuda, sin corsé, sin enaguas, envuelta apenas en el vestido flotante que podría desgarrar de un solo movimiento de sus manos rudas; y olía bien, como si trajera consigo todavía el ambiente del lecho, húmeda, perfumada. Acababa de volverle loco lo extraño de su visita; la carne blanca, la mujer de blanco toda que caía en su negro infierno de rojas llamas.

—Atiende; tú lo has dicho. Los señoritos guapos cortejan á nuestras mujeres y les hacen hijos... entonces, ¿qué te parece? justo es que les paguemos en

igual moneda y que á veces les toque la china á sus mujeres.

Había ella comprendido; la empujaba hacia la barraca de tablones, inmundo ropero, agujero de tinieblas que tenía en un rincón harapos amontonados. También ella perdió la cabeza, se defendió, rebelde, aterrada al acercarse el monstruoso abrazo.

— ¡Déjame ó grito!

— Que has de gritar; de fijo no llamarás gente, tú perderías más que nadie.

Y seguía empujándola brutalmente, haciendo avanzar la mandíbula, las duras manos ya sobre ella. Un vaho de fiera brotaba de él, de su piel blanca que ella veía tras la entreabierta camisa. Su rabioso trabajo de noche, el sudor de que le había inundado, le empapaba, febril todavía, la sangre como cocida por el horno con calor de brasa acumulado en sus venas. Fernanda se sentía desfallecer en aquella hoguera abominable, arrebataada, subyugada, sin valor ya para pedir socorro.

— ¡Le juro á usted que grito si no me suelta!

Pero él no hablaba, apretaba los dientes, en un frenesí en que la necesidad de sangre vertida acababa en este celo, en ese afán de violación. El último empujón la hizo caer sobre los andrajos amontonados, en el rincón infecto, lecho de ignominia. Con ambas manos había arrancado el peinador, rasgado la camisa; la tenía desnuda, la aplastaba, la quería inmóvil para evitar los arañazos. Un furor sombrío se había apoderado de ella. Se defendía también como una fiera, en silencio; le arrancaba el pelo, le mordía el pecho y procuraba mutilarle, mientras él seguía rugiendo.

— ¡Zorras, zorras! ¡todas zorras!

De pronto dejó ella de defenderse. Una onda de abominable voluptuosidad, ola de espantosa embriaguez llegaba á su carne en un escalofrío y aturdimiento que sumergían su voluntad y la entregaban jadeante, delirante. Y esta voluptuosidad afrentosa la producía la misma abyección en que caía; el lecho innoble, aquel retiro obscuro, apestado, el olor salvaje de aquel animal rabiado de piel sudorosa, de sangre quemada por el horno; en fin, el horror sombrío

del Abismo, del monstruo que tragaba existencias, cuyas tinieblas atravesadas por llamas le producían un vértigo infernal. La vil curiosa, la perversa que había en ella, tan poco halagada por su marido y por su amante insípido, tocaba allí el fondo de la sensación. Ya consentía. Devolvió el abrazo de la bestia, ébria en su espasmo, jamás sentido, que la hizo gritar de placer loco, como la hembra á quien revienta el macho en el fondo de la selva.

Ragú, al punto, se había puesto en pie. Como el jabalí en su cubil daba vueltas, rugía vistiéndose de prisa. La chaqueta había caído debajo de Fernanda y la empujó con el pie como un estorbo. Dos veces más para buscar algo la zarandéo con el pie, pensando solo en lo que había perdido, y á cada patada gruñía:

— ¡Puerca! ¡puerca! ¡puerca!

Apenas vestido, encontró lo que buscaba. Era su navaja que se le había caído del bolsillo, y estaba debajo de Fernanda. En cuanto cogió la prenda, se fué á escape lanzando el último rugido.

— ¡Ahora, al otro! ¡Voy á ajustarle las cuentas!

Fernanda, entre la ropa vieja, seguía en un espasmo, inerte, aniquilada por la violencia de la sensación, los brazos convulsos cruzados sobre la cara. Sola ya, después de un rato, se levantó con trabajo, recogió el pelo, se envolvió como pudo en los pedazos de su peinador. Y tuvo la extraordinaria suerte de volverse como había venido, sin encontrar á nadie, deslizándose por las salas desiertas. Por fin, en su alcoba, se creyó salvada. ¿Pero que hacer de la ropa desgarrada, manchada, inmunda? Los pantuflos de terciopelo blanco estaban negros del todo, el peinador de franela blanca tenía manchas de aceite, de carbón; la camisa, desgarrada, señales innobles. Se decidió, hizo un lío con aquella ropa que nadie había de ver y la ocultó bajo un mueble para quemarla, después, como el asesino que vuelve con el vestido cubierto de sangre. Luego, después de ponerse una camisa limpia, se acostó otra vez. Quiso olvidarlo todo, incapaz de tenerse de pie, con anhelo de dormir, huyendo del minuto inaudito que acababa de pasar. Pero en vano mudó de camisa, el olor de bestia humana lo tenía

en la piel, entre el cabello guardaba el soplo de embriaguez que la había embargado. Tuvo que volver á vivir el minuto; rumió y rumió la voluptuosidad terrible entre el vaho que le impregnaba la carne, que tenía hasta en las uñas. No venía el sueño; estaba boca arriba inmóvil, sepultada bajo la ropa, con los ojos cerrados, apretadas las manos, presa de furioso recuerdo que la sacudía, que la quemaba con el continuo volver de aquel placer ignorado, atroz, con que no podía saciarse. Pasaban las horas y no se movía; era la caída inexorable y deliciosa de un vértigo sin fin.

A eso de las diez, Felicia, la doncella, entró en el cuarto asombrada de que la señora no hubiese llamado todavía; y más impaciente porque acababa de saber una gran noticia que traía revuelto el barrio.

—¿Está mala la señora?— Como no le respondieron, esperó un instante, y después se dirigió hacia la ventana para abrir las persianas según costumbre, pero un murmullo que venía de la obscuridad del lecho la detuvo.

—¿Es que quiere la señora seguir descansando?

Tampoco hubo respuesta. Y Felicia, que ardía en deseos de dar la gran noticia, se decidió apesar de todo.

—¿No sabe la señora? Un gran silencio llenaba la obscura alcoba. Un vago aliento salía del lecho, la vida ardiente decuplada, oculta allí bajo la sofocación acre de las sábanas.

—Pues es el caso, que un obrero del Abismo, el tal Ragú, ya sabe usted, acaba de matar de una cuchillada al señor Lucas, el dueño de la Crécherie.

Fernanda, como movida por un resorte, quedó sentada en el blanco lecho, despeinada, desnudo el seno entre la ropa descompuesta.

—¡Ah!— dijo simplemente.

—Sí señora, le ha metido la navaja por detrás, entre los hombros. Dicen que fué por causa de su mujer. ¡Vaya una desgracia!

Fijos los ojos, distraídos como si viesen lo invisible, el seno palpitante, toda la carne en tensión del espasmo, que seguía, Fernanda permanecía inmóvil, casi á obscuras.

—Está bien,—dijo al fin;—déjame dormir.

Y después que la doncella volvió á cerrar suavemente la puerta, el ama se dejó caer otra vez en el desordenado lecho, se volvió hacia la pared, otra vez inmóvil. Ahora un sabor atroz de sangre se mezclaba al olor de fiera que la envolvía, y una excitación monstruosa del crimen entró en su placer. Creyó morir por la violencia de la sensación, aguda, semejante á un hierro cuya punta removiera los pliegues secretos más delicados de la voluptuosidad. Era lo inolvidable, la dicha, el espanto, el triunfo, toda la criatura nerviosa envuelta en un paroxismo de excitación, que no había conocido jamás, que no volvería á conocer, y horas y horas pasó olvidada de todo en el fondo de las tinieblas del lecho ardiente, la cara contra la pared, como si no quisiera volver á la vulgar vida cotidiana, para rumiar á lo infinito aquel placer execrable.

Eran cerca de las nueve, en la escasa claridad pálida de la mañana de invierno, cuando Lucas fué herido. Acababa de hacer según costumbre su visita matinal á las escuelas, y Ragú, que estaba en acecho detrás de un macizo de boneteros, se lanzó sobre él y le clavó la navaja entre los hombros, cuando llegaba al umbral sonriendo á unas niñas que le salían al encuentro. Lanzó un grito y cayó, mientras el asesino huía y llegaba á la falda de los Montes Bleuses, desapareciendo entre las peñas y la maleza. No estaba allí Soeurette ocupada en la lechería al otro lado del parque. Las niñas aterradas escaparon también pidiendo socorro, gritando que Ragú acababa de matar al señor Lucas. Pasaron algunos minutos antes de que algunos obreros de la fábrica las oyeran y pudieran levantar la víctima, desmayada por la fuerza del golpe. Un charco de sangre manchaba ya las escaleras, rojas, como bautizadas, del ala derecha de la Casa Comunal, donde se encontraban las escuelas. Ni se pensó en perseguir á Ragú, que corría, ya muy lejos.

Lucas, á quien los obreros iban á dejar en una sala próxima, saliendo de su desmayo, les suplicó con voz débil:

—No, no; á mi casa, amigos.

Se le obedeció, y le transportaron en una camilla á su pabellón, Gran trabajo costó colocarle en su lecho, y con la fuerza del dolor volvió á perder el sentido.

Llegó Soeurette, avisada por una niña, mientras un obrero corría á Beauclair para traer al doctor Novarre. La joven, al ver á Lucas, tendido, pálido, cubierto de sangre, le creyó muerto; se dejó caer ante el lecho, junto á sus rodillas, presa de un dolor tan vivo que el secreto de su amor se le escapaba. Le había cogido una de las manos inerte y la besaba; y entre sollozos, balbuciente, decía su pasión combatida, sepultada en el fondo de su sér. Le llamaba su único cariño, su solo bien. Perdiéndole, perdía su propio corazón; no amaría más, no viviría más. Desesperada, no echaba de ver que Lucas, empapado en sus lágrimas, había vuelto en sí y la oía con infinito afecto y tristeza infinita.

Y murmuró con voz ligera como un hálito:

—Me ama usted. ¡Oh! ¡pobre, pobre Soeurette!

Pero á ella, solo atenta á la placentera sorpresa de verle vivo todavía, no le pesó de su confesión, satisfecha más bien de no mentirle más, segura como estaba de amarle lo bastante para que su amor jamás le hiciera sufrir.

—Si le amo, Lucas, pero en mí no hay que pensar. Viva usted y eso me basta. Su dicha no me dá pena. Viva usted, viva usted Lucas, yo seré su criada. En este momento trágico, ante la muerte que él creía cercana, tal descubrimiento, este amor tan mudo, tan absoluto, envolviéndole, acompañándole como ángel custodio, era de una inmensa suavidad penetrante y dolorosa.

—Pobre, pobre Soeurette.

—¡Oh! Mi divina y triste amiga,—murmuró otra vez con voz desfallecida. Se abrió la puerta y entró el doctor Novarre muy inmutado. Al punto quiso examinar la herida ayudado por Soeurette cuyas cualidades de enfermera conocía. Hubo un gran silencio, un momento de angustia indecible. Después un consuelo inesperado, un enternecimiento de esperanza. La navaja había encontrado el omóplato y se había desviado, no alcanzando ningún órgano importante, no desgarrando más que la carne. Pero la herida era

horrible, el hueso debía de haberse roto, lo cual podría traer complicaciones. Si bien no había ningún peligro inmediato, la convalecencia sería muy larga de fiar: pero así y todo, ¡qué alegría ver la muerte alejada! Lucas tenía cogida la mano de Soeurette y su dicha le hacía sonreír débilmente.

Y preguntó:

—¿Y mi querido Jordán, lo sabe?

—No, nada todavía; se ha encerrado hace tres días en su laboratorio. Pero voy á traerle... ¡Ay! amigo mío, que feliz me hace la seguridad que nos dá el doctor.

Embelesada, dejaba su mano en la del herido cuando la puerta se abrió otra vez. Entró Josina. Corría á la primer noticia del crimen trastornada, loca. Se cumplía lo que ella temía. Algún miserable había entregado su querido secreto y Ragú acababa de matar á Lucas, el esposo, el padre. Acabada estaba su vida, ya nada tenía que ocultar; allí moriría, en su casa.

Al reconocerla, Lucas lanzó un ligero grito. Había soltado con prisa la mano de Soeurette y tendía ambos brazos.

—¡Ah! ¡Josina, eres tú, vuelves á mí!

Y, como, tambaleándose, pesada, por causa de su maternidad muy avanzada, se desplomaba ella sobre el borde del lecho, comprendió su angustia mortal y la tranquilizó.

—Vuelve á mí, con el hijo querido, Josina y no te atormentes; viviré, el doctor lo asegura, viviré para los dos.

La vida volvió á ella en un gran suspiro. ¡Dios mío! ¿Se cumplía, pues, el invencible anhelo, lo que ella esperaba de la vida que parece tan dura y que cumple lo necesario? ¡Viviría él; y aquella espantosa puñalada los había reunido para siempre!

—Sí, sí, vuelvo á tí Lucas, volveremos á tí, y esto se ha acabado; ya nunca nos separaremos, puesto que ya nada tenemos que ocultar... Acuérdate que te había prometido volver cuando me necesitaras; cuando no fuese estorbo sino ayuda; con este hijo querido, lazo que nos dará una fuerza nueva.... Todos los de-

más lazos están rotos, yo soy tu mujer ante todos, mi sitio está aquí, á tu cabecera.

La alegría hizo llorar á Lucas.

— ¡Ay! ¡querida Josina, el amor y la ventura entran contigo!

Pero de pronto, se acordó de Soeurette. Levantó los ojos y la vió al otro lado del lecho en pie, un poco pálida, pero sonriendo. Con ademán cariñoso, volvió á tomarle la mano.

— Mi buena Soeurette, era un secreto que tuve que ocultar á usted.

Tras un ligero temblor, dijo ella con sencillez:

— ¡Oh! Yo lo sabía; había visto á Josina una mañana salir de casa de usted.

— ¡Cómo! ¡Lo sabía usted!

Lo adivinó todo y sintió una lástima, una admiración, una ternura infinita. Aquel amor que renunciaba, mostrádo en afecto sin fin, en el don de la vida entera, le conmovía, le exaltaba como acto del más elevado, del más puro heroísmo. Quedo, casi al oído, añadió ella:

— No tema usted, Lucas; lo sabía, nunca seré más que la más fiel y fraternal amiga.

— ¡Ah! Soeurette, repitió él con voz apenas perceptible; — ¡ah! ¡divina y triste amiga!

Viéndole tan fatigado, el doctor Novarre intervino y le prohibió en absoluto hablar.

Sonreía discretamente el amable doctor, al enterarse de todo aquello. Le parecía muy bien que su herido tuviese una hermana y una mujer para cuidarle; pero había que ser razonable; no llamar la fiebre con tanta emoción. Lucas prometió ser muy juicioso, no hablando más, contentándose con mirar cariñoso á Josina y Soeurette, sus dos ángeles, uno á la derecha y otro á la izquierda de su lecho.

Hubo un silencio prolongado. La sangre del apóstol había corrido; aquel era el calvario, la pasión de donde iba á salir el triunfo. Vió acercarse á las dos mujeres en torno suyo y el herido volvió á abrir los ojos para sonreirlas. Luego, al dormirse murmuraba:

— Por fin el amor ha venido; ahora venceremos.

V

Hubo complicaciones que pusieron á Lucas en gran peligro. Durante dos días se le creyó muerto. Josina y Soeurette no se apartaban de su cabecera. Jordan se pasaba las horas sentado junto al lecho del dolor, abandonando su laboratorio, lo cual no había hecho desde la enfermedad de su madre. Desesperados aquellos tres corazones cariñosos, á cada momento temían recibir el último suspiro del sér querido.

La puñalada con que Ragú había herido á Lucas había conmovido á la Crécherie. En los talleres, á pesar del duelo, continuaba el trabajo; pero á cada instante se pedían noticias; todos los obreros se sentían solidarios, unidos á la víctima por el mismo afecto. El crimen absurdo, la sangre que había corrido, estrechaba el lazo fraternal más que varios años de experiencia humanitaria. Y hasta en Beauclair se había hecho sentir la simpatía; muchos se reconciliaban con aquel mozo tan joven todavía, tan guapo, tan activo, cuyo único crimen, á parte de su empresa de justicia, era haber amado á una mujer adúltera á quien su marido abrumaba con injurias y golpes. En suma, nadie se escandalizaba de ver á Josina, muy adelantada en su embarazo, instalarse junto á Lucas agonizante. Parecía esto muy natural. ¿No era él el padre de aquel hijo? ¿No habían comprado los dos á costa de sus lágrimas el derecho de vivir juntos? Además, los gendarmes que perseguían á Ragú no habían encontrado ningún rastro, todas las pesquisas de quince días habían sido vanas; y el drama parecía desenlazado con el hallazgo del cadáver de un hom-

más lazos están rotos, yo soy tu mujer ante todos, mi sitio está aquí, á tu cabecera.

La alegría hizo llorar á Lucas.

— ¡Ay! ¡querida Josina, el amor y la ventura entran contigo!

Pero de pronto, se acordó de Soeurette. Levantó los ojos y la vió al otro lado del lecho en pie, un poco pálida, pero sonriendo. Con ademán cariñoso, volvió á tomarle la mano.

— Mi buena Soeurette, era un secreto que tuve que ocultar á usted.

Tras un ligero temblor, dijo ella con sencillez:

— ¡Oh! Yo lo sabía; había visto á Josina una mañana salir de casa de usted.

— ¡Cómo! ¡Lo sabía usted!

Lo adivinó todo y sintió una lástima, una admiración, una ternura infinita. Aquel amor que renunciaba, mostrádolo en afecto sin fin, en el don de la vida entera, le conmovía, le exaltaba como acto del más elevado, del más puro heroísmo. Quedo, casi al oído, añadió ella:

— No tema usted, Lucas; lo sabía, nunca seré más que la más fiel y fraternal amiga.

— ¡Ah! Soeurette, repitió él con voz apenas perceptible; — ¡ah! ¡divina y triste amiga!

Viéndole tan fatigado, el doctor Novarre intervino y le prohibió en absoluto hablar.

Sonreía discretamente el amable doctor, al enterarse de todo aquello. Le parecía muy bien que su herido tuviese una hermana y una mujer para cuidarle; pero había que ser razonable; no llamar la fiebre con tanta emoción. Lucas prometió ser muy juicioso, no hablando más, contentándose con mirar cariñoso á Josina y Soeurette, sus dos ángeles, uno á la derecha y otro á la izquierda de su lecho.

Hubo un silencio prolongado. La sangre del apóstol había corrido; aquel era el calvario, la pasión de donde iba á salir el triunfo. Vió acercarse á las dos mujeres en torno suyo y el herido volvió á abrir los ojos para sonreirlas. Luego, al dormirse murmuraba:

— Por fin el amor ha venido; ahora venceremos.

V

Hubo complicaciones que pusieron á Lucas en gran peligro. Durante dos días se le creyó muerto. Josina y Soeurette no se apartaban de su cabecera. Jordan se pasaba las horas sentado junto al lecho del dolor, abandonando su laboratorio, lo cual no había hecho desde la enfermedad de su madre. Desesperados aquellos tres corazones cariñosos, á cada momento temían recibir el último suspiro del sér querido.

La puñalada con que Ragú había herido á Lucas había conmovido á la Crécherie. En los talleres, á pesar del duelo, continuaba el trabajo; pero á cada instante se pedían noticias; todos los obreros se sentían solidarios, unidos á la víctima por el mismo afecto. El crimen absurdo, la sangre que había corrido, estrechaba el lazo fraternal más que varios años de experiencia humanitaria. Y hasta en Beauclair se había hecho sentir la simpatía; muchos se reconciliaban con aquel mozo tan joven todavía, tan guapo, tan activo, cuyo único crimen, á parte de su empresa de justicia, era haber amado á una mujer adúltera á quien su marido abrumaba con injurias y golpes. En suma, nadie se escandalizaba de ver á Josina, muy adelantada en su embarazo, instalarse junto á Lucas agonizante. Parecía esto muy natural. ¿No era él el padre de aquel hijo? ¿No habían comprado los dos á costa de sus lágrimas el derecho de vivir juntos? Además, los gendarmes que perseguían á Ragú no habían encontrado ningún rastro, todas las pesquisas de quince días habían sido vanas; y el drama parecía desenlazado con el hallazgo del cadáver de un hom-

bre, en el fondo de un barranco de los Montes Bleuses, medio comido por los lobos. En él se creía reconocer los restos horribles de Ragú. No pudo declararse oficialmente la defunción, pero arraigó la leyenda de que Ragú había muerto, ó por un accidente ó por un suicidio, en la locura furiosa de su crimen. Y si Josina estaba viuda ¿por qué no había de vivir con Lucas y porqué los Jordan no habían de aceptarlos en su casa? Y su unión era tan natural, tan fuerte, tan indisoluble, en adelante, que ni aún más tarde pensó nadie en recordar que no estaban casados legalmente.

Al fin en una hermosa mañana de Febrero, de claro sol, el doctor Novarre creyó poder responder de Lucas; y en efecto, pocos días después estaba en plena convalecencia. Jordan, muy contento, había vuelto á su laboratorio. Solo quedaban allí Scurette y Josina, muy cansadas por las malas noches anteriores, pero muy felices. Josina sobre todo, que no había querido cuidarse, á pesar de su estado, sufría mucho sin querer decirlo. Y también fué una mañana de sol de primavera, cuando los dolores, cuyas crisis disimulaba desde que se había levantado, le arrancaron un bébil grito, mientras presenciaba el primer almuerzo de Lucas, el primer huevo permitido por el doctor.

—¿Qué tienes, Josina mía?

Continuaba ella luchando, pero tuvo que rendirse.

—¡Oh! Lucas, creo que ha llegado el momento.

Comprendió él, sintió una viva alegría mezclada de inquietud al verla palidecer y vacilar.

—¡Josina, Josina; á tí te toca ahora sufrir, mas ¡para un resultado tan seguro, para una dicha tan grande!

Scurette acudió desde el saloncillo próximo; y en seguida habló de hacer llevar á Josina á otra parte, porque allí no había donde acostarse. Pero Lucas suplicaba diciendo:

—No, amiga mía, no me lleve usted á Josina. Voy á estar con una terrible ansiedad... A ver como nos arreglamos, puede ponerse una cama en el salón.

Tendida en una butaca, Josina, sacudida por grandes dolores, había hablado también de marcharse.

Pero sonrió dando la razón á Lucas. ¿Cómo dejarla ahora? ¿no iba el hijo querido á remachar su unión indisoluble? Ya consentía Scurette, cuando entró el doctor Novarre que venía á hacer su visita ordinaria.

—Vamos, llego á tiempo,—dijo alegre.—Ahora tengo dos enfermos. Pero si el papá ya no me inquieta, la mamá tampoco. Van ustedes á verlo.

En algunos minutos, todo quedó organizado. Había en el salón un gran diván que se arrastró hasta el medio de la habitación. Se trajo un colchón y se hizo una cama. Tiempo era; el parto vino en seguida con rapidez y felicidad extraordinarias. El doctor seguía riendo, bromeando y sentía no haberse quedado en casa pues la cosa iba tan bien. Por exigirlo Lucas se había dejado de par eu par la puerta que separaba la alcoba del salón; y clavado todavía en su lecho, sentado, escuchaba ansioso, anhelando oír, comprender. Preguntaba á cada minuto, ardía en deseos de saber algo. Los menores lamentos de la mujer querida que padecía tan cerca sin que él pudiera verla, le oprimían el corazón. Deseaba que respondiera ella misma; una sola palabra para estar seguro; y tenía ella valor para decir palabras entrecortadas, débiles, procurando parecer alegre, ocultar el temblor de la voz.

—Hombre, esté usted tranquilo y déjenos en paz—dijo el doctor.—¡Cuando se le dice que es una maravilla, y que jamás un hombrecito se ha presentado tan bien! ¡Porque ya lo sabe usted; será hombre de seguro!

De pronto, sonó un grito ligero, el grito de la vida, una voz nueva que ascendía entre la luz.

Lucas, inclinado, todo su sér tendido hacia el acontecimiento que se realizaba, oyó el grito y sintió el corazón latir con alegría.

—¿Un hijo, un hijo?—preguntó aturdido.

—¡Espere usted!—respondió Novarre riendo.—No tenga tanta prisa. Hay que verlo.

Casi al punto, añadió:

—¡Pues, si señor, cierto; es un niño, un hombrecillo, lo que yo había dicho!

Lucas entonces rebotando alegría, batió palmas como un niño y gritó cuanto pudo:

—¡Gracias, gracias Josina! ¡gracias por el regalo!  
¡Gracias te digo! ¡y cuánto te quiero, Josina!

No pudo ella responder en seguida porque el dolor y el cansancio la tenían sin voz. Inquieto ya, repitió él:

—Te amo, Josina y te doy gracias.

Tendido el oído hacia la puerta pudo oír una voz muy débil, como un sopló, pero feliz y deliciosa:

—¡Yo sí que te doy las gracias, Lucas; yo sí que te quiero!

Algunos minutos después Sœurette llevó el niño al padre para que lo besara. Era su amor tan puro, que ella también estaba radiante por toda aquella dicha, gozando una alegría sublime con la ventura de Lucas. Después de besar al niño la dijo cariñoso alegre:

—¡Sœurette, amiga mía, tengo que besarla á usted también; bien lo merece ¡y estoy yo tan contento!

Y en el mismo tono respondió ella:

—¡Corriente, querido Lucas, béseme usted, todos somos muy felices!

Durante las semanas siguientes se gozó el placer de la doble convalecencia. En cuanto el doctor permitió á Lucas levantarse, quiso éste pasar una hora en una butaca junto á Josina, todavía acostada. Una primavera precoz llenaba la estancia de sol; siempre había sobre la mesa un manojo de rosas admirables que el doctor traía todos los días de su jardín, como receta, decía, de juventud, salud y belleza. Entre los convalecientes estaba la cuna de Hilario, el hijo que criaba la madre. Era el niño, sobre todo, quien ahora hacía florecer su existencia con más fuerza y esperanza. Repetía Lucas en sus continuos proyectos para el porvenir mientras esperaba poder volver á su empresa, que en adelante estaba tranquilo, seguro de fundar la Ciudad de justicia y de paz, pues tenía el amor, el amor fecundo, Josina y su Hilario. Nada se funda sin el hijo que ensancha y propaga la vida, y continúa el hoy con el mañana. La pareja que engendra es la que trabaja en la dicha humana, la que salvará á los pobres hombres de la iniquidad y de la miseria.

La primera vez que Josina, ya en pie, pudo comenzar su nueva existencia junto á Lucas, éste la estrechó en sus brazos exclamando.

—¡Ah, tú no eres más que mía, nunca has sido más que mía, pues tú hijo es mío! ¡Henos aquí completos, ya no tememos nada de la suerte!

En cuanto Lucas pudo encargarse otra vez de la dirección de la fábrica, la simpatía que llegaba de todas partes aumentó maravillosamente, pero no solo el bautismo de sangre determinó el buen éxito de la Crécherie; hubo además un feliz hallazgo; volvió á ser la mina fuente de enorme riqueza, pues se volvió á dar con los filones considerables de excelente mineral que daban la razón á Morfain. Se produjo desde entonces hierro y acero tan baratos y tan buenos, que el Abismo se vió amenazado hasta en su fabricación de objetos finos y caros. Toda competencia se hacía imposible. Además, el gran empuje democrático multiplicaba doquiera las vías de comunicación, la extensión sin fin de los ferrocarriles, la construcción decuplada de puentes, edificios, ciudades enteras en que el hierro y el acero se empleaban en proporción prodigiosa, creciente, sin cesar. Desde los primeros Vulcanos que habían fundido el hierro en un agujero para forjar armas y defenderse y conquistar el dominio de hombres y cosas, el empleo del hierro no había hecho más que aumentar; el hierro acabaría por ser mañana la fuente de la justicia y de la paz, cuando la ciencia lo hubiera conquistado definitivamente produciendo casi de balde, plegándolo á todos los usos.

Pero sobre todo lo que determinó la prosperidad, el triunfo de la Crécherie, fueron las razones naturales, una administración mejor, más verdad, más equidad, más solidaridad. Llevaba en sí misma su buen éxito desde el día en que había sido creada por el sistema transitorio de una prudente asociación entre el capital, el trabajo y la inteligencia; y los días difíciles que acababa de atravesar, los obstáculos de todas clases, las crisis que se había creído mortales, eran simplemente los vaivenes inevitables del camino en los primeros días de marcha en que se trata de no sucumbir, si se quiere llegar al fin. Y ahora se veía

que la Crèche siempre había tenido fuerza, savia para las recolecciones futuras.

Era una lección de las cosas que iba á convencerse poco á poco á todos. No cabía negar la fuerza de tal asociación al ver los beneficios crecer, y que los obreros de la Crèche, ganaban ya el doble que los de otras fábricas. Había que reconocer que el trabajo de ocho horas, de seis, de tres, el trabajo agradable por la diversidad de tareas, en talleres claros y alegres, con máquinas que podían guiar niños, era fundamento de la sociedad futura. Los míseros asalariados de ayer, se volvían sanos, inteligentes, alegres, amables. La cooperación, necesaria, suprimía los intermediarios parásitos, el comercio en que se perdían tanta fuerza y riqueza; y así, los Almacenes Generales funcionaban sin choques decuplando el bienestar de los hambrientos de ayer, colmándolos de los goces reservados antes á los ricos. Había que creer en los prodigios de la solidaridad que debe hacer de la vida una fiesta continua para todos, al ver las reuniones de la Casa Comunal, futuro palacio real del pueblo, con sus bibliotecas, museos, salas de espectáculos, jardines, juegos y diversiones. ¿Como, en fin, no renovar la instrucción y la educación, no fundándolos en la pereza, sino en el afán de saber, haciendo el estudio agradable, dejando á cada cual su energía y reuniendo los sexos, si las escuelas prosperaban tanto, sin exceso de libros, mezclando lecciones y recreos al aprendizaje profesional? El ejemplo de la Crèche se hacia contagioso. No eran teorías, eran hechos; se iban ganando hombres y terrenos del contorno; nuevos obreros se presentaban en masa, nuevas construcciones brotaban doquiera. En tres años dobló la población de la Crèche; la progresión se aceleraba. Era la ciudad soñada, la ciudad del trabajo reorganizado, otra vez noble; la ciudad futura de la dicha conquistada, camino de ser metrópoli. Los talleres, todas las construcciones, crecían, cubrían hectáreas; y las casitas claras y alegres entre verdes jardines se multiplicaban. Esta ola avanzaba hacia el Abismo, amenazaba sumergirle. Tiempo atrás, había ancho espacio entre ambas fábricas, los terrenos incultos que Jordán poseía en la falda de los Montes Bleuses.

Ahora las últimas casas de la Crèche llegaban á doscientos metros del Abismo. La ola que iba á batir contra él ¿no le cubriría, no le arrastraría, reemplazándole con su triunfal alegría y salud floreciente? También el viejo Beauclair estaba amenazado. Un extremo de la ciudad naciente marchaba hacia él, iba á barrer el negro y pestífero lugarón obrero, nido de dolor en que agonizaba el salario. A veces Lucas, el fundador de la ciudad, la miraba crecer haciendo salir del suelo el Beauclair de mañana la mansión feliz. Todo Beauclair se conquistaría de monte á monte, las gargantas de Brías se llenarían de casas alegres, entre verdores, llegando á los campos inmensos, fértiles de la Rumaña. Faltaban años, pero él ya veía la ciudad futura.

Una tarde, Bonnaire le trajo á Babette, la mujer de Bourron, que le dijo, siempre alegre:

—Pues, señor Lucas, el caso es que mi marido quisiera volver á la Crèche. Pero como se marchó de tan mala manera, no se atreve á venir... y vengo yo.

Bonnaire añadió:

—Hay que perdonar á Bourron á quien el desgraciado Ragú dominaba... No es malo, es débil, y podremos salvarlo.

—¡Venga Bourron! —gritó Lucas alegre. —No quiero la muerte del pecador, al contrario. Muchos se abandonan pervertidos por los compañeros. Bourron servirá de ejemplo.

Nunca se había sentido más feliz; la vuelta de Bourron le pareció decisiva, aunque el obrero ya valía poco. Pero rescatarle, salvarle, era una victoria sobre el salario. Y además, otra casa para su pueblo, una ola tras otras olas haciendo subir la marea que había de llevarse el mundo viejo.

Otra tarde vino Bonnaire pidiéndole que admitiera á otro obrero del Abismo, pero no insistió por lo poco que valía su recomendado.

Es el pobre Fauchard que se decide. Ya recordará usted que anduvo dando vueltas para venir varias veces. No podía resolverse á nada, tenía escoger, abrumado, entontecido, aniquilado por el trabajo. No

es un hombre, es una rueda desvencijada... Temo que no podamos hacer nada de él.

Lucas recordaba sus primeros días en Beauclair.

—Sí, ya sé; tiene una mujer, Natalia ¿no es eso? que se queja mucho, y que siempre anda á caza de quien la fie. Y tiene un cuñado, Fortunato, que no tenía todavía diez y seis años, muy pálido, pasmado, víctima ya del trabajo maquinal y antes de tiempo ¡infelices!... Pues bien, que vengan todos ¿por qué no? Será un ejemplo más, si podemos hacer de Fauchard un hombre, libre y contento!

Y añadió alegre:

—Una familia más, una casa más. Bonnaire ¿lo vé usted? esto se va poblando, caminamos hacia la gran ciudad de que le hablé desde el primer día en que usted no quería creer. ¿Se acuerda? me seguía usted por gratitud... ahora ¿está usted convencido?

Bonnaire con algún embarazo, tras de una pausa dijo con franqueza:

—¿Cuándo se convence uno del todo? Hay que tocar los resultados con la mano. La fábrica prospera sin duda, crece nuestra sociedad, el obrero vive mejor, hay algo más de justicia y de felicidad; pero usted conoce mis ideas: todo esto es todavía el salario maldito; no veo que se realice la sociedad colectivista.

Sólo como teórico se defendía. No soltaba sus ideas, pero tenía fe admirable en el trabajo, y gran valor y actividad. Era el héroe obrero; el verdadero jefe que había decidido de la victoria de la Crécherie dando á los compañeros un paternal ejemplo de solidaridad. Cuando se presentaba en los talleres, tan alto, tan fuerte, tan honrado, todos le alargaban la mano. Ya estaba más convencido de lo que decía; muy contento viendo á los camaradas sufrir menos, gustar de todo, morar en sanas viviendas, rodeadas de flores. Ya no moriría sin ver cumplido el anhelo de toda su vida, que hubiese menos miseria y más equidad.

—Sí, sí, dijo Lucas riendo, —la sociedad colectivista la realizaremos, y algo mejor; y si no somos nosotros, serán nuestros hijos, los hijos queridos que criamos para eso... Confianza, Bonnaire; el porvenir es nuestro, pues nuestra ciudad crece, crece sin cesar.

Y con un ademán mostraba, entre los árboles nuevos, los techos de las casas con azulejos de colores que alegraba el sol poniente. Y siempre volvía á las tales casas, como vidas que su aliento parecía sacar de la tierra y que veía realmente en marcha, cual un ejército pacífico que iba á sembrar el porvenir sobre las ruinas del viejo Beauclair y del Abismo.

Pero había más, no hubiera bastado este triunfo; lo decisivo era que también el pueblo aldeano, en Combettes, triunfaba á su vez con el esfuerzo común, el lazo entre la aldea y la fábrica. Allí también se estaba empezando, pero ¡qué promesa de prodigiosa fortuna! Desde el día en que el alcalde Lenfant y el adjunto Ivonnot, reconciliados, habían hecho á todos juntar sus tierras en un dominio de centenares de hectáreas, había aparecido una fertilidad extraordinaria. Hasta entonces, sobre todo en los últimos años, la tierra parecía declarada en quiebra, como en toda la inmensa llanura de la Rumaña, antes tan fecunda, ahora triste, cubierta de espigas ruines y escasas. Era esto efecto de la ignorancia testaruda de los hombres, de la pereza; los métodos anticuados, la falta de abonos, de máquinas y de concordia. ¡Qué lección la que daba Combettes! Compraban á crédito los abonos, se procuraban útiles y máquinas en la Crécherie á cambio de pan, vino y legumbres. Estaba su fuerza en no aislarse, en el lazo solidario ya indestructible entre la aldea y la fábrica; era la reconciliación, antes imposible, del aldeano y el obrero. Combettes y la Crécherie se necesitaban mutuamente. Milagroso espectáculo el de esta llanura renaciente, antes casi abandonada, cubierta ahora de ricas mieses. Entre las demás tierras parecía Combettes un mar pequeño de verdura que toda la comarca miraba estupefacta y al fin con envidia. Otras aldeas querían ya seguir el ejemplo. Los alcaldes de Fleuranges, de Lignerolles y de Bonneheux hacían proyectos de sociedades, recogían firmas. Pronto crecería aquel mar verde, hasta que toda la Rumaña no fuera más que un solo dominio, un solo oceano pacífico de trigo que bastara á sustentar á todo un pueblo feliz.

Con frecuencia, Lucas, por gusto, daba largos paseos á pie á través de aquellos campos fértiles, y á

veces encontraba á Feuillat, el colono de Boisgelin, paseando también, con las manos en los bolsillos, mirando con aire silencioso y enigmático brotar aquella riqueza del campo bien cultivado. Sabía Lucas que de él era la iniciativa de todo aquello y quien todavía aconsejaba; y le sorprendía mucho ver la miseria en que dejaba las tierras que había arrendado, el dominio de la Guerdache, cuyos campos pobres eran una mancha, un desierto inculto junto á la fertilidad de Combettes. Un día le dijo:

—¿No se avergüenza usted un poco de cultivar tan mal sus tierras, viendo las del otro lado del camino tan bien cuidadas? Por su propio interés debiera usted trabajar con la actividad é inteligencia de que se que es muy capaz.

El colono, primero sonrió, callado. Después dijo sin miedo:

—Ay, señor Lucas, la vergüenza es un sentimiento demasiado fino para nosotros, pobres rústicos. Y en cuanto á mi interés, se reduce á sacar lo justo para vivir de estas tierras que no son mías. Les saco el pan y basta; sería un tonto haciéndolas excelentes para enriquecer no más que al amo, al señor Boisgelin, que puede cada vez que acaba un arrendamiento echarme fuera... Para hacer de un campo un buen campo tiene que ser de uno mismo, ó, mejor todavía, de todos.

Socarrón, se burlaba de los que dicen á los aldeanos: «¡Amad la tierra, amad la tierra!» Sí, eso quería él; pero también quería ser amado, es decir, no quería amarla en beneficio de otros. Su padre, su abuelo, su bisabuelo la habían amado bajo el palo de los explotadores sin sacar más que miseria y lágrimas. Ya estaba harto, no quería más engaño; no más fecundar la tierra para que el propietario se lo llevara todo.

Tras de una pausa, añadió con ardor concentrado, en voz más baja:

—Sí, sí; la tierra de todos, para volver á amarla y á cultivarla... Yo, espero.

Lucas le miraba, asombrado; en su actitud reservada adivinaba viva inteligencia. Tras el aldeano rudo y socarrón distinguía un agudo diplomático; un precursor el cual veía claro el porvenir que llevaba

el ensayo de Combettes á un fin remoto, que conocía el solo.

—De modo que si deja usted las tierras en ese estado es para que las comparen con las próximas y se comprenda la lección... ¿Pero no es eso un sueño? Combettes nunca invadirá ni se tragará á la Guerdache.

Feuillat volvió á reír callado. Después dijo:

—Puede ser; de aquí allá tendrían que pasar muchas cosas... En fin, quien sabe, yo espero.

Dió algunos pasos y añadió abarcando con un ademán el horizonte:

—Eso no quita que esto adelante. ¿Recuerda usted cómo estaba todo? Y vea usted, vea usted ahora, con el cultivo en común, máquinas y ciencia, rebosan las cosechas; todo el país se conquista poco á poco. ¡Da gozo ver todo esto!

El entusiasmo del aldeano se comunicaba á Lucas. Si se sentía fuerte en la Crécherie, era porque contaba con aquel granero abundante. Y no veía con más placer el progreso de su ciudad de obreros, que estos campos fértiles de Combettes que llevaban la onda de sus mieses, en océano sin límites, de un confín á otro de la Rumaña. Era el mismo esfuerzo, la misma civilización próxima, la humanidad que iba á la verdad, á la justicia, á la paz, á la dicha.

El efecto más inmediato del buen éxito de la Crécherie fué hacer comprender á las fábricas menores del país la ventaja de asociarse á ella. La Chodorgue, fábrica de clavos que compraba las materias primas á su poderosa hermana, se decidió primero y se dejó absorber por interés común. Después la casa Hausser, que tenía la especialidad de las guadañas y podaderas, después de haber forjado sobre todo sales, también se asoció. Tardó más la casa Miranda y compañía, que construía máquinas agrícolas, y uno de cuyos propietarios, reaccionario, luchaba contra toda novedad; pero ante una crisis grave, se retiró, y el otro salvó la fábrica apresurándose á fundirla con la Crécherie.

Todas estas casas, así arrastradas en el movimiento de asociación, emitían acciones, aceptaban los mismos estatutos, el reparto de los beneficios basado en

la alianza del trabajo, del capital y de la inteligencia. Llegaban á constituir una sola familia en cien grupos diversos, dispuesta siempre á recibir nuevas adhesiones, pudiendo así extenderse á lo infinito.

En Beauclair, asombrado, desconcertado, llegó al colmo la alarma. Entonces qué, ¿la Créchérie iba á crecer sin cesar, el pueblo mismo, después de las fábricas, y después la inmensa llanura iban á ser no más las dependencias, el dominio, la carne misma de la Créchérie? Turbados estaban los corazones, los cerebros empezaban á preguntar dónde estaba el interés de cada cual, la fortuna posible. En el círculo de los comerciantes, entre los almacenistas, sobre todo, aumentaba la perplejidad, viendo bajar la venta; temían tener bien pronto que cerrar la tienda. La locura fué general cuando se supo que Caffiaux, el especiero tabernero, acababa de entenderse con la Créchérie para que su casa fuera un simple depósito, una especie de sucursal de los Almacenes Generales. Mucho tiempo había pasado por agente del Abismo, algo espía de la dirección, envenenando al obrero con alcohol, vendiéndole en seguida á sus jefes, pues la taberna es el más firme pilar del salario. En todo caso, no era trigo limpio; acechaba la victoria del más fuerte, siempre dispuesto á la traición, enemigo de quedar debajo. Aumentó la inquietud viéndole pasarse tan fácilmente á la Créchérie. El movimiento de adhesión se aceleraba con la fuerza decuplada de la velocidad adquirida. La guapetona señora Mitaine, la panadera, no había esperado la conversión de Caffiaux para aprobar lo que sucedía en la Créchérie, y estaba dispuesta á asociarse, aunque su panadería seguía floreciente, gracias á su bondad y belleza, que la hacían popular. Sólo el carnicero Dacheux se empererraba con el furor sombrío de la ruina de todas sus ideas; prefería morir en medio de los últimos cuartos de res, el día en que ya no encontrase un burgués para comprarle la carne á su precio; y el caso llegaría; la parroquia le dejaba poco á poco, y tanto rababa que la apoplejía amenazábale como un rayo.

Un día Dacheux fué á casa de Laboque, para donde citó á la señora Mitaine. Se trataba, decía, de los intereses morales y comerciales de todo el barrio. Se

decía que los Laboque, para evitar la quiebra, se pasaban á Lucas, y se hacían simplemente depositarios de la Créchérie. Desde que ésta cambiaba directamente sus productos por el pan de Combettes y de otras aldeas, sindicadas, los Laboque habían perdido los mejores parroquianos, los aldeanos de los contornos, sin contar los consumidores de Beauclair que economizaban mucho comprando en los almacenes de la fábrica, abiertos ya todos. Era la muerte del comercio, tal como se había entendido hasta entonces, como intermediario entre el productor y el consumidor encareciendo la vida, parásito de las necesidades ajenas. Rueda inútil que comía fuerza y riqueza, y cuya desaparición era segura ante un ejemplo que probaba con qué facilidad se le suprime, en bien de todos. Esto lamentaban los Laboque, en medio de su bazar desierto.

Cuando Dacheux se presentó, la señora Laboque, negra y flaca, estaba en el mostrador desocupada, sin ánimo ni para hacer media; mientras el marido, con ojos y nariz de hurón, iba y venía como alma en pena entre las cajas de mercancías, cubiertas de polvo.

—¿Sabe usted lo que me han dicho?—gritó el carnicero congestionado.—¡Que es usted un traidor, que está á punto de entregarse! ¡Usted que perdió su pleito con el bandido, que juró su muerte aunque dejara la piel en la demanda! ¡Y ahora se nos pasa, nos deja!

Laboque se enfadó.

—¡Va usted á dejarme en paz; bastantes disgustos tengo yo! Al pleito estúpido, ustedes todos me lanzaron. Ahora de fijo no me trae usted dinero para pagar mis vencimientos de fin de mes. ¡Pues entonces, no me venga usted con canciones ni con si prometí ó no prometí dejar la piel!

Y señalando las mercancías, añadió:

—La piel ahí la tengo; y si no me las arreglo, los alguaciles estarán aquí el miércoles... Sí, señor, es verdad, ya que usted quiere saberlo; estoy en tratos con la Créchérie y firmaré esta tarde... Dudaba todavía, pero ya me aburren demasiado!

Se dejó caer en una silla, mientras Dacheux, sofocado, furioso, sólo podía balbucir juramentos. Y tras

el mostrador, sonó entonces la queja de la abrumada señora Laboque, en voz baja y monótona:

— ¡Haber trabajado tanto, Dios mío! ¡Tanto sufrir al principio llevando la quincallería de pueblo en pueblo y luego los esfuerzos que costó! Abrir esta tienda y hacerla crecer. Y todo iba bien, la recompensa vendría. Una casa de campo para retirarse con sus rentas; y ahora todo se hunde, el pueblo se vuelve loco. ¡Yo no sé todavía por qué, santo Dios!

— ¿Por qué, por qué? — gruñó Dacheux. — Porque esto es una revolución y los burgueses unos cobardes que no osan defenderse. ¡Pero yo, el mejor día, si me apuran mucho, cojo las cuchillas y ya veréis lo que es bueno!

Laboque se encogió de hombros.

— ¡Bonito negocio!... Eso está bien cuando se cuenta con la gente; pero en vísperas de quedarse solo, lo mejor es seguir á regañadientes á los demás... Caffiaux lo ha entendido.

— ¡Valiente sinvergüenza! — rugió el carnicero. — ¡Un traidor, un vendido! Ya sabréis que ese bandido, el señor Lucas, le ha dado cien mil francos por abandonarnos.

— ¡Cien mil francos! — repitió el quincallero echando chispas por los ojos, haciendo ver una ironía escéptica; — quisiera que me los ofreciese á mí, que pronto se los tomaba... Es necedad obstinarse, lo prudente es siempre estar con los más fuertes.

— ¡Qué miseria, qué miseria! — añadió la señora Laboque, quejumbrosa. — Esto es el mundo al revés, el fin del mundo.

Oyó esto la señora Mitaine que entraba.

— ¡Cómo el fin del mundo! — dijo alegre. — Ahora mismo acaban de parir dos vecinas un par de cachorros... Y los chicos, Augusto y Eulalia, ¿cómo están? ¿No andan por aquí?

No, ni ahora ni nunca andaban por allí, Augusto, ya cerca de los veintidós años, era un apasionado de las artes mecánicas y aborrecía el comercio; Eulalia, muy juiciosa á los quince, ya una mujercita de su casa, vivía casi siempre con un tío colono, de Lignerolles, cerca de Combettes.

— ¡Oh, los hijos, si hubiera que contar con ellos! — dijo la señora Laboque en nuevo lamento.

— ¡Todos ingratos! — declaró Dacheux, que no se reconocía en su hija Juliana, robusta y hermosa señorita, cariñosa, que apesar de sus catorce cumplidos jugaba todavía con los pilluelos en medio de la calle de Brías. — ¡Cuando se cuenta con los hijos, lo seguro es morir de miseria y á disgustos!

— ¡Pues yo cuento con mi Evaristo, vaya! — replicó la panadera. — Va á cumplir veinte años, y aunque no ha querido aprender el oficio de su padre, no reñiremos por eso. Los chicos salen con ideas diferentes de las nuestras, porque nacen para tiempos que no alcanzaremos. Yo á mi Evaristo sólo le pido que me quiera mucho y eso es lo que hace.

En seguida expuso su caso con calma á Dacheux. Si había venido, llamada por él, era para que constase que cada comerciante de Beauclair debía conservar su libertad de acción. Ella no había entrado todavía en la asociación de la Crécherie, pero pensaba entrar cuando bien le pareciese, el día en que conviniera á los demás ó á ella misma.

— Evidentemente, — concluyó Laboque, — yo no puedo hacer otra cosa; firmaré esta tarde.

Volvió á quejarse la señora Laboque, pronosticando el fin del mundo.

— Eso no, eso no, — exclamó de nuevo la arrogante panadera; — ¿cómo ha de acabarse el mundo si nuestros hijos pronto podrán casarse y tendrán hijos que se casarán á su vez para tener otros hijos? Unos empujan á otros, el mundo se renueva, ¡eso sí!... es el fin del mundo si usted quiere.

La frase fué de un efecto tan claro y decisivo, que Dacheux, exasperado, se fué dando un gran portazo, llenos de sangre los ojos, amenazado de aplopegia. Era el fin de un mundo, el fin del comercio ínciuo y corruptor, que hace la fortuna de unos pocos con la miseria de los más.

El último golpe iba á trastornar á Beauclair. Hasta allí la Crécherie había triunfado atrayendo las industrias similares y el comercio menudo; pero ¡qué admiración el día que se supo que el alcalde Gourier se pasaba á las nuevas ideas! No se asociaba, pues se

bastaba á sí mismo, como decía con vanidad, pero creaba junto á la otra una asociación semejante; su gran zapatería de la calle de Brias se organizaba por acciones sobre la base ya experimentada del capital, el trabajo y la inteligencia que dividían en tres partes el beneficio. Era un nuevo grupo, el del vestuario al lado del grupo del acero y el hierro. La semejanza fué mayor cuando Gourier logró sindicar á sastres, sombrereros, gorreros, la lencería y la mercería. Se habló de un grupo más que un gran contratista de albañilería se ocupaba en crear asociando á los albañiles, á todos los obreros de construcciones, labrantes, carpinteros, cerrajeros, plomeros, pizarros y pintores, vasto grupo que englobaría también á los arquitectos, los artistas, sin contar á los obreros del mobiliario, ebanistas, tapiceros, bronceistas y hasta los relojeros y joyeros. No era más que una vegetación lógica, ejemplo de la Crécherie, que había sembrado esta idea de las agrupaciones naturales que brotaban por imitación. Se notaba, además, que un lazo general se establecía por encima de los grupos, lazo común que, dejándolos distintos, los reuniría algún día en una amplia reorganización social del trabajo, único código en la ciudad futura.

Pero la idea de librarse de la Crécherie, imitándola, pareció superior al talento de Gourier. Se atribuyó al consejo de Châtelard, el subprefecto, que se obscurecía cada vez más, descuidado y tranquilo, según Beauclair se transformaba. En efecto, almorzando en casa del alcalde sin más testigos que Leonor, aún hermosa, Chatelard había dicho:

—Amigo mío, estamos perdidos. En París todo va mal, la revolución se acerca, todo esto se cae. Aquí, nuestro Boisgelin es un pobre hombre vanidoso á quien la Delaveau dejará sin un cuarto. Todos, menos el marido, sabemos á dónde van las ganancias del Abismo en su lucha heroica contra la quiebra, y ya verá usted pronto que desastre... Así, que fuera necesidad no pensar en sí mismo si no se quiere ser arrastrado en la ruina.

Leonor se alarmó.

—¿Está usted amenazado, amigo mío?

—¡Yo, no! ¿Quién piensa en mí? Ningún gobier-

no se tomará el trabajo de atender á mi humilde persona, pues tengo el talento de administrar lo menos posible, diciendo siempre amén á mis jefes, de suerte que paso por criatura de todos los ministros. Yo moriré aquí olvidado, feliz, hundiéndome con el último ministerio... En quien pienso es en ustedes, amigos míos.

Y explicó su idea, enumerando las ventajas de adelantarse á la revolución, haciendo de la zapatería Gourier otra Crécherie. Comprendía la vida nueva; en este pacífico funcionario tan escéptico había brotado un verdadero anarquista, disimulado con aparente reserva diplomática.

—Por supuesto, yo tendré que desaprobado públicamente la conducta de usted. Le llamaré traidor, loco. Pero aquí en casa, le abrazaré porque les habrá usted jugado una buena pasada, muy reproductiva. ¡Verá usted qué cara ponen!

Gourier, asustado, se resistió. Todo su pasado protestaba; su largo reinado de patrón le hacía rechazar la idea de no ser más que un asociado de centenares de trabajadores, de quien había sido hasta entonces dueño absoluto. Mas á pesar de las trazas, para el negocio era listo. Comprendió las ventajas del cambio y además se sintió contagiado por la fiebre de reformas que en las épocas revolucionarias enloquece precisamente á las clases vencidas. Llegó á creer que la idea era suya, como se lo repetía Leonor día y noche, por consejo de su amigo Châtelard.

Fué un escándalo en toda la burguesía de Beauclair. Se dieron pasos, se procuró que interviniera el presidente Gaume, habiéndose negado el subprefecto que declaraba á voces el caso escandaloso, y que no quería mezclar en él á la administración. Tampoco aceptó el presidente, que vivía muy retirado, sin ver á nadie desde el día en que su hija Lucila, sorprendida en flagrante delito con un pasante de notario muy joven, había tenido que refugiarse en su casa. Se emplearon los grandes medios. Jollivet, el capitán, yerno de Gaume, después de separado de su mujer, se había lanzado en la reacción con furia loca. Mandaba tales artículos al «Diario de Beauclair» que Lebleu, el impresor, alarmado con el giro que

tomaba aquello, y comprendiendo la necesidad de estar con el más fuerte, le había cerrado á lo mejor la puerta, deseando cambiar de partido. Desarmado, ocioso, el capitán paseaba su cólera impotente, cuando se le invitó á que influyera con el presidente, con el cual no había roto por completo. Fué á verle, y cuando salió, á las dos horas, no había sacado de su suegro más que respuestas evasivas, pero él se había reconciliado con su mujer. Al día siguiente, volvía ella al domicilio conyugal; el capitán perdonaba, esta vez, con la formal promesa de no volver ella á las andadas. Beauclair vió estupefacto tal desenlace, y acabó aquello en una gran carcajada.

Fueron los Mazelle los que consiguieron que confesara el presidente Gaume, por azar y sin tal misión. Solía pasear por las mañanas por el boulevard de Magnolles, largo y desierto, con la cabeza baja, las manos á la espalda, meditando sombrío. Se le iban encorvando los hombros, como bajo el hundimiento final; parecía aniquilado tras una existencia fallida, por el mal que había hecho y el bien que no podía hacer. Cuando levantaba un instante los ojos, mirando á lo lejos, parecía esperar de lo desconocido, del mañana, algo que no llegaba, que él no veía. Los Mazelle lo encontraron yendo á la iglesia y se le acercaron para saber su opinión sobre los asuntos públicos, temiendo que les trajeran algún desastre personal.

—Y vamos á ver, señor presidente, ¿qué dice usted de lo que pasa?

Levantó la cabeza, miró un instante á lo lejos y dijo como hablando consigo mismo:

—Digo que tarda mucho en venir el huracán de verdad y de justicia, que acabará por llevarse este mundo abominable.

Los Mazelle, asustados, murmuraron:

—¡Cómo, cómo... nos mete usted miedo porque sabe que no somos muy valientes! Sí, sí, la broma de siempre.

Gaume, vuelto en sí, reconoció á los Mazelle, pálidos, asustados, temblando por su dinero y su percha. Sonrió con ironía desdeñosa, y dijo:

—¿Qué tienen ustedes? El mundo durará todavía

veinte años, y si ustedes viven se consolarán de los disgustos de la revolución asistiendo á cosas interesantes... A su hija es á quien debiera preocuparle el porvenir.

—Justamente,—dijo la señora Mazelle en son de queja—Luisa no se preocupa... ¡Oh! absolutamente nada... Tiene trece años apenas y encuentra muy gracioso lo que sucede, oyéndonos hablar de ello, naturalmente, día y noche. Se ríe mientras nosotros rabiamos. Cuando le digo: «¡Pero, infeliz, no tendrás un cuarto!», me responde saltando como una cabra: «¡Pues me tiene sin cuidado, para que veas, así estaré más contenta!» Así y todo es muy salada, aunque nos da pocas satisfacciones.

—Sí,—dijo Gaume;—es una niña que anhela vivir por sí misma. Hay de eso.

Mazelle, perplejo, aun tenía que se burlaban de ellos. La idea de que la fortuna hecha en diez años y la deliciosa holganza soñada desde la juventud podían desaparecer, teniendo acaso que trabajar como todos, le angustiaba de modo que venía á ser un primer castigo.

—Pero la renta, señor Presidente, ¿qué será de ella según usted, si todos estos anarquistas llegan á trastornar el mundo?... Usted recordará á ese señor Lucas que tan mal papel representa y nos daba broma con la supresión de la renta... ¡Para eso, que nos degüellen en medio de un monte!

—Duerman en paz,—repitió Gaume con tranquila ironía; la sociedad nueva los alimentará si no quieren trabajar.

Los Mazelle se fueron á la iglesia, donde hacían arder varios cirios por la curación de la señora Mazelle, desde un día que el doctor Novarre había dicho sin rodeos que no estaba enferma. ¡Que no! Y su enfermedad la cuidaba ella amorosa hacía tantos años, y de ella vivía, pues era su ocupación, su recreo, su razón de ser. El médico la creía incurable, pues la abandonaba, y ella, aterrada, se volvía á la religión, encontrando un gran consuelo.

Por el desierto boulevard de Magnolles paseaba también Marle, el cura, leyendo su breviario. Pero con frecuencia dejaba caer la mano que sostenía el

libro, y seguía andando con lentitud, también perdido en el fondo de negros pensamientos. Todas aquellas novedades habían dejado todavía más sola su iglesia; quedaban las tres viejas de pueblo, estúpidas, testarudas, mezcladas con algunos burgueses que sostenían la religión como última muralla de la buena sociedad que se hundía. Desiertas las iglesias católicas, otra civilización comenzaría; por eso tal público no consolaba á Marle, que sentía el vacío, más cada vez, en torno de su Dios. En vano Leonor, la alcaldesa, adornaba con su presencia las ceremonias del domingo y en vano abría la bolsa para los gastos del culto; conocía el cura su indignidad, su pecado crónico de adulterio que el pueblo entero aceptaba y que él mismo había tenido que cubrir con el manto de su ministerio sagrado, pero que reprobaba, como una condenación de que sería responsable. Aún menos le bastaban los Mazelle, pueriles, de bajo egoísmo, que acudían á él pidiendo al cielo la dicha personal, colocando sus oraciones como habían colocado su dinero, para sacarle los réditos. Y todos así, en esta sociedad que llegaba á su fin sin la verdadera fe que en los primeros siglos había fundado el poder de Cristo, sin la abnegación y la obediencia total, necesaria hoy, sobre todo, para la omnipotencia de la Iglesia. No trataba de engañarse á sí mismo; los días estaban contados, y si Dios no le llamaba á sí, pronto tal vez asistiría á la terrible catástrofe: el campanario desplomándose, hundiéndose el techo de la nave, aplastando el altar.

Con tal pesadilla se paseaba horas y horas, pero la ocultaba, fingía valor, altivo, desdenando los sucesos de un día con el pretexto de que la Iglesia era dueña de la eternidad. Pero cuando se encontraba con el profesor Hermeline, airado siempre ante el buen éxito de los métodos de la Crécherie, muy cerca de pasarse á la reacción en nombre de la salvación de la república, ya no discutía con la acritud que antes, y se encomendaba á Dios; pues Dios permitía, de seguro, aquellas naturales anárquicas para lanzar el rayo sobre los enemigos y hacer en seguida brillar su triunfo. El doctor Novarre decía en broma que el cura abandonaba á Sodoma en la víspera de

la lluvia de fuego. Sodoma era Beauclair, burgués y egoísta, condenado á la destrucción para dejar el puesto á la ciudad de salud y de alegría, de paz y de justicia. Todo anunciaba el último estallido; el salario en la agonía, la burguesía loca se hacía revolucionaria; el sálvese el que pueda de los intereses llevaba á los vencedores las fuerzas vivas del país, y lo demás lo barrería el viento. Esta visión era la que llenaba de amargura al pobre Marle, cuando paseaba meditabundo bajo los árboles del boulevard de Magnolles.

A veces se encontraban Gaume y el cura. Primero no se veían; caminaban paralelos, baja la cabeza, abstraídos. Cada cual daba vueltas á su pena; la religión agotada no quería morir; la justicia se desesperaba por lo que tardaba en nacer. Pero al fin levantaban la cabeza, se reconocían y había que decir algo.

—Mal tiempo tenemos, señor Presidente, tendremos agua.

—Mucho lo temo, señor Cura. Este mes de Junio es muy frío.

—¡Ah! qué quiere usted. Ahora todas las estaciones están trastornadas. En nada hay equilibrio.

—Es verdad; y con todo, la vida continúa; el sol benéfico lo pondrá acaso todo en su sitio.

Después cada cual volvía á su paseo solitario, meditando, paseando así la eterna lucha del porvenir y del pasado.

Donde más efecto hizo la evolución de Beauclair fué en el Abismo. A cada nuevo éxito bueno de la Crécherie, Delaveau tenía que desplegar más actividad, inteligencia y valor; naturalmente, lo que hacía prosperar á la fábrica rival, para él era un desastre. El descubrimiento de excelentes filones en la mina abandonada fué un golpe terrible por la baja del precio de la primera materia. Ya no podía luchar con el hierro y el acero del comercio, y hasta padecía la fabricación de cañones y granadas. Habían bajado las salidas desde que el dinero de Francia se dirigía sobre todo á las construcciones de paz y solidaridad social, ferrocarriles, puentes, toda clase de edificios en que el hierro y el acero triunfaban. Lo peor era

que los pedidos que se repartían entre algunas casas ya no bastaban para su ganancia, aunque habían realizado el proyecto de matar una de las fábricas para mejorar el mercado; y ahora, siendo el Abismo la menos sólida, era la que sus rivales se decidían á rematar sin compasión. Las dificultades eran mayores porque los obreros ya no eran fieles. La puñalada de Ragú había hecho gran efecto. Después, Bourron convertido, llevándose á Fauchard, había determinado un movimiento en favor de la Crécherie. La experiencia no dejaba lugar á dudas; en la Crécherie ganaban el doble los obreros, trabajando ocho horas, sin contar las demás ventajas: las casitas agradables, las escuelas siempre alegres, la Casa Comunal siempre en fiestas, los Almacenes Generales reduciendo en una tercera parte los precios de consumo, en fin, tanta salud y tanto bienestar. Nada prevalece contra los números; los obreros del Abismo reclamaron aumento de tarifas, queriendo ganar tanto como los de la Crécherie. Como era imposible satisfacerlos, muchos se marcharon, y se fueron, naturalmente á donde encontraron aquellas ventajas. Lo que paralizaba á Delaveau era la falta de un fondo de reserva; pues, no queriendo darse por vencido, pensaba que hubiera resistido largo tiempo y al fin triunfado, si hubiese tenido en caja algunos cientos de miles de francos para atravesar la crisis que creía pasajera. ¿Cómo luchar sin dinero? La deuda creada era ya una carga terrible. Luchaba como un héroe poniendo toda la vida en el empeño de salvar el pasado, la autoridad, el salario, la sociedad burguesa y capitalista; y quería además sacar el capital puesto en sus manos, las ganancias prometidas.

En el fondo, el no poder cumplir á Boisgelin esta promesa, era su mayor pena; y su fracaso se materializaba cruelmente los días en que tenía que negarle dinero. Aunque el último inventario había sido desastroso, Boisgelin no quería disminuir en nada el tren de la Guerdache, excitado por la misma Fernanda que trataba á su marido como bestia de carga, á quien hay que sacar sangre para hacerla trabajar cuanto pueda. Desde el atentado afrentoso de Ragú, que Fernanda guardaba y escondía en lo más

hondo de su carne, buscaba loca el placer, insaciable. Parecía más joven, más hermosa, con cierto desvarío en la mirada, por un deseo imposible nunca saciado. Alarmaba á los amigos de la casa: Chátelard decía al alcalde en confianza que aquella mujer iba á cometer alguna gran atrocidad que daría que sentir á todos. Hasta entonces se había contentado con hacer de su casa un infierno, echando á Boisgelin sobre su marido para pedirle sin cesar dinero, lo cual desesperaba á Delaveau. La malvada todavía le azuzaba revolviendo el hierro de la herida. Y él seguía adorándola, la creía inocente, sin mácula posible.

Llegó Noviembre, adelantándose los grandes frios. En este mes los vencimientos eran tales que Delaveau sintió temblar la tierra. No tenía en caja el dinero necesario. La víspera de los pagos, se encerró en su despacho para reflexionar y escribir cartas, mientras Fernanda se iba á comer á la Guerdache. Sin saberlo ella, había él tenido aquella mañana una conversación decisiva con Boisgelin; después de exponerle con brutal franqueza la terrible situación, le había decidido á reducir sus gastos.

Hasta le había aconsejado vender la Guerdache.

Y ahora, solo en su despacho, se paseaba lentamente activando, como por máquina, de vez en cuando, la gran hoguera de cok que ardía en una pequeña estufa de palastro colocada delante de la chimenea. No había más solución que obtener tiempo, escribir á los acreedores, que no podían querer que se cerrase la fábrica. Pero no se apresuraba; escribiría las cartas después de comer; y seguía meditando; yendo de una ventana á otra, volviendo siempre á pararse delante de aquella por la cual veía los inmensos terrenos de la Crécherie, hasta el parque lejano, hasta el pabellón que Lucas habitaba. El sol poniente, en un cielo de una pureza de cristal, alumbraba á la ciudad naciente con una claridad de oro pálido sobre un fondo de púrpura, con delicadeza infinita. Jamás la había visto así, tan pura, tan vibrante, tan distinta; podría contar las ramas de los árboles, distinguía los menores detalles de las casas, los vivos colores de los azulejos. Por un momento, á los rayos oblicuos del sol

todas las ventanas se inflamaron semejando centenas de fuegos de artificio. Fué una apoteosis, la gloria. Y él lo miraba, separando las cortinas de cretona; pegado el rostro á la vidriera, presenciaba aquel triunfo.

Como Lucas, que muchas veces desde el otro lado miraba el progreso de su ciudad que amenazaba invadir el Abismo, Delaveau, de esta parte, solía también contemplarla en su amenaza de conquista. ¡Cuántas veces, ante aquella ventana, había visto la marca de casas subir hacia el Abismo! Venía de muy lejos, del fondo de los terrenos incultos y desiertos; primero una casa, luego otra; las olas se habían multiplicado sin fin y ya estaban á pocos pasos. Era la invasión terrible de la mañana, todo el pasado barrido, el Abismo, y hasta Beauclair, reemplazado por la nueva ciudad triunfante. Delaveau calculaba aquel progreso previendo el día del peligro mortal. Lo había creído conjurado en la época en que la Crécherie atravesaba una gran crisis. Pero de nuevo la ciudad se había puesto en marcha, con tal empuje, que hacía temblar las viejas paredes del Abismo. Pero él no quería ceder, luchaba con la evidencia, buscaba en su energía la muralla necesaria.

Pero aquella tarde temía, vacilaba. ¿No había hecho mal, antaño, dejando marcharse á Bonnaire? Recordaba sus palabras proféticas, cuando la huelga; y desde el día siguiente, Bonnaire había ayudado á fundar la Crécherie. Después el Abismo no había hecho más que declinar; Ragú lo había manchado con un asesinato; Bourron, Fauchard y los demás lo dejaban ahora como lugar de ruina y de maldición. A lo lejos la ciudad nueva brillaba deslumbradora á los rayos del sol. Un arranque de cólera le devolvió su energía, las creencias de toda su vida. ¡No, no! había tenido razón, la verdad estaba en el pasado, no se sacaba nada de los hombres más que doblegándolos bajo la autoridad del dogma; el salario seguía siendo la ley del trabajo fuera de la cual había la demencia y las catástrofes. Corrió las grandes cortinas de cretona; ni quiso ver más, encendió la lámpara eléctrica y se volvió á meditar en su despacho bien

cerrado que la hoguera de la chimenea tenía muy caliente.

Después de comer, Delaveau se puso á escribir las cartas de que esperaba la salvación. Era la media noche y aún estaba terminando esta correspondencia tan pesada, tan molesta. Pero ya dudaba, temía otra vez: ¿se salvaría con aquello, aun admitiendo que le diesen prórroga? Muerto de fatiga había dejado caer la frente entre las manos, sumido en su angustia inmensa. En aquel momento se oyó el ruido de un coche, luego voces; era Fernanda que volvía de la Guerdache y que mandaba á los criados acostarse. Entró en el despacho con fiero ademán, la voz nerviosa de una mujer airada que contuvo y rumió su cólera muchas horas.

—¡Dios mío! ¡qué calor hace aquí! ¿Se puede aguantar un fuego semejante?

Se dejó caer en una butaca y desabrochó y arrojó de sí el magnífico abrigo de pieles que le cubría los hombros. Apareció entonces adorable, de belleza maravillosa, toda de seda y encajes blancos, muy escotada, seno y brazos desnudos. Era un lujo que no asombraba al marido, que ni veía siquiera, pues sólo amaba de ella la deliciosa criatura ante la cual el temblor del deseo siempre le había dominado, obediente sin discernimiento ni fuerza. Jamás mayor embriaguez voluptuosa había emanado de ella.

Pero cuando, con zumbidos en la cabeza todavía, sentado á su bufete, la miró un momento, se alarmó

—¿Qué tienes, querida mía?

Su excitación era visible. Sus grandes ojos azules de morena que acariciaban casi siempre, brillaban ahora con ardor sombrío. La boca pequeña de falsas sonrisas amables, entreabierta, enseñaba los dientes. Todo su rostro, de óvalo delicioso, bajo la negra cabellera, se hinchaba anhelando violencia.

—¿Qué tengo yo?—dijo por fin temblando.—No tengo nada.

Volvió el silencio, y en la gran paz muerta del invierno, se oyó el fragor del Abismo en su faena que sacudía la casa con temblor continuo. Por lo común, ni siquiera lo notaban. Pero aquella noche, aunque los pedidos habían disminuido mucho, se acababa de

poner en actividad el martillo-pilón de veincinco toneladas, para forjar de prisa el tubo de un gran cañón; y el suelo temblaba, las vibraciones de cada golpe parecían retumbar en el despacho mismo, comunicándose por la galería de madera que lo unía á la fábrica.

—Vamos, tú tienes algo,—añadió Delaveau.—¿Por qué no me dices lo que tienes?

Dejó ella escapar un gesto de furiosa impaciencia y respondió:

—Subamos á acostarnos; será lo mejor.

Pero no se meneaba; sus manos retorcían febriles el abanico y una rápida respiración la movía el seno desnudo. Al fin dijo lo que la estaba sofocando.

—¿De modo, que has ido á la Guerdache esta mañana?

—Sí, he ido.

—¿Y es verdad lo que Boisgelin acaba de contarme? ¡que la fábrica está en peligro de quiebra, que estamos en vísperas de ruina, hasta el punto que va á haber que comer pan solo y llevar vestidos de lana!

—Sí, he tenido que decirle la verdad.

Temblaba ella, se contenía para no dejar estallar en seguida las quejas y las injurias. Era un hecho, sus goces estaban amenazados, perdidos. La Guerdache no daría más fiestas, ni banquetes, ni bailes, ni cacerías. Se cerrarían las puertas. ¿No le había confesado Boisgelin que acaso tendrían que vender? Y adiós también la vuelta á París con millones. Todo lo que había creído al fin suyo, la fortuna, el lujo, el placer saboreado, agotado en su continuo refinamiento de la sensación, se hundía. Sólo veía en torno ruinas; y aquel Boisgelin acababa de exasperarla por su blandura, doblando cobarde la cabeza ante el desastre.

—Nunca me dices nada de nuestros negocios,—añadió con acritud.—Párezo una bestia; me ha caído esto encima de la cabeza como si se hundiera el techo... Y, entonces, ¿qué es lo que vamos á hacer, dilo?

—Vamos á trabajar, no hay otra salvación posible. Pero ella ya no le oía.

—¿Has podido creer un instante que voy á con-

sentir en no tener nada que echarme encima, en llevar tacones torcidos y volver á la miseria cuyo recuerdo es una pesadilla? ¡Ah, no, yo no soy como vosotros, yo no quiero! Es preciso que os arregléis, Boisgelin y tú; yo no quiero volver á ser pobre.

Y siguió; dejó salir todo lo que tenía dentro. La miserable juventud, cuando á los veinte años, mantenida por su gran belleza, seducida, luego abandonada, toda aquella aventura odiosa sepultada en lo más secreto de ella misma. Su matrimonio de cálculo y de razón; Deleveau aceptado á pesar de su fealdad y condición ínfima, porque necesitaba un apoyo, un marido que utilizaría. La racha de fortuna del Abismo, el buen resultado de su cálculo, el marido convertido en ocasión y garantía de su victoria, Boisgelin conquistado, la Guerdache suya. Y durante doce años todo lo que su perversa voluptuosidad, con un fondo de crueldad innata, había saboreado allí, raro, exquisito; saciando apetitos locos, aplacando el rencor amontonado desde la infancia, feliz con la mentira, el perjurio, la traición, el desorden y la ruina que traía, feliz sobre todo por las lágrimas que hacía verter á Susana. ¡Y aquello no duraría siempre; volvería vencida á la antigua pobreza!

—¡Arreglaos! ¡arreglaos! Yo no quiero andar desnuda. Yo no cambiaré absolutamente nada de mi modo de vivir.

Delaveau, ya impaciente, encogió los hombros fornidos. Había apoyado sobre los puños su cabeza maciza de perro dogo, de mandíbulas prominentes; y la mirada con aquellos ojos negros, tan grandes, congestionado el rostro por causa del mucho fuego, medio escondido en el collar de barba negra.

—Amiga mía, razón tenías antes; no hablemos de estas cosas, porque esta noche no estás muy razonable... Bien sabes que te quiero mucho; estoy dispuesto á cualquier sacrificio porque tú no padezcas. Mas espero que te resignarás como yo, que voy á batirme hasta el último aliento. Si hace falta, me levantaré á las cinco, viviré con una corteza de pan y consagraré á nuestro negocio el día entero con rudo trabajo, y de noche me acostaré muy contento... ¡Qué importará, Dios mío, que llesves vestidos modestos y que te

paseas á pie! La otra noche me decías que estabas cansada de todos esos placeres, siempre iguales.

Era verdad. Sus ojos azules, tan suaves, se turbaron, parecían casi negros. Hacía algún tiempo que sentía dentro de sí un estrago, destruida poco á poco por el deseo loco que no sabía cómo saciar. La espantosa voluptuosidad gozada con el brutal Ragú la asediaba con el aguijón de una curiosidad perversa, que pedía exasperada sensaciones nuevas. Jamás había sentido espasmo tan agudo ni en brazos del trabajador Delaveau siempre con prisa, preocupado, ni en los del ocioso Boisgelin, tan correcto, casi indiferente. La inspiraban éstos un sordo rencor, por lo poco que la divertían, y pensaba furiosa que jamás gozaría ya con nadie. Por esto acababa de acoger con desprecio insultante las lamentaciones de Boisgelin cuando le había explicado la necesidad de reducir los gastos. Por eso volvía tan furiosa, con tanto odio, hinchada por el ansia de morder y destruir.

—Sí, sí, murmuró;— estos placeres siempre iguales... ¡Oh, no eres tú quien me ha de dar otros nuevos!

Temblaba el suelo con los golpes del martillo-pilón. ¡Cuánto tiempo le había forjado sus celicias, haciendo sudar al acero la riqueza de que ella estaba ávida, mientras el obscuro rebaño de obreros gastaba su vida para que ella viviese la suya en medio del placer! Y volvió á ver á Ragú medio desnudo, arrojándola sobre el montón de harapos inmundos, poseyéndola entre las llamaradas de los hornos. ¡Y nunca más! ¡y nunca más! Y sintió redoblar el odio salvaje á su marido.

—Culpa tuya es lo que sucede... Se lo he dicho á Boisgelin. Si hubieras comenzado por estrangular á ese miserable Lucas Froment, no estaríamos en visperas de ruina; pero tú nunca has sabido dirigir tus negocios.

Delaveau se levantó de un salto conteniendo todavía el arrebató que le amenazaba.

—Vamos á acostarnos... Acabarías por hacerme decir lo que luego me pesaría.

No se movió ella; y continuó tan amarga, tan agre-

siva, acusándole de haber causado su desgracia, que acabó él por exclamar, brutal á su vez:

—Pero, hija; al fin y al cabo, cuando nos casamos no tenías un cuarto; tuve yo que comprarte camisas, ibas á verte en la calle, y á estas horas ¿dónde estarías?

Insultante, haciendo avanzar el pecho, con ojos asesinos, respondió ella:

—Pero oye, dí, ¿piensas que, hermosa como era, hija de un príncipe, hubiera aceptado un hombre como tú, feo, vulgar, sin posición, si hubiera tenido pan siquiera? ¡Mírate, mírate, amigo mío! Te he querido porque te comprometiste á conquistar para mí la fortuna, una situación regia. Y si te digo todo esto es justamente porque no has cumplido ninguno de tus compromisos.

Se había plantado él delante de ella; la dejaba decir apretando los puños, haciendo esfuerzos para conservar su sangre fría.

—¿Oyes?— repitió ella con una obstinación furiosa;— ninguno de tus compromisos, ninguno. Ni conmigo, ni con Boisgelin, pues tú eres quien ha arruinado á ese pobre hombre. Tú le has decidido á entregarte su dinero, le has prometido rentas fabulosas y ahora tampoco va á tener con qué comprarse unos zapatos... Amigo mío, cuando no se es capaz de dirigir un gran negocio, se sigue siendo un empleadillo, se vive en su agujero con una mujer bastante fea y bastante bestia para sacudir el polvo á los niños y reparar calcetines... Esto es la bancarrota y la culpa es tuya, sí, ya lo oyes, tuya, ¡solo tuya!

No pudo él contenerse más. Lo que ella le decía tan bárbaramente le retorció el puñal en el corazón y en la conciencia. ¡El, que la había amado tanto, oírle hablar de su matrimonio como de un vil mercado en que de parte de ella sólo había habido necesidad y cálculo! ¡El, que pronto haría quince años que trabajaba leal, heroico, para cumplir la promesa hecha á su primo, ser acusado por ella de mal administrador! La cogió con ambas manos por los brazos desnudos y la sacudió diciendo en voz baja, como si temiese que el estrépito de sus palabras le enloqueciera á él mismo:

— ¡Desgraciada! ¡Cállate! ¡No me vuelvas loco! Pero ella se había levantado también, se había soltado, balbuciente de cólera y de dolor, sintiendo los tornillos con que la había oprimido, viendo sus brazos, tan delicados, tan blancos, con círculos rojos,

— ¡Y ahora me pegas, granuja, bruto! ¡Ah, me pegas, me pegas!

Y adelantaba el rostro hermoso demudado por la rabia y escupía su desprecio, muy de cerca, en la cara de aquel hombre que hubiera querido desgarrar. Jamás le había aborrecido tanto ni le había irritado más su figura fornida de perro dogo. El rencor añejo le subía á la boca con el anhelo de algún insulto irreparable, para concluir. Y su crueldad buscaba la herida emponzoñada, la que más le hiciera gritar y padecer.

— ¡No eres más que un animal, no eres capaz de dirigir un taller de diez hombres!

El singular insulto le produjo una risa convulsiva: tan estúpido y pueril era aquello. Esta risa acabó de arrojarla á una exasperación tal, que llegó á delirar. ¿Qué decirle para que el golpe fuese mortal y cesara de reír?

— Si soy yo quien te ha hecho; sin mí no hubieras sido ni un año director del Abismo.

Reía él con más fuerza.

— Estás loca, hija mía; dices tales disparates, que ya ni me hieren.

— ¡Ah! ¿con que digo disparates? ¡Ah! ¿con que no has conservado tu plaza, gracias á mí?

La confesión le había subido á la garganta de pronto. ¡Decirle en la cara de perro, á gritos, que no le había querido jamás, que era querida de otro! Esta era la puñalada que le apagaría la risa. ¡Qué desahogo, qué consuelo, cómo iba á saborear terrible y feroz voluptuosidad en el desastre de su vida que crugía bajo ella! Una vez más pasó la visión de Ragú; lanzó un grito de gozo abominable y se arrojó ella misma al abismo.

— Para que veas que no disparato, has de saber que duermo con tu Boisgelin hace doce años.

Delaveau al principio no comprendió. De un volco,

le había azotado el rostro la injuria atroz que le aturdiría.

— ¿Qué es lo que dices?

— Digo, que duermo con tu Boisgelin hace doce años; y puesto que ya no hay nada, pues que todo se hunde, pues bien, ¡sí, señor, hemos concluido!

Apretados los dientes, balbuciente, delirando á su vez, se había lanzado sobre ella, la había vuelto á coger por los brazos, sacudiéndola, arrojándola sobre una butaca. La desnudez provocativa del seno y de los hombros que lucía entre encajes, hubiera querido él pulverizarla á puñetazos, aniquilarla, para que no le insultase ni le torturase más. Se desgarraba por fin el velo de tan larga credulidad; veía, adivinaba. Jamás le había amado, su existencia junto á él nunca había sido más que hipocresía, engaño, mentira y traición. De esta mujer tan hermosa, delicada, exquisita, que adoraba, que deseaba con corazón idólatra, salía de pronto la loba, con furor sombrío, con la brutalidad de los instintos. Veía nacer en ella lo que había ignorado tanto tiempo; la corruptora, la envenenadora que lentamente todo lo había corrompido en torno de él; carne de traición y de crueldad, cuyo placer se hacía de las lágrimas y la sangre de los demás.

En el estupor con que luchaba, aún fué ella quien le injurió.

— ¿Conque á puñetazos? ¡bruto! ¡Bien, bien, á puñetazos, como tus obreros cuando están borrachos!

Entonces, en medio de terrible silencio, Delaveau oyó los golpes acompasados del martillo-pilón, aquel latido del trabajo que sin descanso mecía sus días y sus noches. Venía de muy lejos, como una voz conocida cuyo claro lenguaje acababa de contarle la espantosa aventura. Toda la riqueza que aquel martillo había forjado, ¿no era Fernanda quien la había devorado con sus dientes menudos de esmalte inalterable? Esta idea de fuego le dominaba; era ella la causa del desastre de los millones mal gastados, de la quiebra inevitable y próxima. Mientras él se sacrificaba, trabajando diez y ocho horas al día para salvar el mundo viejo, ruinoso, ella roía el edificio. Y vivía allí, á su lado, tan tranquila, amable y sonriente,

y era el veneno, la destrucción; se lo minaba todo paralizando su esfuerzo. Sí, allí estaba la ruina, siempre á su lado, en la mesa, en el lecho, y él no la veía; y todo lo habían pulverizado aquellos dientes blancos. Recordó las noches en que volvía ella de la Guerdache, ebria de caricias del amante, de vino, de baile, de dinero arrojado á manos llenas, cuando fermentaba su embriaguez sobre la almohada conyugal, mientras él, inocente, imbécil, tendido junto á ella, los ojos abiertos en lo obscuro, se torturaba el cerebro para salvar el Abismo, sin rozarla con un beso por no turbar su sueño. Este horror supremo, el furor loco, le hizo gritar:

— ¡Vas á morir!

Se irguió ella en la butaca apoyándose en los codos, desnudo el pecho, adelantando el divino rostro, bajo el casco negro de su admirable cabellera.

— ¡Sí, eso, lo quiero; estoy harta de tí, de los demás, de mi misma y de la vida! Para vivir pobre, prefiero morir.

El, cada vez más loco, repitió rugiendo:

— ¡Vas á morir! ¡Vas á morir!

Buscaba; daba vueltas por el aposento; no tenía armas. Ni un cuchillo, no más las manos para estrangularla. Y luego él, ¿qué haría? ¿Resignarse á vivir? Un cuchillo hubiera servido para los dos. Vió ella su vacilación de un segundo, y se creyó triunfante, pensando que no tendría valor para matarla. Se echó á reír á su vez, con risa de ironía insultante...

— ¡Vamos, vamos! ¿Pero no me matas?... Mátame, pues, mátame si te atreves.

De pronto se fijó en la chimenea de palastro en que ardía tal hoguera de cok, que ya la estancia parecía como incendiada. Una locura repentina se le hizo olvidar todo, hasta su hija, su Nisa adorada, que dormía en paz, arriba en su cuarto, en el segundo piso.

¡Oh, acabar él también, aniquilarse en el fondo de este horror, de este furor que le arrebataba! ¡Oh, llevar á esta mujer execrable á la muerte y sucumbir con ella, no vivir más, ya que la vida para siempre estaba mancillada y perdida!

Seguía ella azotándole con su risa y su desprecio.

— ¡Mátame, anda, mátame! ¡Eres muy cobarde para matarme!

Sí, sí, quemarlo todo, destruirlo todo, un incendio inmenso en que desaparecieran la casa y la fábrica; la ruina total, la que habían querido esta mujer y su amante imbécil. ¡Gigantesca hoguera en que él mismo caería hecho ceniza con la perjuración voraz y envenenadora, entre los escombros humeantes de la vieja sociedad muerta, que él, necio, había defendido!

Dió un terrible puntapié, volcó la estufa, la arrojó en medio de la estancia repitiendo:

— ¡Vas á morir! ¡Vas á morir!

Las brasas se esparcieron por la alfombra en una capa roja. Algunas habían rodado hasta una ventana. Las cortinas de cretona ardieron primero, también la alfombra. Después los muebles, las paredes se inflamaron con la rapidez del rayo. La casa, de construcción ligera, ardía chisporroteando y humeando como chamarasca.

Fué aquello entonces espantoso. Fernanda, horrorizada, se había levantado recogiendo las faldas de seda y encaje, buscando la salida por donde las llamas no la alcanzaran todavía. Se precipitó hacia la puerta que daba al vestíbulo, segura de que tendría tiempo de escapar llegando de un brinco al jardín. Pero ante la puerta encontró á Delaveau, cuyos puños le cerraban el paso. Le vió tan terrible que se lanzó hacia la otra puerta, la que daba á la galería de madera que conducía á la fábrica. Ya no era tiempo de huir por este lado; la galería ardía con un tiro de chimenea que amenazaba las oficinas. Volvió al medio de la estancia, ciega, sofocada, tropezando, loca de rabia al sentir que su vestido y el cabello suelto ardían ya sobre los hombros desnudos, acibillados de quemaduras; y con aliento de agonía, con voz de espanto, gritaba:

— ¡No quiero morir, no quiero morir! ¡Déjame pasar, asesino, asesino!

Otra vez se había lanzado hacia la puerta del vestíbulo, y quiso forzar el paso arrojándose sobre su marido, siempre allí en pie, inmóvil en su voluntad feroz. Ya no hablaba, sólo repitió sin violencia:

— ¡Te digo que vas á morir!

Le clavaba ella las uñas y tuvo que cogerla llevándola otra vez al medio de la estancia convertida en hoguera. Hubo una lucha atroz, se defendía ella con una fuerza declupada por el miedo de la muerte; buscaba las puertas, las ventanas con ansia instintiva de animal herido; mientras él la mantenía entre las llamas en que quería morir con ella para que nada quedase de su abominable existencia. Apenas bastaban sus brazos sólidos; las paredes se habrían y por diez veces más la separó de las salidas. Por fin la sujetó, la aplastó en un último abrazo, el que la había adorado, que tantas veces la había cogido y poseído así. Juntos cayeron entre las brasas del suelo; las colgaduras acababan de consumirse como teas, de las maderas llovían tizonas ardiendo. Aunque le mordió, no la soltó, la llevaba consigo á la nada, abrasados uno y otro por el mismo fuego vengador. Y todo acabó; el techo se hundió sobre ellos al desplomarse las vigas encendidas.

En la Crèche, aquella noche, Nanet, que hacía su aprendizaje de ingeniero electricista, salía del cuarto de las máquinas cuando notó hacia el Abismo una gran claridad roja. Creyó primero que eran llamaradas de los hornos de cementar. Pero la claridad aumentaba; y de repente, comprendió: era la casa del director que ardía. En brusca sacudida le hirió la idea de Nisa; echó á correr como un loco; chocó con la pared que ambos en otro tiempo saltaban con tanto brío para encontrarse, y también ahora la saltó, sin saber cómo, ayudándose con pies y manos. Se encontró en el jardín, solo todavía, pues no se había dado la voz de alarma. Sí, sí, era la casa que ardía, y lo espantoso era que iba el incendio desde el piso bajo al tejado como enorme hoguera, sin que dentro se moviera nadie. Las ventanas seguían cerradas, no se abría la puerta, que ya ardía sin permitir salir ni entrar. Nanet creyó oír sólo grandes gritos, una lucha de terrible agonía. Por fin las persianas de una de las ventanas del segundo piso se abrieron con violencia, y apareció Nisa entre el humo, blanca toda, sin más que la camisa y unas enaguas. Pedía socorro y se inclinaba hacia fuera aterrada.

— ¡No tengas miedo! ¡No tengas miedo!—gritó Nanet como loco.— ¡Yo subo!

Había visto una gran escalera tendida á lo largo de un cobertizo. Pero, al cogerla, notó que la sujetaba una cadena. Fué un minuto de angustia, terrible. Cogió una piedra grande y, con todas sus fuerzas, golpeaba los eslabones para romperlos. Bramaba el fuego; todo el primer piso ardía, con tantas chispas y humo que, á ratos, Nisa, desaparecía. Oía sus gritos, cada vez más locos, y él golpeaba, golpeaba, gritando también:

— ¡Espera, espera; allá voy!

Se rompió la cadena y pudo coger la escala. Nunca pudo comprender, más tarde, cómo había logrado ponerla derecha. Fué un prodigio; la arrimó á la pared, bajo la ventana. Vió entonces que era corta, y su desesperación fué tal, que él mismo, un instante, vaciló en su bravura de héroe de dieciséis años, resuelto á salvar á aquella niña de trece, su amiga. Perdía la cabeza; ya no sabía qué hacer.

— ¡Espera, espera! No importa. ¡Allá voy!

En aquel momento una de las doncellas salía por la ventana de su guardilla, que daba al tejado, y se agarraba al borde del canalón; y loca de espanto, creyendo que las llamas ya la cogían, se lanzó al aire y vino á aplastarse cerca de la escalinata, abierto el cráneo, muerta del golpe. Nanet, trastornado con los gritos de Nisa, cada vez más terribles, creyó que iba á saltar también. La vió sangrienta á sus pies, y lanzó un grito formidable.

— ¡No saltes, allá voy!

Y á pesar de todo, subió por la escala, y al llegar al primer piso, envuelto en llamas, entró por una de las ventanas, cuyos vidrios habían estallado por la fuerza del calor. Ya llegaba socorro, mucha gente estaba ya en la carretera y en el jardín. Hubo entre la multitud algunos minutos de horrible ansiedad, esperando aquel salvamento de una niña por un niño tan locamente bravo. El fuego crecía, crujían las paredes, la misma escala parecía arder, vacía, apoyada en la fachada, donde no reaparecían ni el muchacho ni la niña. Por fin, volvió él; la traía al hombro, como un cordero. Había podido, en aquel gran hor-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD

UN

OM

®

no, subir un piso, cogerla y bajar; pero sus cabellos se arrugaban chamuscados, la ropa ardía, y cuando se dejó resbalar, más bien que descender, hasta el pie de la escala, con su carga querida, ambos estaban cubiertos de quemaduras, desvanecidos el uno en brazos del otro, unidos con abrazo tan estrecho, que hubo que llevarlos juntos á la Crécherie, donde Scaurette, avisada al punto, vino á servirles de enfermera.

Media hora más tarde, la casa se hundía, no quedaba piedra sobre piedra. Y era lo peor que el incendio, después de haberse comunicado por la galería   las oficinas de la administración, ya alcanzaba   los cobertizos próximos, y devoraba el gran taller de los hornos de pudelar y de los laminadores. La fábrica entera estaba amenazada, el fuego hacia estragos en aquellos edificios viejos, casi todos de madera, tan estropeados y calcinados. Se decía que la otra criada de los Delaveau, habiendo podido escapar por la cocina, había avisado   las cuadrillas de noche, que habían acudido desde el Abismo. Pero los obreros no tenían bombas. Y había habido que esperar   que los de la Crécherie, conducidos por Lucas mismo, viniesen fraternalmente en socorro de la fábrica rival, con la bomba y el servicio de bomberos, una de las creaciones de la Casa Comunal. Los bomberos de Beauclair, muy mal organizados, llegaron después. Era demasiado tarde; el Abismo ardía de un extremo   otro de sus construcciones sórdidas; en varias hectáreas era una hoguera inmensa que sólo dominaban las altas chimeneas y la torre de templar los cañones.

Al amanecer, después de aquella noche desastrosa, había grupos todavía delante de los foros mal apagados, bajo el cielo lívido y helado de Noviembre.

Las autoridades, Ch telard, Gourier, no se habían separado del lugar del siniestro. Y con ellos estaba Gaume, y su yerno el capitán Jollivet, Marle, el cura, avisado muy tarde, no vino hasta el ser de día, seguido pronto de una ola de curiosos, burgueses, tenderos, los Mazelle, los Laboque, los Caffiaux y el mismo Dacheux. Un viento de terror pasaba, todos charlaban en voz baja. Había el ansia de saber de qué modo había podido producirse tal catástrofe.

Sólo quedaba un testigo, la criada que había podido huir, y contaba que la señora había vuelto de la Guerdache un poco antes de media noche: en seguida había habido mucho ruido de voces, después habían aparecido las llamas. Se escuchaba, se repetía la historia   media voz, y los íntimos adivinaban el espantoso drama. De seguro, como lo decía la criada, el señor y la señora habían muerto en aquel horno. Creció el horror al ver llegar   Boisgelin,   quien hubo que ayudar   bajar del coche, desfallecido y pálido. Le dió un síncope; el doctor Novarre tuvo que cuidarle ante aquel campo lleno de ruina, donde humeaban los restos de su fortuna, y donde los huesos de Delaveau y de Fernanda acababan de caer hechos ceniza.

Lucas, en tanto, dirigía las últimas maniobras de sus hombres, para apagar el taller del martillo-pilón, que seguía ardiendo. Jordán, envuelto en una manta, se obstinaba en seguir all  á pesar del mucho frío. Bonnaire, que había acudido de los primeros, se había señalado por su valor, salvando lo que había podido de máquinas y útiles, dejando su parte al fuego. Bourron, Fauchard, todos los antiguos obreros del Abismo, pasados   la Crécherie, le ayudaron con abnegación en aquel terreno tan conocido de ellos, donde habían padecido tantos años. Pero era como un destino furioso que bramaba cual huracán; todo era arrastrado, barrido, aniquilado, á pesar de sus esfuerzos. El fuego vengador, purificador, había caído como el rayo, arrasaba el campo enter  y lo limpiaba de escombros con que lo había obstruido la caída del mundo viejo. Ahora la labor estaba hecha: el horizonte libre,   lo infinito, y la ciudad naciente podía empujar la ola vencedora de sus casas hasta el extremo de las vastas llanuras.

En un grupo se oyó   Lange, el alfarero, el anarquista, que decía con voz ruda y alegre:

— No, no; no he tenido el honor de ser yo quien prendió fuego; pero no importa,  s una hermosa tarea. Y tiene gracia que los patronos nos ayuden, tost ndose ellos mismos.

Hablaba del fuego, y el espanto del fuego era tan profundo, que nadie le hizo callar. La multitud se

volvía á las fuerzas victoriosas; las autoridades de Beauclair felicitaban á Lucas por su abnegación; los comerciantes y la baja burguesía rodeaban á los obreros de la Crécherie y se ponían abiertamente de su parte. Lange tenía razón; hay horas trágicas en que las sociedades caducas, enloquecidas, se arrojan á la hoguera. Y bajo el cielo gris de aquella fábrica del Abismo, tan negra, tan triste, donde el salario había respirado agonizante, en las últimas horas del trabajo deshonrado y maldito, no quedaban más que algunas paredes ruinosas sosteniendo los esqueletos de los tejados, por encima de los cuales sólo se levantaban, inútiles y lamentables, las altas chimeneas y la torre de templar los cañones.

Aquella mañana, hacia las once, cuando el sol se había decidido á presentarse, límpido, pasó el señor Jerónimo en su cochecillo, que empujaba un criado. Daba su paseo habitual; acababa de seguir el camino de Combettes, á lo largo de la fábrica y del pueblo creciente de la Crécherie, tan animados, tan alegres, en aquel tiempo seco y de buen sol. Y ahora contemplaba el campo de la derrota, el Abismo assolado, destruido bajo la violencia justiciera de las llamas. Mucho tiempo estuvo mirando con sus ojos vacíos, claros, de una transparencia de agua de manantial. Ni una palabra, ni un gesto; miró simplemente y siguió, y nada decía si había visto y comprendido.

## LIBRO TERCERO

### I

En la Guerdache, el golpe fué terrible. De la noche á la mañana, aquella mansión de lujo y de placer que resonaba con fiestas continuas, caía en la ruina. Hubo que suspender una partida de caza, antes que renunciar á las grandes comidas de los martes. El numeroso personal iba á ser despedido en masa, se hablaba ya de la venta de los coches, de los caballos, de la jauría. En los jardines, en el parque, había cesado la vida bulliciosa, la afluencia sin fin de visitantes. La vasta mansión misma, los salones, el comedor, el billar, el fumadero, no eran más que desiertos donde vibraba el viento del desastre. Morada en que había caído el rayo, que agonizaba en la súbita soledad de la desgracia.

Y á través de esta infinita tristeza, Boisgelin paseaba su sombra lastimosa. Perdido el juicio, descompuesto, aniquilado, pasaba días espantosos, no sabiendo qué hacer de su cuerpo, vagando como alma en pena, entre las ruinas de sus placeres. No era en el fondo más que un pobre diablo, hombre de caballo y de círculo, mediocre, amable, de hermosa estampa, correcta altanería, el monóculo en un ojo; pero todo ello tenía que venir á tierra al primer soplo trágico

volvía á las fuerzas victoriosas; las autoridades de Beauclair felicitaban á Lucas por su abnegación; los comerciantes y la baja burguesía rodeaban á los obreros de la Crécherie y se ponían abiertamente de su parte. Lange tenía razón; hay horas trágicas en que las sociedades caducas, enloquecidas, se arrojan á la hoguera. Y bajo el cielo gris de aquella fábrica del Abismo, tan negra, tan triste, donde el salario había respirado agonizante, en las últimas horas del trabajo deshonrado y maldito, no quedaban más que algunas paredes ruinosas sosteniendo los esqueletos de los tejados, por encima de los cuales sólo se levantaban, inútiles y lamentables, las altas chimeneas y la torre de templar los cañones.

Aquella mañana, hacia las once, cuando el sol se había decidido á presentarse, límpido, pasó el señor Jerónimo en su cochecillo, que empujaba un criado. Daba su paseo habitual; acababa de seguir el camino de Combettes, á lo largo de la fábrica y del pueblo creciente de la Crécherie, tan animados, tan alegres, en aquel tiempo seco y de buen sol. Y ahora contemplaba el campo de la derrota, el Abismo assolado, destruido bajo la violencia justiciera de las llamas. Mucho tiempo estuvo mirando con sus ojos vacíos, claros, de una transparencia de agua de manantial. Ni una palabra, ni un gesto; miró simplemente y siguió, y nada decía si había visto y comprendido.

## LIBRO TERCERO

### I

En la Guerdache, el golpe fué terrible. De la noche á la mañana, aquella mansión de lujo y de placer que resonaba con fiestas continuas, caía en la ruina. Hubo que suspender una partida de caza, antes que renunciar á las grandes comidas de los martes. El numeroso personal iba á ser despedido en masa, se hablaba ya de la venta de los coches, de los caballos, de la jauría. En los jardines, en el parque, había cesado la vida bulliciosa, la afluencia sin fin de visitantes. La vasta mansión misma, los salones, el comedor, el billar, el fumadero, no eran más que desiertos donde vibraba el viento del desastre. Morada en que había caído el rayo, que agonizaba en la súbita soledad de la desgracia.

Y á través de esta infinita tristeza, Boisgelin paseaba su sombra lastimosa. Perdido el juicio, descompuesto, aniquilado, pasaba días espantosos, no sabiendo qué hacer de su cuerpo, vagando como alma en pena, entre las ruinas de sus placeres. No era en el fondo más que un pobre diablo, hombre de caballo y de círculo, mediocre, amable, de hermosa estampa, correcta altanería, el monóculo en un ojo; pero todo ello tenía que venir á tierra al primer soplo trágico

de la verdad y de la justicia. Hasta entonces, sólidamente instalado en el placer, convencido de que se le debía, sin haber hecho jamás nada con sus diez dedos, y creyéndose un sér aparte, elegido, privilegiado, nacido para que el trabajo de los demás le sustentase y divirtiera, ¿cómo había de comprender la lógica catástrofe que le aplastaba? La religión de su egoísmo recibía un golpe demasiado fuerte, y estaba aturdido ante el porvenir, cuyas inquietudes ignoraba. En el fondo de su atolondramiento, lo principal era el terror del ocioso, del parásito, á quien trastorna la incapacidad de ganarse la vida. Pues Delaveau ya no existía, ¿de quién iba á exigir los beneficios prometidos el día que su primo le había decidido á colocar su capital en el buen negocio del Abismo? Había ardidado la fábrica, el capital se había hundido bajo los escombros, ¿dónde encontraría con qué vivir mañana? Y andaba como un loco, por los jardines desiertos, por la casa lúgubre, sin encontrar la respuesta.

Primero, á raíz del drama, lo que asediaba á Boisgelin era el pensamiento del horroroso fin de Delaveau y de Fernanda. El no podía tener duda, pues se acordaba de lo furiosa que ella se había separado de él, amenazando á su marido. De seguro, después de alguna escena atroz, Delveau mismo había puesto fuego á la casa, para desaparecer con la culpable. Y en esto había para un hombre como Boisgelin, siempre esclavo del placer, una ferocidad negra, una violencia de monstruosas pasiones, cuyo espanto persistía, le amargaba la vida. Después acabó de angustiarle el comprender que él no tenía la cabeza firme y la energía necesarias para poner un poco de orden en un negocio tan complicado y tan comprometido. Día y noche daba vuelta á sus proyectos sin saber á qué atenerse. ¿Debía procurar volver á levantar la fábrica, buscar dinero, una sociedad, un ingeniero, con la esperanza de confinar la explotación? Parecía esto casi imposible de lograr, pues las pérdidas eran importantes. ¿Valdría más esperar un comprador que se contentara con los terrenos, con la maquinaria y el material salvados por su cuenta y riesgo? Pero dudaba que el tal comprador se presentara,

sobre todo no creía obtener de él un precio suficiente para liquidar la situación. Y el problema de la existencia seguía siempre sin resolver, en este gran dominio de la Guerdache, gravado con enormes gastos, de sostenimiento tan costoso, y donde, desde fin de mes, acaso no habría pan que comer.

Una sola criatura tuvo entonces compasión de este hombre miserable, que no hacía más que temblar, abandonado, vagando por su morada vacía como un niño perdido; y fué Susana, su esposa, la mujer de heroica dulzura, á quien tanto había ultrajado. Al principio, cuando él la imponía sus relaciones con Fernanda, veinte veces se había levantado ella por la mañana, resuelta á protestar para arrojar de la casa á la querida, á la intrusa; pero siempre había acabado por seguir en su ceguera voluntaria, segura de que, si echaba á Fernanda, su marido la seguiría, obcecado, obseso. Después, la situación anormal se había fijado, tenía ella su cuarto aparte, y sólo ante el mundo seguía siendo la mujer legítima, cubriendo así las apariencias, y consagrándose por completo á la educación de su hijo Pablo, que quería salvar del desastre. Sin este hermoso niño, rubio como ella, como ella amable, nunca se hubiera resignado. Era él la causa profunda de su renunciamento, de su sacrificio. Se lo había quitado al padre indigno, como una inteligencia, un corazón para ella sola, donde cultivaría la razón y la bondad para su consuelo. Y los años habían corrido de esta suerte, en la austera alegría de verle crecer, más juicioso y amable cada día; y había asistido Susana, sin tomar parte en él, de lejos, por decirlo así, al drama que se desenvolvía en la lenta ruina del Abismo, enfrente de la prosperidad progresiva de la Crécherie, al contagio de la vida de placeres, cuya locura, en torno de ella, arrastraba su gente á la sima. En fin, la última demencia acababa de aniquilarlo todo en una suprema llamada de incendio; y también ella atribuía á Delaveau, advertido, la colosal hoguera en la que había querido arder con la culpable, la corruptora, la devoradora. También ella temblaba, preguntándose si no era en parte cómplice, por su debilidad, por su resignación, que había tolerado tanto tiempo la traición,

la vergüenza de su hogar. Si ella se hubiera rebelado desde el primer día, acaso el crimen no hubiera llegado hasta el fin. Y esta lucha de su conciencia acabó de alterarla haciéndola compadecer á aquel desgraciado que, desde la catástrofe, veía pasear como loco en su terrible confusión, por el jardín desierto y la casa vacía.

Una mañana, al atravesar Susana el gran salón donde había dado él tantas fiestas, le vió desplomado sobre una butaca llorando como un niño, con grandes sollozos. Sintió ella infinita lástima. Y se acercó, después de tantos años de no dirigirse la palabra en cuanto quedaban solos.

—Si te desesperas,—le dijo,—no encontrarás la fuerza que necesitas.

Inmutado al verla, al oír que le hablaba, la miraba confusamente, entre lágrimas.

—Sí, en vano será ese andar errante de todo el día; el valor debe estar en tí, no lo encontrarás en otra parte.

Con un ademán de angustia, respondió en voz muy baja:

—¡Estoy tan sólo!

No era malo; era necio y débil; uno de esos corazones cobardes de que hace verdugos el placer egoísta. Y se había quejado de la soledad en que ella le dejaba, en su desgracia, con aire tan abatido, que la hizo conmoverse.

—Querrás decir que has querido estar sólo. ¿Por qué, después de aquellas cosas terribles no has venido á mí?

—¡Dios mío!—murmuró él—¿es el perdón?

Y le cogió las manos que ella le abandonó; y confesó su culpa, anonadado, aturdido, lleno de arrepentimiento. Nada confesaba que no supiese ella; su prolongada traición, la querida metida en el hogar doméstico, la mujer que le había vuelto loco, hasta la ruina; pero tal arrebató de franqueza había en su acusación, que Susana, compadecida, vió en ella como una confesión nueva, cuya humillación hubiera podido evitarse. Acabó diciendo:

—Es verdad; te he ultrajado mucho tiempo; le sido abominable... ¿Por qué me habías abandonado,

por qué no hiciste nada para volverme á tí? Tocaba al doloroso caso de conciencia, al sordo remordimiento que ella sentía por no haber cumplido bien, acaso, con todo su deber, no deteniéndole en su caída. Y la reconciliación, que la compasión había comenzado, la completó aquel sentimiento de fraternal indulgencia. Los más puros, los más heroicos, ¿no tienen muchas veces algo de culpa, cuando los malos y los débiles sucumben junto á ellos?

—Sí—dijo Susana;—hubiera debido luchar más; he atendido demasiado á mi orgullo, á mi tranquilidad. Los dos necesitamos olvido; todo ese pasado debe morir.

Pasaba Pablo por el jardín y le llamó. Era un mocetón de diez y ocho años, inteligente, fino, hecho por ella á su imagen, muy cariñoso, de mucho juicio, libre, sobre todo, de todos los prejuicios de casta, dispuesto á vivir con el trabajo de sus manos, si las circunstancias lo exigían. Su pasión era la tierra; pasaba días enteros en la granja, atento á las cuestiones del cultivo, al germinar de los sembrados, al crecer de las mieses. Al llamarle su madre, justamente, iba á ver un modelo nuevo de arado en casa de Feuillat.

—Ven, hijo mío; tu padre tiene un disgusto y deseo que le abrace.

Hijo y padre habían roto sus relaciones, como el marido y la mujer. Todo él para su madre, el hijo se había criado con un frío respeto al hombre que comprendía que la atormentaba. Así que Pablo, compadecido, con gran emoción, miró algunos segundos á sus padres, á quien veía tan conmovidos también. Comprendió, abrazó muy afectuosamente á su padre, y se arrojó al cuello de su madre para abrazarla y besarla con toda el alma. La familia volvía á aparecer. Hubo un minuto feliz en que se pudo creer que la buena inteligencia sería en adelante perfecta.

Al abrazarle también Susana, Boisgelin tuvo que contener una buena crisis de lágrimas.

—¡Bien! ¡bien! ya estamos unidos. ¡Ah, hijos míos, esto me da valor! ¡Estamos en una situación tan terrible! Necesitaremos entendernos, tomar una resolución.

Siguieron hablando; necesitaba el padre comunicar con su mujer, con su hijo, decírselo todo, después de haber padecido solo tanto con la angustia de su debilidad. Recordó á Susana que habían comprado el Abismo en un millón y la Guerdache en quinientos mil francos, con los dos millones que les quedaban: el de la dote de ella y el salvado en la ruina de la fortuna de él. Los quinientos mil francos que quedaban de los dos millones puestos en manos de Delaveau, habían servido para la circulación de fondos de la fábrica. Todo su dinero, pues, estaba colocado allí; y lo peor era que, por los últimos apuros, había habido que tomar prestados seiscientos mil francos, deuda que era un gran peso para la explotación. Por muerta se podía dar la fábrica, que estaba quemada, y antes que poderla hacer renacer de sus cenizas, habría que pagar los seiscientos mil francos.

—¿Cuál va á ser tu resolución, entonces?— preguntó Susana.

Dudaba entre dos resoluciones, ambas difíciles. O desembarazarse de todo, vender lo que quedaba del Abismo á cualquier precio, que de fijo apenas bastaría para pagar la deuda, ó buscar nuevos fondos continuar una sociedad á la que él llevaría los terrenos y el material salvado, combinación que, por lo demás, juzgaba quimérica. Y la solución era cada día más urgente, pues la ruina se declaraba total y cierta.

Susana hizo una observación.

—Tenemos todavía la Guerdache; podemos venderla.

—¡Oh! ¡vender la Guerdache!—respondió él, como desolado.—¡Vender la posesión que es nuestro recreo, á que estamos habituados! ¡Y para ir á escondernos en algún rincón miserable! ¡Sería caer tan bajo, otro dolor tan terrible!

Quedóse ella seria, otra vez, viendo que aquel hombre no se acostumbraba á la idea de una existencia mediocre y juiciosa.

—Amigo mío, siempre vendremos á dar en eso. No podremos conservar en casa un tren tan costoso.

—Claro, claro, se venderá la Guerdache, pero más tarde, cuando se presente una ocasión. Si la pusieramos en venta ahora, no nos darían la mitad de lo

que vale, pues sería la confesión de nuestra ruina y todo el país se pondría de acuerdo contra nosotros para gozarse y especular.

Después se valió de un argumento más directo.

—Además, querida, la Guerdache es tuya. Como se ha hecho constar, quinientos mil francos de la compra se han tomado del millón de tu dote y los otros quinientos mil han entrado por la mitad en el millón que nos ha costado el Abismo. Si somos copropietarios de la fábrica, la Guerdache es sólo tuya, y mi deseo es simplemente conservártela mientras se pueda.

No queriendo insistir, Susana dió á entender con un ademán que hacía mucho tiempo que estaba resignada á todos los sacrificios. Su marido la miraba, y de pronto le hirió un recuerdo.

—¡Ah! dime, quería preguntarte... ¿Has vuelto á ver á tu antiguo amigo Lucas Froment?

Un instante permaneció ella preocupada. Después de la fundación de la Crèche y de la acentuada rivalidad entre ambas fábricas, no había entrado por poco en sus penas la necesaria ruptura con Lucas. Perdía en él un corazón fraternal, cariñoso, que la hubiera consolado, auxiliado, sostenido. Pero había sabido resignarse una vez más; sólo de tarde en tarde, por casualidad, en sus raras salidas le había encontrado, sin dirigirle jamás la palabra. Imitaba él su discreción, su apartamiento; parecía que su dulce intimidad antigua había muerto para siempre. No impedía esto que la joven siguiese con gran interés, sin hablar de ello á nadie, la empresa de Lucas. En secreto, seguía con él, con su esfuerzo generoso para traer un poco de amor y justicia á la tierra. Con él había sufrido, con él triunfado, y cuando se le creyó muerto, se encerró durante dos días sin ver á nadie. Y en el fondo de su dolor descubría una angustia intolerable, las relaciones con Josina, que fueron para ella cruel herida. ¿Había amado á Lucas sin saberlo? ¿Había soñado con la alegría, el orgullo de tener un esposo como él, que tan bien hubiera usado de la fortuna? ¡Cómo le hubiera ayudado: qué prodigios de paz y de bondad hubieran realizado juntos! Pero había soñado; era ahora el marido de Josina, y había

ella otra vez sentido hundirse todo en su abnegación de esposa sacrificada, de madre que vivía sólo para su hija. Lucas había dejado de existir para ella, y la pregunta que la hacían evocaba tales recuerdos, que no ocultó su gran sorpresa antes de responder.

—¿Cómo quieres que haya vuelto á ver al señor Froment? Bien sabes que hace cerca de diez años que hemos roto nuestras relaciones.

Boisgelin, tranquilamente, se encogió de hombros.

—¡Bah! Eso no quita que hubieras podido encontrarle y hablarle. ¡Os entendiais tan bien antiguamente! ¿De modo que no has conservado ninguna relación con él?

—No,—dijo ella con claridad.—Si siguiera viéndole lo sabrías.

Crecía su asombro, y la hería aquella insistencia, algo ofendida por tales preguntas. ¿A dónde iría á parar? ¿A qué venía aquel deseo de que hubiera conservado relaciones con Lucas? También ella sintió curiosidad.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada; es una idea que acaba de ocurrírseme. Y volvió á ella y acabó por declararse.

—Verás... te decía que teníamos dos caminos: ó vender el Abismo ó crear una sociedad y pertenecer yo á ella. ¡Pues bueno! Hay un tercer medio, la combinación de los otros dos, y sería hacer que nos comprara el Abismo la Crécherie, reservándonos la mejor parte de los beneficios... ¿Comprendes?

—No; no del todo.

—Pues es muy sencillo... Ese Lucas debe de tener mucha gana de adquirir nuestros terrenos. Pero nos ha hecho mucho daño, ¿no es eso? y es muy justo que le saquemos una crecida suma. Y nuestra salvación estaría seguramente en eso, sobre todo si teníamos, además, intereses en la casa, lo cual nos permitiría conservar la Guerdache, sin disminuir nuestros gastos.

Susana le o a con mucha tristeza. ¡Ay, sí! Era el mismo de siempre; la terrible lección no le había corregido. Sólo soñaba con explotar á los demás, sacar provecho de la situación en que pudieran verse. Sobre todo, nunca tenía más que un fin: no hacer

nada, seguir siendo el ocioso, el parásito, el capitalista de siempre. En su lucha desesperada, después de la catástrofe, no había más que el terror, el odio al trabajo, la obsesión de preguntarse cómo podía seguir viviendo sin hacer nada. Ya no había lágrimas, y de repente volvía á aparecer el hombre que sólo sabía gozar.

Quiso ella saberlo todo.

—¿Pero qué tengo yo que ver con eso? ¿Por qué me preguntabas si había seguido tratando á Froment?

—¡Toma! Porque eso me hubiera facilitado las proposiciones que pienso hacerle. Ya comprendes que después de varios años de estar reñidos, no es fácil acercarse á un caballero para empezar á tratar una cuestión de intereses; y la cosa era mucho más sencilla, si hubiera seguido siendo tu amigo... T  misma, acaso, hubieras podido verle, hablarle...

Le detuvo ella con un brusco ademán.

—Jamás hubiera hablado á Froment en tales condiciones. Olvidas que le quería como hermano.

¡Aquel desgraciado llegaba á la bajeza de especular con el cariño que Lucas podía haber conservado, y quería valerse de ella para atraerle y vencerle mejor!

Debió de comprender que la hería al verla en seguida más pálida y más fría, como volviendo á separarse de él. Quiso borrar la mala impresión.

—Tienes razón; los negocios no son para las mujeres; tal comisión no es para t . Pero, así y todo, me gusta mi idea, y cuanto más la maduro más veo en ella nuestra salvación. Voy á pensar mi plan de ataque; luego ya ver  medio de relacionarme con el director de la Crécherie. Aunque tal vez sería más acertado dejarle á él dar el primer paso.

Se había reanimado con esta esperanza de engañar á otro y sacar de él sus goces, como siempre había hecho. La vida todavía era buena, si sabía pasarla con las manos blancas y ociosas. Se levantó, suspir  con desahogo, miró por una de las ventanas el gran Parque, que parecía más grande en aquel día claro de invierno, y en el cual esperaba reanudar sus fiestas en llegando la primavera, y exclamó:

—Tontos seríamos desesperándonos. ¡La gente como nosotros, jamás llega á la miseria!

Susana, que seguía sentada, sintió crecer su horrible tristeza. Por un instante había esperado, cándida, corregir á tal hombre, y ya advertía que todas las tempestades y revoluciones podían pasar sobre él, sin que se enmendara, sin que comprendiese siquiera los nuevos tiempos. Tenía en la sangre la antigua explotación del hombre por el hombre; no podía vivir y gozar más que á costa de los demás. Siempre sería un niño grande y malo con que tendría que cargar más adelante. ¡Si llegaba á haber justicia! Ya no tuvo para él más que grande y amarga compasión.

Mientras hablaban, Pablo no se había movido, oyendo á sus padres con aire inteligente, suave y cariñoso. Por sus grandes ojos pensativos se veían pasar las mismas emociones de su madre. En constante comunicación con ella, también sufría, viendo al esposo y al padre indigno. Notando su turbación dolorosa, le preguntó ella:

—¿A dónde ibas, hijo mío?

—Iba á la granja. Feuillat debe de haber recibido el nuevo arado para las labores de invierno.

Boisgelin se echó á reír.

—¿Y eso te interesa?

—Ya lo creo, padre... En Combettes tienen arados de vapor que hacen surcos de muchos kilómetros, en sus campos, puestos en común, convertidos en un campo inmenso. Y es una cosa soberbia ver la tierra levantada y fecundada hasta las entrañas.

Se entusiasmaba con ardor juvenil. Su madre sonreía conmovida.

—Anda, anda, hijo mío; ve á ver el arado nuevo, y trabaja; así estarás más sano.

Notó Susana, los días siguientes, que su marido no se apresuraba á poner por obra su proyecto. Parecía bastante haber encontrado la solución que, según él, debía salvarlos á todos, y volvía á su indolencia, incapaz de voluntad. Tenía ella, además, en la Guerdache, otro niño grande, cuya conducta empezó á alarmarla. El señor Jerónimo, el abuelo, que acababa de llegar á la avanzada edad de ochenta y ocho años,

á pesar de la parálisis, seguía viviendo á parte, mudo, sin más relaciones con el mundo que sus continuos paseos en el cochecillo. Solo Susana entraba en su cuarto del piso bajo, que daba al Parque. Treinta años hacía que le cuidaba. Tan bien conocía ya los ojos claros del viejo, sin fendo, como llenos de agua de manantial, que podía leer en ellos las menores sombras fugitivas. Y se habían turbado después de los últimos sucesos. Parecía que los había llenado de arena el viento. Muchos años monótonos se habían inclinado sobre ellos, sin ver allí nada, dudando que detrás hubiera un pensamiento. ¿Era que volvían las ideas? Si se turbaban, aquella fiebre que renacía, ¿indicaba un despertar posible en todo su sér? Acaso nunca le habían faltado la conciencia, el discurso; tal vez, por un milagro, se desataba el duro lazo físico de la parálisis, librándole en parte, al llegar el último momento, del silencio y de la inmovilidad. Seguía Susana con ansia y sorpresa aquel lento despertar.

Una tarde, el criado que conducía el coche del señor Jerónimo, se atrevió á detener á Susana, cuando ésta salía de la habitación del anciano, impresionada por la mirada viva con que la había acompañado hasta la puerta.

—Señora, me he prometido decir á usted... Me parece que el señor no es el mismo. Hoy ha hablado.

—¿Cómo que ha hablado?

—Sí; ayer mismo había creído oírle murmurar palabras á media voz, al detenernos un momento frente al Abismo. Pero hoy, al pasar delante de la Crèche-rie, ha hablado, estoy seguro.

—¿Y qué ha dicho?

—No lo he comprendido bien; creo que eran palabras sin enlace; no tenían sentido.

Aumentó desde entonces la vigilancia de Susana. El criado tenía orden de contar todo lo que hubiese observado durante el día. Así pudo ella seguir la fiebre creciente que parecía apoderarse del señor Jerónimo. Tenía afán de ver, de oír; exigía que se prolongasen los paseos, ávido de los espectáculos que se le iban presentando. Todos los días se hacía llevar ya al Abismo, ya á la Crèche-rie, sin cansarse de mirar,

durante horas enteras, las ruinas sombrías del uno, la alegre prosperidad de la otra. Ordenaba una marcha lenta, volvía muchas veces á los mismos sitios, y las palabras sueltas que murmuraba eran cada vez más distintas, aunque sin sentido. Susana hizo venir al doctor Novarre. Después de explicarle el caso, le dijo:

—Me causa esto terror, como si asistiera á una resurrección. Veo en esto una señal prodigiosa que anuncia extraordinarios sucesos.

Novarre sonrió. Cosas de mujer nerviosa. Pero quiso enterarse por sí mismo. Mal enfermo hacía el señor Jerónimo; había cerrado la puerta á los médicos como á todo el mundo, y no reclamaba su estado ningún tratamiento; el doctor no entraba á verle hacía años. Le esperó en el Parque, le saludó y le siguió por la carretera. Hasta se acercó á él, vió que sus ojos se animaban y oyó el balbucir confuso de sus labios. También se impresionó.

—Tiene usted razón, señora.—dijo á Susana;—el caso es muy singular. Es seguro que se trata de una crisis general que debe de venir de un profundo sacudimiento interior.

Ansiosa preguntó ella:

—¿Pero qué prevé usted, doctor, y qué podemos hacer?

—¡Oh! no podemos hacer nada, por desgracia. Y tampoco me atreveré á decir lo que tal estado puede traer detrás bien pronto... Sí diré, que aunque tales cosas son raras, hay ejemplos. Me acuerdo de haber examinado en el Asilo de Saint-Cron un anciano encerrado allí hacía cuarenta años sin que los guardianes se acordasen de haberlo oído nunca pronunciar una palabra. De repente pareció despertar, habló confusamente primero, después muy claro, en un flujo interminable de horas enteras de charla no interrumpida. Pero lo extraordinario era que el anciano tenido por idiota lo había visto, oído y comprendido todo durante los cuarenta años de aparente sueño, y lo que contaba de aquel modo en aquella ola de palabras era la narración sin fin de sus sensaciones, de sus recuerdos, almacenados desde su entrada en el Asilo.

Susana temblaba, procuraba ocultar la emoción terrible que le causaba el ejemplo.

—¿Y qué fué de ese desgraciado?

Novarre vaciló un segundo.

—Murió á los tres días. Debo confesárselo á usted, señora; tales crisis son casi siempre sintoma de un fin próximo. La eterna imagen de la lámpara que arroja el último resplandor antes de apagarse.

Callaron largo rato. Se había puesto ella muy pálida; pasaba el frío de la muerte. Mas no se trataba del fin próximo del triste abuelo; había otro temor, otra pena. ¿Lo había visto, oído, comprendido todo el abuelo, como el viejo de Saint-Cron? Y se atrevió á hacer una pregunta.

—Doctor, ¿cree usted que nuestro inválido querido ha perdido la inteligencia? Según usted, ¿comprende, piensa?

Se vió en Novarre el gesto vago del sabio que fuera de la certeza experimental no cree poder asegurar nada.

—¡Ah, señora! Me pregunta usted mucho. Todo es posible en este misterio del cerebro, donde todavía penetramos tan difícilmente. La inteligencia puede seguir intacta después de perderse la palabra, porque la causa de que no se piense no consiste en que no se hable... Sin embargo, hubiera diagnosticado que todas las facultades mentales del señor Jerónimo se habían debilitado. Le he crido en una infancia senil.

—Pero dice usted que es posible que haya conservado sus facultades intactas.

—Muy posible, y aun comienzo á sospecharlo; la prueba es el despertar de todo su ser, la palabra que parece volver poco á poco.

Después de esta conversación quedó en Susana una suerte de doloroso horror. No podía permanecer junto á su abuelo en su cuarto, asistir á su resurrección, sin un secreto espanto. Si lo había visto, comprendido todo, ¡qué drama tan terrible en aquel silencio! Treinta años de ser como testigo impasible del decaimiento de su raza; sus ojos claros habían visto la derrota de los suyos, la caída que el vértigo de la posesión aceleraba. Dos generaciones habían pasado para abrasar en el fuego devorador del goce la for-

tuna fundada por su padre y por él que creía tan sólida. Había visto á su hijo Miguel arruinarse por las mujeres, matarse de un tiro; á Laura, su hija, loca de misticismo en un convento, y al otro hijo, Felipe, casado con una ramera, muerto en duelo. Había visto á su nieto Gustavo lanzar á su padre al suicidio, robándole una querida y el dinero de sus vencimientos, mientras Andrés, el hijo de Felipe, iba á dar entre locos. Había visto á Boisgelin, el marido de su nieta Susana, confiar el Abismo á Delaveau, que después de una breve prosperidad acababa de reducirlo á ceniza en aquella horrible tragedia de la traición de Fernanda. Había visto el Abismo, su creación amada, la humilde fábrica de su padre tan engrandecida por los suyos, y que esperaba que fuese todo un pueblo para su raza, el imperio del hierro y del acero, declinar tan rápidamente, que á la segunda generación no quedaba piedra sobre piedra. Había visto á su raza, en fin, en la que tan lentamente, en una larga ascendencia de miserables obreros se había acumulado la fuerza creadora que había estallado en su padre y en él, estropeada en seguida, degenerada, destruída por el abuso de la riqueza. ¡Qué espantosa historia acumulada en el cráneo de aquel anciano de ochenta y ocho años, aquella serie de hechos terribles que resumían todo un siglo de esfuerzos iluminando el pasado, el presente, el porvenir de una familia! ¡Y qué terrible cosa que aquel cráneo en que parecía dormir tal historia despertara lentamente, y que la ola de la verdad rebosara si los labios, ya balbucientes, empezando á gritar palabras claras!

Este despertar terrible era lo que esperaba Susana con ansiedad creciente. Ella y su hijo eran los últimos de la raza. Pablo el único varón. La tía Laura acababa de morir en el convento de Carmelitas, donde había vivido cuarenta años; el primo Andrés había muerto loco. Así, cuando Pablo acompañaba á su madre junto al señor Jerónimo, éste le miraba mucho, con miradas largas, con ojos que iluminaba la inteligencia. Allí estaba el último y débil ramo de la encina de tronco poderoso que él había en otro tiempo esperado ver crecer y bifurcarse en ramas poderosas. El árbol familiar, ¿no traía la savia nue-

va, la salud y el vigor tomados á los rudos ascendientes trabajadores? ¿Su descendencia no iba á extenderse, dilatarse, conquistando todos los bienes y alegrías de la tierra? Y la savia ya estaba agotada en los nietos, la vida de riqueza, mal vivida, había consumido tanto vigor en menos de un siglo. ¡Qué amargura la del pobre abuelo, testigo supremo de tantas ruinas al no ver ante sí más que á Pablo suave, delicado, último regalo de la vida que parecía había querido dejar á los Qurignon este precioso retoño para volver á brotar y florecer en la nueva tierra! ¡Y qué penosa ironía que quedara él solo en la enorme Guerdache, mansión regia, comprada un día por el señor Jerónimo á tan alto precio con el anhelo y el orgullo de llegar á poblarla con sus numerosos descendientes! Veía los vastos departamentos ocupados por diez matrimonios, oía las risas del tropel de niños y niñas que crecía sin cesar; era el dominio familiar, feliz, lujoso, donde reinaría la dinastía cada vez más fecunda de los Qurignon. Después, he aquí todo lo contrario: el palacio cada vez más vacío; la embriaguez, la locura, la muerte habían pasado y destruído. La última corruptora había consumado la ruina de la casa; después de la última catástrofe se cerraban las dos terceras partes de los departamentos; todo el segundo piso quedaba abandonado al polvo; hasta los salones de recibir se habrían solo los sábados para el sol. La raza iba á acabar si Pablo no la levantaba. Pasó una semana; el criado ya pudo distinguir palabras en el confuso balbucear del señor Jerónimo. Después se formó una frase clara y vino á repetirla á la señora.

— ¡Oh! Trabajo me ha costado, señora, pero puedo asegurarle que el señor ha repetido esta mañana: «Hay que devolver, hay que devolver.»

Susana no lo creía. Aquello no significaba nada. ¿Hay que devolver qué?

— Escuche usted mejor, procure coger mejor las palabras.

Al día siguiente el criado dijo:

— Aseguro á la señora que el señor dice bien claro: «Hay que devolver, hay que devolver», y esto veinte,

treinta veces, en voz baja, continua, como si pusiera en ello toda la fuerza que le queda.

Susana resolvió velar ella misma al abuelo, para enterarse. Al día siguiente no pudo levantarse el anciano. Mientras el cerebro se despejaba, las piernas, y poco después todo el tronco, fueron invadidos como heridos ya de muerte. Asustada ella, hizo venir otra vez á Novarre, quien, impotente, la anunció con rodeos el fin próximo. Desde entonces ya no dejó Susana el cuarto. Era grande, con alfombra muy espesa y colgaduras muy pesadas. Rojo todo, de un lujo sólido y algo sombrío, con muebles de palisandro esculpido, un gran lecho de columnas, un espejo muy alto en que todo el Parque se reflejaba. Cuando las ventanas estaban abiertas, se distinguía más allá de las praderas, entre las cimas de los árboles seculares, un inmenso horizonte, el montón de los tejados de Beauclair primero, más allá de los árboles seculares, un inmenso horizonte, el montón de los tejados de Beauclair primero, más allá de los Montes Bleuses, la Crécherie con su horno alto y el Abismo, cuyas gigantescas chimeneas seguían en pie.

Una mañana Susana se había sentado junto al lecho, después de haber levantado las cortinas para que el sol de invierno entrase, cuando tuvo la emoción de oír hablar al señor Jerónimo. Hacía un momento que, vuelto el rostro hacia una ventana, miraba al lejano horizonte con sus grandes ojos claros. No dijo primero más que esto:

—El señor Lucas.

Susana, que había oído distintamente, quedó un momento sorprendida. ¿Por qué el señor Lucas? Nunca el señor Jerónimo había tenido trato con él, hasta debía ignorar su existencia, á no ser que hubiera, en efecto, tenido conciencia de todo, y esto Susana, hasta entonces, no hacía más que sospecharlo y temerlo. Pero aquella frase era una prueba.

—¿Es el señor Lucas lo que usted dice, abuelo?

—Sí, sí, el señor Lucas...

Cada vez lo decía más claro, con más energía, fijos en ella los ardientes ojos.

—¿Y por qué me habla usted del señor Lucas? ¿Es que le conoce, tiene usted algo que decirme de él?

Entonces vaciló él, sin duda porque no encontraba las palabras; después volvió á repetir el nombre de Lucas con impaciencia infantil.

—En otro tiempo,—prosiguió ella,—era muy amigo mío, pero hace muchos años que no viene.

Movió él la cabeza vivamente y como si su lengua se soltara poco á poco encontró palabras.

—Lo sé, lo sé... Quiero que venga.

—¿Quiere usted que el señor Lucas venga á verle? ¿Desea usted hablarle, abuelo?

—Sí, sí, eso es... Que venga en seguida, le hablaré.

Aumentaba la sorpresa y el temor de Susana. ¿Qué podía querer decir á Lucas? Tantas hipótesis penosas veía en aquello, que por un instante quiso eludir aquel deseo, viendo en él sólo una delirante fantasía. Pero estaba él en su cabal razón; la suplicaba con ansia fervorosa, irresistible, agotando las últimas fuerzas. Muy turbada, viendo allí un caso de conciencia, se preguntaba si no sería culpable negando á un moribundo una entrevista de que podían salir las cosas amenazadoras y oscuras que la hacían temblar.

—¿No puede usted hablarme á mí, abuelo?

—No, no, al señor Lucas. ¡Quiero hablarle al momento, al momento!

—Está bien, abuelo; voy á escribirle y espero que vendrá.

Pero al escribir aquella carta á Lucas, su mano tembló. Sólo fueron dos líneas: «Amigo mío: Le necesito, venga en seguida...» Por dos veces tuvo que detenerse, le faltaba fuerza para llegar al fin de aquellas pocas palabras; de tal modo despertaban en ella los recuerdos, toda su vida perdida, la felicidad á cuyo lado había pasado y que ya no conocería jamás. Eran apenas las diez de la mañana; un muchacho llevó la carta á la Crécherie. ®

Estaba Lucas delante de la Casa Comunal, terminando su inspección de la mañana. Cuando le entregaron la carta, y sin tardar siguió al criado. ¡Pero qué emoción la suya también, qué enternecimiento de todo su corazón ante aquellas simples palabras: «Amigo mío: Le necesito, venga en seguida!» Doce

años hacía que los acontecimientos los habían separado, y le escribía ella como si se hubiesen visto la vispera, segura de verle responder á su llamada. Ni un instante había dudado de su amigo, y á él le arrancaba lágrimas verla siempre la misma, fraternal como antaño. Los más terribles dramas habían podido estallar en torno de ellos, todas las pasiones se habían desencadenado, barriendo hombres y cosas, y se volvían á encontrar naturalmente, la mano en la mano, después de tantos años de separación. Cuando con paso rápido se acercaba á la Guerdache, se preguntó por qué le llamaría.

No ignoraba el deseo de Boisgelin de vender el Abismo lo más caro posible; pero él estaba resuelto á no comprarlo. La única solución aceptable era que el Abismo se asociara á la Crèche, como las demás fábricas de menor importancia habían hecho. Se le ocurrió un instante que Boisgelin debía de haber empujado á su mujer á dar aquel paso; pero la conocía, era incapaz de prestarse á tal papel. Y se la figuraba llena de zozobra, necesitándole en alguna circunstancia trágica. No buscó más, ella le diría lo que quería de él.

Susana esperaba á Lucas en un saloncillo, y cuando entró creyó desfallecer; tal era su turbación. También él estaba conmovido, saltándole el corazón. Al principio no pudieron decir una palabra. Se miraban en silencio.

— ¡Oh! amigo, amigo mío, — murmuró ella al fin.

Ponía en estas sencillas palabras la emoción de todo lo que había pasado en doce años: su separación y sus raros y mudos encuentros, la vida crue! en su hogar ultrajado y manchado, sobre todo la obra que él había cumplido durante este tiempo y que ella había seguido de lejos con alma entusiasmada. Era un héroe, le rendía culto; hubiera querido arrodillarse, curar sus heridas, ser la compañera que consuela y ayuda. Pero otra había venido; por Josina había sufrido tanto, que ya su corazón de amante estaba muerto, enterrado en este amor que ignoraban todos y que ella no había querido saber si había existido. Y el ver á su dios ante ella removía todas estas cosas

secretas y profundas, y loca de ternura lloraba y le temblaban las manos.

— ¡Oh! ¡Amigo, amigo; ha venido usted, bastó que le llamara!

Lucas temblando, con igual simpatía, recordaba también todo el pasado. Sabía con cuanta dignidad y heroísmo había luchado contra todos los ultrajes. Permaneciendo en su hogar, defendiendo el honor del nombre, con la cabeza levantada, por su hijo, por ella misma.

Siempre, á pesar de la separación, la había tenido en el alma; había anhelado ir en su socorro. Deseaba probarle que era el de siempre, y por eso venía. Cuando la emoción le dejó, respondió por fin:

— ¡Sí, su amigo, su amigo que no ha dejado de serlo, que esperaba ser llamado para acudir!

Seguían siendo hermanos; lo sintieron tan profundamente que se abrazaron. Se besaron en las mejillas y como compañeros, como amigos que nada temen de las locuras humanas, seguros de que jamás el uno padecería por causa del otro; de que sólo se infundirían calma y valor. Cuanto la amistad entre un hombre y una mujer puede tener de fuerte y cariñoso, florecía en su sonrisa.

— ¡Si usted supiera, amiga mía, lo que sentí al comprender que por mi causa el Abismo iba á hundirse! ¡Qué fe habrá sido la mía, para no detenerme ante tal pensamiento! A veces me afligía la idea de que usted debía de maldecirme, de que no me perdonaría jamás ser la causa de sus penas.

— ¡Maldecirle yo, amigo mío! Pues si era de los suyos; mis votos eran para usted; sus victorias han sido mi única alegría! ¡Era tan grato, en medio de esta gente que es la mía y que le denigraba, guardar mi afecto secreto, comprenderle á usted y quererle en un santuario íntimo ignorado de los demás!

— De todos modos, por mí está usted arruinada. ¿Qué va á ser de usted, acostumbrada desde la infancia á esta vida de lujo?

— ¡Oh! arruinada; otros han sido los que me han arruinado, no usted. Y ya verá lo valiente que soy, aunque me crea tan delicada.

— Pero ¿y Pablo, su hijo?

—¡Pablo! No podía sucederle cosa mejor. Trabajaré. Vea usted lo que el dinero ha hecho de los míos.

Explicó Susana á Lucas por qué le había llamado y le contó las novedades que había respecto al señor Jerónimo. Lucas, también asombrado por aquella resurrección, le dijo que haría cuanto ella quisiera.

—¿Sabe su marido de usted algo del deseo del señor Jerónimo, y de mi visita?

Le miró ella y se encogió de hombros.

—No, no he pensado en ello; es inútil. Hace mucho tiempo que creo que el abuelo no sabe ni que mi marido existe. No le habla, no le ve... Además, está de caza desde muy temprano y no ha vuelto todavía.

Después añadió:

—Si quiere usted seguirme...

Cuando entraron en la habitación del señor Jerónimo, éste, incorporado en el vasto lecho de palisandro, apoyada la espalda en almohadas, aún tenía la cabeza vuelta hacia la ventana, cuyas cortinas seguían descorridas. No debía de haber apartado los ojos del soberbio Parque, del extenso horizonte, con el Abismo y la Crécherie en la falda de los Montes Bleuses, allá abajo, por encima de los tejados de Beauclair. Era tal espectáculo continua evocación del pasado, del presente y del porvenir durante los largos años que, mudo, tenía este horizonte ante sí.

—Abuelo,—dijo Susana,—le traigo al señor Froment. Aquí está, nos ha hecho el honor de venir en seguida.

Lentamente, volvió el anciano la cabeza, fijó en Lucas sus grandes ojos que parecían más grandes todavía, de una claridad profunda, infinita, y no dijo nada. Ni una palabra de gracias y de bienvenida. Duró el silencio algunos minutos sin que apartara la mirada de aquel desconocido, el fundador de la Crécherie, como si quisiera conocerle bien, meterle los ojos de moribundo en lo más hondo del alma.

Susana, algo cortada, añadió:

—Abuelo, ¿no conocía usted al señor Froment? ¿Acaso había reparado en él en sus paseos?

No daba señales de oír; tampoco respondió á su nieta. Pero después de un rato, volvió otra vez la cabeza, buscó con los ojos algo por el cuarto. Y no

encontrándolo, acabó por pronunciar una sola palabra, un nombre:

—Boisgelin...

Nuevo asombro de Susana, mezclado de inquietud y disgusto.

—¿Pregunta usted por mi marido, abuelo, desea que esté aquí?

—Sí, sí, Boisgelin.

—Pero es que no ha vuelto, creo. Pero en tanto, debiera usted decir al señor Froment por qué ha querido verle.

—No, no... Boisgelin.

Era evidente que sólo podía hablar delante de Boisgelin. Fué Susana en busca de su marido. Quedó Lucas cara á cara con el señor Jerónimo, sintiendo sin cesar sobre sí sus miradas, de claridad infinita. También él entonces le examinó; vió en él una belleza extraordinaria en la extrema vejez, en su rostro blanco, en sus facciones regulares á las cuales la muerte próxima, ennoblecida por un gran acto, daba una majestad soberana. Mucho esperaron, pero no hubo entre ellos ni una palabra; los ojos sondaban los ojos. En torno, la estancia de espesas colgaduras, sólidos muebles, parecía dormir, sofocada por su pesado lujo. Ni un ruido, ni un soplo, sólo el frío temblor que venía á través de las paredes de los grandes salones cerrados y vacíos, de los pisos enteros abandonados al polvo. Nada más trágico y solemne que aquella espera.

Volvió Susana al fin con Boisgelin, que acababa de entrar. No se había quitado todavía guantes, ni polainas, ni la chaqueta de caza, pues no le había dejado ella tiempo de ponerse una americana de casa. Entró inquieto, anhelando saber, pasmado de verse en tal aventura. Su mujer se lo había contado todo, y tan graves sucesos imprevisos le trastornaban, y se veía en una extrema turbación, sin haber podido reflexionar algunos minutos.

—Ea,—dijo Susana.—Abuelo, aquí está mi marido. Hable usted si tiene algo que decirnos. Ya le escuchamos.

Pero otra vez volvió el anciano á buscar algo por el cuarto, y no encontrándolo, preguntó:

—Pablo, ¿dónde está Pablo?

—¿También quiere usted que Pablo esté aquí?

—¡Sí, sí, quiero!

—Es que Pablo debe de estar en la Granja. Si se le llama tardará en venir más de un cuarto de hora.

—Es preciso; ¡lo quiero, lo quiero!

Se cedió, salió corriendo un criado. Y la espera fué ahora todavía más solemne y más trágica. Lucas y Boisgelin se habían saludado sin hablarse, después de tantos años. Nadie movió los labios; sólo se oía la respiración algo fuerte del señor Jerónimo. Miraba otra vez á la ventana, al horizonte que mostraba el pasado vencido, el porvenir naciendo. Pasaban los minutos lentos, regulares, con el ansia de lo que iba á venir, el acto de grandeza soberana que se sentía cercano.

Hubo un ruido ligero de pasos; Pablo entró, sano y sonrosado el rostro, azotado por el aire libre.

—Hijo mío, —dijo Susana,—es tu abuelo que nos reúne y no quiere hablar sino delante de tí.

En los labios, tanto tiempo rígidos del señor Jerónimo, apareció una sonrisa de una infinita ternura. Llamó á Pablo por señas, le hizo sentarse lo más cerca posible, al borde del lecho. Para él sobre todo quería hablar, para el último de los Qurignon, cuya raza podía refloreecer y dar todavía frutos excelentes. Viéndole muy conmovido por aquel último adiós, quiso tranquilizarle con sus ojos de abuelo enternecido para quien la muerte era dulce, pues iba á legar á su biznieto la herencia de su larga vida, un acto de bondad, de paz y de justicia.

Después, por fin, habló entre el silencio religioso de todos. Volviendo la cabeza hacia Boisgelin, repitió primero las únicas palabras que el criado le había oído claramente.

—Hay que devolver, hay que devolver... Y viendo que dudaban, sin comprender lo que querían decir, se volvió á Pablo y dijo con más fuerza:

—Hay que devolver, hijo mío, hay que devolver...

Susana, sobrecogida, había cambiado una mirada con Lucas, que también temblaba. Mientras Boisgelin, con angustia y miedo, fingía creer que se trataba de alguna divagación del anciano, Susana preguntó:

—¿Qué quiere usted decir, abuelo, y qué es lo que tenemos que devolver?

La voz del señor Jerónimo se hacía más clara y fácil.

—Todo, hija mía... Allá abajo hay que devolver el Abismo. Aquí hay que devolver la Guerdache. En la Granja hay que devolver las tierras... Hay que devolverlo todo, porque nada debe ser nuestro, porque todo debe ser de todos.

—Pero, abuelo, explíquese usted, ¿á quien hay que devolver?

—Ya lo he dicho, hija mía... A todos. Nada de lo que hemos creído nuestro, lo es. Si estos bienes nos han envenenado, nos han destruído, es que eran de otros... Por nuestro bien, por el de todos, hay que devolver, hay que devolver...

Y hubo una escena de soberana belleza, de grandeza incomparable.

No siempre encontraba las palabras, pero el gesto acababa el pensamiento. Lentamente, en medio del silencio sagrado de todos, consiguió que le entendieran. Todo lo había visto, oído y comprendido; y como Susana había esperado con ansia temblorosa, todo el pasado volvía, toda la verdad del pasado terrible que salía en ola inmensa de aquel testigo tanto tiempo mudo, impasible, emparedado en su prisión de carne. Parecía no haber sobrevivido á tantos desastres y á tanta gente más que para sacar de todo un gran ejemplo. El día del despertar, antes de entrar en la muerte, desenvolvía su largo suplicio de hombre que después de haber creído en su raza, dueña del imperio fundado por él, había durado bastante para ver la raza y el imperio arrebatados por el viento del porvenir. Y decía el porqué; juzgaba y reparaba.

Fué primero el primer Qurignon, el obrero tirador que creó el Abismo con algunos camaradas, tan pobre como ellos, pero más diestro y económico sin duda. Luego él, el segundo Qurignon, que ganó la fortuna, los millones amontonados, en obstinada lucha, hóroe de la voluntad, del constante esfuerzo inteligente; pero si había hecho prodigios de actividad y de genio creador, si había ganado el dinero por comprender admirablemente las condiciones de la producción

y de la venta, bien sabía que era porque había llegado á tiempo, á la hora de recoger el fruto preparado por las largas generaciones de trabajadores que obraban dentro de él y en él mostraban su fuerza y su triunfo. ¡Cuántos aldeanos sudando sobre la gleba, cuántos obreros gastados por la herramienta habrían sido necesarios para llegar á estos dos primeros Qurignon conquistadores de la fortuna! En ellos se había juntado el rudo anhelo de luchar, de enriquecerse, de subir en la escala social, la emancipación lenta del miserable, encorvado por su faena, en la servidumbre. ¡Al fin llegaba un Qurignon bastante fuerte para vencer, para escapar del calabozo, adquirir la riqueza tan deseada y ser rico, un señor á su vez! Y en seguida, en dos generaciones, la descendencia peligraba, volvía á caer en las luchas dolorosas, debilitada ya por los goces, devorada por ellos como por una llama!

—Hay que devolver, hay que devolver, hay que devolver...

Venía luego la historia de su hijo Miguel, el maniroto suicida; detrás Felipe muerto en duelo, Laura la infecunda, la mística muerta en el convento. Detrás los dos nietos, Andrés raquítico, medio loco, muerto en un hospital; Gustavo aplastado en Italia, robando antes á su padre el suicida, la querida y el dinero. Y en fin, venían su nieta Susana, la cariñosa, tan querida, cuyo marido Boisgelin consumaba la ruina. Cenizas era el Abismo aun caliente, vengador de locuras y mancillas. La Guerdache, donde esperaba ver pulular á su raza, era un desierto en torno con sus salones vacíos, su triste Parque á través del cual sólo pasaba el pálido fantasma de la envenenadora, de la corruptora, de Fernanda. Y en tanto que los suyos acababan así, había visto levantarse enfrente una obra nueva la Crécherie ahora tan floreciente, llena de vida por el porvenir que traía consigo. Sabía todo esto porque lo habían visto sus ojos claros, en sus continuos paseos, en horas de muda contemplación delante del Abismo, al sentir los trabajadores, delante de la Crécherie, cuyos antiguos obreros, desertores de su casa, le saludaban; delante del Abismo,

otra vez, en la mañana en que de esta casa tan querida sólo quedaban humeantes escombros.

—Hay que devolver, hay que devolver, hay que devolver...

Esta exclamación que sin cesar lanzaba en el flujo de lentas palabras, cada vez con más energía, era la consecuencia de los hechos desastrosos que tanto le habían hecho sufrir. Si todo se había hundido era porque la fortuna, hecha con el trabajo ajeno, se envenena á sí propia y á todos. El placer que procura es fermento destructor, envilece la raza, desorganiza la familia, trae dramas abominables. La culpa de los Qurignon trabajadores había estado en creer que podían, por su propio bien, apoderarse de la riqueza creada por los brazos de los compañeros. La riqueza al fin, era el castigo. Nada más inmoral que poner por ejemplo al obrero enriquecido convertido en patrono, dueño soberano de miles de hombres encorvados por el trabajo, sudando el dinero con que él disfruta. Cuando se dice: «con orden y con inteligencia ya véis que un simple herrero puede llegar á todo», no se hace más que empujar á la iniquidad, agravar el desequilibrio social. La dicha del elegido está hecha con la desdicha de los demás. Un camarada que sube y se hace amo, cierra el camino á millares de camaradas, vive en adelante de su miseria. Y muchas veces su misma fortuna desproporcionada, presurosa, le mata. La única verdad era volver al trabajo salvador, al trabajo de todo ganando cada cual la vida, no debiendo la alegría más que á su inteligencia y á sus brazos.

—Hay que devolver, hay que devolver, hay que devolver.

Hay que devolver, porque se muere de robar. Hay que devolver porque es la única manera de sanar. Por justicia, por interés personal, porque el bien de cada cual está en el bien de todos. Hay que devolver para sentirse bien, para tener una vida sana y feliz en medio de la paz universal. Hay que devolver, pues, si todos los conquistadores injustos detentadores de la fortuna pública devolviesen mañana lo que derrochan para sus placeres egoístas, los grandes señores, las grandes explotaciones, las fábricas, los

caminos, las ciudades, vendría la paz en seguida con el amor y la abundancia, sin que quedara un solo miserable. Hay que devolver, hay que dar ejemplo para que aprendan los ricos. Hay que devolver cuando es tiempo todavía, cuando hay cierta grandeza en volver con los compañeros confesándose engañado, tornando á su puesto para el esfuerzo común, esperando la hora de la justicia. Hay que devolver, y así se muere con la conciencia limpia, alegre el corazón, dejando una enseñanza reparadora al último retoño de la raza para que vuelva á levantarla, la salve del error y la haga durar, en la fuerza, en la alegría, en la belleza.

—Hay que devolver, hay que devolver, hay que devolver.

Lloraba Susana viendo á su hijo exaltado con las palabras del abuelo, mientras Boisgelin mostraba sorda irritación con movimientos de impaciencia.

—Pero abuelo —preguntó la nieta— ¿á quién y como quiere usted que se restituya?

El anciano volvió á Lucas sus ojos llenos de luz.

—Si he querido que el fundador de la Crécherie estuviese aquí, fué para que me oyese y os ayudase, hijos míos... Ya ha trabajado mucho en la obra de reparación, y él sólo puede intervenir en esto y devolver lo que queda de nuestra fortuna á los compañeros, á los hijos, á los nietos de los compañeros de año.

Lucas, también ahogado de emoción, estaba, sin embargo, perplejo, comprendiendo la hostilidad de Boisgelin.

—Yo no puedo, —dijo, —hacer más que una cosa. Esta, sencillamente: si los propietarios del Abismo quieren, admitirlos en nuestra asociación de la Crécherie. Como han venido ya otras fábricas, puede el Abismo aumentar nuestra familia de obreros, dando de pronto importancia doble á nuestra naciente ciudad. Y si por devolver entiende usted esta vuelta á mayor justicia, camino de la justicia total, yo puedo ayudarle y lo haré con todo mi corazón.

—Lo sé —respondió lentamente el señor Jerónimo, —y no pido más.

Pero Boisgelin, no pudiendo contenerse más tiempo, protestó.

—¡Ah! no, no es eso lo que yo quiero. Aunque con gran pena, estoy dispuesto á ceder el Abismo á la Crécherie. Se discutirá el precio; aparte de la suma fijada pediré cierta participacion en el negocio, que se discutirá también... Necesito dinero, quiero vender.

Era el plan que maduraba hacia varios días, creyendo que Lucas deseaba vivamente los terrenos del Abismo, y que sacaría de él una suma considerable inmediatamente, á más de reservarse rentas para el porvenir. Pero el plan vino á tierra, cuando Lucas declaró con voz clara que anunciaba una voluntad irrevocable:

—Nos es imposible comprar. Eso es contrario al espíritu que nos dirige. No somos más que una asociación, una familia abierta á todos los hermanos que quieran unírseos.

El señor Jerónimo, que miraba á Boisgelin con firmeza, dijo con tranquilidad soberana:

—Soy yo quien quiere y quien ordena. Mi nieta Susana, aquí presente, copropietaria del Abismo, se negará formalmente á todo arreglo que contrarie mi voluntad. Y estoy seguro que solo sentirá, como yo, no poder devolverlo todo y seguir cobrando los intereses de su capital, de que dispondrá como decida su corazón.

Boisgelin callaba, se sometía por la debilidad que le causaba la ruina. El anciano continuó:

—No es eso todo; quedan la Guerdache y la Granja. Hay que devolver, hay que devolver.

Entonces, agotadas las fuerzas, con palabra ya difícil, acabó por decir su voluntad. Como el Abismo iba á fundirse con la Crécherie, quería que la Granja entrase en la asociación de Combettes. De una vez aquel dominio iría á ensanchar los vastos campos comunes de Lenfant, de Yvonnot y los demás aldeanos reconciliados. Sólo habría una tierra, una madre única, amada, cultivada por todos, sustentándolos á todos. La llanura entera de la Rumaña llegaría á ser el granero abundante de Beauclair regenerado. En cuanto á la Guerdache, pues era en totalidad de Susana, se encargaría ésta de entregarla á los pobres, á

los que padecían, para no conservar nada de los bienes emponzoñados que tenían á los Qurignon agonizando. Y volviéndose á Pablo, que seguía sentado junto á él, mirándole con ojos que ya empezaban á apagarse, cogiéndole las manos, dijo aún con voz más baja:

—Hay que devolver, hay que devolver... No guardarás nada; darás este Parque á los antiguos compañeros, para que sea su recreo en los días de fiesta, y para que sus mujeres y sus hijos se paseen y gocen horas de alegría y de salud bajo los árboles hermosos. Darás también la casa, esta morada inmensa, que no hemos sabido llenar, á pesar de nuestro dinero, y quiero que sea para las mujeres, para los hijos de los obreros pobres. Se les acogerá, se les cuidará cuando estén enfermos ó simplemente cansados... No guardes nada, dalo todo, dalo todo, hijo mío, si te quieres librar del veneno. Y trabaja, vive solo de tu trabajo, busca la hija de un antiguo compañero que trabaje todavía, hazla tu esposa, ten de ella hijos hermosos que trabajarán, que serán justos y felices, que tendrán otros hijos hermosos, para el eterno trabajo futuro... No guardes nada, hijo mío, devuélvelo todo, es la única salvación, la paz y la alegría.

Todos lloraban; jamás sobre almas humanas había pasado un soplo más bello, más grande, más heroico. Por él la estancia tenía ahora algo de augusta. Y los ojos del anciano que la había llenado de claridad, seguían apagándose poco á poco, mientras también su voz se hacía más opaca, volvía al eterno silencio. Había cumplido su obra sublime de reparación, de verdad y de justicia, ayudando á la felicidad que es el derecho primordial de los hombres. Y murió por la tarde.

Cuando Susana acompañó á Lucas, al salir de la habitación del señor Jerónimo, se encontraron solos un instante en el saloncillo. Estaban tan fuera de sí, trastornados por la emoción, que toda el alma les saltó á los labios.

—Cuente usted conmigo,—dijo él;—yo le juro que he de velar porque se cumpla la voluntad suprema de que es usted depositaria. Desde ahora mismo voy á ocuparme de ello.

Le había cogido ella las manos.

—¡Oh! amigo mío, en usted pongo mi fe... Sé qué milagros de bondad ha realizado usted ya, y espero el prodigio de que nos reconcilie á todos... No hay más que el amor. ¡Ah, si yo hubiera sido amada como yo amaba!

La veía temblar, entregándole el secreto tanto tiempo ignorado de ella misma y que se le escapaba en aquel instante solemne.

—Amigo mío, amigo mío, qué fuerzas hubiera tenido para el bien, cuánto hubiera podido ayudar, yendo del brazo de un justo, de un héroe, del que hubiera hecho mi dios! Pero, irrevocablemente, es muy tarde; de todas suertes, ¿quiere usted tenerme por amiga, por hermana, que podrá servirle de algo?

Comprendió él; era el caso tan dulce, tan triste de Sœurette, que se repetía. Le había amado sin decirlo, hasta sin confesárselo á sí misma, cual mujer honrada ávida de ternura, poniendo en él su sueño de amor dichoso, el consuelo de las crueldades de su matrimonio. El mismo, ¿no la había amado en los lejanos días en que la encontraba en casa de los pobres, donde se habían conocido? Era todo deliciosamente discreto, un amor de ensueño, con que hubiera temido ofenderla, y que guardaba en su corazón, como las flores de un recuerdo encontradas entre dos páginas. Y ahora que Josina era la elegida, ahora que estas cosas estaban muertas, sin resurrección posible, se daba ella como Sœurette, compañera fraternal, simple amiga abnegada, deseosa de participar de su misión, de su empresa.

—¡Sí, la necesito!—exclamó él con lágrimas;—¡ah, sí, nunca hay bastante cariño, bastante buena voluntad, tierna y activa! ¡La tarea es tan grande! En ella podrá usted gastar todo el corazón que quiera... Venga usted con nosotros, amiga mía, ya nunca me dejará, será parte de mi pensamiento y de mi amor.

Arrebatada, loca, se arrojó ella en sus brazos, se besaron. Se ataba un lazo indisoluble, un matrimonio de sentimiento, de una pureza exquisita, en que solo quedaba la común pasión por los pobres y afligidos, el deseo inestinguible de exterminar la miseria

del mundo. Tenía una esposa adorada, fecunda, que le daba los hijos de su carne, é iba á tener dos amigas, dos compañeras con delicadas manos de mujer que le ayudarían en las obras de su espíritu.

Pasaron meses; la liquidación de los asuntos embrollados del Abismo fué muy laboriosa. Había la deuda de seiscientos mil francos de que había que librarse ante todo. Hubo arreglos; los acreedores aceptaron ser reembolsados por anualidades con los beneficios que realizaran las acciones del Abismo, cuando entrase en la asociación de la Crécherie. Hubo que evaluar la suma que representaba el material y la maquinaria salvada del incendio. Esto, con más, extensos terrenos, á lo largo del Mionna, hasta el viejo Beauclair, fué lo que aportaron los Boisgelin; y se les aseguró una renta modesta que se sacaría de los beneficios antes de repartirlos entre los acreedores. El deseo de Jerónimo Qurignon sólo se cumplía así á medias, en este período de transición en que el capital aún contribuía con el mismo título que el trabajo y la inteligencia, hasta que desapareciese, ante la victoria del trabajo único y soberano. Pero á lo menos, la Guerdache y la Granja pudieron volver por completo á la comunidad, fueron devueltas totalmente á los herederos de los trabajadores que las habían pagado algún día con su sudor. Incorporadas las tierras de la Granja á la asociación de Combettes, realizando así la idea secreta de Feuillat, prosperaron, dieron grandes ganancias, y todo este dinero se empleó en hacer de la Guerdache una casa de convalecencia para los niños débiles y las recién paridas. Se fundaron camas, hubo pensiones gratuitas, y el Parque, siempre florido, pertenecía ahora á los humildes de este mundo; jardín inmenso, paraíso, recreo de los niños, salud de las madres, palacio de placer del pueblo con que la Naturaleza convidaba á todos.

Pasaron años. Lucas había cedido á los Boisgelin una de las casitas de la Crécherie, á poca distancia del pabellón que él seguía ocupando. Los primeros tiempos de esta existencia mediocre fueron muy duros para Boisgelin, que no se resignó sin violentas rebeldías. Un momento, quiso volverse á París, vivir

allí á su antojo, al azar. Pero su ociosidad nativa, el no poder ganarse la vida, le hacían débil como un niño y le entregaban en manos de cualquiera. Después de los desastres, Susana, tan juiciosa, tan suave, pero tan firme, tenía sobre él una autoridad absoluta. Llegó la pereza á pesarle de tal modo, en aquel mundo activo, que quiso una ocupación. Se cansaba de no hacer nada, aburrido, avergonzado, no pudiendo ya emplearse en malgastar una fortuna. Aún, en invierno, cazaba; pero el buen tiempo, fuera de algunos paseos á caballo, era el tedio abrumador. Aceptó, pues, una inspección en los Almacenes Generales que le ofreció Lucas, por indicación de Susana. Eran tres horas de ocupación al día. Recobró un tanto la salud perdida, pero seguía inquieto, aburrido, desorientado, como si hubiera caído en otro planeta.

Y pasaron más años. Susana ya era la amiga, la hermana de Josina y de Sœurette, compañera de sus faenas. Las tres rodeaban á Lucas, le sostenían, le completaban, eran como su bondad, su ternura, su amabilidad. Las llamaba, sonriendo, sus tres virtudes. Trabajaban junto á las cunas de los asilos, en las escuelas, en las enfermerías, en las casas de convalecencia; iban doquiera había que aliviar algún dolor ó hacer nacer alguna alegría. Sœurette y Susana, sobre todo, aceptaban, ambicionaban los más ingratos trabajos, los que exigen abnegación personal, completo renunciamento; Josina era de sus hijos, de su hogar y algo menos de los otros. Mas era la enamorada, la flor de belleza y de deseo, mientras Sœurette y Susana no eran más que las amigas, el consueño, el consejo. Grandes amarguras pasó Lucas todavía á veces; y al dejar los brazos de la esposa, solía buscar á las amigas, á quien oía, á quien encargaba de curar las heridas; por la mujer y para la mujer, la nueva ciudad había de ser fundada.

Habían pasado ocho años ya, cuando Pablo Boisgelin, que cumplía veinte y siete, se casó con la hija mayor del obrero Bonnaire, la cual tenía veinticuatro. Pablo, desde que se habían juntado las tierras de la Guerdache con las de Combettes, se había apasionado, no por la ganancia, sino por la fertilidad de los campos. Había conocido á Antonieta en casa de

Susana, su madre, vecina de los Bonnaire. Estrecha amistad enlazó á la humilde familia de obreros con la antigua heredera de los Qurignon; y aunque la señora Bonnaire, la terrible Pelos, seguía siendo poco tratable, bastó la sencilla nobleza del marido, el héroe del trabajo, para hacer las relaciones íntimas. Antonieta parecía á su padre, fuerte y gallarda morena, con mucha gracia, había asistido á las escuelas de Seurette y la ayudaba ahora en la gran lechería instalada al extremo del Parque, en la falda de los Montes Bleuses. Decía ella que no era más que una vaquera hábil para hacer quesos y manteca. Cuando la boda, hubo gran fiesta, se celebraron estas nupcias simbólicas porque representaban la reconciliación del capital arrepentido y del trabajo triunfante.

Al año siguiente, cuando Antonieta dió á luz, los Boisgelin, acompañados de Lucas, estaban cierta tarde tibia de Junio reunidos en la Guerdache. Cerca de diez años hacía que había muerto el señor Jerónimo y que, según su voluntad, el dominio había vuelto al pueblo. Antonieta, cuyo parto había sido difícil, estaba hacía dos meses de pensionista en la casa de convalecencia, instalada en el antiguo palacio de los Qurignon. Pudo pasear por las umbrías del Parque, del brazo de su marido, mientras Susana, como buena abuela, llevaba al recién nacido. Detrás, á algunos pasos, iban Lucas y Boisgelin. ¡Y qué recuerdos brotaban de aquella regia mansión transformada en casa de fraternidad, de aquellos prados y arboledas donde ya no resonaban el ruido de las fiestas dispendiosas, el galope de los caballos, los ladridos de los perros, pero donde los humildes de este mundo gozaban al fin de la salud al aire libre de la apacible sombra de los grandes árboles! Todo el lujo era suyo; dentro de las claras alcobas, los salones agradables, las abundantes cocinas; fuera, las calles de árboles sombrías, las fuentes cristalinas, los encañados de flores embalsamadas y de césped. Y daba gloria ver á niños, jóvenes y madres llamados de pronto á esta alegría, á este lujo de ser dichosos, después de haber sufrido, siglos y siglos encerrados en cubiles sin sol, entre inmunda miseria, sin poder más que mirar de lejos toda aquella ventura. Al llegar

á una charca, la pareja, seguida de los padres, al final de una fila de sauces, Lucas rió suavemente.

—¡Oh, amigos míos, si vierais qué recuerdo! ¿Lo dudais? A orillas de estas aguas tan tranquilas se hicieron novios Pablo y Antonieta hace veinte años.

Recordó la escena deliciosa que allí había visto cuando su primera visita á la Guerdache: la invasión popular de los tres pobres pilluelos, Nanet guiando á Luciano y Antonieta Bonnaire, atravesando un seto, para jugar junto á la charca; la invención ingeniosa de Luciano, el barco que navegaba solo, y la llegada de los tres niños burgueses, Pablo Boisgelin, Nisa Delaveau, Luisa Mazelle. Pronto habían fraternizado formando parejas, ya novios, Pablo y Antonieta, Nisa y Nanet, Luisa y Luciano, y la Naturaleza cómplice.

—¿No os acordáis?

El matrimonio, que reía con él, confesó que el recuerdo era un poco lejano.

—Si yo tenía cuatro años,—dijo Antonieta,—mi memoria no debía de ser muy firme.

Pero Pablo hacía un esfuerzo, muy atento al pasado.

—Yo tenía siete... ¡Esperad! Me parece que vuelvo á ver sombras vagas, el barco que recogíamos con una vara larga; una niña que por poco cae al agua; y luego los pilletes que echan á correr al ver gente.

—¡Eso es! ¡Eso es! —exclamó Lucas.— ¡Sí, se acuerda usted!... Y yo recuerdo que aquel día tuve el escalofrío de la esperanza en el porvenir, pues había allí algo de la reconciliación futura. La divina infancia ya trabajaba por la paz y la justicia... Y aquí tenéis; lo que vosotros vais á hacer por la nueva dicha, este caballerito está encargado de ampliarlo todavía.

Y señalaba al recién nacido, á Ludovico, en brazos de Susana tan contenta con ser abuela, y dijo ésta:

—Por lo pronto ya es muy juicioso, porque duerme... Más adelante, querido Lucas, le casaremos con una nieta de usted, y así será la reconciliación completa; todos los combatientes de ayer unidos y apla-

cados en su descendencia; ¿quiere usted? Desde hoy quedan celebrados los esponsales.

— ¡Vaya si quiero! Nuestros biznietos activarán nuestra obra, cogidos de la mano.

Pablo y Antonieta, conmovidos, se habían abrazado, mientras Boisgelin, que no atendía, contemplaba el Parque, su antiguo señorío, con aire triste en que ni amargura había; tanto mundo nuevo le trastornaba, le hacía ir... Y continuó por las umbrías el plácido paseo.

Pero el porvenir se iba realizando un poco más cada día. Al volver á la Guerdache se detuvieron un momento, ante la fachada, á la izquierda de la escalinata, bajo las ventanas de la estancia en que el señor Jerónimo había muerto. Desde allí, entre las copas de los grandes árboles se distinguían á lo lejos los tejados de Beauclair, después la Crécherie y el Abismo. En silencio, contemplaron el ancho horizonte. Se veía destacarse el Abismo, reconstruído por el modelo de la Crécherie, formando con ella una misma ciudad de trabajo reorganizado, ennoblecido, que era ya orgullo, salud, alegría. Cada mañana nacían más amor y justicia. Y la ola de las casitas risueñas entre el verdor, aquella ola que Delaveau, alarmado, había visto avanzar siempre, acababa de invadir los antiguos terrenos negros, ensanchando sin cesar la ciudad futura. Ahora llenaban todo el espacio, desde la falda de los Montes Bleuses hasta el Mionna; pronto iban á saltar la estrecha corriente, para barrer al viejo Beauclair, el montón sórdido de casuchas de servidumbre y agonía. Y seguirían avanzando más y más, construyendo piedra á piedra, bajo el sol fraternal, hasta los campos fértiles de la Rumaña, la ciudad al fin libre, justa y feliz.

II

Mientras la evolución llevaba á Beauclair á su nuevo destino, el amor intervenía con fuerza irresistible, joven, alegre, victorioso; por todas partes matrimo-

nios que acercaban las clases y traían más pronto la armonía, la paz final. El amor destruía los obstáculos, apasionado de la vida, alegre á la luz del sol en la dicha de ser, de engendrar más cada día.

Lucas y Josina habían dado el ejemplo. En seis años, tres hijos y dos hijas. El mayor, Hilario, nacido antes de la ruina del Abismo, ya tenía once años. Cada dos, venían los demás: Carlos de nueve, Teresa de siete, Paulina de cinco, Julio de tres. Jugaban, reían y esperaban el porvenir en el antiguo pabellón que se había ensanchado. Como Lucas decía á Josina, su cariño constante lo mantenía aquella fecundidad que era un triunfo: á cada hijo, era más suya. La antigua amante por quien había luchado, héroe conquistador, hacía lugar hoy á la madre, rodeada de sus hijos en aquel hogar porque combatía ahora Lucas, dominador pacífico. Pero aun así, el amor no envejeció, seguían siendo amantes, vivía la llama eterna alimento del mundo. Ningún hogar tan alegre, lleno de niños y flores. Si Josina recordaba el triste pasado, la caída que la amenazó, era para arrojarle al cuello de Lucas con gratitud inagotable, mientras él, conmovido, la quería más, por haberla salvado. Se amaban, pero también decían:

— Hay que amar á los demás como nos amamos, la misma llama junto á todos los seres; nuestra dicha de amantes y de esposos, no podría durar más que en la dicha de todos. Divino amor, pues nada puede vivir sin tí, ayúdanos á acabar nuestra obra, inflama los corazones, haz que todas las parejas de la ciudad amen y engendren, en la universal dilección que debe unirnos á todos.

Esta era la que llamaban, riendo, la oración de la nueva religión de la humanidad. En su hogar perfumado de cariño, la flor de amor ya había florecido, en los años que siguieron al incendio del Abismo. Nanet, que se hacía hombre, vivía con ellos. De viva fuerza, emprendedor, tenía encantado á Lucas que hacía de él su discípulo predilecto. En tanto, en casa de los Jordán, que vivían cerca, crecía Nisa, amada por Seurette, que la había recogido después de la catástrofe, contenta con aquella hija adoptiva. Viéndose los jóvenes todos los días, llegaron á vivir el uno por

cados en su descendencia; ¿quiere usted? Desde hoy quedan celebrados los esponsales.

— ¡Vaya si quiero! Nuestros biznietos activarán nuestra obra, cogidos de la mano.

Pablo y Antonieta, conmovidos, se habían abrazado, mientras Boisgelin, que no atendía, contemplaba el Parque, su antiguo señorío, con aire triste en que ni amargura había; tanto mundo nuevo le trastornaba, le hacía ir... Y continuó por las umbrías el plácido paseo.

Pero el porvenir se iba realizando un poco más cada día. Al volver á la Guerdache se detuvieron un momento, ante la fachada, á la izquierda de la escalinata, bajo las ventanas de la estancia en que el señor Jerónimo había muerto. Desde allí, entre las copas de los grandes árboles se distinguían á lo lejos los tejados de Beauclair, después la Crécherie y el Abismo. En silencio, contemplaron el ancho horizonte. Se veía destacarse el Abismo, reconstruído por el modelo de la Crécherie, formando con ella una misma ciudad de trabajo reorganizado, ennoblecido, que era ya orgullo, salud, alegría. Cada mañana nacían más amor y justicia. Y la ola de las casitas risueñas entre el verdor, aquella ola que Delaveau, alarmado, había visto avanzar siempre, acababa de invadir los antiguos terrenos negros, ensanchando sin cesar la ciudad futura. Ahora llenaban todo el espacio, desde la falda de los Montes Bleuses hasta el Mionna; pronto iban á saltar la estrecha corriente, para barrer al viejo Beauclair, el montón sórdido de casuchas de servidumbre y agonía. Y seguirían avanzando más y más, construyendo piedra á piedra, bajo el sol fraternal, hasta los campos fértiles de la Rumaña, la ciudad al fin libre, justa y feliz.

II

Mientras la evolución llevaba á Beauclair á su nuevo destino, el amor intervenía con fuerza irresistible, joven, alegre, victorioso; por todas partes matrimo-

nios que acercaban las clases y traían más pronto la armonía, la paz final. El amor destruía los obstáculos, apasionado de la vida, alegre á la luz del sol en la dicha de ser, de engendrar más cada día.

Lucas y Josina habían dado el ejemplo. En seis años, tres hijos y dos hijas. El mayor, Hilario, nacido antes de la ruina del Abismo, ya tenía once años. Cada dos, venían los demás: Carlos de nueve, Teresa de siete, Paulina de cinco, Julio de tres. Jugaban, reían y esperaban el porvenir en el antiguo pabellón que se había ensanchado. Como Lucas decía á Josina, su cariño constante lo mantenía aquella fecundidad que era un triunfo: á cada hijo, era más suya. La antigua amante por quien había luchado, héroe conquistador, hacía lugar hoy á la madre, rodeada de sus hijos en aquel hogar porque combatía ahora Lucas, dominador pacífico. Pero aun así, el amor no envejeció, seguían siendo amantes, vivía la llama eterna alimento del mundo. Ningún hogar tan alegre, lleno de niños y flores. Si Josina recordaba el triste pasado, la caída que la amenazó, era para arrojarle al cuello de Lucas con gratitud inagotable, mientras él, conmovido, la quería más, por haberla salvado. Se amaban, pero también decían:

— Hay que amar á los demás como nos amamos, la misma llama junto á todos los seres; nuestra dicha de amantes y de esposos, no podría durar más que en la dicha de todos. Divino amor, pues nada puede vivir sin tí, ayúdanos á acabar nuestra obra, inflama los corazones, haz que todas las parejas de la ciudad amen y engendren, en la universal dilección que debe unirnos á todos.

Esta era la que llamaban, riendo, la oración de la nueva religión de la humanidad. En su hogar perfumado de cariño, la flor de amor ya había florecido, en los años que siguieron al incendio del Abismo. Nanet, que se hacía hombre, vivía con ellos. De viva fuerza, emprendedor, tenía encantado á Lucas que hacía de él su discípulo predilecto. En tanto, en casa de los Jordán, que vivían cerca, crecía Nisa, amada por Seurette, que la había recogido después de la catástrofe, contenta con aquella hija adoptiva. Viéndose los jóvenes todos los días, llegaron á vivir el uno por

el otro. Sus esponsales, en rigor, se habían celebrado en la infancia, en los días lejanos en que el amor niño los hacía jugar juntos, desafiarse castigos y saltar muros para verse. Eran entonces rubios, rizados como corderos, reían con la misma risa argentina y se abrazaban sin saber que mundos enteros los separaban, á ella la burguesa hija del patrono, á él, pilluelo de la calle, el hijo pobre del miserable trabajo manual. Vino después el incendio, que les fundió en una misma carne, salvada Nisa en brazos de Nanet, ambos cubiertos de quemaduras, en peligro de muerte. Y hoy todavía eran rubios, rizosos, reían como siempre, emparejados; mas ella era ya una mujer, él un hombre y se adoraban.

El idilio duró aún cerca de siete años, mientras Lucas hacía de Nanet un hombre de provecho, y Scœurette ayudaba á Nisa á hacerse más hermosa y más buena. Tenía ella trece años cuando ocurrió la espantosa tragedia de su padre y de su madre, cuyas cenizas no parecieron ni bajo los escombros. Mucho tiempo duró en ella el terror de la desgracia. Todavía se esperó, para decidir el matrimonio, á que tuviese veinte años y su elección fuera del todo libre. Además, tampoco Nanet le llevaba apenas tres años, y aún era aprendiz. Alegres, juguetones, no tenían prisa. Les bastaba esta alegría común. Se veían todas las tardes y se contaban su vida, sucesos ordinarios, pura nada, siempre lo mismo. Se cogían las manos, así estaban horas, este era el gran placer, y después un beso fuerte al separarse. No faltaban sus nubecillas; Nanet encontraba á veces á Nisa muy orgullosa y autoritaria; hacía la princesa, como él decía. Era además muy coqueta, le gustaban los vestidos hermosos y las fiestas en que los lucía. Ser hermosa no estaba prohibido, al contrario, había que ser siempre lo más hermoso que se pudiera; lo malo era echar á perder la belleza despreciando á la genticilla. Nisa, en quien revivía algo de su voluptuosa madre y del padre despótico, se enfadaba, primero, y creía probar que era la perfección misma. Pero luego se rendía, se humillaba por agrandar á Nanet, á quien adoraba. Y si no lo conseguía del todo, que solía suceder, decía riendo que su hija, si la tenía, sería mucho me-

yor, porque hay que dejar á la sangre de los príncipes de este mundo tiempo para hacerse democrática en una descendencia cada vez más fraternal.

Por fin, al llegar Nisa á los veinte años y Nanet á los veintitrés fué la boda, deseada, prevista, esperada. Y como este matrimonio, la hija de los Delaveau casándose con el hermano de Josina, ya mujer de Lucas, apagaba todos los odios, consumaba el pacto de alianza, se le quiso glorificar con una fiesta que fuese el perdón del pasado, la entrada radiante en el porvenir. Habría cánticos y bailes sobre el mismo terreno del antiguo Abismo, en uno de los talleres de la nueva fábrica reconstruída, como prolongación de la Crêcherie. La ciudad industrial, que ahora ocupaba hectáreas y más hectáreas y seguía creciendo.

Lucas y Scœurette lo dirigieron y organizaron todo y fueron testigos de la boda; él de Nanet, ella de Nisa. Querían un triunfo brillante, la victoria de la ciudad, de la paz y el trabajo. Conviene que los pueblos tengan sus grandes regocijos; la vida pública necesita muchos días de belleza, alegría y exaltación. Se escogió el taller inmenso de la gran fundición con sus martillos monstruosos, sus gigantescos puentes, sus grúas móviles. Las nuevas construcciones, ligeras, de acero y de ladrillos, eran limpias y sanas, claras y alegres con sus grandes vidrieras que esparcían olas de aire y de luz. Todo se dejó en su sitio, pues no había decorado mejor para la fiesta del trabajo triunfante que estas máquinas gigantescas con su perfil de líneas poderosas, de una belleza soberana, toda lógica, seguridad y fuerza. Pero se las adornó con follaje, se las coronó de flores, en homenaje, como los antiguos altares. Era el florecer del esfuerzo humano, el secular esfuerzo por la dicha, que al fin daba la flor y embalsamaba la faena del obrero antes injusta, dura, ya libre, atractiva.

Salieron ambos séquitos, uno de casa del novio, otro de casa de la novia. Lucas conducía al héroe, Nanet, seguido de Josina y de sus hijos. Scœurette llevaba á Nisa, hija adoptiva suya y de su hermano. Jordán aquel día había dejado el laboratorio, donde pasaba años como horas. Todo el pueblo de la nueva ciudad, que descansaba en señal de alegría, esperaba

en la carrera para aclamar á la pareja. Brillaba el sol, las casas, alegres, lucían vivos colores, árboles y prados estaban llenos de flores y de aves. Detrás de la comitiva seguía la multitud de los trabajadores, un pueblo contento que invadió poco á poco los vastos talleres anchos y altos como naves de antiguas catedrales. Llegaron al taller de la gran fundición, y fué estrecho á pesar de ser inmenso. Aparte de Lucas, los suyos y los Jordán, estaban allí los Boisgelin, Pablo, primo segundo de la novia, que había de casarse con Antonieta cuatro años después. Estaban los Bonnairre, los Bourron, hasta los Fauchard, todos los obreros cuyos brazos habían ayudado á esta victoria del trabajo. Habían pululado estos hombres de fe y de buena voluntad, estos obreros del primer día: la muchedumbre de los camaradas presentes, ¿no era su familia agrandada, hermanos que eran más cada día? Eran cinco mil; serían diez mil, cien mil, un millón, la humanidad entera. Y la ceremonia, en medio de las máquinas poderosas floridas y orladas de guirnaldas, fué de una sencillez conmovedora y soberana.

Sonrientes, Lucas y Susana, pusieron la mano de Nanet en la de Nisa.

—Amáos con todo el corazón, con toda la carne, tened hijos hermosos que se amarán como vosotros os hayais amado.

La multitud aclamó el amor, el amor rey, el que puede fecundar el trabajo haciendo la raza siempre más numerosa, inflamandola con el deseo, eterno foco de la vida.

Pero ya aquello era demasiado solemne para Nanet y para Nisa, que se habían querido jugando, desde la infancia. En vano habían crecido los dos cordillos rizosos; seguían siendo dos juguetes con sus vestidos de fiesta, ambos de blanco. No se contentaron con el ceremonioso apretón de manos que les hicieron darse. Se echaron uno al cuello del otro.

—¡Ay Nisa mía, qué dicha tenerte, después de esperarte años y años!

—¡Ay mi Nanet, qué feliz soy siendo tuya, pues la verdad pura es que bien me has ganado!

—Nisa, ¿te acuerdas cuando tirándote por los brazos te ayudaba á saltar las paredes y cuando te lleva-

ba á cuestras, á horecadas, haciendo el caballo que se encabrita?

—¿Y te acuerdas, Nanet, cuando jugábamos al escondite, que acababas por encontrarme entre los rosales tan bien escondida que era morir de risa?

—¡Ay, Nisa, Nisa! Vamos á querernos como hemos jugado, mucho, mucho; con toda la fuerza de nuestra salud y de nuestra alegría.

—¡Ay, Nanet, Nanet, tanto hemos jugado, tanto nos queremos, que nos amaremos hasta en nuestros hijos, y jugaremos todavía con los hijos de nuestros hijos!

Y se besaban y reían y jugaban en el colmo de la dicha. Entusiasmada por tal espectáculo, arrastrada por una ola de alegría sonora, la multitud batió palmas, aclamó el amor todopoderoso que hace sin cesar más vida y más ventura. El amor fundaba la ciudad y sembraba la mies de hombres mejores para las próximas recolecciones de paz y de justicia. De pronto empezaron los cánticos, coros en que unas voces respondían á otras; los ancianos cantaban su reposo bien ganado, los hombres que aún trabajaban, su esfuerzo vencedor; las mujeres el dulce amparo de su ternura, los niños la confiada alegría de su esperanza. Luego hubo bailes, todo un pueblo saltando, y al final, cogidos todos de la mano en rueda sin fin, dieron vueltas horas y horas al son de músicas alegres por los talleres de la inmensa fábrica. Pasaron por el taller de los hornos de pudelar y de los laminadores; por el de los hornos de crisol, atravesó la rueda el de los tornos, volvió por el taller del vaciado del acero, llenando con la turbulencia de su ritmo y la alegría de sus estribillos las altas naves, donde no resonaba de ordinario más que el aliento heroico del trabajo. En otro tiempo ¡se había sufrido tanto en el negro presidio sucio y malsano que se levantaba allí y que habían arrebatado á las llamas! Ahora el sol, el aire, la vida entraban libremente, y la ronda de la boda iba y venía alrededor de las grandes máquinas, los formidables martillos-pilones, las gigantes garlopas que parecían sonreír bajo sus adornos de follaje y de flores, mientras los dos muchachos que se casaban, guiaban la danza como si fueran el

alma de estas cosas, el mañana más fraternal y equitativo, asegurado por la victoria de sus largos amores.

Lucas preparaba una sorpresa á Jordán, queriendo festejarle también, pues sus trabajos de sabio iban á hacer más en bien de la ciudad que cien años de política. Cuando obscureció del todo, se iluminó toda la fábrica, millares de lámparas la inundaron con una alegre claridad de mediodía. Era que las investigaciones de Jordán habían dado su fruto; acababa de encontrar, después de muchos fracasos, el modo de transportar la fuerza eléctrica sin pérdida ninguna, gracias á nuevos aparatos ingeniosos. En adelante se economizaba el transporte del carbón, se le quemaba al salir del pozo y las máquinas que transformaban la energía calorífica en energía eléctrica, la enviaban en seguida á la Crécherie por cables especiales sin que se perdiera nada, con lo que de repente bajó en una mitad el precio de fábrica. Era, pues, una primera gran victoria; la Crécherie iluminada con profusión, la fuerza repartida en abundancia con las grandes y pequeñas máquinas, el bienestar aumentado, el trabajo facilitado, agrandada la fortuna. Era un paso más hacia la dicha.

Cuando Jordán, ante aquella iluminación, comprendió el cariñoso intento de Lucas, se echó á reír como un niño.

—Amigo mío, á mí también me da usted un ramillete; y en verdad un poco sí lo merezco; recuerde que hace diez años que vivo empeñado en la solución del problema. ¡Con cuantos obstáculos he chocado, qué de descabros cuando ya me creía vencedor! No importaba, sobre las ruinas de mis fracasos volvía al día siguiente á la carga; siempre se llega cuando se trabaja.

Lucas reía también, lleno de su valor y de su fe.

—Bien lo sé, usted es el vivo ejemplo; no conozco mejor maestro de energía que usted. Yo me crié en su escuela... He aquí la noche vencida, en fuga las tinieblas; ya podremos con esta ola de electricidad barata, encender por encima de la Crécherie, al llegar el crepúsculo, un astro que reemplace al sol. Y ha ahorrado usted también gran parte del esfuerzo hu-

mano; basta ya un hombre donde se necesitaban dos, gracias á esta prodigalidad de la fuerza mecánica que suprimirá poco á poco el dolor... Le festejamos como al señor de la luz, del calor y de la fuerza.

Jordán, á quien Scurette había envuelto en una manta por miedo al fresco de la noche, seguía mirando á la fábrica inmensa que brillaba como un palacio encantado. Pequeño y débil, pálido, con su aspecto enfermizo de desahuciado, se paseaba por aquel esplendor de apoteosis. En diez años apenas había salido de su laboratorio, absorto en su trabajo. Sin saber casi nada de lo que pasaba fuera, confiando á su hermana y á su amigo la dirección de su vasto dominio, ahora se maravillaba de los resultados obtenidos; como si cayera de otro planeta, le asombraba el gran éxito de esta obra, de la cual era también autor, el más ignorado y más activo.

—Sí, sí,—murmuró,—esto va bien, se ha ganado no poco terreno. Adelantamos, el porvenir soñado se acerca... Y le pido perdón, querido Lucas, por no haber creído en su misión. ¡Cuanto trabajo nos cuesta participar de la fe de los demás, cuando trabajan en otro terreno que nosotros!... En fin, me ha convertido usted, pero aun le queda mucho que hacer, como á mí mismo que ¡ay! no he hecho nada, comparado con los que quisiera hacer todavía.

Se había quedado serio y pensativo.

El precio de fábrica que hemos disminuído en la mitad casi, aún es muy elevado; y luego, esas instalaciones complicadas y costosas junto á la boca de los pozos, las máquinas de vapor, las calderas, sin contar los kilómetros de cables que sale tan caro conservar, todo eso es bárbaro y se traga tiempo y dinero... Hace falta otra cosa; algo más práctico, simple y directo. ¡Ah! yo bien sé en qué sentido debo buscar, pero tal investigación parece una locura, no me atrevo á decir á nadie la obra que he emprendido, pues ni yo mismo puedo explicarla con la debida claridad... Sí, habría que suprimir la máquina de vapor, la caldera que es el intermediario molesto entre la hulla extraída y la electricidad producida. Habría, en una palabra, que transformar directamen-

te la energía calorífica del carbón en energía eléctrica sin pasar por la energía mecánica... ¿Cómo? No lo sé todavía. Si lo supiera, el nuevo problema estaba resuelto. Pero en él trabajo y espero vencer. Entonces ya vería usted, ya vería usted, la electricidad no costaría casi nada, podríamos darla á todos, esparcirla, hacer de ella el victorioso agente del bienestar universal.—Se entusiasmaba, se crecía, con ademanes apasionados, él tan mudo, tan reflexivo generalmente.

—Llegará el día en que la electricidad será de todo el mundo, como el agua del río, el viento del cielo. Habrá que darla, prodigarla. Circulará en los pueblos como sangre de la vida social. En cada casa bastará dar una vuelta á simples llaves para que haya con profusión fuerza, calor, luz, como ahora hay agua. Y de noche se encenderá otro sol que apague las estrellas. Suprimirá el invierno, hará nacer el eterno estío recalentando el viejo mundo, subiendo hasta las mismas nubes á derretir la nieve... Por eso no estoy muy orgulloso con lo hecho, que es muy poco comparado con lo que falta.

Y concluyó con aire de tranquilo desdén:

—Ni aun puedo poner por obra prácticamente mis hornos eléctricos para la fundición del hierro. Siguen siendo hornos de laboratorio, de experimento. La electricidad aún es muy cara para que pueda emplearse con provecho; no ha de costar más que el agua y el aire... Cuando pueda darla sin medida, mis hornos transformarán la metalurgia. Y bien conozco el único camino y he vuelto al trabajo.

La fiesta nocturna fué maravillosa. Volvieron los bailes y los cánticos en los talleres iluminados donde todo el pueblo celebraba la boda. Lo que brillaba en la alegría de todos era el trabajo emancipado, honroso, sano, alegre; la miseria vencida, la fortuna pública que iba siendo de todos y la esperanza de un porvenir que realizará el sueño fraternal de una sociedad solidaria y libre. El amor haría el milagro; y al amor se aclamaba al conducir á Nanet y á Nisa á su casa nupcial.

Por este tiempo, el amor causó también una revolución en la burguesía de Beauclair; y sopló la tempestad en el hogar de los pacíficos Mazelle los rentis-

tas, los honrados perezosos. Su hija Luisa siempre los había sorprendido y trastornado con su carácter tan diferente del suyo, activa, emprendedora, siempre atareada. Sus padres, que ponían la felicidad en no hacer nada, no se explicaban aquella agitación inútil. Era hija única, iba á tener una gran fortuna en sólidas rentas del Estado, ¿no era locura el no encerrarse en su rincón de paz al abrigo de los disgustos de la vida? Ellos se contentaban con su dicha egoísta, sin ventanas á la desgracia ajena, muy honrados, muy afectuosos, muy compasivos para consigo mismos sino para con los demás, adorándose, cuidándose, mimándose como tiernos y fieles esposos. ¿Por qué á su hija le interesaba el mendigo que pasaba, las ideas que cambiaban el mundo, los sucesos que turbaban la calle? Todo la importaba; apasionada, temblorosa, daba un poco de su existencia á todos. Por el mismo contraste la adoraban más sus padres, estupefactos. Y acabó de trastornarlos con un arranque de pasión que ellos descuidados creyeron simples amoríos, pero que se agravó hasta el punto de hacerles temer el fin del mundo. Luisa Mazelle, que seguía siendo muy amiga de Nisa Delaveau, la veía amenudo en casa de los Boisgeline desde que éstos estaban instalados en la Crécherie. Allí había encontrado otra vez á Luciano Bonnaire, su antiguo camarada cuando ella se escapaba á jugar con los pilletes de la calle. Ambos eran de la partida cuando la famosa aventura del barco de Luciano, que navegaba solo, y también cuando se trataba de saltar las paredes. Pero ahora Luciano era un guapo mozo de veintitres años y ella tenía veinte. Si él no hacía barquichuelos que navegaban solos, había llegado á ser, guiado por Lucas, un obrero mecánico muy inteligente, de mucha inventiva, destinado á prestar grandes servicios á la Crécherie, donde ya se ocupaba en montar máquinas. No era un señorito; tenía cierto orgullo en continuar siendo obrero, como su padre, á quien veneraba.

En la pasión que inspiraba á Luisa, entraba por algo el espíritu que la conducía á contrariar las ideas burguesas, á no hacer lo que solían los de su clase. La antigua amistad pronto fué pasión, irritada con los obstáculos. El, impresionado por el cariño, tam-

bién la quería ya profundamente. Pero era más prudente, no quería chocar con nadie; y pensando que era demasiado fina, demasiado rica para él. Sólo decía que, de perderla, jamás se casaría. Pero ella enloquecía sin más que suponer que no les dejaran casarse, y hablaba de dejar fortuna y todo para irse con él.

Seis meses duró la lucha. En casa de Luciano, este matrimonio, que debía halagarles, se veía con sorda desconfianza. Bonnaire hubiera preferido para Luciano la hija de un compañero. Los tiempos habían cambiado, ya no era motivo de vanidad ver á su hijo ascender en la escala social, del brazo de una joven de la burguesía agonizante. Pronto el provecho sería para el burgués, si adquiría sangre roja, salud y fuerza en alianzas con el pueblo. Había riñas en casa de Bonnaire, con este motivo, pues su mujer, la terrible Pelos, por orgullo hubiera consentido, pero á condición de hacerse ella también señora, con hermosos vestidos y alhajas. Nada de la evolución que se realizaba en torno de ella había podido cambiar su afán de dominar y aparentar; seguía con su carácter detestable, á pesar de la holgura asegurada con que ahora vivían, y culpaba á su marido porque no había hecho fortuna, como el señor Mazelle, por ejemplo, mozo listo que no trabajaba hacía mucho tiempo. Ella hubiera querido lucir sombreros, darse tono en paseo, gozando de la riqueza. Al oír á Luciano declarar que, si se casaba con Luisa, no entraría en su casa ni un cuarto de los Mazelle, acabó de perder la cabeza y se declaró contra un enlace que no le daba provecho. ¿Para qué casarse con aquella joven tan menuda, nada bonita, tan particular, si no era por su dinero? Sería el colmo de tantas cosas raras y molestas como estaba viendo hacía tanto tiempo.

Una tarde hubo una explicación borrascosa entre la Pelos, Bonnaire y su hijo Luciano, en presencia del tío Lunot, que aún vivía, con más de setenta años. Fué después de comer, en el reducido comedor, limpio y alegre, cuya ventana daba al verdor del jardín. Había flores en la mesa, siempre abundante. El tío Lunot, que ahora tenía tabaco á discreción, acababa de encender la pipa, cuando, á los postres,

torció el gesto la Pelos, se enfadó por cualquier cosa, por el gusto de reñir, según costumbre.

—¿De modo,—dijo á Luciano,—que es cosa hecha; te has de casar con esa señorita? Hoy te he visto con ella, delante de la casa de Boisgelin. Si me quisieras algo, ya la habrías dejado, pues sabes que ni á tu padre ni á mí nos gusta el tal matrimonio.

Luciano, buen hijo, evitaba las discusiones, que además, eran inútiles. Se volvió hacia Bonnaire.

—Pero,—respondió sencillamente,—creo que mi padre está dispuesto á consentir.

Fué esto para la Pelos como un latigazo, que le hizo descargar la furia sobre su marido.

—¿Cómo es eso? ¿Conque das tu consentimiento sin avisarme? No hace quince días que te parecía mal esa boda. ¿Das vueltas como una veleta?

Tranquilamente, le replicó Bonnaire:

—Hubiera preferido que el muchacho hubiese escogido otra. Pero tiene cerca de veinticuatro años, y no quiero en asuntos del corazón imponerle mi voluntad. Sabe como pienso; hará lo que mejor le esté.

—¡Muy bien!—gritó la Pelos.—Pronto te conformas; te crees libre y acabas siempre por decir amén de todo. Va á hacer veinte años que estás aquí con el señor Lucas, repites que no piensa como tú, que se hubiera debido empezar apoderándose de los instrumentos de trabajo, sin aceptar el dinero de los burgueses; pero esto no quita que sigas al señor Lucas, y á estas horas puede que te parezca bien lo que habéis hecho juntos.

Y continuó procurando herirle en lo vivo. Muchas veces le había irritado, tratando de ponerle en contradicción consigo mismo. Pero ahora se contentó con encogerse de hombros.

—Ciertamente; lo que hemos hecho juntos está bien. Puedo sentir todavía que no haya seguido mis ideas; pero tú eres la última que debes quejarte, pues no sabemos lo que es la miseria; somos dichosos; ningún hacendado de esos con que sueñas está como nosotros.

No cedió ella.

—Te agradecería que me explicaras todo lo que pasa aquí; nunca he comprendido palabra. Si tú eres

feliz, mejor para tí; yo no lo soy. La felicidad consiste en tener mucho dinero, retirarse y no hacer nada. Con todos esos lios de reparto de beneficios, almacenes con rebaja, bonos y cajas, nunca tendré cien mil francos míos, en mi bolsillo, para gastarlos á mi antojo, en cosas que me agraden... ¡Soy desgraciada, muy desgraciada!

Exageraba, por molestarle, pero era cierto que no se había aclimatado á la Crécherie; sufría con un atavismo de mujer coqueta y gastiza cuyo instintos contrariaba la solaridad comunista. Buena ama de su casa, limpia y activa, tenía un carácter detestable, testaruda, limitada, y su casa seguía siendo un infierno.

Bonnaire, sin contenerse, dijo:

— ¡Estás loca; te haces y nos haces desgraciados!

Solloz  ella; su hijo, á quien tanto disgustaban tales reyertas, tuyo que besarla, asegurándole que la queria, que la respetaba, pero ella, encarnizada, prosiguió, vuelta   su marido:

— ¡Anda, pregunta   mi padre lo que piensa de vuestra fábrica por acciones y de esa famosa justicia y ventura que van   salvar el mundo! Es un antiguo obrero, no le acusar s de decir tonterias como una mujer; tiene setenta años, debes creer en su buen juicio.

Y volviéndose el tío Lunot que chupaba el tubo de su pipa con beatitud infantil, dijo:

— No es verdad, padre, que son idiotas con todas sus artimañas para prescindir de los patronos, y que ellos son los que han de salir perdiendo?

El anciano, pasmado, la miró, antes de responder con voz opaca:

— Claro que sí... Los Ragú y los Qurignon, ¡ah, eran camaradas en otro tiempo! Hubo el señor Miguel, que me llevaba cinco años. Yo entr  en la fábrica en tiempo del señor Jerónimo, su padre. Pero antes de esos dos, había habido un señor Blas, con el cual trabajaron mi padre Juan Ragú y mi abuelo Pedro Ragú. Pedro Ragú y Blas Qurignon eran dos compañeros, dos obreros tiradores que golpeaban en el mismo yunque. Y ahí tenéis: los Qurignon son patronos archimillonarios y los Ragú siguen siendo unos

pobres maricas... Siempre se vuelve á lo mismo, las cosas no pueden cambiar, y hay que creer que est n bien así.

Divagaba un poco en su somnolencia de res coja, muy vieja y olvidada, que escap  por milagro del matadero común. Muchas veces no se acordaba de los sucesos de la víspera.

— Pero, t o Lunot, — dijo Bonnaire, — justamente las cosas est n cambiando mucho... El señor Jerónimo ha muerto y ha devuelto todo lo que le quedaba de su fortuna.

—   Cómo que ha devuelto?

— S , ha devuelto   los compañeros la riqueza que debía   su esfuerzo,   su largo sufrimiento... Acu rtese usted, ya hace mucho tiempo.

El anciano escarbaba en su memoria.

— ¡Ah, bueno, bueno, ya me acuerdo; aquella historia tan extra a!... ¡Pues bueno! ¡si ha devuelto es un imbécil!

Dijo esto con claro desprecio, pues nunca había soñado más que con hacer fortuna, como los Qurignon, y ser amo, señor ocioso y divertirse. No había pasado de ahí, como toda la generación de viejos esclavos explotados y despedados que se resignaban con sus cadenas, que sólo sentian no haber nacido explotadores.

La Pelos soltó una carejada insultante.

— ¡Ya lo ves, mi padre no es tan bestia como vosotros, no pide peras al olmo! El dinero es el dinero, y cuando se tiene dinero, se es el amo, y no hay más!

Bonnaire volvió á encogerse de hombros, mientras Luciano, silencioso, miraba por la ventana los rosales floridos del jardín.   Para qué discutir? Era ello el pasado testarudo. Morir  en el paraíso comunista, en el seno de la ventura fraternal, negándolo, echando de menos el tiempo de negra miseria en que esperaba   economizar diez cuartos para correr   comprarse una cinta.

Babette Bourron entró en aquel instante alegre como siempre, encantada sin cesar en la nueva situación. Gracias   su optimismo sonriente había ayudado   salvar á su marido, Bourron el simple, de la

sima en que había caído Ragú. Siempre había confiado en el porvenir segura de que todo se arreglaría; si faltaba pan, se lo figuraba caído del cielo. Aquella Crecherie era un paraíso que se realizaba. Su cara de muñeca, fresca aún, bajo un trapo atado como quiera, brillaba con la alegría de haber curado á su marido de la bebida, y de tener dos hijos hermosos que pronto casaría, en una casa propia, hermosa y alegre como la de los ricos.

—¿Conque está decidido; se casa Luciano con Luisa Mazelle?

—¿Quién le ha dicho á usted eso?—preguntó la Pelos de mal talante.

—Pues Josina. La señora Froment, á quien encontré esta mañana.

La Pelos se puso blanca de cólera contenida. En su irritación contra la Crécherie, lo principal era su odio á Josina; nunca había perdonado á «aquella perdida» su unión con Lucas, la suerte de ser la mujer del héroe. ¡Y decir que algún día aquella miserable criatura se moría de hambre arrojada á la calle por Ragú, por su hermano! Ahora se creía humillada por ella, cuando la encontraba con sombrero, como una señora. Y esta dicha ajena era lo que ella nunca aceptaría.

—Josina,—dijo con tono brutal,—en vez de ocuparse en matrimonios que no la importan, haría mejor en procurar que se olvidara el suyo, que se celebró la semana de los tres jueves... Y además, ya me fastidian todos, conque dejadme en paz.

Salió dando un gran portazo, dejándolos en silencio embarazoso. Babette se echó á reír acostumbrada á los modales de su amiga, á quien disculpaba. A Luciano se le saltaron las lágrimas, pues era su vida lo que se discutía entre tanto mal humor. Pero su padre le apretó la mano como prometiéndole arreglar las cosas. Mas á él también le entristecía ver que la felicidad, aun entre la paz y la justicia, estaba á merced de las querellas del hogar.

Si Luciano esperaba que al fin sus padres consentirían, Luisa encontraba en los suyos mayor resistencia. Por lo mismo que la adoraban no cedían, luchando sin ásperas disputas, con la inercia bonacho-

na, á ver si la cansaban. En vano ella hacía en casa mucho ruido y mil extravagancias. Ellos, sonrientes, fingían no comprender y la hartaban de golosinas y regalos. Amenazó con ponerse mala. Vino Novarre, dijo que de tales enfermedades no entendía él, que allí no había más medicina que casar á la chica. Los Mazelle resolvieron consultar con sus amigos. Les parecía lo que Luisa quería hacer una abdicación de la clase, y era natural que intervinieran los personajes, las autoridades. Una tarde invitaron á Chatelard, á Gourier, á Gaume y á Marle á que vinieran á tomar una taza de té en su jardín, templo de la pereza, entre rosas.

—Haremos lo que nos digan,—dijo Mazelle.—Saben más que nosotros y nadie podrá criticarnos... Yo ya estoy como tonto.

—Y yo,—dijo su señora.—Esto no es vivir; y figúrate para mi enfermedad.

Llegaron primero á la cita el subprefecto y el Alcalde. Seguían siendo inseparables; parecía haberlos unido más la muerte de la hermosa Leonor. Durante cinco años la habían cuidado inválida, clavada en una butaca por una parálisis en las piernas; el amigo fiel, cuando el esposo faltaba, le suplía velándola, leyendo lo que ella quería. Leonor murió en brazos de Chatelard de repente, una tarde que la ayudaba á tomar una taza de tila mientras Gourier fumaba fuera. Cuando éste entró lloraron juntos. Ahora apenas se separaban, en los ocios que la administración de la ciudad les dejaba. Gourier había seguido el ejemplo de Chatelard; sólo administraba teóricamente. La evolución nadie la detendría. El Alcalde, sin embargo, admitía con trabajo tan amable filosofía. Se había reconciliado con su hijo Aquiles, que había tenido de Azulina una niña deliciosa. Leonia, de ojos azules como su madre, ojos de infinito cielo azul; y ahora, casadera ya, cerca de los veinte años, había seducido al abuelo que se había resignado á abrir la puerta al matrimonio irregular. Era duro, decía, para un alcalde, magistrado civil del matrimonio, aceptar en su casa á la pareja revolucionaria casada á la luz de las estrellas, una noche caliente en que

olía bien la tierra. Gourier, influido por Chatelard y reconciliado con los suyos, ya no miraba con tan malos ojos á la Crécherie. El magistrado y el Cura se hicieron esperar, y los Mazelle impacientes empezaron á explicarse con los otros;  debían resignarse ante el capricho irracional de su hija?

—Ya comprende usted, señor subprefecto,—dijo Mazelle inquieto, pero dándose tono,—aparte de nuestro disgusto personal, hay que contar con el deplorable efecto social, con la responsabilidad... Vamos al abismo.

Estaban   la sombra, templada, perfumada por rosas trepadoras ante una mesa con alegre mantel de colores, cargada de pastelillos; y Chatelard, siempre correcto y de buen aspecto á pesar de la edad, sonrió con ironía discreta.

—En el abismo ya estamos, señor Mazelle. No se inquiete usted por el Gobierno, ni por la Administración, ni por la buena sociedad; todo eso sólo existe ya en apariencia. Gourier sigue siendo Alcalde, yo subprefecto; pero como detrás no hay verdadero Estado, somos fantasmas... Este paso llevan los ricos y poderosos, pues la nueva organización del trabajo les va quitando poder y fortuna. No hay   quien defender; ellos mismos por un vértigo ayudan   la revolución... No resista usted; entréguese.

Le gustaban estas bromas que aterraban   los últimos burgueses en Beauclair. Pero decía la verdad, burla burlando. En París se realizaban muy graves acontecimientos; el viejo edificio ca a piedra   piedra, y dejaba el sitio   una constitución transitoria que anunciaba la ciudad futura de justicia y de paz. Contento, viéndose olvidado en un rincón de provincia, all  pensaba morir tranquilo con su régimen, con aire sonriente de filósofo y hombre de mundo.

Los Mazelle padecieron. Ella, arrellanada en su butaca, miraba   los pasteles; el marido exclamó:

—  Cree usted verdaderamente que tan amenazados estamos?... S  que se habla de reducir la renta.

—La renta se suprimir  antes de veinte años ó se irá reduciendo progresivamente hasta desposeer   los rentistas. El proyecto está en estudio.

La señora Mazelle suspir , como si entregara el alma.

—  Oh! nosotros ya habremos muerto, no veremos esas infamias. Pero coger n   nuestra pobre hija, razón de más para obligarla   casarse bien.

Chatelard, implacable, añadió:

—Pero si ya no habrá matrimonios ventajosos, pues que la herencia va á desaparecer. Es cosa resuelta casi. Cada familia en adelante tendr  que labrarse su propia dicha. Que se case Luisa con un burgués   con un obrero, su capital será el mismo; el amor, si tienen la suerte de amarse; la actividad en el trabajo, si saben no ser perezosos.

Callaron; se oyó el r ido de las alas de una curruca que revoloteaba entre los rosales.

—Entonces,—preguntó Mazelle anonadado,— es ese el consejo que usted nos d ?  Seg n usted, podemos aceptar por yerno   ese Luciano Bonnaire?

—Dios mío, ya lo creo. La tierra no dejará de seguir dando vueltas en paz, por eso. Y si los chicos se adoran, est n ustedes seguros de hacer   dos seres felices   lo menos.

Gourier nada había dicho todavía. No estaba   gusto zanjando tal cuestión que le recordaba lo que había pasado en su casa. Pero se le escap  decir:

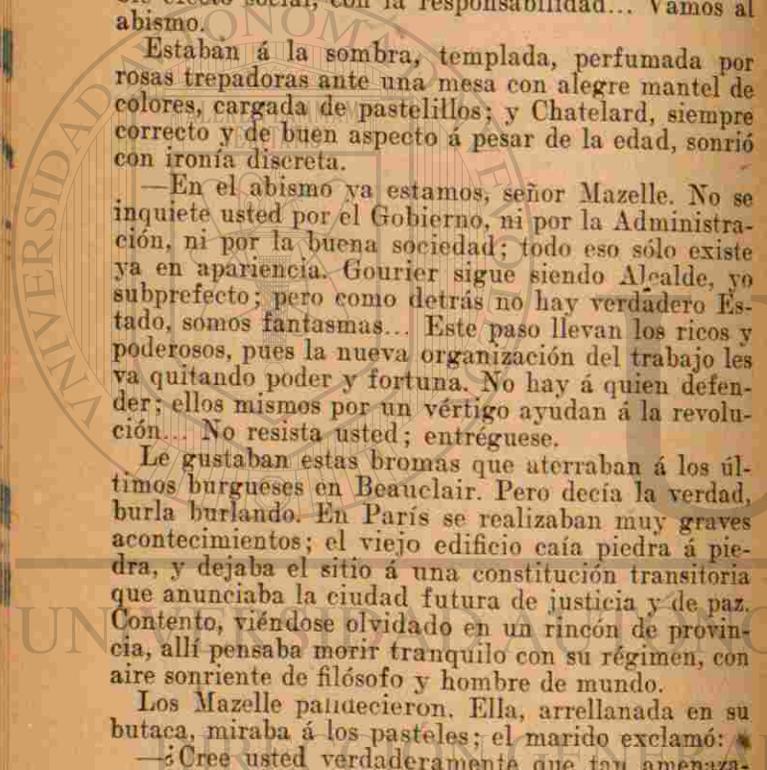
—Es verdad, más vale casarlos. Cuando los padres no los casan, se escapan y se casan solos...   Oh!   en qué tiempos vivimos!

Alzaba los brazos al cielo; sólo el ascendiente de Chatelard le impedía caer en negra melancolía. Su antigua afeción   las obreras jovencitas le producía ahora una vejez atontada; se dormía   cada instante. En todas partes, en la mesa, en medio de una conversación, en paseo. Y concluyó con aire resignado de antiguo patrono terrible, vencido por los hechos.

—En fin,  qu  quieren ustedes? después de nosotros el diluvio, como dicen muchos de los nuestros. Ya no somos nadie.

Llegó en esto Gaume, muy retrasado. Se le habían hinchado las piernas; andaba con trabajo, con ayuda de un bastón. Iba   cumplir setenta años, y esperaba su retiro con la repugnancia secreta de aquella justicia humana que había aplicado durante tantos años

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA PAUL RANGEL FRIAS



ateniéndose á la letra de la ley estricta, como un sacerdote que ya no cree, pero se atiene al texto. Pero en su hogar, el drama de amor y de traición había continuado terco, implacable. Después de la muerte de su mujer, que se había suicidado á su vista confesando su culpa, había consumado el desastre su hija Lucila, casada con el capitán Jollivet, á quien hizo que matara un amante antes de huir con él. Era una aventura terrible; la hija coqueta y sensual reproduciendo la traición de la madre, acorralando á su marido en un duelo especie de asesinato. El capitán, llamado por una carta anónima, había sorprendido en flagrante delito á su mujer medio desnuda en brazos de un mocetón, que le había arrojado un cuchillo para reñir sobre el terreno. Según otros, el capitán había buscado la muerte, no se había defendido, por horror de la vida llena para él de amarguras y vergüenzas. Hacía tiempo que se le veía como anquilado. Ya no discutía, no luchaba, dejaba triunfar á la paz y al trabajo, comprendiendo sin duda que ya no servía la espada. Gaume se encontró solo en esta horrible tormenta; su hija había huido; sólo le quedaba su nieto Andrés, de diez y seis años, delicado y afectuoso, triste herencia de la trágica pareja, que el pobre abuelo cuidaba con inquieta ternura. Ya bastaba; el destino vengador que castigaba algún antiguo crimen ignorado, no debía encarnizarse más. Y se preguntaba á qué porvenir de verdadera justicia y de amor fiel consagraría á aquel joven para que su raza renovada fuese dichosa al fin.

Enterado de la consulta, exclamó en seguida:

—Cásenlos ustedes, cásenlos ustedes; si tanto se quieren, que se atreven á luchar con sus familias y á saltar sobre todos los obstáculos. Sólo el amor decide de la dicha.

Sintió aquella confesión que le arrancaba la amargura de su vida entera, pues ya se estaba muriendo, y mentían su rígida actitud, su rostro austero. Añadió:

—No esperen ustedes al señor cura; acabo de encontrarle y me ha dicho que le disculpara. Corría á la iglesia á buscar los Santos óleos para poner la extremaunción á la señora Jollivet, una anciana, tía

de mi yerno, la cual acaba de entrar en la agonía. El pobre Marle pierde con ella una de sus últimas penitentes, y se le caían las lágrimas.

—¡Bah! lo único de bueno que hay en todo esto es el barrer á los curas,—dijo Gourier, que seguía siendo clerófobo.—La república sería todavía nuestra si ellos no nos la hubiesen querido quitar. Empujaron al pueblo á derribarlo todo y hacerse el amo.

—Pobre cura,—repitió con lástima Chatelard;—me da pena en su iglesia vacía; y hace usted bien, señora, en mandarle ramos de flores para la Virgen.

Callaron otra vez; pasó la sombra trágica del sacerdote entre el olor de rosas y el claro sol. Con Leonor había perdido la feligresa más fiel, más querida. La señora Mazelle no creía, en el fondo, pedía á la religión un certificado de buenas ideas burguesas. Sabía el cura su destino, le encontrarían muerto ante el altar, bajo los escombros de la bóveda de su iglesia que amenazaba ruína y que no podía reparar por falta de dinero. Ni en la alcaldía, ni en la subprefectura había fondo para tal cosa. De los fieles había obtenido con trabajo una suma irrisoria. Ahora, resignado, esperaba la caída, celebrando el culto como si no pensara en la amenaza que tenía sobre la cabeza. Su iglesia se quedaba sola, su Dios parecía morir un poco cada día, y moriría con él cuando la vieja casa divina se abriera por todas partes y le pulverizara bajo el peso del gran crucifijo pegado á la pared. Tendría la misma tumba en la tierra, á donde vuelve todo.

La señora Mazelle estaba muy trastornada por sus disgustos personales, para pensar en lo que sería del cura. Si no se resolvía aquello temía caer mala de veras, ella que había gozado con delicia de su enfermedad sin nombre que embellecía su existencia. Se levantó para servir el té que humeaba en la clara porcelana, mientras un rayo de sol doraba los pastillos sobre los platos de cristal. Y movía ella la cabeza, como convencida.

—Digan lo que quieran ustedes, amigos míos, ese matrimonio es el fin del mundo y no puedo decidirme.

—Esperaremos más,—dijo Mazelle,—agotaremos la paciencia de Luisa.

Marido y mujer quedaron pasmados al ver á Luisa en pie delante de ellos á la entrada del cenador, entre las rosas llenas de sol. La creían en su cuarto, en su silla larga padeciendo del mal sin nombre que sólo el marido amado podía curar, según Novarre. Debíó de creer que se estaba decidiendo su suerte, y poniéndose un peinador de florecillas rojas, atándose el pelo como quiera, se presentó. Estaba encantadora, vibrante de pasión, con su cara menuda en que brillaban los ojos un poco oblicuos, llenos de alegre luz, aun con la pena. Había oído las últimas palabras de sus padres.

— ¡Pero mamá! ¡pero papá! ¿Qué estáis diciendo? ¿Creéis que se trata de un capricho de chiquilla?... Ya os lo he dicho, quiero que Luciano sea mi marido y lo será.

Mazelle medio vencido por la brusca aparición, luchó todavía.

— Pero hija desgraciada, piénsalo bien, nuestra fortuna que tu debías heredar ya está comprometida, y un día te verás sin dinero.

— Comprende la situación, — insistió la madre. — Con nuestro dinero, aún comprometido, podrás hacer todavía un matrimonio razonable.

Luisa entonces con vehemencia alegre y soberbia gritó:

— ¡Vuestro dinero me importa un pito! Podéis guardarlo. Si me lo diérais, Luciano ya no me querría... Dinero ¿pero para qué? ¿para qué sirve el dinero? ¿Para quererse? No. ¿Para ser feliz? Luciano me ganará el pan; y yo misma si hace falta. Será un gusto.

Hablaba con tal fuerza de juventud y de esperanza, que los Mazelle temiendo por su razón quisieron calmarla cediendo. Además no podían resistir más; querían sobre todo estar tranquilos. Los convidados, bebiendo el té, sonreían comprendiendo que el libre amor de aquella rapazuela los barría como briznas de paja. Había que otorgar, lo que no se podía impedir.

Y concluyó Chatelard amable y apenas burlón.

— Gourier tiene razón; nosotros hemos acabado; los hijos dan la ley.

El matrimonio de Luciano Bonnaire y de Luisa Mazelle, se efectuó un mes más tarde. Chatelard para divertirse él, decidió á Gourier á dar un baile en la alcaldía en honor de los Mazelle. Le pareció divertido hacer bailar á la burguesía de Beauclair en esta boda que era un símbolo del advenimiento del pueblo. Se bailaría sobre las ruínas de la autoridad, pues ya el alcalde no era más que un lazo paternal entre los diversos grupos sociales en la casa de todos. Hubo lujo al adornar la sala, músicas y cánticos, como en la boda de Nanet y Nisa. Y hubo también aclamaciones al presentarse los novios, Luciano, tan sólido y fuerte, con sus camaradas de la Crécherie; Luisa tan apasionada y distinguida seguida de la sociedad cuya presencia habían deseado los padres como protesta suprema. Pero el gran mundo fué sumergido por la ola popular, conquistado poco á poco por la alegría que rebosaba, y también de allí resultaron muchos matrimonios entre las dos clases diferentes. De nuevo triunfaba el amor, el amor omnipotente que inflama al universo vivo y le lleva á su destino feliz.

Y florecía doquiera la juventud; más y más alianzas, parejas que parecían separadas por mundos, marchaban hacia la ciudad futura unidas por el eterno deseo. A su vez el antiguo comercio de Beauclair, próximo á desaparecer, dió sus hijos y sus hijas á los obreros de la Crecherie y á los aldeanos de Combettes. Augusto Laboque se casó con Marta Bourron y Eulalia Laboque con Arsenio Lenfant. Hacía algunos años que los Laboques ya no luchaban. Consintieron primero, que su tienda fuese simple depósito de la Crécherie. Y después la cerraron, y Lucas les aseguró una especie de retiro con un empleo de vigilancia. Viejos ya, vivían aislados, amargados, mirando con miedo aquel mundo, que no tenía su pasión de lucro sino otras alegrías. Sus hijos se casaron á su gusto, sin más que el escondido disgusto de sus padres. Las bodas fueron el mismo día, en Combettes, que era ya un gran arrabal de Beauclair, alegre y rico. La ceremonia se celebró cuando la recolección, el último día, cuando los haces enormes se levantaban en la inmensa llanura dorada.

Ya Feuillat había casado á su hijo León con Eugenia, hija de Yvonnot. Ahora, muy anciano, era como el patriarca de esta Sociedad agrícola que él había soñado. Este simple colono primero, duro y rapaz como todos los de su clase llegó á amar de veras la tierra donde habían sido explotados sus ascendientes. Y vió al fin realizada su ambición, las tierras reunidas, fecundas, abundantes, camino de la conquista total de la llanura inmensa de la Rumaña. Con Lenfant é Yvonnot formaba una especie de consejo de los ancianos, consultado para todo.

También para celebrar estas bodas hubo una gran fiesta, la fiesta de Combettes pacífico, rico, triunfante. Se iba á beber por la fraternidad del aldeano y del obrero industrial, antes puestos uno frente á otro. Se brindaría también por la desaparición del bárbaro comercio; y qué mejor ocasión que la del día, en que las castas enemigas se unían en felices matrimonios. Fué al aire libre, cerca del lugar, en un anecho campo donde se extendían en columnas simétricas, como de un templo gigantesco, los altos haces, color de oro bajo el claro sol. Al infinito, hasta el lejano horizonte, se prolongaba la columnata de haces y más haces mostrando la fecundidad inagotable de la tierra. Allí se cantó, se bailó, entre el buen olor del trigo maduro, en medio de la inmensa llanura fértil que ya daba pan para todos, reconciliados.

Los Laboquet trajeron á todo el antiguo comercio de Beauclair, los Bourron, á toda la Crecherie. Los Lenfant, estaban en su casa. Si los Laboquet no estaban contentos los demás sí, y la alegría la trajo Babette Bourron que triunfaba con su eterno buen humor, anunciando la dicha.

Al aparecer los novios, hubo también aclamaciones; todo el pueblo se alegraba porque representaban aquella hermandad, aquella abundancia en cuyo seno iba á pulular un pueblo libre, unido, sin odio y sin hambre.

Aquel día se arreglaron otros matrimonios, como en las bodas de Luciano Bonnaire y de Luisa Mazelle. La señora Mitaine, guapa todavía con sus sesenta y cinco, besó á Olimpia Lenfant diciendo que deseaba llamarla su hija, pues su Evaristo le había confesado

que la adoraba. Diez años hacía que se le había muerto su marido y había dejado la panadería, fundida con la Crécherie como casi todo el comercio al por menor. Vivía con su Evaristo, muy orgullosa de que Lucas les hubiese confiado la dirección de las bregaderas eléctricas, de donde salía ahora en abundancia un pan ligero y blanco para todo el pueblo. Mientras Evaristo besaba también á Olimpia, roja de placer, por vía de esponsales, la Mitaine reconoció en una viejecita flaca y negra sentada junto á un haz, á su antigua vecina la señora Dacheux la carnicera. Se sentó junto á ella.

—¿No es así?—le dijo alegre,—todo esto debe acabar en bodas pues toda esta gente menuda, en otro tiempo jugaban juntos.

Pero la Dacheux seguía muda y sombría. Ella también había perdido á su marido, muerto á consecuencia de un golpe torpe de la cuchilla que le había cortado la mano derecha. Según ciertas gentes no había sido torpeza, sino que el carnicero se había cortado la mano á propósito en un acceso de furiosa cólera antes que firmar la cesión de su tienda á la Crécherie. Los últimos sucesos, la idea de que la santa carne, la carne de los ricos, iba á ponerse al alcance de todos, en la mesa de los más pobres, fueron parte sin duda á trastornar el concepto del orden social del hombrachón tiránico, violento y reaccionario, hasta el punto de volverle loco. Y había muerto de una gangrena mal cuidada, dejando á su viuda aterrada, con los últimos juramentos con que la abrumó en la agonía.

—¿Y su Juliana de usted?—preguntó la Mitaine.—La he encontrado el otro día; está magnífica.

Tuvo la otra que responder:

—Allí está bailando, la vigilo.

Juliana, en efecto, bailaba en brazos de un buen mozo, guapo, Luis Fauchard, hijo del obrero arrancador. Fuerte, blanca, radiante de salud, se esponjaba feliz en el abrazo apasionado del mocetón vigoroso, de rostro suave, uno de los mejores herreros de la Crécherie.

—¿Conque otro matrimonio?

—¡Oh, no, no,—exclamó la Dacheux temblando;

—¿cómo dice usted eso? Bien conocía usted las ideas de mi marido; saldría de la sepultura si yo casara á su hija con ese obrero, hijo de esos pobres diablos, de esa Melania que se pasaba la vida pidiendo al fiado carne para un puchero, y á quien él arrojó tantas veces de la tienda porque no pagaba.

Siguió contando sus tormentos en voz baja y temblorosa. Su marido se le aparecía de noche; hasta muerto la imponía su autoridad despótica, la reñía y zarandeaba con diabólicas amenazas. Ni viuda encontraba un poco de paz la pasmada viejecita.

—Si casara á Juliana contra su gusto, vendría todas las noches á injuriarme y á pegarme.

Lloraba, y la Mitaine le dió ánimos, asegurándole que para curarse de pesadillas, lo mejor era hacer feliz á la gente. Por azar, Melania la quejumbrosa se había acercado con paso indeciso. Ya no padecía la atroz miseria de antaño; ocupaba una de las casitas claras de la Crécherie con Fauchard, que acababa de dejar todo trabajo, inválido, atontado. Vivía con ellos su hermano Fortunato, de cuarenta y cinco años á penas, y cuyo trabajo de bruto, maquina, uniforme, desde los quince años en el Abismo, había hecho de él un viejo antes de tiempo, medio sordo y ciego. Por todo lo cual, á pesar del bienestar presente, seguía ella quejándose por causa de aquellos dos desgraciados, ejemplo y lección de las vergüenzas y dolores del salario, legado á las generaciones nuevas.

—¿No ha visto usted á mi gente?—preguntó á la Mitaine.—Los he perdido entre el barullo... ¡Ah! aquí están.

Se vió pasar cogidos del brazo, con paso tembloroso, á los dos cuñados, Fauchard hecho una ruina, como un aparecido del trabajo deshonrado y doloroso, Fortunato aniquilado también, imbécil. Y pasaban entre la multitud vigorosa, que rebosaba vida nueva, esperanza, por medio de los haces bien olientes en que se amontonaba el trigo de todo un pueblo; iban en paz paseando su decrepitud, sin comprender, sin responder á los saludos.

—Déjelos tomar el sol, eso les conviene—añadió la Mitaine.—¿Y su hijo de usted? ¿Es fuerte, alegre?

—¡Oh! ya lo creo; Luis está muy sano. Ahora los

hijos no se parecen á los padres. ¡Mire usted como baila! Nunca conocerá el frío y el hambre.

La panadera, alma buena, procuró y consiguió arreglar allí mismo el otro matrimonio, haciendo entenderse á las dos madres. La pobre señora Dacheux dijo al fin:

—¡Dios mío! bueno, consiento; á condición de que no me dejen sola. Yo nunca he dicho no á nadie; todo era él. Pero si todos andan en ello, prometan defenderme y hagan lo que quieran.

Al saber aquello Luis y Juliana, abrazaron á las buenas mujeres entre risas y lágrimas. Y entre tanta alegría, fué una alegría nueva. La Mitaine recordó los tiempos en que Evaristo ofrecía tortas en la panadería á Olimpia Lenfant. Recordó también á Luis Fauchard jugando con Juliana cuando niños. Y habló de los Laboque, los Bourron, los Lenfant, los Yvonnot que ahora se casaban, y ya jugaban juntos de pequeñuelos mientras los padres se desgarraban luchando.

Se habló de más bodas, de que eran ya prometidos Sebastián Bourron y Agata Fauchard, Nicolás Yvonnot y Zoa Bonnaire.

El amor soberano extendía sin cesar la reconciliación, acababa de fundir todas las clases. El había fecundado la llanura, él hacía estallar los árboles con los frutos, había cubierto los surcos con tal abundancia de trigo, que los haces extendían hasta el horizonte el templo de la paz. Iban sus alas en el potente olor de esta fertilidad, presidía á las nupcias felices que harían pulular generaciones más libres y más justas. Y hasta la noche, á la luz de las estrellas, duró la fiesta, triunfando el amor; juntando los corazones, entre los bailes y los cánticos de aquel pueblo gozoso que iba á la unidad y á la armonía futuras.

Pero en esta fraternidad invasora, había un hombre, un ascendiente, el maestro fundidor Morfain que quedaba en pie, aparte, mudo y salvaje, sin poder, sin querer comprender. Seguía siendo como uno de los Vulcanos prehistóricos, en su agujero de rocas, junto al horno alto que tenía que vigilar; y ahora vivía solo como solitario, deseoso de separarse del tiempo, rota toda relación con las generaciones nacientes. Ya

cuando su hija Azulina había partido para ir a vivir el sueño de amor con Aquiles Gourier, el príncipe encantado de sus noches azules, había él sentido que los tiempos nuevos le quitaban lo mejor de sí mismo. Después, otra aventura sentimental le había llevado a su hijo el mocetón, el buen gigante vigoroso, Petit-Da, que, de repente, se había enamorado de la hija de Caffiaux el tabernero, Honorina, una morenilla bizca y lista. Primero se había negado con violencia a consentir en tal matrimonio, porque despreciaba a aquella gente de conducta sospechosa, familia de envenenadores, los cuales le devolvieron su desdén mostrando vanidosa repugnancia de casar a su hija con un obrero. Pero Caffiaux cedió primero, hábil y flexible como siempre. Tenía un buen empleo como jefe de vigilancia de los Almacenes generales de la Crécherie, dejaba ya la taberna, y se olvidaba lo pasado y fingía gran devoción a las ideas nuevas. Temía perjudicarse negándose testarudo al matrimonio. Entonces Petit-Da, apasionado, había prescindido de su padre. Una terrible reyerta había seguido a la completa ruptura entre ambos. Y desde entonces el maestro fundidor emparedado en su roca, solo vivía, solo hablaba para dirigir su horno alto, como fiero espectador inmóvil de las edades muertas.

Años y años pasaron sin que el viejo Morfain pareciese siquiera envejecer. Era siempre el vencedor del fuego, el coloso de la enorme cabeza tostada, de nariz aguileña, ojos con llamas, entre mejillas que parecían arrasadas por la lava; la boca en tortura, que ya no se abría, conservaba el rojo leonado de quemadura. Nada de lo humano parecía que había de impresionarle ya, en el fondo de la soledad implacable en que se había encerrado, cuando llegó a saber que su hija y su hijo pactaban con los otros, los de mañana. Azulina había tenido de Aquiles una niña deliciosa, Leonia, que crecía graciosa y amable. Petit-Da había llegado a tener con Honorina un muchacho fuerte y encantador, Raimundo, inteligente hombre-cillo que pronto podría casarse también; pero el abuelo no se dejaba ablandar, rechazaba a los niños. Eran cosas, para él, que pasaban en otro mundo; no le conmovían. En cambio, hundidas sus afecciones huma-

nas, la especie de pasión paternal que siempre había sentido por el horno alto, parecía crecer.

Veía en él un hijo gigante, el mónstruo rugiente de un perpétuo incendio cuyas digestiones de llamas cuidaba él noche y día, hora por hora. Los menores desarreglos, cuando las sangrías brillaban menos, le llenaban de angustia; pasaba noches en claro vigilando las toberas; se sacrificaba como un enamorado en medio de las brasas que su piel ya no temía. Lucas pensó en darle el retiro por su mucha edad, pero no se atrevió, al verle rebelarse temblando; y el héroe del trabajo penoso que tenía el orgullo de haber gastado y quemado los músculos en su faena oscura de conquistador del fuego, no sufrió entonces aquel dolor sin consuelo. Pero la hora del retiro iba a sonar por sí misma, por la inevitable evolución del progreso, y Lucas, compasivo, por bondad, esperó.

Ya Morfain se había visto amenazado, sabía que Jordán buscaba inventos para reemplazar el horno alto, tan lento y pesado, con baterías ligeras y rápidas de hornos eléctricos. Le trastornaba la idea de que podían apagar y derribar el coloso que ardía durante siete y ocho años. Tuvo noticia, alarmado, del primer progreso de Jordán al quemar el carbón al salir de la mina, y supo también que llevaba la electricidad a la Crécherie por cables sin perder nada. Pero como el precio de fábrica seguía siendo muy alto, no temió esta inútil victoria. Durante otros diez años los nuevos fracasos de Jordán le habían alegrado, con oculta ironía, convencido de que el fuego se defendería, no se dejaría jamás vencer por aquella potencia, trueno misterioso cuyo relámpago no veía siquiera. Deseaba la derrota del amo y de sus aparatos; mas, de repente, la amenaza se hace grave, se dice que Jordán ha encontrado el medio de transformar la energía calorífica del carbón en energía eléctrica sin pasar por la mecánica, es decir, suprimiendo la máquina de vapor, cara y molesta. El problema estaba resuelto, el precio de fábrica de la electricidad iba a bajar la mitad, y se podría emplear útilmente en la fundición del mineral de hierro. Ya funcionaban aparatos de producción, se instalaba la primera batería de hornos eléctricos, y Morfain, de-

sesperado, rondaba alrededor de su horno alto, con aire fiero y obstinado, como si quisiera defenderlo.

Sin embargo, Lucas no dió inmediatamente orden de apagar el horno alto, queriendo hacer antes experimentos concluyentes con la batería. Por seis meses ambas fundiciones funcionaron á la par; días muy malos para Morfain, que ya veía condenado al querido mónstruo que guardaba. Todos le abandonaban, ya nadie subía á verlo; toda la curiosidad era para los hornos eléctricos que ocupaban tan poco sitio y que trabajaban tan bien, se decía, y tan pronto. El, lleno de ira, no había querido bajar á ver aquellos inventos, que llamaba, con desdén, juguetes buenos para niños. ¿Cabía destronar el antiguo método, el fuego libre y claro que había dado al hombre el imperio del mundo? A él se volvería, á los hornos gigantes cuya hoguera había ardidido durante siglos, sin apagarse jamás. Y desde su soledad, con los pocos hombres de su cuadrilla, silenciosos como él, se contentaba con mirar desde lo alto el cobertizo bajo el cual funcionaban los hornos eléctricos, feliz todavía cuando de noche incendiaba el horizonte con sus grandes coladas brillantes.

Pero llegó el día que Lucas condenó el horno alto, ya oneroso. Se resolvió dejarle apagarse para derribarlo después de la última sangría. Prevenido Morfain, no respondió nada, impasible, con su faz de bronce que nada decía de las borrascas de su alma. Se temió aquella hermosa calma; Azulina subió á ver á su padre con su hija Leonia, y Petit-Da acudió con Raimundo. Un instante, como antaño, la familia, se vió reunida en su cueva de rocas; el padre gigante entre la hija toda azul, por los azules ojos, y el hijo, el buen coloso, ya ganado por los alientos del mañana; y ahora había además la nieta de suave hermosura, el nieto de inteligencia viva en quien se encarnaba la generación nueva, obrera activa de ventura. El abuelo se dejó besar, acariciar; no rechazó á los niños como solía. Aunque se había jurado no verlos nunca, se dejó ahora vencer, acariciar. Pero no devolvía las caricias, con aire de estar ya fuera del tiempo, cual héroe de las épocas desaparecidas en el cual toda humanidad estaba muerta. Era un día de otoño obs-

curo y frío, en el breve crepúsculo cuyo velo de crepón caía del cielo descolorido envolviendo la negra tierra. Se levantó; no rompió su eterno silencio más que para decir:

—¡Vamos! Me esperan; todavía hay una sangría.

Era la última; todos le siguieron al horno alto. Los hombres de la cuadrilla allí estaban sumidos en la sombra, esperando, y vino la faena habitual; el espetón hundido en el tapón de tierra refractaria; la piqueta ensanchada, luego la ola tumultuosa del metal en fusión, arroyo de fuego corriendo á lo largo de las regueras llenando los moldes de charcas encendidas. Otra vez todavía, de aquel surco, de aquel campo de fuego brotaron chispas como mieses, chispas azules de ligereza delicada, cohetes de oro de graciosa sutileza, todo un florecer de azulejos entre espigas de oro. Una claridad deslumbradora, en el triste crepúsculo, vistió de sol el horno alto, las construcciones cercanas, los tejados de Beauclair á lo lejos, el horizonte inmenso. Después todo se apagó, reinó la noche profunda; era el fin; el horno alto había muerto.

Morfain, que había estado mirando, sin una palabra, no se movió; quedó en la sombra como una de aquellas rocas que otra vez envolvía la noche.

—Padre,—dijo cariñosa Azulina,—ahora que aquí ya no hay que hacer, hay que bajar con nosotros. Hace mucho tiempo tu cuarto está dispuesto.

Y Petit-Da, dijo á su vez:

—Padre, ahora te toca descansar, y también en mi casa tienes tu habitación. Te repartirás, te darás un poco á cada uno de tus hijos.

Pero el viejo maestro fundidor no respondía. Un suspiro, al fin, le levantó el pecho con un ruido doloroso, y dijo:

—Está bien; yo bajaré, iré á ver, marcháos. ®

Pasaron quince días, y no se pudo conseguir que Morfain dejara el horno alto. Se iba enfriando lentamente, y asistía él á su agonía. Quedó allí el último. Palpaba el horno todas las noches, por si no estaba muerto del todo. Mientras sintió un poco de calor, le veló obstinado como á un amigo, cuyos restos sólo se abandonaban á la nada. Pero llegaron los que iban á demolerlo. Y una mañana se vió á Morfain en supre-

ma separación desgarradora, dejar su agujero de rocas y bajar á la Crécherie para ir directamente, con paso firme de gran anciano vencido, al vasto cobertizo de vidrieras bajo el cual funcionaba la batería de hornos eléctricos.

All  estaban Julián y Lucas con Petit-Da, encargado por ellos de dirigir la fundición, con ayuda de su hijo Raimundo Da, buen obrero electricista.

Jordán siempre estaba presente para dirigir la marcha, deseando perfeccionar el nuevo método que tantos años le había costado.

— Ah, mi querido Morfain,—exclamó contento; —al fin es usted razonable!

Impasible, la cara de color de fundición vieja, el héroe se content  con decir:

—S , señor Jordán: he querido ver su máquina.

Lucas, algo alarmado, le observó, pues había hecho que le vigilaran, porque supo que se le había sorprendido inclinado sobre el tragante del horno alto, aun lleno de brasas, como dispuesto á arrojarse   aquel horrible infierno. Un obrero de su cuadrilla le había salvado de esta muerte, último don de su carne vieja al monstruo; todo lo que quedaba de su esqueleto coeido y recocado cien veces, como si su gloria hubiera sido acabar por el fuego, tan amado y servido fielmente durante medio siglo.

—Bien parece, bravo Morfain, el ser curioso   su edad,—dijo Lucas sin quitarle los ojos.—Mire usted esos juguetes.

La batería de los diez hornos estaba en fila; diez cubos de ladrillo rojo, de dos metros de altura por un metro cincuenta de ancho. Y sólo se veía por encima la armadura de los potentes electrodos de espesos cilindros de carbón,   la cual venían   juntarse los cables conductores de la electricidad. La operación era muy sencilla. Un tornillo sin fin que obedecía   un botón hacía el servicio de los diez hornos, conducía el mineral y lo echaba en cada uno de ellos. Un segundo botón establecía la corriente, el arco, cuya extraordinaria temperatura de dos mil grados podía fundir doscientos kilógramos de metal en cinco minutos, y bastaba dar vuelta   un tercer botón para que la puerta de platino que cerraba cada horno se

levantase, y para que una especie de andén   plaza móvil, cubierto de fina arena, se pusiera en marcha, recibiendo los diez lngotes de doscientos kilógramos que sacaba en seguida al aire para enfriarlos.

— Qu  tal, bravo Morfain?—preguntó Jordán, alegre como un niño.— Qu  dice usted de esto?

Y le explicó el trabajo producido. Aquellos juguetes,   doscientos kilos de fundición cada uno, cada cinco minutos, llegaban todos juntos   un total de doscientas cuarentas toneladas por día, haciéndolos trabajar solo diez horas. Era un rendimiento prodigioso, sobre todo si se pensaba que el antiguo horno alto, ardiendo día y noche, no llegaba   la tercera parte. Así que los hornos eléctricos funcionaban rara vez más de tres ó cuatro horas, y en eso estaba la comodidad, en poder apagarlos y encenderlos según se necesitase, para obtener al instante la cantidad deseada de materia primera.   Y qué facilidad, qué limpieza, qué sencillez! Casi no había polvo; los electrodos daban ellos mismos el carbono necesario para la carburación del mineral. Sólo se escapaban gases, y las escorias eran tan poco abundantes que desaparecían sin trabajo limpiando todos los días. No más coloso bárbaro cuya buena digestión causaba tantas inquietudes; no más órganos múltiples, molestos, de que había habido que rodearlo, máquina sopladora, continua corriente de aire y tantas otras cosas. Ya no había vientre amenazado de atascarse   de enfriarse. Ya no se hablaba de demolerlo todo por una tobera que funcionase mal. Y luego, todo un ejército en pequeño. Los cargadores atentos junto al tragante, los fundidores golpeando el tapón quemado por las llamas de las sangrías; ya no estaban todos ellos siempre alerta, sucediendo el relevo de día al relevo de noche. En quince metros de largo por cinco de ancho, la batería de los hornos eléctricos, con su acera móvil, cabía holgadamente en el gran cobertizo, alegre y brillante. Y tres niños hubieran bastado para ponerlo todo en marcha; uno en el botón del tornillo sin fin, otro en el botón de los electrodos, otro en el de la plaza   acera móvil.

— Qu  dice usted de esto, querido Morfain?  Qu 

dice usted de esto?—repetía Jordán triunfante. El anciano, sin una palabra, inmóvil, seguía mirando. Caía la noche, la obscuridad invadía el cobertizo y la batería funcionaba con regularidad mecánica y suave. Fríos, oscuros, los diez hornos parecían dormir mientras las carretillas de mineral, movidas por el tornillo sin fin, se desocupaban una á una. Cada cinco minutos las puertas de platino se habrían, el blanco brillo de las diez coladas iluminaba el espacio, las diez barras de fundición en que florecían los azulejos, entre espigas de oro, caminaban llevadas por la especie de acera móvil, con lenta marcha continua. A la larga resultaba extraordinario el espectáculo de estas iluminaciones repentinas, como rítmicas, regulares.

Petit-Da, callado hasta entonces, quiso dar algunas explicaciones. Señaló el cable grueso que, bajando de las armaduras, traía la corriente.

—Mira, padre; la electricidad llega por ahí, y tiene tal fuerza, que si se rompieran los hilos todo saltaría como si cayera un rayo.

Lucas, que ya no temía, viendo á Morfain tan tranquilo, se echó á reír.

—No diga usted eso, va usted á asustar á la gente. No saltaría nada; el peligro sería solo para el imprudente que tocara los hilos. Y además, el cable es sólido.

—Ah! eso sí;—añadió Petit-Da;—buenos puños harían falta para romperlo.

Morfain, que seguía impasible, se había acercado; no tenía más que levantar las manos para alcanzar el cable. Allí estuvo inmóvil algunos segundos todavía, enjuto el rostro en que nada se leía. Pero súbitamente, brillaron sus ojos de tal manera, que Lucas volvió á alarmarse, temiendo una catástrofe.

—¿Eso crees? ¿Buenos puños?—dijo Morfain, hablando al fin. —¡Vamos á verlo, hijo mío!

Y antes que hubiera tiempo para impedirselo, cogió el cable entre sus manos endurecidas por el fuego, semejantes á tenazas de hierro. Y lo retorció, lo rompió con un esfuerzo sobrehumano, como un gigante irritado rompería el bramante de un juguete. Y vino el rayo; los hilos se habían tocado, una chis-

pa formidable había saltado deslumbradora. Todo el cobertizo quedó en tinieblas, sólo se oyó en la obscuridad la caída de un cuerpo grande; el corpulento anciano se desplomaba de un golpe, como una encina derribada; hubo que correr á buscar linternas. Jordán y Lucas, trastornados, sólo pudieron comprobar la muerte, mientras Petit-Da gritaba y lloraba. Tendido de espaldas, el viejo maestro fundidor no parecía haber sufrido, coloso intacto de la antigua fundición á quien ya no mortificaría más el fuego. Ardía la ropa y hubo que apagarla. No había querido sobrevivir al monstruo amado, aquel horno alto, antiguo, del que ya era el último devoto.

Con él acababa la lucha primera, el hombre domador del fuego, conquistando los metales, encorvado bajo la voluntad de la penosa faena, haciendo orgulloso una nobleza del largo trabajo abrumador de la humanidad en marcha para la felicidad futura. No había querido saber nada siquiera del bien que traían los nuevos tiempos. Caía como héroe fiero y tenaz de la antigua servidumbre. Vulcano encadenado en su fragua, enemigo ciego de todo lo que le libertaba, poniendo su gloria en su sujeción, creyendo que era degeneración disminuir algún día el sufrimiento y el esfuerzo. La fuerza de la edad nueva, el rayo que él había venido á negar, á consultar, le había aniquilado; y dormía.

Algunos años después hubo aún tres matrimonios, para acabar de mezclar las clases, de estrechar los lazos en aquel reducido pueblo fraternal y pacífico. El hijo mayor de Lucas y Josina, Hilario Froment, un robusto mozo de veintiséis años ya, se casó con Colette, graciosa rubia, menuda, de diez y ocho, hija de Nanet y de Nisa. La sangre de los Delaveau quedó como aplacada en la sangre de los Froment y de la pobre Josina, un día recogida en el umbral del Abismo, muerta de hambre. Después Teresa Froment, tercer vástago, alta, hermosa, alegre, á los diez y siete años, se casó con Raimundo, que le llevaba dos años; el hijo de Petit-Da y de Honorina. La sangre de Froment se unía á la de Morfain, los obreros épicos, y á la del vencido Caffiaux. Y Leonia, hija de Aquiles Gourier y de Azulina, de veinte años, se casó

con un hijo de Bonnaire, Severino, de su edad, el hermano menor de Luciano. La agonizante burguesía se unía al pueblo, á los rudos trabajadores resignados de las edades muertas, y también á los obreros revolucionarios, camino de emanciparse.

También hubo grandes fiestas. La descendencia feliz de Lucas y de Josina iba á fructificar, pulular, ayudando á poblar la ciudad nueva.

Vencía el amor; alegre, joven, conducía á todos, parejas, familias, pueblo entero, á la final armonía. Cada nuevo matrimonio era una casita nueva entre árboles y praderas; la ola de casas que acababa de invadir y borrar el viejo Beauclair. El antiguo barrio leproso, de casuchas inmundas, quedaba arrasado; en su lugar anchas vías con árboles y fachadas risueñas. Estaba amenazado hasta el barrio burgués; se abrían calles nuevas, se ensanchaban y cambiaban de destino los antiguos edificios, la Subprefectura, la Audiencia, la Cárcel. Sólo la vetustísima iglesia agrietada, cuarteada, seguía en medio de una plazuela desierta, que parecía campo de zarzas y ortigas. Los antiguos caserones solariegos, las casas pegadas unas á otras, dejaban el puesto á viviendas de más hermandad, más sanas, esparcidas por el inmenso jardín que venía á ser todo el pueblo. Aguas corrientes y viva luz daban alegría á todas ellas.

La ciudad estaba fundada; grande y muy gloriosa ciudad, cuyas avenidas llenas de sol, seguían prolongándose y ya rebosaban sobre los campos vecinos de la fértil Rumaña.

III

Pasaron diez años más, y el amor había unido á las parejas; el amor vencedor y fecundo hizo nacer y crecer en cada hogar nuevos hijos, que traían el porvenir. Con cada generación nueva se difundiría y reinaría en el mundo un poco más de verdad, de justicia y de paz.

Lucas, de sesenta y cinco años ya, á medida que se hacía viejo, sentíase dominado por la pasión creciente

de los niños. Ahora que el edificador de ciudades, el creador de un pueblo, que en él había, veía construirse la ciudad soñada, preocupábase sobre todo con las generaciones en germen, iba hacia los niños, les dedicaba sus horas todas, pensando que eran el porvenir. Eran ellos, eran los hijos de sus hijos, y eran, mejor aún, los hijos de éstos, los que debían ser un día un pueblo inteligente y sabio, en el cual se realizaría toda la equidad y bondad que él había querido. No es posible rehacer los hombres maduros, cuando han vivido con las creencias y los hábitos con que el atavismo los encadena. Pero puede obrarse sobre los niños, librándolos de las falsas ideas, ayudándoles á crecer y á progresar, según la evolución natural que en sí propios llevan. Y él lo veía claro, cada generación debe ser así, un paso adelante, cada una de ellas crea más certidumbre, más paz y mayor felicidad. Solía decir, sonriendo, que los niños eran los conquistadores más fuertes y los más victoriosos de su pueblo en marcha.

En las largas visitas matutinas que Lucas continuaba haciendo á su obra, dos veces por semana, consagraba lo mejor de su alma y de su tiempo á las escuelas, y también á los asilos maternos, en donde estaban recogidos los más pequeños. Ordinariamente comenzaba por ellos antes de ir á los talleres y á los almacenes, gozando al contemplar toda aquella infancia riante y sana, desde que el sol salía. Como cada semana cambiaba los días de su inspección animadora, no se le esperaba, presentábase de improviso entre aquella genticilla bulliecosa, donde todos le adoraban como á un abuelo muy alegre y muy bueno.

Un martes, Lucas, resuelto á visitar á sus queridos hijos, como él los llamaba á todos, se dirigía hácia las escuelas á las ocho de una mañana deliciosa de primavera. El sol caía como lluvia de oro por entre los nuevos verdores, y él caminaba á paso breve por una de las avenidas, cuando se detuvo al oír una voz querida que le llamaba en el instante de pasar por delante de la casa de los Boisgelin.

Susana, que le había visto cruzar, se adelantaba hasta la puerta del jardín.

— ¡Oh! amigo mío; hágame usted el favor de en-

con un hijo de Bonnaire, Severino, de su edad, el hermano menor de Luciano. La agonizante burguesía se unía al pueblo, á los rudos trabajadores resignados de las edades muertas, y también á los obreros revolucionarios, camino de emanciparse.

También hubo grandes fiestas. La descendencia feliz de Lucas y de Josina iba á fructificar, pulular, ayudando á poblar la ciudad nueva.

Vencía el amor; alegre, joven, conducía á todos, parejas, familias, pueblo entero, á la final armonía. Cada nuevo matrimonio era una casita nueva entre árboles y praderas; la ola de casas que acababa de invadir y borrar el viejo Beauclair. El antiguo barrio leproso, de casuchas inmundas, quedaba arrasado; en su lugar anchas vías con árboles y fachadas risueñas. Estaba amenazado hasta el barrio burgués; se abrían calles nuevas, se ensanchaban y cambiaban de destino los antiguos edificios, la Subprefectura, la Audiencia, la Cárcel. Sólo la vetustísima iglesia agrietada, cuarteada, seguía en medio de una plazuela desierta, que parecía campo de zarzas y ortigas. Los antiguos caserones solariegos, las casas pegadas unas á otras, dejaban el puesto á viviendas de más hermandad, más sanas, esparcidas por el inmenso jardín que venía á ser todo el pueblo. Aguas corrientes y viva luz daban alegría á todas ellas.

La ciudad estaba fundada; grande y muy gloriosa ciudad, cuyas avenidas llenas de sol, seguían prolongándose y ya rebosaban sobre los campos vecinos de la fértil Rumaña.

III

Pasaron diez años más, y el amor había unido á las parejas; el amor vencedor y fecundo hizo nacer y crecer en cada hogar nuevos hijos, que traían el porvenir. Con cada generación nueva se difundiría y reinaría en el mundo un poco más de verdad, de justicia y de paz.

Lucas, de sesenta y cinco años ya, á medida que se hacía viejo, sentíase dominado por la pasión creciente

de los niños. Ahora que el edificador de ciudades, el creador de un pueblo, que en él había, veía construirse la ciudad soñada, preocupábase sobre todo con las generaciones en germen, iba hacia los niños, les dedicaba sus horas todas, pensando que eran el porvenir. Eran ellos, eran los hijos de sus hijos, y eran, mejor aún, los hijos de éstos, los que debían ser un día un pueblo inteligente y sabio, en el cual se realizaría toda la equidad y bondad que él había querido. No es posible rehacer los hombres maduros, cuando han vivido con las creencias y los hábitos con que el atavismo los encadena. Pero puede obrarse sobre los niños, librándolos de las falsas ideas, ayudándoles á crecer y á progresar, según la evolución natural que en sí propios llevan. Y él lo veía claro, cada generación debe ser así, un paso adelante, cada una de ellas crea más certidumbre, más paz y mayor felicidad. Solía decir, sonriendo, que los niños eran los conquistadores más fuertes y los más victoriosos de su pueblo en marcha.

En las largas visitas matutinas que Lucas continuaba haciendo á su obra, dos veces por semana, consagraba lo mejor de su alma y de su tiempo á las escuelas, y también á los asilos maternos, en donde estaban recogidos los más pequeños. Ordinariamente comenzaba por ellos antes de ir á los talleres y á los almacenes, gozando al contemplar toda aquella infancia riente y sana, desde que el sol salía. Como cada semana cambiaba los días de su inspección animadora, no se le esperaba, presentábase de improviso entre aquella genticilla bulliecosa, donde todos le adoraban como á un abuelo muy alegre y muy bueno.

Un martes, Lucas, resuelto á visitar á sus queridos hijos, como él los llamaba á todos, se dirigía hácia las escuelas á las ocho de una mañana deliciosa de primavera. El sol caía como lluvia de oro por entre los nuevos verdores, y él caminaba á paso breve por una de las avenidas, cuando se detuvo al oír una voz querida que le llamaba en el instante de pasar por delante de la casa de los Boisgelin.

Susana, que le había visto cruzar, se adelantaba hasta la puerta del jardín.

— ¡Oh! amigo mío; hágame usted el favor de en-

trar un momento. Este pobre hombre ha tenido un nuevo acceso, y estoy muy inquieta.

Se refería á Boisgelin, su marido. Durante algún tiempo había intentado trabajar, nada á gusto con su ociosidad, en medio de aquella colmena activa y ruidosa con el trabajo de todos. La pereza acababa por serle demasiado pesada; la caza y el caballo no eran suficientes para llenar sus días. Así Lucas, á ruegos de Susana, á fin de contribuir á la transformación esperada, le había confiado una especie de inspección, una tarea de vigilancia de los Almacenes Generales. Pero el hombre que jamás había hecho nada con sus manos, el ocioso de nacimiento, no disponía de su voluntad, no podía acomodarse á una regla, á un método. Pronto Boisgelin pudo advertir que era incapaz de tener una ocupación seguida. Su cerebro huía, sus miembros no obedecían, la somnolencia y el abatimiento le dominaban. Sufría con exceso á causa de esta horrible impotencia, y poco á poco recaía en el vacío de su existencia antigua, con sus días ociosos pasados todos en la misma inutilidad. Pero como no tenía ya el aturdimiento del placer y del lujo, sintióse invadido por un aburrimiento sombrío, inmenso, sin cesar creciente, del cual nada podía sacarle. Y al fin acababa por envejecer así en el estupor, en el aturdimiento de las cosas imprevistas, extraordinarias que á su alrededor pasaban, como si hubiera caído en otro planeta.

—¿Tiene acaso crisis violentas?—preguntó Lucas á Susana

—¡Oh! no,—respondió ésta.—Está, sencillamente, muy sombrío, muy preocupado, y estoy inquieta por que la locura vuelve á apoderarse de él.

En efecto; la razón de Boisgelin parecía haberse obscurecido á consecuencia de la vida que llevaba á través de esta ciudad activa y trabajadora. De la mañana á la noche se le tropezaba, cual si fuera el fantasma de la pereza, pálido, despavorido, errante por las calles animadas, por las escuelas con sus murmullos, por los talleres ruidosos, obligado á apartarse á cada paso, con la amenaza de verse sumergido y arrastrado. No se había aclimatado, se había como deshecho en medio de aquel mundo nuevo, y su locu-

ra le llevó poco á poco, viéndose él mismo que no trabajaba, á creer que era el amo, el rey, y que aquel pueblo era un pueblo de esclavos, ocupados sólo en trabajar según él quería, y en amontonar incalculables riquezas, de las que disponía á voluntad para su propio placer. Al derrumbarse la antigua sociedad, la idea del capital, en él, había resistido firme á pesar de todo, y él seguía siendo el capitalista loco, el capitalista dios, que, poseedor de todos los capitales de la tierra, había reducido á todos los hombres á ser sus esclavos solo, los miserables obreros de su felicidad egoísta.

Lucas encontró á Boisgelin en el umbral de la casa, vestido ya con la corrección de siempre. A pesar de sus sesenta, seguía siendo el hombre de aire vanidoso, el rostro afeitado, y con su monóculo. Únicamente su mirada vacilante, sus labios flojos, lacios, revelaban su decaimiento interior. Bastón en mano, y un sombrero luciente ligeramente inclinado sobre la oreja, se disponía á salir.

—¡Cómo! ¡En pie ya, y de paseo!—exclamó Lucas, afectando el mejor humor.

—Es indispensable, amigo mío,—respondió Boisgelin después de un rato, examinándole con desconfianza.—Todos me engañan; ¿cómo quiere usted que duerma tranquilo con los millones que á diario me produce mi dinero, y que me gana ese mundo de obreros? No tengo más remedio que enterarme, que ver cómo marchan las cosas, á fin de evitar la filtración de miles de francos por hora.

Susana hizo á Lucas una seña de desesperación. Luego intervino:

—Yo le aconsejaba que no saliese hoy. ¿A qué tantas molestias?

Pero su marido le impuso silencio.

—No me preocupa tan solo el dinero de hoy, sino también todo ese dinero amontonado, esos miles de millones que los millones cotidianos aumentan todas las noches. Acabo por no darme cuenta de mí mismo, por no saber cómo vivir en medio de esta fortuna colosal. Es necesario que yo la coloque, ¿no es verdad? que la dirija, que la vigile, para impedir que se me robe demasiado. ¡Oh! es este un trabajo

de que no tenéis la menor idea, y que me hace desgraciado; ¡sí! desgraciado, más desgraciado que los pobres sin hogar y sin pan.

Su voz comenzó á temblar de dolor; un dolor indecible: gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Inspiraba lástima, y Lucas, que sufría á causa de él, por considerarle una anomalía en la ciudad trabajadora, sentíase, sin embargo, conmovido hasta el fondo del corazón.

— ¡Vamos! Bien puede usted descansar un día,— repuso.— Opino como su mujer; en lugar de usted yo no saldría, me entretendría en mirar cómo florecen las rosas de mi jardín.

Boisgelin le examinó de nuevo con desconfianza. Luego, como si cediese á la necesidad de hacer una confidencia á un íntimo, al cual se atrevía á confiarse:

—No, no, es indispensable que yo salga... Lo que me molesta más aún que la inspección de mis obreros y la buena administración de mi fortuna, es no saber dónde colocar mi fortuna. ¡Imaginaos miles y miles de millones! Acaban por estorbar, no hay salas para ellos bastante grandes. Por eso se me ha ocurrido la idea de ir á ver si encuentro un agujero bastante profundo... Pero no digáis nada á nadie, nadie debe sospecharlo.

Y mientras Lucas, frío, aterrado, miraba á Susana completamente pálida, que contenía las lágrimas, Boisgelin, aprovechándose de su inmovilidad, pudo pasar entre ellos y huir. Con paso rápido, alcanzó la avenida llena de sol y desapareció. Lucas quería correr tras él y traerlo á la fuerza.

—Le aseguro á usted, amiga mía, que hace mal en dejarle correr así, á su antojo, libre. No puedo tropezarle en todas partes, rodando de un lado para otro, alrededor de las escuelas, por los talleres y los almacenes, sin temor de que ocurra alguna desgracia, alguna dolorosa catástrofe.

Tiempo hacía que tenía esta preocupación, pero solo la ocasión le había dado el valor necesario para declarárselo á Susana. Nada le producía mayor pena que el espectáculo de aquel anciano loco, vuelto á la infancia, que paseaba su locura de pereza y de lujo

por entre su pequeño pueblo en marcha. Cuando lo tropezaba, como una última protesta del pasado, le seguía con la vista y experimentaba cierta inquietud, por causa de aquel desequilibrado, fantasma errante de la sociedad muerta.

Pero Susana se esforzaba por tranquilizarle.

—Es inofensivo, se lo juro. Yo tiemblo por él, porque hay momentos en que le veo tan sombrío, tan miserable, con todo ese dinero que le abrumba, que temiendo estoy que sienta la necesidad de acabar. Pero ¿cómo tener valor para encerrarle? Sólo es feliz fuera; sería una crueldad inútil, toda vez que jamás dirige la palabra á nadie. Salvaje y tímido, como un niño que no quiere ir á la escuela y hace novillos.

Las lágrimas, que á duras penas contenía, comenzaron á caer.

— ¡Ah! desgraciado, he sufrido mucho por su causa, pero jamás me había producido el dolor que ahora.

Luego, al saber que Lucas se dirigía hacia las escuelas, quiso acompañarle. También los años habían pasado para ella; ¡tenía sesenta y ocho! Pero se conservaba sana, ágil, sintiendo siempre la necesidad de interesarse por los demás, y de dedicarse á las buenas obras. Desde que vivía en el Asilo, desde que su hijo Pablo, casado ya, padre de varios hijos, no la necesitaba, se había creado una familia amplificada, haciéndose institutriz, maestra de solfeo y de canto en la clase primera, la de los pequeñuelos. Ayudábale esto á vivir feliz, y era su encanto despertar la música en aquellas almas puras, en que cantaba la infancia. Era una buena música y, por otra parte, no ambicionaba enseñarles demasiado; sólo quería inspirarles el canto como algo natural, como en los pájaros de los bosques, como en las criaturas todas que viven libres y alegres. Y había obtenido resultados maravillosos; en su clase reinaba la alegría sonora de la pajarera, y la juventud que brotaba de sus manos llenaba todas las otras clases, los talleres, la ciudad entera, de un júbilo constante y de gorgoros.

—Pero hoy no le toca á usted su curso,—la hizo notar Lucas.

—Lo sé; sólo quiero aprovechar el recreo para ha-

cer que mis angelitos repitan un coro. Después tenemos que tomar algunas resoluciones, con Scœurette y Josina.

Las tres se habían hecho grandes amigas, inseparables. Scœurette conservaba la dirección del Asilo central, en el cual cuidaba de toda aquella gente desnuda, los niños de pecho y los que apenas comenzaban á andar. En cuanto á Josina, dirigía el taller de costura y de economía doméstica, haciendo de todas las niñas que pasaban por las escuelas, buenas esposas, buenas madres, capaces de dirigir una casa. Además, entre las tres, formaban una especie de consejo, encargado de discutir las cuestiones graves relativas á la mujer, en la ciudad nueva.

Lucas y Susana habían seguido la avenida y entraron en la amplia plaza, donde estaba la Casa Comunal rodeada de praderas, muy verdes, adornadas con arbustos y macizos llenos de flores. Ya no era aquel el modestísimo edificio de los primeros años; se había construido un verdadero palacio, con amplia fachada polícroma, cuyos lienzos, decorados y azulejos de colores, se harmonizaban con el hierro visible para el recreo de la vista. Grandes salas de reunión, de juegos y de espectáculos permitían al pueblo estar allí como en su propia casa, fraternizando en frecuentes fiestas con los placeres de las que se interrumpían los días de trabajo. Convenía que, fuera de la vida de familia, llevada por cada cual á su manera, se acentuase, lo más posible, la existencia pública común, en la que todos vivían de todos, realizando así poco á poco la armonía soñada. Y he ahí porque si las casitas eran modestas, la Casa Comunal brillaba por su lujo, con toda la amplitud y toda la belleza de la morada soberana del pueblo rey. Tendía á convertirse en una ciudad dentro de la ciudad, de tal manera aumentaba, según las necesidades crecientes. Detrás, añadíanse edificios de Bibliotecas, Laboratorios, Salas de cursos y de conferencias, que procuraban á todos la instrucción libre, las investigaciones, los experimentos, la difusión de las verdades conquistadas. Había también patios y cobertizos para los ejercicios físicos, sin contar una admirable instalación de baños gratuitos, pilas, piscinas, llenas de

agua fresca y pura, del agua corriente tomada en las vertientes de los Montes Bleuses, agua que por su abundancia inagotable, mantenía la limpieza, la salud y la continúa alegría de la gran ciudad naciente. Las Escuelas, sobre todo, se habían convertido en un mundo especial, que entonces ocupaba varias construcciones esparcidas al lado de la Casa Comunal, á causa de los millares de niños que seguían sus cursos. Para evitar el hacinamiento perjudicial siempre, se habían creado numerosas divisiones, cada una de las cuales tenía su pabellón, cuyos lados miraban á los jardines. Era aquello como una ciudad de la infancia y de la juventud, desde los pequeñuelos en sus cunas, hasta los mozalbetes, y las muchachas que seguían el aprendizaje, después de haber pasado por las cinco clases en las cuales se les daba siempre una instrucción y una educación integrales.

—¡Oh!—dijo Lucas sonriendo,—yo comienzo por el principio, paso siempre, en primer lugar, por entre mis amigos que aún maman.

—Está bien,—respondió Susana, alegrándose á su vez.—Entraré con usted.

En aquel pabellón, el primero á la derecha, en medio de las rosas del jardín, Scœurette se destacaba entre un centenar de cunas y entre otras tantas pequeñas sillas de ruedas. Vigilaba además los pabellones próximos, pero siempre volvía á éste, en el cual estaban las tres nietas y un nieto de Lucas, á quien adoraba. Convencidos Lucas y Josina de cuán beneficiosa era esta educación para la ciudad, daban el ejemplo, haciendo que los hijos de sus hijos fuesen educados, desde sus primeros pasos, con los hijos de los demás.

Presisamente Josina estaba allí, cerca de Scœurette. Ni una ni otra eran ya jóvenes, la primera tenía cincuenta y ocho años, la segunda sesenta y cinco. Pero Josina conservaba su gracia dulce, su finura, realzada por sus cabellos admirables, cuyo tinte dorado fino, sólo había palidecido; mientras Scœurette, como ocurrir á las jóvenes poco agraciadas, flacas, morenas, no parecía envejecer; con la edad adquirió un encanto de juventud persistente, de bondad activa. Susana era siempre la mayor de todas, con sus sesenta y ocho años, hermoscada también por la edad, sin más be-

lleza que su dulzura afectuosa, su severa razón suavizada por la indulgencia. Las tres rodearon á Lucas como tres almas fieles, una de ellas la esposa amante, las otras dos, las amigas devotas y apasionadas.

Cuando entró Lucas en compañía de Susana, Josina sostenía sobre sus rodillas un pequeñuelo de dos años apenas, al que Scœurette examinaba la mano derecha.

—¿Qué tiene mi Oliverio?—preguntó con inquietud.—¿Se ha lastimado?

Oliverio Froment era su último nieto, hijo de su hijo mayor Hilario Froment y de Colette hija de Nanet y de Nisa. Todos los matrimonios que se habían celebrado, daban entonces sus frutos, inundando los Asilos maternales y las Escuelas con una ola sin cesar creciente de cabezas rubias y morenas, que formaba la gente pequeña en disposición siempre de ir hacia adelante.

—¡Eh!—dijo Scœurette,—un simple rasguño producido sin duda por una tabla de la silla... Vamos, ¡ya está curado!

El niño había dado un ligero grito y después se había echado á reír. Entonces una niña de cuatro años, á quien habían dejado más allá libre, se acercó con los brazos abiertos para cogerle y llevarsele.

—¡Quieres estarte quieta, Marieta!—gritó Josina con temor.—¡No se convierte así en muñeca á un hermanito!

Marieta protestaba diciendo que ella era formal. Y Josina, como buena abuela, tranquilizada, miraba á Lucas, y los dos sonreían felices al ver á su genticilla tan feliz, merced á su cariño. Susana, luego, les acercaba otras dos rubias, Elena y Berta, dos gemelas de cuatro años, nietas suyas también. Eran de la segunda hija Paulina, que se había casado con Andrés Jollivet á quien el abuelo, el presidente Gaume, había recogido, después de la desaparición de Lucila y de la trágica muerte del capitán. Lucas y Josina, habían casado tres de sus cinco hijos: Hilario, Teresa y Paulina, los otros dos, Carlos y Julio aún no se habían casado.

—Y estos pimpollos: ¿no se acuerda usted de ellos?—dijo alegremente Susana.

Las dos gemelas, Helena y Berta, se habían lanzado al cuello de Lucas, á quien adoraban; Marieta también se lanzaba hacia él trepando por las piernas, mientras que el mismo Oliverio, el chiquitín, extendía sus manecitas curadas, gritando frenético porque el abuelito le pusiera sobre las espaldas. Lucas, sofocado por las caricias, bromeaba.

—Está bien, amiga mía, no faltaba más que fuese usted á buscar á Mauricio, su ruiseñor, como usted dice. Así serían cinco á comerme. ¡Dios mío! ¡qué va á ser de mí cuando sean á docenas!

Y, colocando en tierra á la gemela y á Marieta, la niña de carne de rosas, de ojos puros, cogió un instante á Oliverio y lo tiró al alto, lo que hizo á éste lanzar gritos de júbilo. Después, colocándole de nuevo en su silla dijo:

—Vamos, es preciso ser formales, no es posible estar siempre jugando, es necesario que piense en otros.

Guiado por Scœurette, seguido de Josina y de Susana, dió una vuelta por las salas. Era un encanto exquisito de ver aquella casa de la primer infancia, con sus paredes blancas, sus cunas blancas, su genticilla de blanco; toda esta blancura tan alegre en pleno sol, cuyos rayos penetraban por las altas ventanas. También allí corría el agua, sentíase la frescura cristalina, se oía su murmullo, como si arroyos claros conservasen por todas partes la limpieza exagerada que se advertía en los más modestos utensilios. Sentaba esto muy bien con el candor y la salud. Si á veces salían de la cuna gritos, la mayoría de ellas, sólo se oía la cháchara agradable, las risas argentinas de los niños que corrían, llenando las salas con sus continuos revoloteos. Los juguetes, otro mundo pequeño mudo, vivían en todas partes, su vida natural y cómica; había muñecos, muñecas, caballos de madera, coches. Eran propiedad de todos, de los niños como de las niñas, unas y otros vivían confundidos en una sóla familia, pensando juntos desde que empezaban á hablar, cómo hermanas y hermanos, como maridos y mujeres, que debían tener hasta la muerte una existencia común.

A menudo, Lucas se detenía y reclamaba:

— ¡Oh! ¡qué hermosa niña! ¡qué niño más precioso!

Y se equivocaba y se reía al ver que el muchachito era una niña, ó bien, al contrario.

— ¡Cómo! — dijo, deteniéndose ante una cuna, — ¿hay ahí dos gemelos? ¡Qué niños más hermosos, y qué parecidos en su belleza tan atractiva!

— ¡No señor, no! — exclamaba Sœurte. — El uno es una niña á quien el pequeñuelo de la cuna vecina ha venido á visitar. En cuanto pueden juntarse, encontramos á veces tres ó cuatro unos en brazos de otros.

Y todos se alegraban ante aquella hermosa cosecha de afecto y de amor en germen. Susana, que en un principio había revelado los más serios temores, hasta la repugnancia más viva, hacia la educación y la instrucción en común de los dos sexos, sentíase ahora maravillada por los admirables resultados obtenidos. Aquellos niños y aquellas niñas á quienes antes se consentía estar juntos hasta la edad de siete ú ocho años, pero á quienes más tarde se separaba y aislaba, levantando entre ellos un muro infranqueable, crecían luego ignorándose los unos á los otros, y llegaban á ser extraños, enemigos brutales cuando venía la noche de bodas, cuando la mujer se echaba en brazos del hombre. Los cerebros dejaban de ser de la misma raza, el misterio exasperaba el deseo sexual, el macho hacía la rueda, ante la hipócrita reserva de la hembra, dándose así la batalla de dos criaturas hostiles, de ideas diferentes, de intereses opuestos. Y, ahora, allí, en las parejas jóvenes, Susana podía comprobar la paz feliz conquistada, una fusión más íntima, de inteligencia y de sentimiento, la razón, el buen acuerdo, la fraternidad en el amor. Pero lo que sobre todo le sorprendía en las Escuelas mismas, eran los buenos efectos de la mezcla de los sexos, que despertaba una especie de emulación nueva, suscitando en los muchachos la dulzura, en las niñas la decisión, preparándolos por una penetración más íntima, por un conocimiento libre y pleno, para una fusión completa, hasta no ser más que un sólo espíritu, un sér sólo en el hogar doméstico. La experiencia estaba hecha, no se registraba ni un caso de la excitación se-

xual tan temida; en cambio el nivel moral se levantaba, siendo maravilloso ver aquellos muchachos y aquellas niñas, inclinarse por sí solos hacia los estudios que debían serles más útiles, gracias á la gran libertad que á cada escolar se concedía para trabajar á su gusto en vista de las necesidades del porvenir.

Susana decía graciosamente:

— Los desposorios se hacen desde la cuna, y así se suprime el divorcio, porque se conocen unos á otros demasiado para proceder de ligero... Vamos, amigo Lucas, comienza el recreo y quiero que usted oiga cantar á mis discípulos.

Sœurte se quedaba con su genticita, porque ya era la hora del baño, mientras que Josina tenía que volverse hacia su taller de costura, donde las niñas preferían pasar el recreo embelasadas en aprender á hacer vestidos para sus muñecas. Sólo Lucas seguía á Susana á lo largo de la galería abierta, con la cual comunicaban las cinco clases.

Aquellas clases habían llegado á ser un mundo á parte. Fué necesario subdividirlas, construir locales más amplios, aumentar además las dependencias, los gimnasios, los talleres de aprendizaje, los jardines, á los cuales los niños salían libremente cada dos horas. Después de algunos tanteos, se había logrado fijar el procedimiento de educación y de instrucción, y aquella enseñanza libre, que hacía atractivo el estudio, respetando la personalidad del discípulo, pidiéndole sólo el esfuerzo de que es capaz para las lecciones preferidas, elegidas sin presión coactiva, daba resultados excelentes, aumentaba de año en año la ciudad con una generación nueva, cada vez mejor dispuesta para la verdad y para la justicia. Tal era el único modo bueno de acelerar el porvenir, de hacer brotar los hombres encargados de realizar el mañana, libres de los dogmas engañosos, formados en las realidades necesarias, conquistados por los hechos científicos demostrados, el conjunto de los cuales constituye la certidumbre inquebrantable. Ahora, nada parecía menos lógico ni menos provechoso, que someter toda una clase á la férula de un maestro, esforzándose por imponer su fe personal á unos cincuenta escolares, con cerebros y sensibilidades diferentes. Parecía per-

fectamente natural limitarse á despertar en esos escolares el deseo de aprender, y luego dirigirlos en sus investigaciones y favorecer las facultades individuales que en cada cual se manifiesten. Las cinco clases se habían así convertido en terreno de experimentación, en donde los niños, de una manera graduada, recorrían el campo de los conocimientos humanos, no para tragárselos con gula sin digerir nada, sino para despertar en cada uno, al contacto con los mismos, su propia energía intelectual, para asimilárselos según su personal comprensión, sobre todo para decidir la especialidad más determinada, hacia la cual, se sentía atraído. Jamás la frase de que allí se estaba para aprender á aprender, había sido tan exacta. Era algo así como desenredar cerebros tiernos, la elección de cada niño en la inmensidad del saber, la manera más lógica de utilizar más tarde todo su esfuerzo, toda la inteligencia y energía. Y ello gracias al atractivo del estudio, á la libertad sana y fecunda, á las continuas distracciones recreativas de goce y de fuerza con que se interrumpían las horas de trabajo.

Todavía tuvieron, Lucas y Susana, que esperar un instante á que las clases terminasen. Desde la galería cubierta, que recorrían lentamente, podían dirigir una ojeada á los salones, en los cuales cada niño tenía su mesita y su silla. Se habían suprimido las mesas y los bancos seguidos, dándoles así la impresión de ser cada uno dueño de los suyos. ¡Y qué espectáculo más agradable el de aquellas niñas y aquellos muchachos, mezclados sin orden en sus puestos! ¡Qué atención más apasionada prestaban á la palabra del profesor, en pie entre ellos, pasando de un lado á otro, conversando acerca de su lección, suscitando á veces contradicciones! Como no había ni castigos ni premios, todos daban por satisfecha su necesidad naciente de gloria, en aquella lucha sobre quién demostraría haber comprendido mejor. El profesor cedía con frecuencia la palabra á aquellos que parecían más enterados del asunto, y de esta manera los cursos revestían un interés que la discusión constantemente renovaba. Con el auxilio de los medios más diversos, el fin único que se perseguía era el de los estudios animados, arrancándoles de la letra muerta de los libros

para darles la vida de las cosas, la pasión de las ideas. Y nacía el placer, el placer de aprender, de saber, y las cinco clases desarrollaban el conjunto de los conocimientos humanos, como el drama movido y real del vasto mundo, que todos debemos conocer, si queremos obrar en él y ser en él felices.

Un alegre clamoreo se produjo; el recreo al fin llegaba. Cada dos horas, veíanse los jardines invadidos; y era de ver el animado tumulto de la salida de las clases, aquella ola de muchachos y de niñas que entre sí fraternizaban como buenos amigos! Por todas partes se les veía formando grupos, los juegos se organizaban sin distinción de sexo, algunos preferían conversar alegremente, otros se trasladaban á los gimnasios ó á los talleres de aprendizaje. Oíanse risas muy francas, muy puras. Sólo un juego había caído en desuso, no se jugaba ya al marido y mujer, porque todos ellos eran simplemente compañeros. Había tiempo para eso en la vida, ya que no se separaban en adelante y seguían juntos para conocerse mejor y quererse más.

Un muchacho de nueve años, muy hermoso, muy fuerte, se acercó á Lucas, y se arrojó en sus brazos, gritando:

— ¡Buenos días, abuelo!

Era Mauricio, el hijo de Teresa Froment, que se había casado con un Morfain, Raimundo, hijo de Petit-Da, el gigante, y de Honorina Caffiaux.

— ¡Ah! — dijo Susana con júbilo, — este es mi ruiseñor... ¡vaya! ¿Estáis dispuestos? Hijos míos, vamos á repetir nuestro coro, tan bonito, aquí sobre el césped, entre estos grandes castaños.

Toda una banda la rodeaba. Con otros veinte, estaban allí dos muchachas y una niña á quien Lucas besó. Luis Boisgelin, de once años, era hijo de Pablo Boisgelin y de Antonieta Bonnaire, el matrimonio de amor triunfante, primer anuncio de la próxima fusión de las clases. Feliciano Bonnaire, de catorce años, era hijo de Severino Bonnaire y de Leonia, la hija de Aquiles Gourier, y de Azulina, la pareja cariñosa y libre que había florecido entre las rocas salvajes y balsámicas, de los Montes Bleuses. Germana

Yvonnot, de dieciseis años, era la nieta de Augusto Laboqué y de Marta Bourron, la hija de su hijo Adolfo y Zoa Bonnaire, hermosa niña morena y sonriente, en la cual se juntaban y armonizaban la sangre fraternal, tanto tiempo en lucha, del obrero, del aldeano y del comerciante en pequeño. Lucas divertíase en desenredar la complicada madeja de estas alianzas, de estos cruzamientos continuos, y se reconocía con facilidad en medio de aquellas cabezas infantiles, sintiéndose como transportado, en aquella vegetación sin límites, fecunda en matrimonios que poblaban su ciudad.

—Va usted á oírlos,—dijo Susana.—Es un himno al sol naciente, un saludo de la infancia al astro que va á madurar las mieses.

Sobre el césped, en medio de los grandes castaños, se habían reunido unos cincuenta niños. Y el canto se elevaba, muy fresco, muy puro y muy alegre. Todo se reducía sin gran ciencia musical, á una simple serie de cantos alternados, ejecutados por una niña y un niño, á los que el coro acompañaba. Pero era tan viva la alegría, tan lleno el sentimiento de una fe sencilla en el astro de bondad y de luz, que sus voces delgaditas, un poco ágrías, llegaban á tener encanto y ternura. El niño Mauricio Morfain, que contestaba á la niña Germana Yvonnot, tenía, en efecto, como Susana decía, una voz de ángel, de un timbre cristalino, que se elevaba al tono agudo, con sonidos deliciosos de flauta. Después venía el revoloteo del coro, como el rumor de pájaros ocultos y piando entre las ramas. Nada más divertido que oírlos.

Lucas, reía, como abuelo contento y bondadoso, y Mauricio, radiante, corría á echarse en sus brazos.

—Y es verdad, muchacho, teantas como un ruiseñor de los bosques! Y he ahí una cosa excelente, porque ya verás, en tu vida, podrás cantar en las horas de descanso y esto te servirá para animarte. No se ha de llorar nunca, es preciso cantar siempre.

—¡He ahí lo que constantemente les digo—exclamó Susana con su intrepidez afectuosa.—Es necesario que todos canten; yo les enseño á cantar para que canten aquí, en la escuela, y más adelante en los ta-

lles, y luego toda su vida. Un pueblo que canta es un pueblo sano y contento.

Ella le animaba; no ponía aspereza alguna ni vanidad de ningún género en su enseñanza, dando de aquella manera sus lecciones en los jardines, con la ambición única de provocar en aquellas tiernas almas el buen humor del canto fraternal y abrirlas á la belleza, sin nubes, de la armonía. Según decía ella, la ciudad feliz, el día de la justicia y de la paz, cantará toda bajo el sol.

—Vamos, queridos míos, otra vez, y con cuidado, no os apresuréis, tenemos tiempo.

Y el canto se elevó de nuevo. Pero hacia el final del trozo se produjo una interrupción. Detrás de los castaños, en un macizo de arbustos, apareció un hombre que volvía la espalda y quería ocultarse. Pero Lucas le había reconocido: era Boisgelin, y experimentó gran sorpresa cuando le vió inclinarse, escrutar con sus ojos por entre las yerbas, como si buscara algún escondrijo, un agujero ignorado. Luego creyó comprender: el pobre hombre debía, en su locura, de andar en busca del rincón oculto, donde poder amontonar sus riquezas incalculables, para que no se las robasen. Con frecuencia se le encontraba así, temblando de miedo, sin saber en el fondo de qué abismo enterrar la fortuna excesiva, el peso de la cual le aplastaba. Lucas sintió entonces un estremecimiento de lástima, sobre todo cuando vió á los niños temerosos, ante la poco tranquilizadora aparición, como un bando de alegres pinzones á quienes el vuelo agitado de un ave nocturna dispersa.

Susana, un tanto pálida, repitió en alta voz:

—¡Con cuidado! ¡con cuidado! ¡queridos míos! entonad la frase final con todo vuestro corazón!

Boisgelin, desconfiado, huraño, había desaparecido como una sombra negra entre los arbustos floridos. Después que los niños, tranquilos, saludaron al sol soberano con un último grito de alegría, Lucas y Susana les felicitaron, les hicieron volver á sus juegos. Uno vez solos, los dos se dirigieron hacia los talleres de aprendizaje, al otro lado del jardín.

—¿Le ha visto usted?—dijo ella muy bajo, después

de un rato.—¡Ah! ¡desgraciado! ¡qué inquieta me tiene!

Y como Lucas manifestase pesar por no haber alcanzado á Boisgelin para conducirlo á su casa, exclamó ella de nuevo:

—No hubiera ido con usted. Habría sido preciso luchar, un escándalo. Le repito, que mi único temor es que lo encontremos cualquier día destrozado en el fondo de algún hoyo.

Volvieron á guardar silencio y llegaron á los talleres de aprendizaje. Muchos alumnos venían allí á pasar una parte del tiempo de recreo, cepillando madera, limando hierro, cosiendo ó bordando, mientras otros, dueños de un terreno próximo, se ocupaban en cavar, en sembrar ó escardar. Encontraron á Josina en un salón, en el cual funcionaban unas al lado de otras las máquinas de coser, los telares de hacer punto y tejidos, dirigidos por niños y niñas: porque también al dejar la Escuela, los sexos seguían juntos, la vida común continuaba, participando de iguales trabajos y los placeres, deberes y derechos, igual que habían participado de iguales estudios. Oíanse allí cánticos, una emulación alegre animaba aquel taller de aprendizaje.

—¿Oye usted? cantan.—dijo Susana dominada de nuevo por la alegría.—Y cantarán siempre, son pájaros canoros.

Josina enseñaba á una muchacha alta de diez y seis años, Clementina Bourron, cómo era preciso manejar una máquina de coser para conseguir un punto de bordado. Y otra muchacha más pequeña, de nueve años, Alina Boisgelin, esperaba que la enseñase de qué manera se asentaba á mano una costura. Clementina, que era la hija de Sebastián Bourron y de Agueda Fauchard, tenía por abuelo materno á Fauchard el sacador y por abuelo paterno á Bourron el pudelador. Alina, la hermana menor de Luis, hija de Pablo Boisgelin y de Antonieta Bonnaire, se rió cariñosa, cuando vió á su abuela Susana, que la adoraba.

—¡Ah! sabes, abuelita, todavía no soy capaz de asentar estas costuras, pero ya las hago muy derechas... ¿No es verdad, amiga Josina?

Susana la besó, después miró cómo Josina asentaba un remate de costura á guisa de modelo. El propio Lucas se interesaba con aquellos trabajos menudos, convencido de que nada hay que sea indiferente, que la vida feliz es obra del empleo feliz de las horas, del ser utilizado por entero, mediante el empleo de todas sus energías físicas é intelectuales, en vivir lógica y normalmente toda la vida. Y habiéndose unido á ellos Sœurrette cuando dejaba á Josina y á Susana para dirigirse á la fábrica, encontróse un instante en el jardín florido con las tres mujeres, las tres almas apasionadas y devotas que tan poderosamente le ayudaban á realizar su sueño de bondad y de justicia.

Conversaron aún, á la sombra, distribuyéndose la tarea, examinando las situaciones que debían tomarse. Si su pequeño mundo avanzaba con tanta gallardía, sin demasiados tropiezos, dando una cosecha tan hermosa de buenos resultados, era gracias al principio de los educadores, de los maestros, según el cual, no hay pasiones malas en el sér humano. Sólo hay energías, porque las pasiones son todas fuerzas admirables, y únicamente se trataba de utilizarlas para la felicidad de los individuos y de la comunidad. Es que el deseo, condenado por las religiones, el deseo, que reglas de ascetismo se han esforzado por destruir como una mala bestia, el deseo batido, aplastado, en el hombre y en la mujer, victorioso á pesar de todo, es la llama viva del mundo, la palanca que impulsa los astros, la vida en marcha cuya desaparición extinguía el sol, invadiendo de nuevo la tierra con las heladas tinieblas de la nada! No hay concupiscentes, no hay sino corazones de fuego que sueñan con lo infinito, en el placer del amor. No hay hombre colérico, hombre avaro, orgulloso, sólo hay hombres en quienes no se ha sabido dirigir sus fuerzas interiores, las energías desarregladas, las necesidades de acción, de lucha, de victoria. Con un avaro, se hace un sér prudente, económico. Con un exaltado, un envidioso, un orgulloso, se hace un héroe, que se dará todo él por un poco de gloria. Mutilar en el hombre una pasión, es como si se le cortase un miembro; no está ya completo, se ha hecho de él un enfermo, se le ha quitado

algo de su sangre, de su potencia. Maravilla es que la humanidad haya podido vivir bajo esas religiones mortíferas que hace tanto tiempo se empeñan en matar al hombre en el hombre, queriendo llevarlo hacia un dios de la crueldad y de la mentira, cuyo reino no se asentará sino sobre polvo humano.

En la escuela, en los talleres de aprendizaje, y desde los primeros pasos ya, desde los pueriles juegos de los Asilos maternos, se utilizan las pasiones nacientes de la niñez, en vez de suprimirlas. Si los perezosos eran cuidados como enfermos en quienes se trataba de despertar la emulación y la voluntad, haciéndoles dedicarse a los estudios por ellos libremente elegidos, comprendidos y queridos, se empleaba la fuerza de los violentos, en los trabajos más duros; se obtenía de los avaros el provecho de la lógica y del método, y de los envidiosos, de los orgullosos, beneficios admirables de vasta inteligencia, triunfantes en las tareas menos cómodas. Lo que una moral de restricción hipócrita ha llamado los más bajos instintos del hombre, convertirse así en el foco ardiente de donde la vida tomaba su llama inextinguible. Todas las fuerzas vivas en sus puestos, toda la creación se regulaba según su orden soberano, y llevaba, rebosando, la corriente de los seres, y conducía a la humanidad hacia la ciudad feliz. En lugar de la imbécil representación del pecado original, del hombre malo á quien un Dios ilógico castiga y debe salvar á cada paso, entre la amenaza de un infierno infantil, y la promesa de un paraíso engañoso, sólo habrá la evolución natural de una especie de seres superiores, sencillamente en lucha contra las fuerzas de la naturaleza, á las que vencerán, á las que someterán para su felicidad, el día en que habiendo dado fin á su guerra fratricida, vivan como hermanos omnipotentes, después de haber conquistado la verdad, la justicia y la paz.

—Está muy bien,—dijo Lucas, luego que hubo repartido el trabajo del día con Josina, Scœurette y Susana.—Váyanse, amigas mías, que su buena voluntad haga el resto.

Las tres le rodeaban, como la emanación misma de la afectuosa solidaridad de amor universal que el genio difundió entre los hombres. Se habían cogido

de las manos y sonreían, ellas, viejas ya, con sus cabellos blancos, muy amables, muy bellas aún, con una belleza extraordinaria de infinita bondad. Y cuando él las dejaba, para dirigirse á la fábrica, ellas le siguieron largo tiempo con ojos cariñosos.

En la fábrica, los talleres se habían ampliado más, en medio de la sana alegría del sol, del aire libre que los inundaba. Por todas partes, las aguas frescas, corrientes, lavaban las losas de cemento, arrastrando hasta el polvo; de suerte que la casa del trabajo, artes tan negra, tan fangosa, tan mal oliente, relucía ahora limpia por todas partes. Bajo los enormes techos de cristales, cabía creerse dentro de una ciudad de orden, de placer y de riqueza. Las máquinas venían á hacer ya casi toda la labor. Movidas por la electricidad, soberbias, alineadas, como un ejército de obreros dóciles, infatigables, estaban sin cesar dispuestas á realizar su esfuerzo. Si al fin sus brazos de metal acababan por gastarse, se les reemplazaba sencillamente; é ignoraban el dolor, que en parte además habían suprimido en el hombre. Era, en suma, aquella la máquina amiga, no la de los comienzos, competencia que agravaba el hambre del obrero haciendo bajar el salario, sino la máquina libertadora, convertida en el útil universal, que trabaja por el hombre, mientras este descansa. No había allí, alrededor de aquellas sólidas trabajadoras, más que conductores, vigilantes, cuya única tarea consistía en manejar la palanca conque se la pone en marcha, y en cuidar de que funcionaran bien los mecanismos. La jornada no pasaba de cuatro horas, y jamás ningún obrero ejecutaba una tarea durante más de dos, pues le sustituía un compañero, y el pasaba á otro trabajo, arte industrial, cultura, ó función pública. Como el empleo general de la fuerza eléctrica suprime casi el antiguo estrépito que llenaba los talleres, se animaban estos con el cántico de los trabajadores, el canto alegre que traían de las escuelas, como una florescencia harmoniosa que embellecía su vida entera. Y aquellos hombres que cantaban alrededor de aquellas máquinas tan suaves y tan fuertes en su silencio, en el brillo de sus aceros y de sus cobres, ex-

presaban el placer del trabajo justo, glorioso y salvador.

Lucas, al pasar por el taller de los hornos de pudelar, se detuvo un momento para hablar con un robusto joven de unos veinte años, que tenía á su exclusivo cargo la dirección de uno de los hornos.

—Muy bien, Adolfo, esto marcha; ¿está usted satisfecho?

—Sin duda, señor Lucas. Terminó mi tarea de dos horas, y la bola está en sazón para ser retirada del horno.

Adolfo era el hijo de Augusto Laboque y de Marta Bourron. Pero, no tenía como en otro tiempo su abuelo materno, el pudelador Bourron, hoy retirado, que hacer la terrible operación del braceaje, con la bola de metal en fusión, hecha ascuas, auxiliado por el espetón, ante las llamas. Tal operación se hacía mecánicamente, y hasta por un sistema ingenioso salía la bola brillante, se cargaba en el carrillo que la conducía bajo el martillo cinglador, sin necesidad de la intervención del obrero.

Adolfo añadió con satisfacción:

—Va usted á ver; la calidad es superior, y este trabajo les tan sencillo!

Había bajado una palanca, se desenganchó algo, se abrió una puerta que dejó deslizarse hasta el carrillo la bola, semejante á un astro que alumbrara el horizonte con un reguero luminoso. Y él siempre sonriente, la frente fresca, sin una gota de sudor, los músculos flexibles y finos, como hombre á quien la fatiga excesiva no ha deformado. El carrillo había ido ya á descargar su peso bajo el martillo cinglador de modelo reciente, movido por la electricidad, y que también ejecutaba toda la tarea sin que el herrero encargado de conducirla tuviera que romperse los brazos volviendo y revolviendo el mazo en todos sentidos. El movimiento era tan fácil, tan sencillo, que venía á ser como una música que acompañaba al buen humor de los obreros.

—Me marchó,—añadió Adolfo, después de haberse lavado las manos.—Necesito terminar un modelo de mesa que me interesa mucho, y me voy dos horas á los talleres de carpintería.

En efecto, era carpintero á la vez que pudelador, pues había aprendido varios oficios, como todos los jóvenes de su edad, á fin de no embrutecerse en una especialidad exclusiva. El trabajo, con la variedad y la renovación constante, se convertía en una distracción, en un placer.

—¡Qué usted se divierta!—le dijo sencillamente Lucas, alegre en su gozo.

Pero donde Lucas pasaba varios minutos felices en las mañanas de visita, era en el departamento de hornos de crisoles. ¡Cuán lejos se encontraba del antiguo infierno, de los hornos de crisoles del Abismo, con sus pozos ardientes gruñendo como volcanes, de donde los miserables obreros, en medio de una reverberación como de incendio, debían retirar con sus brazos cien libras de metal en fusión! En lugar de la sala negra, llena de polvo, inmunda, extendiase amplia galería por cuyas grandes vidrieras penetraba el sol, pavimentada con anchas losas, entre las cuales se abrieron las baterías de hornos simétricos. El empleo de la electricidad los mantenía fríos, silenciosos, claros, limpios. Y allí también las máquinas hacían toda la tarea, bajaban los crisoles, los elevaban, en brasas, los volcaban en los moldes, bajo la simple vigilancia de los obreros conductores. También mujeres estaban allí dedicadas á la distribución de fuerza eléctrica, porque se había advertido en ellas mayor cuidado y exactitud para el manejo de los aparatos de precisión.

Lucas se aproximó á una hermosa joven, alta, de veinte años, Laura Fauchard, hija de Luis Fauchard y de Juliana Dacheux, en pie cerca de un aparato, muy atenta, daba la corriente á un horno, según indicaciones de un joven obrero, dispuesto á inspeccionar la fusión.

—Qué tal, Laura,—preguntó Lucas,—no está usted cansada?

—¡Oh, no, señor Lucas, esto me divierte! ¿Cómo quiere que me canse por dar vueltas á este volante tan pequeño?

El obrero, Hipólito Mitaine, de veintitrés años no cumplidos, se había aproximado. Era hijo de Evaristo Mitaine y de Olimpia Lenfant, y se decía que era novio de Laura Fauchard.

— Señor Lucas,— dijo,— si usted quiere ver fundir lingotes, estamos preparados...

Puesta en marcha, la máquina, con su facilidad tranquila, sacaba los crisoles incandescentes y los vertía en las lingoteras, que un mecanismo acercaba por turno. En cinco minutos, mientras los obreros miraban, la operación quedaba perfectamente despachada, y el horno en disposición de recibir una nueva carga.

— ¡Y eso es todo! — decía Laura riendo con su graciosa risa. — Cuando pienso en las terribles historias con que mi pobre abuelo Fauchard ha mecido mi infancia! Jamás tenía la cabeza firme, y contaba cosas que hacían temblar, acerca su antiguo oficio de arracador; no parecía sino que había pasado toda su vida en el fuego, con el vientre y los miembros comidos por las llamas. Todos los viejos nos consideran ahora muy felices.

Lucas se había puesto serio, mientras brotaban las lágrimas de sus ojos, con la emoción.

— Es cierto, los abuelos han sufrido mucho. Y á eso se debe que los nietos tengan una vida mejor... Es preciso que trabajéis y que os améis los unos á los otros; la vida aun será mejor para vuestros hijos y vuestras hijas.

Y Lucas continuó su visita, y á donde quiera que se dirigía, en los diferentes talleres, en el del modelado de acero, en el de la gran forja, en el de los grandes y pequeños hornos, encontraba la misma limpieza saludable, la misma alegría encantadora, el mismo trabajo fácil y divertido, gracias á la diversidad de las tareas y al auxilio soberano de las máquinas. El obrero, que ya no era bestia de carga aplastada, despreciada, se convertía en reflexivo é inteligente, para siempre libre y glorioso. Cuando Lucas terminó su paseo matutino, por el taller de los laminadores, al lado de los hornos de pudelar, detúvose de nuevo para hablar amigablemente con un muchacho de unos veintiseis años, Alejandro Feuillat, que á la sazón llegaba.

— Sí, señor Lucas, vengo de Combettes, donde ayudo á mi padre. Teníamos que acabar de sembrar una tierra y he estado allí dos horas... Ahora voy á tra-

bajar aquí otras dos horas, porque hay un pedido de railes urgente.

Era el hijo de León Feuillat y de Eugenia Yvonnot. Muchacho de imaginación viva, se entretenía, después de sus cuatro horas reglamentarias de trabajo, en hacer dibujos de adorno para los talleres del alfarero Lange.

Se había puesto ya á la obra, vigilando un gran juego de laminadores que construía los railes. Lucas, benévolo, feliz, miraba. Desde que se empleaba la fuerza eléctrica, el estrépito terrible de los laminadores había desaparecido, funcionaban con una suavidad pastosa, produciendo tan sólo el ruido argentino del rail que saltaba, al juntarse á los otros railes que se estaban enfriando. Era aquello la hermosa producción incesante de las épocas de paz, railes y más railes, para que todas las fronteras se franqueasen, y para que los pueblos, cada vez más juntos, formaran un solo pueblo, sobre la tierra cruzada de caminos; grandes navíos de acero, no los abominables buques de guerra, que llevan la devastación y la muerte, sino los buques de la solidaridad, de la fraternidad, cambiando los productos de los continentes, multiplicando la riqueza de la familia humana, para conseguir la abundancia. Los puentes que facilitan también las comunicaciones, las vigas y las armaduras metálicas para los innumerables monumentos que los ciudadanos reconciliados necesitaban para la vida pública, las Casas Comunales, las Bibliotecas, los Museos, los Asilos de protección y de refugio, los Almacenes generales inmensos, los Depósitos y los Graneros capaces de contener la vida y el alimento de las naciones federadas. Y por fin, las innumerables máquinas, que en todas partes y para toda clase de trabajos reemplazaban á los brazos del hombre, las que trabajaban en los talleres, las que sin cesar rodaban por las calles, por las olas y por los aires. Y Lucas sentíase satisfecho, alegre, ante todo aquel hierro, hecho pacífico, aquel metal de conquista, del cual la humanidad durante tanto tiempo no había sacado más que espadas, para sus luchas sangrientas, con el cual más tarde había hecho cañones y granadas, en las épocas de sus últimas carnicerías, y con el que construía su

casa de fraternidad, de justicia, de felicidad, ahora, después que la paz había sido conquistada.

Antes de volverse, Lucas quiso dar una última ojeada á la batería de los hornos eléctricos, que había substituído al horno alto de Morfain. La batería funcionaba bajo el techo de vidrio, inundada por los rayos del sol. Cada cinco minutos, el mecanismo cargaba los hornos, después que la acera móvil se llevaba los diez lingotes, cuyas llamas palidecían bajo la clara luz del astro. Había allí también dos muchachas vigilando los aparatos eléctricos, de veinte años cada una. Una de ellas rubia, de un rubio delicioso, era Claudina, hija de Luciano Bonnaire y de Luisa Mazelle, y la otra, de hermosos cabellos negros, era Celina, hija de Arsenio Lenfant y de Eulalia Laboque. Atentas á establecer é interrumpir la corriente, sólo pudieron sonreír á Lucas. Pero vino un descanso y se adelantaron, al ver todo un grupo de niños que se detenía con manifiesta curiosidad á la entrada del cobertizo.

— ¡Buenos días, Mauricio! ¡Buenos días, Luisito! ¡Buenos días, querida Alina! ¿Han terminado las clases, que venís á vernos?

Consentían, en efecto, á los escolares, á manera de recreo, recorrer libremente la fábrica, con la idea de que se familiarizasen con el trabajo, y de paso adquiriesen las primeras nociones de las cosas.

Lucas, á quien alegró ver á su nieto Mauricio, hizo que todo el grupo entrase. Y respondió á todas las preguntas; explicó el mecanismo de los hornos, y hasta hizo que funcionaran los aparatos para que vieran los niños cómo bastaba que Claudina ó Celina movieran una palanca para fundir el metal y hacerlo salir en chorro deslumbrador.

— ¡Oh! yo ya sabía eso, ya lo había visto,—dijo Mauricio, dándose aire de hombrecillo, á quien sus nueve años habían enseñado muchas cosas.—Mi abuelo Morfain, una vez, me lo enseñó todo... Pero abuelo Froment, dime, ¿es verdad que antes había hornos altos como montañas, y que era preciso estar quemándose el cuerpo día y noche para sacar de ellos algo?

Todos se echaron á reír, y Claudina respondió:

—Es muy cierto. El abuelo Bonnaire me lo ha con-

tado muchas veces, y tú, mi querido Mauricio, deberías conocer la historia, pues tu bisabuelo, el gran Morfain, como todavía se le llama, ha sido el último héroe que ha luchado con el fuego. Vivía allá arriba, en un agujero entre las rocas; jamás bajaba al pueblo; tenía que cuidar todo el año de su horno gigante, el mónstruo; las ruinas del cual se ven aún, en la ladera de la montaña, como una torre que recuerda tiempos antiguos.

Mauricio, con los ojos abiertos, admirado, escuchaba con el interés apasionado de un niño á quien se le relata algún prodigioso cuento de hadas.

— ¡Oh! Lo sé, lo sé. Mi abuelo Morfain nos ha dicho todo eso de su padre y del horno alto como una montaña. Pero yo creía que inventaba todo eso para entretenernos, porque inventa otras cosas cuando quiere hacernos reír... ¿Es que son verdad?

—Claro, son verdad,—continuó Claudina.—Había en lo alto obreros que cargaban el horno, vertiendo en él carretadas de mineral y de carbón, y abajo, otros obreros que cuidaban constantemente de que el mónstruo no tuviera una indigestión, lo cual impediría que la operación saliese bien.

—Y,—añadió á su vez Celina, la otra joven,—eso duraba siete ú ocho años. Durante esos siete ú ocho años el mónstruo ardía, entre llamas, siempre como un cráter, sin que se pudiera dejarle enfriar ni un momento, pues sería esto una pérdida muy grande; sería preciso abrirle el vientre, limpiarlo, reconstruirlo casi de nuevo.

—Ahora,—añadió todavía Claudina,—querido Mauricio, ya comprenderás por qué el gran Morfain, tu bisabuelo, tenía necesidad de no dejar ese fuego de siete ó de ocho años; era su tarea, esto sin contar con que, cada cinco horas, era preciso abrir á golpes con el espetón la piqueta para vaciar el crisol de metal fundido, un verdadero arroyo de llamas, el calor del cual os tostaba como un pato en el asador.

De pronto, los tres niños, estupefactos hasta entonces, se echaron á reír á carcajadas. ¡Oh! el pato asado; ¡el gran Morfain que se tostaba como un pato!

— ¡Pues menuda broma sería trabajar en aquel

tiempo! ¡Y cuántas fatigas costaría!—dijo Ludovico Boisgelin.

—No cabe duda,—contestó su hermana Alina;—yo prefiero haber nacido más tarde; ¡es tan divertido trabajar hoy!

Pero Mauricio se había vuelto á poner serio, y con aire reflexivo, rumiaba en sus adentros aquellas cosas increíbles que le contaban. Por fin, dijo:

—De todos modos, bien fuerte debió de haber sido el padre del abuelo; y si hoy anda mejor la cosa, consiste, tal vez, en los muchos trabajos que habrán pasado en otros tiempos.

A Lucas, que hasta aquel instante se había contentado con escuchar y sonreír, le encantó tan buen pensamiento, y cogiendo á Mauricio lo levantó en alto y, besándole en ambos carrillos, dijo:

—¡Tienes razón, pillastre! Es lo mismo que si tú ahora trabajas con toda tu alma; tus tataranietos serán todavía más felices por tí... Y lo estás viendo; ya no nos asamos como si fuéramos patos.

Dió una orden, y la batería de los hornos eléctricos funcionó de nuevo. Claudina y Celina, con un simple ademán, producían é interrumpían la corriente. Los hornos quedaban cargados, la fusión se verificaba, y la plaza móvil recibía é iba llevándose las diez barras de candente metal. Los niños quisieron, ellos solos, poner la maquinaria en movimiento, y ¡qué alegría! aquel trabajo tan fácil, después del cuento, legendario ya, de los trabajos de Morfain, que parecían ser los de algún dolorido gigante penando en un mundo desaparecido.

Pero surgió una aparición, y los escolares que estaban de paseo huyeron asustados. Lucas vió otra vez á Boisgelin en pie, junto á una puerta del cobertizo, fiscalizando y vigilando el trabajo con la mirada suspicaz y airada del amo, siempre intranquilo y temeroso de que sus hombres le roben. En esta misma forma se le solía encontrar á menudo en cualquier parte de la fábrica, desesperado por no poder inspeccionar á un tiempo toda aquella inmensidad; cada vez más loco con la idea de los millones que perdía diariamente, y sin conseguir jamás aquilatar por sí mismo

la tarea de aquel pueblo, que le ganaba miles de millones.

Aquello era demasiada gente; él no podía verlos á todos, y sentía que sucumbía en esta buena administración de su desmentida fortuna, cuyo peso le agobiaba como si el cielo se le desplomase sobre la cabeza. Tan descompuesto estaba, tan exhausto por haber recorrido inútilmente los talleres de los trabajadores, él, que jamás había hecho cosa alguna con sus manos, que Lucas, movido por gran compasión, quiso esta vez alcanzarle para procurar sosegarle y llevarle tranquilamente á casa. Pero Boisgelin estaba sobre aviso; dió un salto atrás, y á la carrera desapareció en dirección á los grandes almacenes.

Lucas, terminado el paseo de la mañana, volvió á su casa. Desde que su ciudad se iba ensanchando sin término, no podía visitarla toda y paseaba por sus numerosos barrios tan sólo á manera de creador en reposo y feliz al ver su creación multiplicarse por sí sola é invadir paso á paso toda aquella llanura. Por la tarde, y no sin haber vuelto á echar un vistazo á los Almacenes Generales, entró, al obscurecer, en casa de los Jordán á pasar una hora. En el salón pequeño, con salida al Parque, encontró á Sœurette con Hermelline y Marle, en tanto que Jordán, tendido sobre un canapé y envuelto en una manta, soñaba, según costumbre, contemplando en el horizonte la puesta del sol. Hacía poco que el amable doctor Novarre había sido arrebatado en horas por la muerte, en medio de las rosas de su jardín y con el solo sentimiento de no vivir lo bastante para presenciar la realización de tantas cosas hermosas, de las que en un principio no estaba del todo convencido. Sœurette, por lo tanto, no recibía más que al maestro y al cura, y eso de tarde en tarde, cuando ambos, arrancados por antiquísima costumbre, venían á reunirse á su casa. Hermelline, con sus setenta años y jubilado, concluía la vida en estado de horrible amargura y creciente encono contra todo lo que á su vista corría. Hasta había llegado á encontrar tibio en sus ideas al cura, que le llevaba cinco años y que se encerraba en una tristeza digna y en un silencio cada vez más altivo, mientras más veía que se vaciaba su iglesia y que se moría su Dios.

Precisamente, al sentirse Lucas junto á la amable, callada y paciente Scœurette, el maestro acababa de volver á sus antiguas acusaciones de republicano sectario y autoritario, y la tomaba con el sacerdote.

—¡Ea, ea! cura, ya que digo lo mismo que usted, ayúdeme... Ha llegado el fin del mundo, con esos niños en que se cultivan las pasiones que nosotros, los educadores, teníamos por misión aplastar en otros tiempos. ¿Cómo quieren que el Estado tenga ciudadanos disciplinados, educados, para servirle, cuando en ellos se da rienda suelta á la individualidad anárquica? Si nosotros, que somos hombres de método y razón, no salvamos á la República, se perdió para siempre.

Empeñado en salvar á la República, de los que él llamaba socialistas y anarquistas, se había pasado al campo reaccionario, y unido con el sacerdote, en su odio hacia todo lo que se emancipaba sin su ayuda y fuera de su estrecha fórmula de testarudo jacobino.

Y prosiguió con mayor vehemencia:

—Ya se lo digo, cura; van á arrasar la iglesia, si ustedes no la defienden... Es cierto que su religión jamás ha sido la mía, pero he reconocido siempre que una religión era necesaria para el pueblo, y que el catolicismo era una admirable máquina de gobernar. Obrad, pues; hénos aquí con vosotros, y después ya nos entenderemos, cuando juntos hayamos vuelto á conquistar las almas y los cuerpos.

El abate Marle, al principio, no hizo más que mover la cabeza; ya ni contestaba ni se incomodaba, y por último, dijo con su lenta voz:

—Yo cumplo con mi deber; cada mañana estoy al pie del altar, aunque vea vacía mi iglesia, é imploro un milagro de la bondad de Dios... El lo hará, seguramente, si es que lo juzga necesario.

Esto acabó de exasperar al maestro.

—Déjese de cuentos; tienen ustedes que ayudar á nuestro Dios, y obrar de otro modo es una cobardía.

Scœurette, sonriente y llena de indulgencia para con esos, que serían los vencidos de mañana, creyó que debía intervenir.

—Si todavía estuviese con nosotros el buen doctor, os suplicaría que hicierais porque vuestro acuerdo no

llegase hasta tal punto, ya que, entendiéndoos, se empeoran vuestras disensiones... Me afligen ustedes, amigos míos, y hubiese sido muy feliz si hubiese podido, ya que no convertiros á nuestras ideas, oiros al menos reconocer ante la experiencia algo del inmenso bien que han producido en este país.

Los dos habían conservado gran deferencia para con esa mujer, tan dulce, tan santa, y su presencia en aquel pequeño salón, en el propio foco de la nueva ciudad, evidenciaba el amistoso ascendiente que Scœurette ejercía sobre ellos. Habían llegado hasta tolerar en aquel sitio la proximidad de Lucas, el adversario victorioso que, por otra parte y con toda discreción, evitaba mostrarse triunfante ante aquella violenta y dolorosa agonía del viejo mundo. Tampoco intervino esta vez, al oír á Hermelline negar con furor todo lo que él había creado, porque todo le había salido bien. Aquello era la postrer sublevación de principio de autoridad contra la liberación natural y social del hombre; era la tiranía bajo su otra forma, el Estado omnipotente junto á la omnipotente Iglesia, que ambos se habían disputado los pueblos, reservándose, por supuesto, coaligarse y unirse para volverlos á conquistar el día en que los viesan á punto de eximirse de la servidumbre, tanto civil como religiosa.

—¡Ah!—exclamó de nuevo Hermelline.—Si usted se da por vencido, es que ya llegó el fin, y, como usted, no tendré más que callar y morir en mi rincón.

Otra vez el sacerdote movió la cabeza, sin salir de su doloroso silencio. Sin embargo, una última vez, declaró:

—Dios no puede ser vencido, y Dios es quien debe obrar.

Lentamente la noche se extendía sobre el Parque; el pequeño salón iba quedando sumido en creciente sombra; nadie habló más, y en aquella habitación se sintió como un gran escalofrío, salido, sin duda, del melancólico pasado. El preceptor se levantó para despedirse... y como también se levantase el sacerdote, Scœurette quiso ponerles directamente en la mano la cantidad que á cada uno de sus visitantes daba para los pobres. Pero él rechazó esta limosna, que venía

aceptando desde hacía más de cuarenta años, y con voz lenta y baja, dijo:

—No, gracias, señorita; guarde ese dinero, yo no sabría qué hacer de él, pues ya no hay pobres.

¡Ah! Qué dicha para Lucas... ¡Ya no hay pobres! Ya no más pobres, ya no más hambrientos en ese Beauclair, que él había conocido tan obscuro, tan miserable, con su maldecida población de trabajadores, que se morían de necesidad. ¿Iban, pues, á sanarse todas aquellas horribles llagas, hijas del salariado; iban, al fin, á desaparecer con la miseria, el crimen y la ignominia? ¿Había bastado con que el trabajo fuese organizado según los principios de la justicia, para que ya se notase más acertada repartición de la riqueza? Y cuando el trabajo fuese honra, salud y alegría, una nueva humanidad hecha de paz y fraternidad, al fin, ¿poblaría la ciudad dichosa?

Jordán, sobre el canapé, envuelto en su manta, no había hecho un movimiento, y seguía errando por los espacios infinitos en que vagaba, y se perdían sus miradas. Cuando Marle y Hermelline hubieron marchado, se despertó al fin. Y sin perder con la vista la puesta del astro, cuya paulatina desaparición parecía observar con apasionado interés, dijo como en un sueño:

—Cada vez que veo ponerse el sol, me siento sobrecogido por infinita tristeza y cruel inquietud. Si acaso ya no vuelve, si de nuevo no amanece para la negra y helada tierra, ¡qué terrible muerte para todo lo que es vida! El es el padre, él es el fecundante, el engendrador, sin el cual se secarían ó se pudrirían los gérmenes. En él también debemos colocar nuestra esperanza de alivio y verdadera dicha; pues si él no nos ayuda, la vida concluiría por agotarse.

Lucas se sonreía, y sabía que Jordán, á pesar de su edad avanzada, de unos setenta y cinco, que pronto cumpliría, se dedicaba desde hacía varios años á estudiar el arduo problema de apresar el calor solar y almacenarlo en amplios depósitos, desde los cuales los iría distribuyendo luego como la única, la grande, la eterna y viviente fuerza. El tiempo había de llegar en que faltaría el carbón en el fondo de las minas, y entonces, ¿de dónde se sacaría la energía nece-

saria, el torrente de electricidad, imprescindible ya para la existencia? Debido á sus primeros descubrimientos, había conseguido dar la fuerxa eléctrica casi de balde... Pero ¡qué triunfo, si lograba convertir el sol en motor universal; si sacaba de él directamente aquella potencia calorífica, que yace lenta y dormida en el carbón, y si llegaba á emplear el astro como único fecundador, como padre mismo de la inmortal vida! Ya no le quedaba más que este último descubrimiento por realizar, y después su obra habría terminado y él ya podría morir.

—No se apure usted,—dijo Lucas alegremente;— el sol saldrá mañana, y acabará usted de arrebatarle el fuego sagrado, la divina llama trabajadora, incansable y eterna creadora.

Sœurette, intranquila por causa del vientecillo de la tarde, cuyo fresco entraba por la ventana, preguntó á su hermano:

—¿No sientes frío? ¿Quieres que cierre?

Pero él dijo que no con el gesto, y sólo dejó que se le levantara la manta hasta la barba. Parecía no vivir más que de milagro, únicamente porque quería vivir y había aplazado la muerte para la noche de su último día de trabajo, noche triunfal, en que, concluida la labor y en pie la obra, podría dormir, al fin, con el buen sueño del obrero leal y satisfecho. Su hermana redoblaba con él las precauciones; prolongando con cuidados exquisitos aquella existencia, y proporcionándole todavía diariamente las dos horas de energía física é intelectual, de las que él, á fuerza de método, utilizaba más cada minuto de una manera maravillosa. Y aquel sér enclenque, muy viejo, y medio muerto, á quien la menor corriente de aire podía destruir, terminaba su tarea de conquistar y gobernar el mundo, simplemente, como un obrero testarudo que no se aviene con soltar el trabajo.

—Vivirá usted cien años,—dijo Lucas, con su afectuosa risa.

A su vez, Jordán, se alegró.

—No cabe duda, si es que cien años me son necesarios.

De nuevo reinó un profundo silencio en aquel pequeño salón, tan tiernamente íntimo. Ese lento y tem-

plado crepúsculo que se iba extendiendo por el Parque, cuyos caminos desaparecían envueltos en creciente sombra, todo aquello era delicioso. Todavía, como en un sueño, se percibía alguna claridad que tenuemente rasaba los macizos y los cuadros de hierba, en tanto que en azulada lontananza, los grandes árboles se desvanecían cual visiones temblorosas y ligeras.

Era la hora de los enamorados, y el Parque de la Crèche les ofrecía entrada franca; así es que, tan pronto como caía la tarde, acudían ellos después del trabajo y de los cotidianos quehaceres. Nadie se preocupaba de las errantes parejas, de las sombras entrelazadas, que poco á poco se fundían y desaparecían por el denso follaje. Quedaban entregados á la guardia y amistosa vigilancia de los viejos robles, con la seguridad de que el libre amor les haría ser buenos y castos, como futuros esposos que eran, cuyas caricias habían de ser indisolubles, si es que mutuamente habían sido deseados y queridos. Para siempre amar, no hay cosa mejor que conocer cómo y por qué se ama. Los que se han escogido á sabiendas y con consentimiento ya no se separan.—Y en tanto, por la sombría hierba y las obscuras avenidas, las parejas vagaban, y cual lentas apariciones poblaban el creciente misterio de las tinieblas y se extendían sobre la tierra maternal, y como palpitante en medio de los frescos aromas de la primavera.

Llegaron más parejas. Lucas reconoció á algunas muchachas y muchachos que había visto por la mañana en los talleres. ¿No eran Adolfo Laboque y Germana Ivonnot, aquellas dos sombras errantes, tan estrechamente unidas, que iban como en un vuelo sobre las puntas de las hierbas? Aquellos otros dos, que apoyaban la cabeza en la cabeza, mezclando las cabelleras, ¿no eran Alejandro Feuillat y Clementina Bourron, cogidos por el talle como en eterno lazo? Y Lucas sintió una emoción más dulce cuando creyó reconocer á dos de los suyos, á su Carlos, que estrechaba contra su pecho á la morena Celina Lenfant, y á su hijo Julio, cuyo cuello enlazaba la rubia Claudina Bonnaire. Eran los mensajeros de la nueva primavera. Las últimas parejas nacidas al amor, la

antorcha de la vida que las generaciones se pasaban de mano en mano. Estaban todavía en el casto temblor de las primeras palabras, que balbuceaban entre caricias inocentes. Sus corazones, ignorantes, se buscaban acercándose; un beso furtivo era dulzura que bastaba para abrirles el cielo. Pero pronto la llama soberana, la necesidad del hijo los uniría, los confundiría, para que otros obreros de amor naciesen de ellos. Y seguían llegando parejas y parejas; el Parque se poblaba de todos los enamorados de la ciudad feliz; era la deliciosa velada de un buen día de trabajo; sobre el césped, por la espesura, como soñados, llenos de misterio y perfume, sólo se oía el leve ruido de las risas y los besos.

En aquel momento, delante del salón se detuvo una sombra. Era Susana, alarmada, que buscaba á Lucas para decirle sus temores. Boisgelin no había vuelto, y esta tardanza le atormentaba. Nunca había tardado tanto; ya era noche cerrada.

—Tenía usted razón; hice mal en abandonarle á su locura... ¡Desgraciado viejo infantil!

Lucas, temiendo también, la hizo volver á casa.

—Puede volver de un momento á otro, y lo mejor es que esté usted allí. Yo voy á hacer registrar los alrededores, y ya le llevaré noticias.

En seguida atravesó el Parque con otros dos hombres, para empezar á buscar por la parte de los talleres. Pero apenas había andado trescientos pasos se encontró junto al pequeño lago, bajo los sauces, en un rincón de paraíso, cuando un ligero grito de terror que salió de próximo follaje, le detuvo bruscamente. Y vió salir de la espesura una pareja asustada de enamorados, en la que creyó reconocer á su hijo Julio y á la rubia Claudina Bonnaire.

—¿Qué pasa? ¿Qué teneis?—les gritó.

No respondieron, huían ligeros como llevados por un viento de terror, cual aves en celo cuyas caricias turba algún mal encuentro. Después, para ver qué pasaba, penetró Lucas en el soto por el estrecho sendero que lo atravesaba, y él también lanzó un grito, pero de espanto. Había chocado casi contra un cuerpo, colgado de una rama que interceptaba el sendero con su negra masa. A la mortecina claridad del cielo,

donde ya aparecían estrellas, había reconocido á Boisgelin.

—¡ Ah, desgraciado, pobre viejo chocho!— murmuró, como Susana conmovido, desesperado ante aquel drama atroz, que tanta pena iba á causar á su amiga.

Al punto, ayudado por sus dos hombres, descolgó al ahorcado y lo tendió en el suelo. Pero el cuerpo ya estaba frío.

El suicidio debía haber ocurrido en las primeras horas de la tarde, muy poco después de la carrera loca del desgraciado á través de la fábrica. Notó al pie del árbol un gran agujero y comprendió que Boisgelin había debido de empeñarse primero en cavar con las manos, con las uñas, para ocultar y enterrar allí la prodigiosa fortuna que le ganaba su pueblo de trabajadores, toda la ciudad afanada, y que no podía administrar por sí mismo ni aun colocar en ningún sitio. En seguida, sin duda, sin esperanza de hacer el agujero bastante grande, temiendo no poder ocultar el colosal montón de su tesoro, había resuelto morir allí, bajo el monstruoso conflicto de un capital tan grande que su masa le aplastaba. Su locura llegaba á esta muerte trágica, no pudiendo vivir en la ciudad nueva de justo trabajo. En la tibia noche nupcial el Parque se llenaba de un ligero contacto de caricias, del cuchicheo de voces amorosas.

Para no espantar á las parejas, cuyas sombras ligeras se deslizaban entre los árboles en torno de él, Lucas envió á sus dos hombres á buscar unas parihuelas á la Crèche, encargándoles no decir nada á nadie. Cuando volvieron, y fué acostado el cuerpo bajo las cortinillas de tela gris, el triste séquito se puso en marcha, por los senderos más oscuros para no ser vistos. La horrible muerte pasó muda, sumida en tinieblas, á través del delicioso despertar primaveral que temblaba con la nueva vida. Doquiera parecían nacer enamorados, surgían á la vuelta de cada calle de árboles, en cada mata, en el pulular de los gérmenes que levantaban la tierra en un espasmo. Un perfume de flor embalsamaba el aire, las manos se buscaban, los labios se unían con el imperceptible ruido del botón que se abre. Y era el torrente de los séres ensanchados con una ola nueva, la muerte ven-

cida sin cesar, el mañana brotando siempre, para más verdad, más justicia, más ventura. Susana esperaba delante de la puerta de la casa, llena de angustia, queriendo atravesar con los ojos las tinieblas. Al ver la parihuela comprendió y dejó escapar un sordo quejido. Lucas la enteró en pocas palabras de todo. Y ella, al evocar toda aquella existencia del hombre inútil, vacía, envenenada y envenenadora, que tanto la había hecho sufrir, repitió una vez más:

—¡ Ah, desgraciado, pobre viejo infantil!

Hubo otras catástrofes en la ruina fatal de la vieja sociedad podrida, condenada á desaparecer, pero la de más resonancia fué, al mes siguiente, el hundimiento de la techumbre de la antigua iglesia de San Vicente, en una clara mañana de sol, cuando el cura Marle estaba en el altar diciendo misa para los gorriones, que revoloteaban á través de la nave desierta.

Mucho tiempo hacía que el cura no ignoraba que el día menos pensado la iglesia se le vendría encima. Era del siglo diez y seis, muy estropeada, sutil, elegante, agrietada por todas partes. Pero los tejados, armaduras medio comidas ya, cedían; y nada se había hecho por falta de fondos. El Estado, agobiado por la deuda, abandonaba esta iglesia de un rincón olvidado. Beauclair se negaba á contribuir, pues el alcalde no quería nada con los curas. De modo que Marle, reducido á sus propios recursos, se puso en campaña personalmente. Pero fué en vano; los fieles ya eran muy pocos, el celo religioso se enfriaba. Mientras vivió Leonor menos mal; pero la señora Mazelle, último recurso, era poco generosa y su fervor declinaba. Perdió más tarde esta última feligresa, y sólo quedaban algunas mujeres del pueblo, muy pobres, cuya miseria se empeñaba en esperar una vida mejor. Y cuando ya no hubo pobres no quedó nadie en la iglesia, y el cura vivía en la soledad, en el abandono definitivo en que los hombres dejaban á su Dios de error y de miseria.

Marle sintió entonces que un mundo moría en torno de él. Sus complacencias no habían podido salvar á la falaz burguesía, roída por la iniquidad. Se refugió entonces en la letra estricta del dogma, para no

conceder nada á las verdades de la ciencia, que iban al supremo asalto vencedor del secular edificio católico. La ciencia había abierto brecha, desaparecía el dogma, el reino de Dios volvía á la tierra en nombre de la justicia triunfante. Una religión nueva, la del hombre consciente al fin, libre y dueño de su destino, barría las antiguas mitologías, los simbolismos en que se habían extraviado las ansiedades de su larga lucha contra la Naturaleza. Después de los templos de las antiguas idolatrías, la iglesia católica desaparecía á su vez, hoy que un pueblo de hermanos ponía su dicha cierta en la única fuerza viva, su solidaridad, sin necesitar de todo un sistema político de penas y recompensas. El confesionario y la santa mesa estaban desiertos, la nave sin fieles, y el sacerdote, al decir misa cada día, veía crecer las grietas de las paredes y oía más estallidos en la techumbre. El templo se desmigajaba sin cesar en un trabajo oculto de destrucción, de ruina próxima, y Marle notaba los menores ruidos precursores. Ya que no había podido traer albañiles, ni para las reparaciones urgentes, dejaba al trabajo de la muerte seguir su curso, llegar al fin natural de todo, y seguía diciendo su misa, esperando, héroe de la fe, solo, con su Dios abandonado, bajo el techo que crujía sobre el altar.

Una mañana notó una inmensa grieta nueva, producida aquella noche en la bóveda de la nave. Y seguro del hundimiento esperado hacía meses, vino sin embargo á celebrar la última misa con sus más ricas vestiduras sacerdotales. Muy alto, muy fuerte, con su nariz aguileña, aún se mantenía tieso y firme á pesar de sus muchos años. Nadie le ayudaba á misa. Iba, venía, decía las palabras sacramentales, hacía los ademanes consagrados, como si una apretada multitud le viese dócil á su voz. Sobre las losas yacían las sillas rotas, solitarias, semejantes á esas sillas de jardín negras de moño, olvidadas por el invierno bajo la lluvia. Brotaban hierbas al pie de las columnas que se cubrían de musgo. Todos los vientos soplaban por los vidrios rotos, mientras la puerta principal, medio desquiciada también, dejaba libre la entrada á los animales de la vecindad. Pero quien entraba triunfante aquel día era el sol, era la vida, que toma-

ba posesión de estas ruinas trágicas donde revoloteaban los pájaros, y las balluecas germinaban hasta en los mantos de las antiguas imágenes. Dominando el altar, un gran Cristo de madera pintada y dorada reinaba todavía, estiraba el cuerpo débil y dolorido de ajusticiado, salpicado de sangre negra cuyas gotas resbalaban como lágrimas.

Durante el Evangelio oyó un estallido más fuerte, polvo y pedazos de yeso cayeron sobre el altar. Después, al Ofertorio, el ruido volvióse desgarrador, siniestramente seco; pareció que el edificio oscilaba algunos segundos antes de aplastarse. Entonces el sacerdote, reuniendo las últimas fuerzas de su fe, al alzar, puso toda el alma en suplicar á Dios que hiciera el milagro, cuyo resplandor glorioso y salvador él esperaba hacía tanto tiempo. Si Dios quería, el templo iba á volver á su juventud vigorosa; los fuertes lares sostendrían la nave indestructible. Los albañiles no hacían falta, bastaba la Omnipotencia divina; renacería un magnífico santuario, con capillas de oro, vidrieras de púrpura, maderas maravillosas, mármoles brillantes, mientras un pueblo de fieles arrodillados cantaría el cántico de la resurrección, entre millares de cirios, al resonar de las campanas echadas al vuelo. ¡Oh Dios de soberanía y de eternidad, reconstituid con un ademán vuestra casa augusta, sólo vos podéis volver á levantarla, llenarla de vuestros adorados reconquistados, si no queréis ser aniquilado Vos mismo bajo sus escombros! Y en el momento en que el sacerdote levantaba el cáliz, no fué el milagro pedido lo que se produjo; fué el aniquilamiento. En pie estaba, ambos brazos levantados en soberbio ademán de creencia heroica, provocando á su soberano Señor á morir con él; se había llegado al fin del culto. Se abrió la bóveda como al golpe del rayo, se hundió el techado en un torbellino de cascote, con el rugido espantoso de un trueno. Sacudido, osciló el campanario, se desmoronó á su vez, acabando de aplastar la nave y arrastrando el resto de las paredes. Y no quedó nada bajo el claro sol más que un montón enorme de escombros, en el cual no se encontró siquiera el cuerpo de Marle, como si el polvo del altar aplastado se hubiera comido su carne y bebido su

sangre. Y tampoco se encontró nada del gran Cristo de madera pintado y dorado, hecho polvo también. Una religión más había muerto; el último sacerdote diciendo la última misa en la última iglesia.

Durante algunos días se vió al viejo Hermelline, el antiguo profesor, que vagaba alrededor de los escombros, hablando en voz alta como hacen los muy viejos cuando una idea fija los acosa. No se distinguían bien sus palabras; parecía seguir discutiendo, echando en cara al pobre cura el no haber obtenido de su Dios el milagro necesario. Después, una mañana, se le encontró muerto en su lecho.

Más tarde, limpio aquello de escombros, se formó allí un jardín de hermosos árboles, calles sombrías á través de embalsamadas paredes. También allí vinieron amadores como iban en las noches placenteras al Parque de la Crécherie. La Ciudad feliz seguía ensanchándose, los niños crecían, formaban nuevas parejas de amantes, cuyos besos en la sombra sembraban otros niños para las continuas cosechas futuras. Después del día alegre de trabajo, de cada mata subían rosas abiertas, y en este jardín religioso, donde dormía el polvo de una religión de miseria y de muerte, crecía ahora la alegría humana, la vida floreciente rebosando.

#### IV

Diez años todavía necesitó la ciudad para quedar fundada y organizarse dentro de la justicia y la paz. Y al fin de esos años, un 20 de Junio, víspera de una de las fiestas mayores del Trabajo, que se celebraban cada trimestre, en las cuatro estaciones, Bonnaire tuvo un encuentro.

Próximo á los 85 años, Bonnaire era el patriarca, el héroe del trabajo. Conservábase erguido, alto y fuerte, y con su cabeza firme de espesos cabellos blancos, muy despierto, sano y alegre. El revolucionario de otros tiempos, el colectivista teórico á quien había aplacado la dicha cumplida de sus camaradas, vivía ahora en la recompensa de un gran esfuerzo, la con-

quista de la armonía solidaria, en medio de la cual, veía crecer felizmente á sus nietos y biznietos. Representaba uno de los últimos obreros sobrevivientes de la gran lucha, uno de los combatientes de aquella reorganización del trabajo, que había traído consigo un justo reparto de la riqueza, al propio tiempo que devolvía al trabajador su nobleza, su personalidad libre de hombre y de ciudadano. Y cubierto de años y de gloria, motr base orgulloso de haber ayudado, merced á su numerosa descendencia, á la fusión de las clases enemigas; de ser todavía útil, por su belleza y su bondad de jefe de familia, en el crepúsculo de su existencia.

La citada tarde, al declinar el día, Bonnaire paseábase en la entrada de las gargantas de Brias. Sin más apoyo que un bastón, acostumbraba á dar largos paseos á pie, por el gusto de contemplar nuevamente el paisaje, evocando antiguos recuerdos. Había llegado precisamente al punto del camino en que antes se hallaba la puerta del Abismo, desaparecido tiempo ha. También existía entonces, sobre el Mionna, un puente de madera, del cual no existía ni rastro, por haber sido cubierto el torrente en una extensión de cien metros para que pasase un amplio *boulevard*. ¡Cuantos cambios habían ocurrido! ¿Quién sería capaz de reconocer la antigua entrada fangosa y negra de la fábrica maldita, en aquel sitio, en el recodo de aquella avenida tan tranquila y serena, flanqueada de alegres casas? Y á punto que se detenía un momento, luciendo su gran estatura, su gran belleza de anciano dichoso, tuvo la viva sorpresa de ver, caído sobre un banco, á otro viejo que parecía minado por la miseria, con el vestido andrajoso, ajada la cara, el pelo en desorden, flaco el cuerpo y estremecido por todas las fiebres devoradoras.

— ¡Un pobre! — exclamó en voz alta, lleno de asombro.

Era, en efecto, un pobre, y hacía ya muchos años que Bonnaire no encontraba ninguno. Aquel, á la verdad, no era del país á todas luces. Con los zapatos y los vestidos blancos de polvo, debió haber caído allí, agotado por la fatiga, á la entrada de la ciudad, después de caminar días y días. A sus pies veíanse el

sangre. Y tampoco se encontró nada del gran Cristo de madera pintado y dorado, hecho polvo también. Una religión más había muerto; el último sacerdote diciendo la última misa en la última iglesia.

Durante algunos días se vió al viejo Hermelline, el antiguo profesor, que vagaba alrededor de los escombros, hablando en voz alta como hacen los muy viejos cuando una idea fija los acosa. No se distinguían bien sus palabras; parecía seguir discutiendo, echando en cara al pobre cura el no haber obtenido de su Dios el milagro necesario. Después, una mañana, se le encontró muerto en su lecho.

Más tarde, limpio aquello de escombros, se formó allí un jardín de hermosos árboles, calles sombrías á través de embalsamadas paredes. También allí vinieron amadores como iban en las noches placenteras al Parque de la Crécherie. La Ciudad feliz seguía ensanchándose, los niños crecían, formaban nuevas parejas de amantes, cuyos besos en la sombra sembraban otros niños para las continuas cosechas futuras. Después del día alegre de trabajo, de cada mata subían rosas abiertas, y en este jardín religioso, donde dormía el polvo de una religión de miseria y de muerte, crecía ahora la alegría humana, la vida floreciente rebosando.

#### IV

Diez años todavía necesitó la ciudad para quedar fundada y organizarse dentro de la justicia y la paz. Y al fin de esos años, un 20 de Junio, víspera de una de las fiestas mayores del Trabajo, que se celebraban cada trimestre, en las cuatro estaciones, Bonnaire tuvo un encuentro.

Próximo á los 85 años, Bonnaire era el patriarca, el héroe del trabajo. Conservábase erguido, alto y fuerte, y con su cabeza firme de espesos cabellos blancos, muy despierto, sano y alegre. El revolucionario de otros tiempos, el colectivista teórico á quien había aplacado la dicha cumplida de sus camaradas, vivía ahora en la recompensa de un gran esfuerzo, la con-

quista de la armonía solidaria, en medio de la cual, veía crecer felizmente á sus nietos y biznietos. Representaba uno de los últimos obreros sobrevivientes de la gran lucha, uno de los combatientes de aquella reorganización del trabajo, que había traído consigo un justo reparto de la riqueza, al propio tiempo que devolvía al trabajador su nobleza, su personalidad libre de hombre y de ciudadano. Y cubierto de años y de gloria, mostrábase orgulloso de haber ayudado, merced á su numerosa descendencia, á la fusión de las clases enemigas; de ser todavía útil, por su belleza y su bondad de jefe de familia, en el crepúsculo de su existencia.

La citada tarde, al declinar el día, Bonnaire paseábase en la entrada de las gargantas de Brias. Sin más apoyo que un bastón, acostumbraba á dar largos paseos á pie, por el gusto de contemplar nuevamente el paisaje, evocando antiguos recuerdos. Había llegado precisamente al punto del camino en que antes se hallaba la puerta del Abismo, desaparecido tiempo ha. También existía entonces, sobre el Mionna, un puente de madera, del cual no existía ni rastro, por haber sido cubierto el torrente en una extensión de cien metros para que pasase un amplio *boulevard*. ¡Cuántos cambios habían ocurrido! ¿Quién sería capaz de reconocer la antigua entrada fangosa y negra de la fábrica maldita, en aquel sitio, en el recodo de aquella avenida tan tranquila y serena, flanqueada de alegres casas? Y á punto que se detenía un momento, luciendo su gran estatura, su gran belleza de anciano dichoso, tuvo la viva sorpresa de ver, caído sobre un banco, á otro viejo que parecía minado por la miseria, con el vestido andrajoso, ajada la cara, el pelo en desorden, flaco el cuerpo y estremecido por todas las fiebres devoradoras.

— ¡Un pobre! — exclamó en voz alta, lleno de asombro.

Era, en efecto, un pobre, y hacía ya muchos años que Bonnaire no encontraba ninguno. Aquel, á la verdad, no era del país á todas luces. Con los zapatos y los vestidos blancos de polvo, debió haber caído allí, agotado por la fatiga, á la entrada de la ciudad, después de caminar días y días. A sus pies veíanse el

palo y el zurrón vacío, que sus manos cansadas no habían podido sostener por más tiempo. Con aire fatigado y la vista errante, miraba á su alrededor como hombre perdido que no sabe dónde se halla.

Profundamente apiadado, Bonnaire dió un paso adelante.

—Buen amigo, ¿puedo servirle en algo?... Está usted sin fuerzas y, al parecer, en un grave apuro.

Y como el pobre no respondiese, la mirada espantada errante de un lado al otro del horizonte:

—¿Tiene usted hambre? ¿Necesita usted una buena cama? Le guiaré á usted y aquí encontraré ayuda y socorro.

Por fin, el anciano miserable, destrozado, se decidió, balbuceando en voz baja, como quien habla consigo mismo:

—Beauclair, Beauclair, ¿es esto Beauclair efectivamente?

—Sin duda, Beauclair; está usted en Beauclair, de fiño, —declaró sonriendo el antiguo maestro pudelador.

Mas al ver que el pobre daba señales cada vez mayores de una inquieta sorpresa, llena de dudas, comprendió al fin lo que ocurría.

—Conoció usted el Beauclair de otros tiempos y quizá hace mucho que no viene usted por aquí.

—Sí, más de cincuenta años, —respondió el desconocido con voz sorda.

Bonnaire lanzó una carcajada.

—Entonces no me maravilla que le cueste á usted reconocer el sitio. Ha cambiado algo... Mire usted. De aquí mismo ha desaparecido la fábrica del Abismo, y allá abajo, todo el Beauclair viejo, el caserío miserable, se ha derribado; y ya ve usted, ha nacido una ciudad nueva, continuando el Parque de la Crécherie, que ha invadido con sus verdores la villa antigua, convirtiéndose en un jardín inmenso en que las casitas blancas sonríen entre los árboles... Naturalmente, hace falta reflexionar un poco antes de orientarse

El pobre había seguido estas explicaciones volviendo los ojos á los sitios que el anciano, movido de dulce alegría, le designaba con la mano. Pero nueva-

mente movió la cabeza, resistiéndose á creer en la verdad de lo que se le decía.

—No, no me convenzo, esto no es Beauclair... Ahí están, efectivamente los dos promontorios de los montes Bleuses, entre los cuales se abre la garganta de Brias, y también veo, á lo lejos, el llano de la Rumaña. Pero no queda más. Estos jardines y estas casas son de otro país, de un país rico y encantador, que me es desconocido... Habré de reanudar la marcha, pues seguramente he equivocado el camino.

Hizo un esfuerzo para levantarse del banco, recogiendo el palo y el zurrón, y al propio tiempo, sus miradas se fijaron por primera vez en el amable y afectuoso anciano. Hasta entonces había permanecido como replegado, mirando vagamente, hablándose á media voz. Y de pronto, á la primera ojeada que echó sobre Bonnaire, enmudeció, pareció estremecerse, con gran prisa para alejarse. ¿Tal vez había reconocido la persona, ya que no reconocía el lugar? Y Bonnaire se sintió tan impresionado con la llamada súbita que vino á iluminar aquella cara desfigurada, cubierta de pelo, que la examinó con mayor atención. ¿Dónde había visto él aquellos ojos claros incendiados por salvaje violencia en ciertos momentos? Bruscamente el recuerdo se le despertó y tembló á su vez, mientras que el pasado entero revivía en el grito que salió de sus labios:

—¡Ragú!

Creíasele muerto cincuenta años ha. ¿No fué acaso el suyo aquel cuerpo tan mutilado, hecho añicos que se halló en el fondo del abismo de los montes Bleuses al día siguiente de la fuga, después de cometido el crimen. ¡Y vivía, vivía aún, Dios santo! ¡Reaparecía, y esta resurrección extraordinaria, este muerto que surgía del sepulcro después de tantas cosas como habían ocurrido, traía consigo la sorda angustia de lo que sucediera en otro tiempo y de lo que sucedería en el porvenir!

—¡Ragú, Ragú! ¿eres tú en efecto?

Otra vez tenía el bastón en la mano, el zurrón á la espalda; pero ya que lo había reconocido ¿á qué conducía el seguir adelante? No cabía que hubiese equivocado el camino.

—Soy yo sin duda, amigo Bonnaire; y puesto que todavía vives, aunque me llevas diez años, también puedo vivir yo, verdad es que muy estropeado, casi incompleto.

Y luego, con su tono burlón de siempre:

—Pero, ¿me das tu palabra de que esto es efectivamente Beauclair, todo ese jardín magnífico, con sus preciosas casas? He llegado, pues, al término de mi viaje y no me queda más que buscar una posada en que me dejen dormir en un ricón de cuadra.

¿Por qué volvería? ¿Qué proyectos se agitaban en aquel cráneo... tras aquella cara torturada por muchos años de vida vagabunda y relajada? Cada vez más inquieto, invadido por el temor, Bonnaire se lo figuraba ya turbando la fiesta del día siguiente con algún escándalo. No se atrevió á preguntarle, por de pronto. Pero quiso tenerlo bajo su mira, lleno también de piedad, tocado en el corazón al verlo en tal miseria.

—Aquí no hay posadas... pero vendrás á mi casa. Comerás á tu gusto y dormirás en una cama limpia. Luego, hablaremos, me dirás lo que deseas y, si es posible, te ayudaré para que quedes satisfecho.

Ragú siguió bromeando.

—¡Lo que yo deseo! Nada, no es cosa que importe la voluntad de un viejo mendigo, medio valetudinario. Quiero volveros á ver, echar de paso una ojeada al lugar donde nací. Me atormentaba esa idea y no hubiese muerto tranquilo de no volver á pasearme un poco por estos sitios... ¿No te parece? Eso, á todo el mundo le está permitido. ¿No siguen siendo libres los caminos?

Sin duda.

—Me puse, pues, en marcha. ¡Oh, hace un puñado de años! Cuando no se tienen buenas piernas y se carece de dinero, se viaja despacio. Pero, así y todo, se llega, puesto que estoy aquí... Y no hay más; vamos á tu casa, puesto que me ofreces hospitalidad como buen compañero.

Caía la noche, y los dos ancianos pudieron atravesar lentamente el nuevo Beauclair sin que nadie los viese. Ragú seguía asombrado, lanzando miradas á derecha é izquierda, desconociendo todos los sitios

por donde pasaban. En fin, cuando Bonnaire se detuvo ante una de las casas más bonitas, bajo un bosque de hermosos árboles, exhaló un grito, en que reapareció su alma de antes:

—¡Has hecho fortuna, te has convertido en burgués!

El antiguo maestro pudelador se echó á reír.

—Nada de eso; ni he sido ni soy más que un obrero. Lo que hay de cierto es que todos hemos hecho fortuna, que todos somos burgueses.

Ragú sonrió irónicamente, como si se tranquilizara su temor lleno de envidia.

—Un obrero no puede ser burgués, y mientras uno trabaja es que no ha hecho fortuna.

—Bueno, bueno... ya hablaremos y te explicaré eso... Ahora, entra.

A la sazón, Bonnaire estaba sólo en aquella casa, que era la de su nieta Claudia, casada con Carlos Froment. Mucho tiempo antes había muerto el viejo Lunot, y su hija, la hermana de Ragú, la terrible Pelos, había fallecido también el año anterior, tras una riña terrible en que, como ella decía, se le había revuelto la sangre. Cuando Ragú supo esta doble pérdida, que en su casa faltaban para siempre su hermana y su padre, tan sólo hizo un gesto, dando á entender que lo esperaba así, á causa de la avanzada edad de aquellos. Tras medio siglo de ausencia, no hay motivo para asombrarse de no encontrar á las gentes.

—Aquí estamos en casa de mi nieta Claudia, hija de mi primogénito Luciano que se casó con Luisa Mazelle, la hija de los rentistas de quienes debes acordarte. A su vez, Claudia se ha casado con Carlos Froment, hijo del dueño de la Crecherie. Precisamente acaban de marchar para dejar en Pormeriers, en casa de una tía, á su chiquilla Alicia, una rapaza de ocho años, y no estarán de regreso hasta mañana por la noche.

Luego, alegremente, concluyó así:

—Hace pocos meses que los chicos me han tomado á su cargo, para mimarme... La casa es nuestra; come y bebe, y después te conduciré á tu alcoba. Mañana, cuando sea de día, ya veremos.

Ragú le había escuchado todo aturdido. Aquellos

nombres, aquellos matrimonios, las tres generaciones desfilando rápidamente, le llenaban de confusión. No había manera de comprender, de orientarse en medio de aquellos sucesos desconocidos, de aquellos matrimonios y nacimientos. Sin hablar palabra, comió ávidamente carne, fiambre y frutas, sentado á la mesa... y abundante, en la sala luminosa que una lámpara eléctrica inundaba con viva claridad. La sensación de bienestar, de comodidad de que se sentía rodeado, debía pesar gravemente sobre sus espaldas de viejo vagabundo, pues parecía más aviejado, más acabado aún, mientras que, la cara pegada casi al plato, devoraba mirando á través toda aquella dicha que no le pertenecía. Los profundos odios acumulados, la fiebre de venganza impotente, el sueño, ya irrealizable, de triunfar al fin sobre el deseado desastre de los demás, exhalábanse de su mismo silencio, del aplanamiento que le producían las entrevistas riquezas. Y mientras comía de aquel modo, Bonnaire, nuevamente inquieto de verlo tan sombrío, tan sospechoso, se preguntaba merced á qué desconocidas aventuras había podido ir rodando durante medio siglo, asombrado también de que hubiese podido sobrevivir á tanta miseria.

—¿De dónde vienes ahora?—acabó por preguntarle.

—¡Oh! de todas partes,—respondió Ragú con un gesto que abrazaba todo el horizonte.

—¿Habrás visto, pues, muchos países, gentes y cosas?

—¡Oh, sí! En Francia, Alemania, Inglaterra y América, he paseado mi cuerpo de un extremo á otro del mundo.

Y antes de irse á dormir, encendida la pipa, contó á grandes rasgos su existencia de obrero nómada, sublevado contra el trabajo, perezoso y viciado. Continuaba siendo el fruto dañado del salariado, el jornalero que sueña con la destrucción del patrono tan sólo por ocupar el sitio de éste y aplastar, á su vez, á sus camaradas. No veía más felicidad que la de obtener una gran fortuna y comérsela con la alegría de haber sabido explotar la miseria de los pobres. Y violento en las palabras, aunque cobarde siempre ante el amo,

trabajador inmoral, borracho incapaz de un trabajo seguido, había ido rodando de taller en taller, de comarca en comarca, expulsado de todas partes, marchándose él mismo cuando le daba la ventolera imbecil. Nunca había podido ahorrar un céntimo; en todas partes fué su huesped la miseria; cada año que pasaba le traía un desengaño más. Y cuando llegó la vejez, fué milagroso, efectivamente, que no muriese de hambre y de abandono, al pie de un hito. Hasta cerca de los sesenta años trabajó, obteniendo menudas labores. Luego se refugió, cayó en un hospital, de donde tuvo al fin que salir para dar en otro. Hacía quince años que se empeñaba en vivir así, sin saber bien cómo, á merced de las circunstancias. Ahora, mendigaba, hallando por los caminos el pedazo de pan y el montón de paja que le eran necesarios. Nada había cambiado en él, ni la rabia sorda, ni el feroz apetito de convertirse en patrono y de gozar.

—Pero,—replicó Bonnaire conteniendo el cúmulo de preguntas que pugnaban por salirle á los labios,— todos esos países que has atravesado deben estar en plena revolución. Ya sé yo que aquí hemos ido de prisa, que les hemos tomado la delantera; pero por todas partes se progresa, ¿no es verdad?

—Sí, sí,—respondió Ragú con su tono burlón,— se lucha, se procura rehacer la sociedad, lo cual no me ha impedido morir de hambre.

En Alemania, en Inglaterra, en América sobre todo, había presenciado huelgas y sublevaciones terribles. En todos los países que había recorrido á la ventura de sus odios y de su pereza, vió desarrollarse sucesos trágicos. Derrumbábanse los últimos imperios ocupando su lugar nuevas repúblicas, y las federaciones de los pueblos vecinos empezaban á borrar las fronteras. Era como un deshielo de primavera, cuando las nieves se funden y desaparecen, poniendo al descubierto la tierra fecundada en que brotan las semillas y florecen en poco tiempo, al amor del sol triunfante. La humanidad entera hallábase, en efecto, en plena evolución, ocupada, al fin, en fundar la ciudad dichosa. Pero él, mal obrero, vicioso, eterno descontento, tan sólo había recogido sufrimientos de tales

catástrofes, en las que se quejaba de recibir golpes sin haber logrado ocasión de saquear, si quiera las bodegas de un rico, para beber una vez en su vida todo cuanto le viniera en gana. Ahora, viejo vagabundo, viejo mendigo, se le importaba un ardite la ciudad de justicia y de paz, que no le devolvería su juventud, ni le daría un palacio con esclavos en que pudiera acabar su vida entre placeres, como los monarcas de que hablan las historias. Y burlábase amargamente del estúpido género humano que se tomaba tales fatigas para preparar, á los biznietos del siglo venidero, una casa algo más limpia que los hombres de hoy sólo en sueños disfrutan.

—Durante mucho tiempo ha bastado ese sueño para ser felices,—dijo Bonnaire tranquilamente.—Pero lo que tú dices no es cierto; la casa está ya casi reconstruida, hermosa, sana, alegre. Mañana te la enseñaré y verás si no causa ya gozo el habitarla.

Le indicó entonces que, al día siguiente, podría asistir á una de las cuatro fiestas del trabajo, que hacían desbordar la alegría en Beauclair á la entrada de cada estación. Cada una de ellas distinguíase por festejos particulares, basados en las condiciones de la estación misma. La del día siguiente, fiesta de verano, adornábase con todas las flores y frutos de la tierra, desbordando en una prodigiosa abundancia de riquezas ganadas, en un esplendor soberano de horizontes y de cielo en que llameaba el poderoso sol de Julio.

Ragú había vuelto á caer en su sombría inquietud, en el serdo temor de hallar al fin realizado en Beauclair, el antiguo sueño de la felicidad social. ¿Sería realmente cierto que, tras haber viajado por tantos países que, en medio de luchas dolorosas preparábase á dar á luz la sociedad futura, iba á encontrarla, casi establecida ya en aquel pueblo, el suyo, del que tuvo que huir una noche de locura homicida? Aquella dicha tan furiosamente buscada en todas partes, se había creado allí, durante su ausencia, y su regreso servíale tan sólo para comprobar la felicidad de los demás, en el mismo momento en que él ya no podía contar con goce alguno. Y cuando Bonnaire se levantó para conducirlo á la alcoba, una alcoba blanca con

gran lecho blanco que olía bien, le siguió con paso tardo, sufriendo con aquella hospitalidad tan amplia, tan fraternal, en medio de su feliz desahogo.

—Que duermas bien... hasta mañana.

—Sí, hasta mañana, si durante la noche no se nos cae encima este maldito mundo.

Sin embargo, á Bonnaire, que se acostó igualmente, le costó algo dormirse. También él atormentábase que riendo averiguar cuáles podrían ser las intenciones de Ragú. Varias veces había resistido al deseo de preguntarle francamente, por temor de provocar una explicación peligrosa. ¿No era preferible reservarse y proceder luego según aconsejaran las circunstancias? Temía una escena atroz, que aquel miserable vagabundo, loco por la miseria y el desastre, venido expresamente para armar escándalo, insultase á Lucas, insultase á Josina, repitiendo quizá su crimen. Así que se prometía no abandonarlo ni un solo instante al día siguiente, paseándolo por doquiera para estar seguro de que no iba sólo á parte alguna. Por otra parte, en esa idea de enseñarle todas las cosas iba envuelta una discreta táctica, la esperanza de sobrecogerlo con el espectáculo de tanta riqueza, de tanto poder adquirido, hasta hacerle sentir la inutilidad de la rabia y de la sublevación de uno sólo. Así que conociera bien lo existente, no se atrevería, y su derrota sería definitiva. Y al cabo, Bonnaire, se durmió, resuelto á entablar aquella última lucha, por la armonía, la paz y el amor de todos.

A la seis de la mañana siguiente, sonó ya el pasacalle de la banda de trompetas, anunciador de la fiesta del trabajo de Beauclair. El sol estaba ya alto, astro de alegría y de fuerza en un cielo de Junio admirable, de un azul intenso. Comenzaron á abrirse las ventanas, á cruzarse saludos entre los árboles de una casa á otra; y sentíase cómo el alma popular de la ciudad nueva se llenaba de alegría, mientras la diana de las trompetas seguía sonando, haciendo que surgiesen, de jardín en jardín, los gritos de los niños y las risas de las parejas de enamorados.

Bonnaire, que se vistió de prisa, halló ya á Ragú en pie, bien lavado en el baño próximo y vestido con un traje limpio que la noche anterior había quedado á

su alcanecé sobre una silla. Una vez reposado, Ragú había vuelto á ser sarcástico, resueltamente decidido á burlarse de todo, á no conceder ni el más mínimo progreso. Al ver entrar á su huésped, soltó una risita maligna, su risa insultante y despreciativa.

— ¡Dí tú que arman poco estruendo esos brutos con sus trompetas! ¡Bien fastidiarán á los vecinos que no gusten despertar sobresaltados! ¿Acaso tenéis todos los días esta música en vuestro cuartel?

El viejo maestro pudelador prefería verlo así, y sonrió dulcemente.

— No, no. Es tan sólo la diana alegre de los días de fiesta. Los demás días se puede dormir la mañanada en un delicioso silencio. Pero cuando la vida es buena, todo el mundo se levanta temprano, y sólo los enfermos sufren el disgusto de permanecer en la cama.

Luego, con bondadosa solicitud:

— ¿Has dormido bien? ¿Has encontrado todo lo que te hacía falta?

Todavía trató Ragú de molestar.

— ¡Oh! yo duermo bien en cualquier parte.

Hace años que me vengo acostando en los pajares, que valen tanto como la mejor cama del mundo... Es como todos esos inventos, esas pilas de baños, esos grifos de agua fría y caliente, esos calentadores eléctricos que funcionan con sólo oprimir un botón, cosas todas de gran servicio sin duda, cuando hay prisa; pero en otro caso, preferible es lavarse en el río y calentarse en una buena estufa de las antiguas.

Y viendo que su huésped no contestaba, concluyó:

— Tenéis demasiada agua en las casas, deben de ser húmedas.

— ¡Qué blasfemia! ¡Decir aquello de las aguas corrientes, bienhechoras, tan puras, tan frescas, que constituían la salud, la fuerza, la alegría de Beauclair, cuyas calles y jardines bañaban con eterna juventud!

— El agua es nuestra amiga, el hada buena de nuestro destino feliz,—dijo simplemente Bonnaire.—La verás brotar de todas partes y fecundar la ciudad... Vaya, vamos ante todo á desayunarnos, luego saldremos por ahí.

Aquel primer desayuno fué delicioso, en el comedor

inundado de luz, invadido por el sol de Levante. Sobre el mantel blanquísimo, había leche, huevos, frutas, con un pan hermoso, tan dorado, tan bien oliente, que se adivinaba haber sido amasado y cocido por máquinas perfectas, por un pueblo feliz. Y el anciano huésped prodigaba á su miserable convidado las atenciones más delicadas, una especie de tierna hospitalidad, heroica y simple, que parecía esparcir en el aire tranquilo una dulzura, una bondad infinitas.

Mientras comían, siguieron hablando. Como el día anterior, Bonnaire no creyó prudente hacer preguntas directas. Sin embargo, dábase cuenta exacta de que Ragú, como todos los criminales, volvía al sitio donde había cometido el crimen, devorado por la invencible necesidad de ver, de saber. ¿Vivía aún Josina? ¿Qué hacía? ¿Y Lucas, salvado de la muerte, la había recogido á su lado? ¿Qué había sido, en fin, de uno y otro? Seguramente, todas estas curiosidades ardorosas brillaban en el llamear de los ojos del viejo vagabundo. Pero como no hacía alusión á ellas, guardando su secreto, Bonnaire hubo de contentarse con poner en ejecución el plan convenido la víspera, la exaltación de la ciudad nueva, la glorificación de su prosperidad y de su poder. Y sin nombrar siquiera á Lucas, se puso á explicar la grandeza de su obra.

— Para que te hagas cargo amigo mío, es preciso que te diga donde nos hallamos, antes que te pasee por Beauclair. Ahora tocamos el triunfo, la efflorescencia completa del movimiento que á penas si se iniciaba cuando marchaste.

Y tomó la evolución en su comienzo, la fábrica de la Crécherie fundada sobre la asociación del capital, el trabajo y la inteligencia, dividida en acciones, con reparto de beneficios. Descubrió su lucha contra la otra fábrica, el Abismo, la forma bárbara del salariado, á la cual venció al fin, reemplazándola, conquistando poco á poco el viejo Beauclair miserable con la oleada victoriosa de las casitas blancas, tan alegres y dichosas. Luego contó cómo, por imitación, por necesidad, las demás fábricas de las cercanías habían venido á fundirse en la asociación primera; cómo se habían creado fatalmente otros grupos, el grupo del vestido, el de las habitaciones, sindicándose poco á

poco todos los oficios del mismo género, acercándose unos á otras todas las especies, todas las familias, uniéndose indefinidamente. Entonces, la doble cooperación de la producción y del consumo había decidido la victoria, y al reorganizarse el trabajo con este plan vastísimo, esta aplicación práctica de la solidaridad humana, había hecho surgir la sociedad nueva. Trabajábase sólo cuatro horas, en trabajos libremente escogidos, que podían variar siempre para que no perdiesen su atractivo, pues cada obrero poseía varios oficios, que le permitían pasar de un grupo á otro. Estos oficios estaban lógicamente encadenados, como la estructura misma del nuevo orden social, el trabajo regulador, única ley de la vida. Las máquinas, antes enemigas, habíanse convertido en dóciles esclavas, encargadas de los grandes esfuerzos. A los cuarenta años se consideraba que el individuo había pagado su deuda de trabajo á la ciudad, y trabajaba en adelante por puro placer. Y mientras que la cooperativa de producción hacía nacer de esta suerte la sociedad de justicia y de paz, basada en el trabajo consentido por todos, la cooperativa de consumo había hecho desaparecer el comercio, rueda inútil, consumidora de energía y de alegría. El labrador daba al obrero su trigo, y recibía el hierro y las herramientas. Varios Almacenes-generales centralizaban los productos y los distribuían directamente, según las necesidades. Ahorrábase de este modo millones y millones, puesto que ni el ágio ni el robo distraían nada en el cambio. Simplificaba la existencia toda, tendíase á la completa desaparición del numerario, el cierre de los Tribunales y de las prisiones, puesto que, por el interés privado, no se originaban ya cuestiones lanzando á unos hombres contra otros con la locura del fraude, del robo y de la muerte violenta. ¿Qué razón había de tener ya el crimen, dado que no existían pobres, ni desheredados, y la paz fraternal afirmábase cada día más entre los ciudadanos, convencidos al fin de que la felicidad de cada cual se componía de la felicidad de todos? Inmensa paz reinaba; la contribución de sangre había desaparecido como todas las contribuciones. No más consumos, no más tributos de ningún género, no más prohibiciones: libertad completa de

la producción y de los cambios. Y, sobre todo, después que quedaron suprimidos los parásitos, los empleados innumerables, funcionarios, magistrados, gentes de cuartel ó de iglesia, que antes chupaban la vida del cuerpo social, habíase producido una enorme riqueza, un amontonamiento tan prodigioso de bienes que, de año en año, los graneros, ya insuficientes, crugían bajo el peso siempre mayor de la fortuna pública.

—Está muy bien todo eso,—interrumpió Ragú.— Pero no importa. El verdadero placer está en no hacer nada, y si seguís trabajando, no sois señores. No hay quien me saque de aquí. Además, de un modo ó de otro, siempre resulta que os pagan; es siempre el salariado; y héte aquí convertido, tú que pedías la entera desaparición del capital.

Bonnaire soltó su risa francamente alegre.

—Verdad es, han acabado por convertirme. Creía en la necesidad de una revolución brusca, de un golpe de mano que nos hubiese hecho dueños del poder, con la posesión del suelo y de todos los instrumentos del trabajo. Pero no hay manera de resistir á la fuerza de la experiencia. Hace ya muchos años que veo aquí la conquista segura de esa justicia social, de esta dicha fraternal cuyo sueño me atormentaba. Ahora, he adquirido paciencia; he tenido la debilidad de contentarme con la conquista de hoy, en la certeza que tengo de la victoria de mañana. Te concedo, sí, que aún queda mucho por hacer; que nuestra libertad y nuestra justicia no son totales; que el capital y el salariado deben desaparecer por completo; que el pacto social se libraré de toda forma de autoridad y el individuo será libre en la humanidad libre. Nosotros obramos sencillamente de manera que los hijos de nuestros nietos realicen esa ciudad de la justicia y la libertad plenas.

Terminó, entonces, explicando los métodos de instrucción y educación, las casas cunas, las escuelas, los talleres de aprendizaje, el despertar del hombre en el niño, aceptando y cultivando todas las energías pasionales, desarrollándose juntos los niños y las niñas, anudando más estrechamente el lazo de la pareja amorosa, de que debería depender la fuerza de la

ciudad. En eso estaba el porvenir cada vez más liberador, en esas parejas del mañana, que crecían para él, con la voluntad y la inteligencia de las faenas decisivas. Cada generación, más libre, más capaz de equidad y de bondad, traía su piedra á la obra final.

Y mientras tanto la riqueza incalculable de la ciudad iría aumentando sin cesar, ya que la supresión de la herencia, conseguida casi por completo, no permitía que se formasen grandes fortunas individuales, escandalosas y desmoralizadoras, logrando así, poco á poco, que el prodigioso fruto del trabajo de todos, perteneciese desde luego á todos. Las rentas, los grandes libros caíanse también á pedazos; y los rentistas, los ociosos que vivían del trabajo ajeno ó del propio reunido, atesorado egoístamente, formaban una especie próxima á desaparecer. Todos los ciudadanos eran igualmente ricos, puesto que la ciudad, repleta de trabajo común, libre de trabas, preservada del derroche y del robo, amontonaba riquezas sin cuento, cuya producción seguramente habría que moderar al fin. Los goces que en otro tiempo estaban reservados á una minoría privilegiada, los manjares esquisitos, las flores, los atavíos brillantes y encantadores que embellecen la vida, eran ahora lujos asequibles á todos. Si en el hogar doméstico reinaba una gran sencillez, contentándose cada cual con la dicha de su casa, los edificios públicos desbordaban de suntuosidad extraordinaria, capaces para albergar muchedumbres numerosas, tan cómodos y atractivos que eran, en verdad, como los palacios del pueblo, los lugares de delectación en que apetecía vivir. Eran Museos, Bibliotecas, Teatros, Baños, Juegos, diversiones, simples pórticos que daban acceso á salas de reunión, de enseñanza mútua de conferencias, que la ciudad entera frecuentaba en las horas de descanso. Y los establecimientos benéficos abundaban también: Hospitales aislados para cada enfermedad; Hospicios en que los impedidos y los ancianos entraban libremente; refugios especialmente para las madres y los niños donde ingresaban las mujeres en cinta desde los meses mayores del embarazo y permanecían después de dar á luz, ellas y los recién nacidos hasta su completo restablecimiento. Así se repetía y afirmaba en la ciudad nueva el culto

del niño y de la madre: la madre, fuente de la eterna vida; el niño, mensajero victorioso del porvenir.

—Ahora,—terminó gozosamente Bonnaire,—puesto que has concluido de almorzar, vamos á ver las cosas bonitas, nuestro Beauclair reedificado y glorificado, en todo el esplendor de la fiesta. No te perdonaré ni uno solo de los sitios interesantes.

Ragú, decidido á no dejarse vencer encogíase de antemano de hombros, repitiendo las palabras que creía decisivas.

—Como quieras; pero conste que no sois señores, que seguís siendo unos pobres diablos si continuáis trabajando. El trabajo es vuestro amo y no habéis pasado de la categoría de un pueblo de esclavos.

A la puerta esperaba un pequeño carruaje eléctrico de dos asientos. Los había, semejantes á aquel, á la disposición de todo el mundo. El antiguo maestro pudelador que, no obstante y su avanzada edad, había conservado la vista firme y el pulso seguro, hizo subir á su compañero y se instaló él para guiar.

—¿No irás á estropear me más de lo que estoy, con esta máquina, eh?

—No, no tengas miedo. La electricidad me conoce. Hacíe años que nos llevamos en buena compañía.

Decía esto con tono devoto y enternecido, como si hablase una divinidad nueva, de un poder bienhechor de quien la ciudad derivase lo mejor de su prosperidad y de su alegría.

—La encontrarás en todas partes, grande y soberana energía, sin la que no hubieran podido cumplirse muchos progresos rápidos. Es ya la única fuerza que alimenta nuestras máquinas; y no solo funciona en los talleres comunes, sino que va á domicilio y mueve los artefactos privados: es la trabajadora domesticada de que todo el mundo usa para las más ínfimas labores, con solo dar vuelta ú oprimir un botón. Se da vuelta á una llave y nos ilumina; se da á otra y nos calienta. En todas partes, en el campo, en la ciudad, tanto en la calle como en el fondo de las habitaciones más modestas, está presente, trabaja en silencio en vez nuestra, es la naturaleza domada, el rayo hecho siervo, del que depende nuestra felicidad. Ha sido preciso fabricarla en cantidades incalculables, disponer

de ella como del aire, gratuitamente, por el placer de respirarlo, sin temor al derroche, sea cual fuere el gasto loco que de él hagamos. Y á lo que parece, todavía no hay bastante; el antiguo dueño de la Crécherie dice que todavía trata de darnos más, á fin de que podamos encender durante la noche, sobre Beauclair, un astro que reemplace el sol y haga brillar entre nosotros los resplandores de un día eterno.

Reíase de todo corazón, con la esperanza de barrer para siempre las tinieblas, mientras el carrujito se deslizaba por las amplias avenidas, con marcha rápida y dulce. Su proyecto era de ir hasta Combettes antes de recorrer la ciudad, mostrando en primer término á su camarada la magnífica posesión que había cambiado la Rómana en un paraíso de fertilidad y de delicias. Aquella mañana de fiesta lo animaba todo; los caminos tenían una bulliciosa alegría bajo el sol hermoso y triunfador. Otros carrujitos, en infinito número, los recorrían y de ellos salían cantos y risas. También pasaban muchas gentes á pie, de las aldeas próximas, la mayor parte en grupos, chicos y chicas endomingados que, al pasar, saludaban gozosamente al anciano, al ascendiente cabeza de familia. ¡Y que cultivos tan admirables se extendían á ambas lados del camino, extensos campos de trigo cuyo término no se veía, mares de trigo de un verde intenso, poderoso! En vez de las antiguas partijas de tierra, divididas avariciosamente en trozos pequeños, de una intensidad ética de suelo mal nutrido y mal cultivado, el llano entero formaba un solo é inmenso campo, abandonado, labrado, por manos asociadas y ricas y en el que la solidaridad de los hombres, ya reconciliados, habían provocado una fecundidad formidable, cosechas gigantescas para un pueblo equitativo y fraternal. Cuando la tierra no era buena, se la rehacía, dándole, por procedimientos químicos, las cualidades que le faltaban. La calentaban, la abrigaban y mediante cultivos intensos, recogíanse dos cosechas, legumbres y frutas en todas las estaciones. Gracias á las máquinas, ahorrábase el esfuerzo humano y leguas de terreno laborable llenábanse como por encanto de mieses. Pensábase incluso, en mandar á las nubes, dirigiéndolas á la voluntad, merced á extensas corrientes

eléctricas, de manera que, desde luego, se obtuviesen los días de lluvia ó de sol conforme á las necesidades de la agricultura. Después de haber conquistado la tierra, el hombre iba á conquistar el cielo, sometiendo á los astros. En los días de fiesta solemne, limpiaría el cielo azul, dándole un azul más amplio é intenso, y brillaría libre el sol, como una lámpara suspendida en el techo de un salón inmenso. Y desde luego, ya aquel día, para aquella fiesta del Trabajo, á la entrada del estío, el sol flameaba con esplendidez deslumbrante á lo largo de los caminos cuya alegre blancura serpenteaba entre las sábanas ondulantes de los altos trigos verdes que se perdían en el horizonte.

—Ya ves, amigo mío,—añadió Bonnaire, con un gesto que abrazaba todo el ámbito de la llanura,—si tenemos pan. Es el pan para todos, el pan á que se adquiere derecho con solo nacer.

—¿Dáis también de comer á los que no trabajan?—preguntó Ragú.

—Claro que sí... Pero sólo los enfermos y los impedidos no trabajan. Teniendo salud, se aburre uno de estar parado.

Atravesaba entonces el carrujito por entre los huertos; y era una delicia contemplar aquellas filas interminables de cerezos, llenos de frutos rojos. Hubiérase dicho que eran árboles encantados, cuyos racimos jugaban y reían al sol. Los albaricoques aun no estaban maduros; los manzanos y perales se doblaban bajo el peso de su carga, verde aun. Era una prodigalidad extraordinaria, con la que había para dar postre á todo un pueblo hasta la próxima primavera.

—El pan para todos no es mucha comida,—dijo Ragú irónicamente.

—¡Oh!—replicó Bonnaire bromeando igualmente, añadimos algo de postres. Ya ves, no será por falta de fruta.

Llegaron á las Combettes. La aldea miserable había desaparecido y entre la vegetación elevábanse blancas casitas, á lo largo del Grand-Jean, el arroyuelo infecto de antes, ahora canalizado, portador de agua pura, una de las causas de la fertilidad que por todas partes rodeaba. Ya no era el antiguo campo abando-

nado, sucio y miserable, en que los aldeanos vegetaban siglos ha, con la terca limitación de la rutina y el odio. El espíritu de verdad y de libertad había pasado por allí, habiase cumplido una evolución hacia la ciencia y la armonía, iluminando las inteligencias, reconciliando los corazones, trayendo consigo la salud, la riqueza, la alegría. Desde que todos habían convenido en asociarse, habiase fundado la dicha de cada cual. Y nunca se había cumplido más victoriosamente una experiencia más decisiva; la lección de las cosas reía en Combettes, con sus casas aisladas, de las que salía un perfume de familias felices, de risas y de canciones.

—¿Te acuerdas de la antigua Combettes?—preguntó de nuevo Bonnaire,—las casuchas ruinosas entre el fango y el estiércol, los labradores de mirada fiera, que se quejaban de morir de hambre? Mira lo que han conseguido.

Pero en su envidia salvaje, Ragú no quería dejarse convencer, esperando descubrir á pesar de todo, en alguna parte la desgracia, aquella maldición de trabajo que, por largo atavismo de esclavo, perduraba en su sangre de perezoso, de asalariado remachado en su cadena.

—Si trabajan, no pueden ser felices,—repitió obstinadamente.—Su felicidad es engañosa; el bien supremo consiste en no hacer nada.

Y él, que hablaba mal de los curas antaño, añadió:

—¿No dice el catecismo que el trabajo es un castigo, la degradación del hombre? Los que van al paraíso, dejan de trabajar.

A la vuelta, pasaron por delante de la Guerdache, uno de los jardines públicos de la ciudad nueva, lleno siempre de madres jóvenes y de una nube de chiquillos juguetones. El amplio edificio, aun mayor que antes, seguía sirviendo de lugar de descanso á las recién paridas, que allí aguardaban á su restablecimiento completo, entre las flores y los grandes árboles. Era una posesión magnífica, uno de aquellos antiguos palacios que el pueblo había heredado legítimamente, donde al fin se encontraba como en casa propia, en natural soberanía. Animábanse las praderas con macizos llenos de perfumes, y las alamedas profundas

perdíanse bajo la elevada bóveda de ramas, deliciosamente sombrías y silenciosas. Y en aquellas majestuosas calles de árboles, por donde en otro tiempo corrían las partidas de caza, las madres, vestidas con trajes claros, hacían rodar suavemente cochecitos de niño, ó reían con los pequeñuelos.

—¿Qué me importa,—dijo todavía Ragú,—un lujo y un placer de que se aprovecha todo el mundo? Desde el momento que no es para mí sólo, ya no me parece tan bueno.

Pero el carrujito seguía marchando, y volvieron á entrar en el nuevo Beauclair. El aspecto general de la ciudad reconstruida era propiamente el de un inmenso jardín, en que las casas se habían esparcido, naturalmente, entre la vegetación, como necesitadas de aire y vida libres. En vez de estrecharse unas con otras, como en las épocas de tiranía y de terror, las casas parecían haberse dispersado buscando mayor paz, más salud venturosa. Los solares, puestos en común, nada costaban, extendiéndose de un promontorio al otro de los Montes Bleuses. ¿A que conducía el amontonamiento, si el llano daba mucho de sí? ¿Acaso es mucho para una familia disfrutar unos miles de metros cuando hay tantos territorios deshabitados en el mundo? Cada uno había escogido su lote, y luego edificado á su gusto. Nada de alineación; amplias avenidas que cortaban los jardines para facilitar las comunicaciones y en medio de los árboles, las casas, á capricho de cada familia. Únicamente advertíase en todas, por muy diferentes que fuesen su orientación y su distribución, cierta fisonomía común, un aire acentuado de limpieza y de alegría. Especialmente, adornábanse todas con cuarzos y azulejos de colores vivos, tejas esmaltadas, caballetes, marcos, entrepaños, frisos, cornisas, en que el azul de la correhuela, el amarillo de los dientes de león, el rojo de las amapolas, semejaban grandes ramilletes floridos entre los macizos verdes de los árboles. Nada más alegremente encantador; sentíase allí la renaciente florecencia de la estética popular, algo de esa belleza á que el pueblo tiene derecho y que su genio iría desenvolviendo, en cosecha de obras maestras. Luego, en las plazas, en las encrucijadas, elevábanse los monu-

mentos públicos, inmensas construcciones en que el hierro y el acero triunfaban en armaduras atrevidas. La magnificencia componíase de sencillez, de lógica adaptación á los usos de las cosas, de inteligente grandeza en la elección de los materiales y de la decoración. El pueblo entero debía encontrarse allí como en su casa propia; los Museos, las Bibliotecas, los Teatros, los Baños, los Laboratorios, las Salas de reunión y de diversiones, no eran más que casas comunes, abiertas á todos los ciudadanos y en las que se vive libre, fraternalmente, la vida social. Comenzaban, en bosquejo, ensayos de pórticos, trozos de avenida cubiertos de cristales que se pensaba calentar en invierno, para hacer posible la circulación cómoda en los días de grandes lluvias ó fríos.

Ahora Ragú daba ya, á pesar suyo, muestras de sorpresa; y Bonnaire, viéndole absolutamente desorientado, se echó á reír.

— ¡Ah! No es cosa fácil reconocer los antiguos sitios... Nos hallamos en la antigua plaza de la Alcaldía ya te acordarás, aquella plaza cuadrada de la que partían las cuatro grandes calles de Briás, de Formeries, de Saint-Cron y de Magnolles. Sólo que como el edificio de la alcaldía se venía abajo de puro viejo, lo hemos demolido, así como la escuela primitiva en que tantos chiquillos se embrutecieron bajo el poder de la palmeta. Y aquí tienes, en vez de aquello, una serie de grandes pabellones, los Laboratorios de química y de física, en que tienen entrada libre todos los sabios para estudiar, para hacer experimentos cuando creen haber inventado algo útil á la comunidad. Las cuatro calles se han transformado demoliendo casuchas, plantando árboles; y sólo han quedado las antiguas casas burguesas en que los enlaces de familia han venido á instalar nuestros descendientes, á los hijos de aquellos pobres maricas de antes.

Con esto, Ragú acabó de orientarse en aquel viejo y hermoso barrio de Beauclair, el menos transformado, naturalmente. Fué preciso, sin embargo, que Bonnaire siguiese señalándole al pasar las transformaciones decisivas, debidas á la victoria de la sociedad nueva. Habíase conservado la sub-prefectura, añadiéndole dos alas para instalar una biblioteca. Igualmen-

te, el Juzgado se había convertido en Museo, la Cárcel nueva, con sus celdas, se pudo convertir, sin grandes gastos, en una casa de baños, en que abundaba el agua que surgía de las fuentes. El jardín, plantado en los terrenos de la iglesia que se derrumbó, tenía ya hermosos sitios sombríos alrededor del pequeño lago abierto en el sitio mismo de la antigua cripta subterránea. A medida que tendían á desaparecer las diversas autoridades, administrativas y represivas, los edificios volvían al pueblo, quien disponía de ellos para su bienestar y alegría.

Pero al desandar lo andado el cochecillo, subiendo una avenida amplia y hermosa, Ragú se desorientó nuevamente.

— ¿Dónde estamos ahora?

— En la antigua calle de Briás,—respondió Bonnaire.— Su aspecto ha cambiado mucho, en efecto. Como el comercio al por menor ha desaparecido completamente, las tiendas se han cerrado una por una y las casas viejas han acabado por ser demolidas, dejando su sitio á las construcciones nuevas, tan risueñas entre las espineras y las lilas. Y allí, á la derecha, hemos tapado el Clouque, alcantarilla venenosa sobre la que ahora pasa la alameda de esta avenida.

Siguió evocando la estrecha y negra calle de Briás con su piso siempre enfangado, su continuo pataleo de rebaño. Arrastraba allí su fatiga el trabajo lívido y malhumorado; allí vagaban por la noche el hambre y la prostitución; las amas de casas pobres recorrían allí tienda por tienda, afanosas, en demanda de mezuquina venta al fiado. Allí reinaban los Laboque, cobrando su diezmo de los compradores; allí Caffiaux envenenaba á los obreros con su alcohol industrial y el carnicero Decheux vigilaba su carne, la carne sagrada, alimento de los ricos, mientras que la hermosa panadera, la buena señora Mitaine, era la única que cerraba los ojos si desaparecían de su escaparate un pan ó dos los días en que á los pilluelos de la calle les apretaba el hambre. Pero ahora el suelo estaba limpio de tanta suciedad y de tanto sufrimiento; un solo libertador había arrebatado las tiendas, en que la pobreza de todos se agravaba con las ganancias del comercio, rueda inútil, devorador de riqueza y de fuer-

za. Desfilaba ante ellos la avenida, ensanchada, saneada, inundada por el sol, sólo con casas de trabajadores felices, mientras que la muchedumbre reía y cantaba en aquella esplendente mañana de fiesta triunfal.

—Pero entónces,—exclamó Ragú,—si por aquí discurre el Clouque bajo esos taludes llenos de yerba, el antiguo Beauclair estaría allá abajo, en el sitio de ese parque nuevo, en que se ven medio ocultas por la arboleda blancas fachadas?

Estaba al fin sorprendido. Era en efecto el antiguo Beauclair, el montón sórdido de casuchas levantadas en medio de un pantano nauseabundo, con las calles sin sol, sin ventilación, apestadas por un arroyo central. En aquellos nidos de miseria y de enfermedades amontonábase el desdichado pueblo trabajador, agonizando desde muchos siglos atrás, bajo la terrible iniquidad social. Acordábase especialmente de la calle de las Tres Lunas, la más oscura, la más estrecha la más inmunda de todas. Y hé aquí que una bocanada de justicia y de venganza había purificado cloaca, arrastrando consigo aquellos abominables escombros, sembrando en su lugar árboles, arbustos, habitaciones en que la salud y la alegría habían germinado. Nada quedaba de la antigua ignominia, de aquel presidio que destilaba su veneno á cielo abierto, como una úlcera que traía aparejada la muerte de la humanidad. Con la justicia, había vuelto á la vida; y también eran risas y cantos lo que salía de las casas, llenando las amplias vías nuevas, henchidas de una juventud bulliciosa.

Divertíase Bonnaire con el asombro de Ragú, paseándolo lentamente por las calles nuevas de aquella dichosa ciudad del trabajo, todavía más bella en aquel día de descanso y de fiesta en que todas las casas hallábanse empavesadas, haciendo restallar á impulsos del ligero viento matutino, banderolas de vivos colores, á la vez que adornaban las puertas y las ventanas telas llamativas. Los umbrales estaban cubiertos de rosas, nacidas en los extensos campos próximos, que la ciudad entera se podía adornar con ellas como una mujer el día de su boda. Por todas partes resonaban músicas; coros de muchachas y muchachos que se es-

parcían en grandes ondas sonoras; voces puras de niñas subían muy alto, perdiéndose en el sol, y el límpido, el alegre sol también se unía á la fiesta, tendiendo inmensas bandas de oro de amplitud infinita bajo la bóveda suntuosa del cielo transparente, de una apariencia sedosa hermosamente azul. La población entera comenzaba á echarse á la calle, vestida de colores claros, adornada con telas preciosas, que antes eran de puro lujo y ahora estaban á disposición de todos. Modas nuevas, muy sencillas y magníficas á la vez, prestaban singular encanto á las mujeres. Desde que la moneda había ido desapareciendo lentamente, reservábase el oro para las alhajas; y todas las niñas recibían al nacer collares, brazaletes y sortijas, como los chiquillos de antaño recibían juguetes. Ya no tenían valor esas joyas, convertido el oro sencillamente en belleza; de igual modo que bien pronto, los hornos eléctricos producirían diamantes y piedras preciosas en cantidad incalculable: sacos de rubíes, de esmeraldas de záfiro, con los que habría bastante para cubrir á todas las mujeres. Las novias que pasaban cogidas del brazo de sus novios, mostraban el cabello cuajado de estrellas vivientes. Y sin cesar pasaban parejas, prometidos del amor libre, esposos de veinte años que se habían escogido mutuamente y que jamás se separarían, matrimonios envejecidos en el afecto, con las manos más estrechamente enlazadas á medida que transcurrían los años.

—¿Dónde van ahora todos esos?—preguntó Ragú.

—Se visitan mutuamente,—respondió Bonnaire,—invitándose para la gran comida de esta noche, á la cual asistirán. Muchos no van á ningún lado, salen á tomar el sol, viven al aire libre las horas de descanso porque están alegres y se encuentran como en su propia casa en estas fraternales calles hermosas. Además, hoy, hay por doquiera diversiones y juegos, naturalmente gratuitos, porque la entrada en todos los establecimientos públicos es libre. Esas turbas de niños que ves, van á los circos, mientras que otros grupos de gente acude á las reuniones, los espectáculos teatrales ó á los conciertos... Los teatros se destinan á

formar parte de la instrucción y la educación sociales.

Pero bruscamente, á tiempo que pasaba ante una casa cuyos habitantes iban á salir, detuvo el cochecillo.

—¿Quieres ver una de nuestras casas nuevas?... Precisamente estamos en la de mi nieto Feliciano, y puesto que aún está ahí él, nos recibirá.

Feliciano era hijo de Severino Bonnaire, casado con Luisa, hija de Azulina y de Aquiles Gourier. A su vez, Feliciano habíase casado quince días antes con Elena Jollivet, hija de Andrés Jollivet y de Paulina Froment. Pero cuando Bonnaire quiso explicar á Ragú esta genealogía, hizo éste un gesto como de quien pierde la cabeza con una complicación tal de enlaces. El nuevo matrimonio era encantador, ella muy joven, de una adorable belleza rubia, él, igualmente rubio, alto y fuerte. Su casa, en que no podía haber todavía niños, respiraba amor, con sus habitaciones claras, alegres, su mueblaje nuevo de una elegancia sencilla. Aquel día, además, hallábase cubierta, como las calles, de rosas; porque parecía que sobre Beauclair habían llovido rosas, que se veían por todas partes, hasta en los tejados. Visitaron la casa entera alegremente y volvieron á la habitación que servía de taller, una gran sala cuadrada en que había un motor eléctrico. Feliciano, que era por vocación tornero de metales, aparte los tres ó cuatro oficios que ejercía á la vez, prefería trabajar en su casa; y lo mismo les ocurría á muchos camaradas de su edad, señalándose en aquella generación nueva un movimiento en el sentido del trabajo á domicilio, libre, amo de fabricación, con independencia de los grandes talleres sociales, bases necesarias, hasta entonces, de la ciudad. Para esos obreros individuales, la fuerza eléctrica servía á maravilla. La tenían en su casa como el agua de las fuentes. Significaba esto el trabajo cómodo, que se puede realizar en el hogar propio, con limpieza y sin fatiga; y cada casa trocábase en un taller de familia, en un lazo más que agrupaba las energías en el hogar: el trabajador enteramente libre en la ciudad libre.

—Hasta la noche, hijos míos,—dijo Bonnaire despidiéndose.—¿Venís á comer con nosotros?

—No, abuelo, imposible por hoy. Vamos á casa de la abuela Morfain. Pero á los postres asomaremos por allí.

Ragú subió de nuevo al carrujito sin desplegar los labios. Había visitado la casa sin hablar nada, deteniéndose un instante frente al motor eléctrico. Y todavía logró sobreponerse á la emoción que acababa de sobrecogerle, ante el espectáculo de tanta comodidad y tanta dicha manifiesta.

—Convengamos en que esas casas donde en la mejor habitación hay una máquina, no son casas de burgueses ricos y felices... Concedo que vuestros obreros están mejor alojados, tienen más agradable vida desde que ha desaparecido la miseria. Pero no dejan de ser obreros mercenarios condenados al trabajo. En otros tiempos, había, á lo menos, algunas gentes felices, los privilegiados que holgaban siempre, y todo vuestro progreso consiste en que el pueblo entero se embrutezca en la esclavitud común.

Bonnaire se encogió de hombros ante aquel grito desolado de un devoto de la pereza, cuyo culto se derrumbaba.

—Entendámonos, amigo mío, ¿qué es lo que tú llamas esclavitud? Si respirar, comer, dormir, vivir, en fin, es esclavitud, la hay en el trabajo. Puesto que vives, preciso es que trabajes, porque no podrías vivir una hora sin trabajar... Pero ya hablaremos de eso. Ahora volvamos á casa para almorzar; y luego entretendremos la tarde visitando los talleres y los almacenes.

Terminado el almuerzo, continuaron, en efecto, su excursión, á pie, como quien da un paseo. Atravesaron la fábrica entera, con sus talleres bañados por el sol en los que el acero y los cobres de las nuevas máquinas relucían como joyas. Y aquel día habían venido los trabajadores, en bandos de chicos y muchachas, á adornar las máquinas con guirnaldas de ramaje y rosas. ¿No eran también ellas de la fiesta? Puesto que ésta se celebraba en honor del trabajo, había que festejar también á aquellas poderosas obreras, tan suaves, tan dóciles, que aliviaban la tarea de los hombres y de los animales. Aquellas rosas con que adornaban las prensas, los martillos enormes, las

garlopas gigantescas, los grandes tornos, los grandes laminadores, decían cuán activo se había hecho el trabajo, cómo había llegado á convertirse en bienestar del cuerpo y goce del espíritu. Sonaban canciones, se formaban rondas, y en medio de risas se organizaba una danza que poco á poco se corría de taller en taller y acababa por transformar toda la fábrica en un inmenso lugar de regocijo.

Impasible todavía, Ragú se paseaba levantando la vista hacia las altas vidrieras inundadas de sol; contemplaba el pavimento y las paredes, de claridad brillante, y se interesaba por las máquinas, muchas de las cuales le eran desconocidas, colosos formados por complicados sistemas de ruedas, capaces de desempeñar las antiguas faenas humanas, las más rudas como las más delicadas. Las había dotadas de piernas, brazos, pies y manos, para andar, para abrazar, para estrechar y manosear el metal, con dedos flexibles, ágiles y fuertes. Le llamaron, sobre todo, la atención los nuevos hornos de pudelar, aquellos hornos donde el braceo se hacía mecánicamente. ¿Era posible que saliera así «la bola», completamente preparada para ir al martillo cinglador? ¡Y la electricidad, que hacía rodar los puentes, que sacudía los monstruosos pilones, que movía los laminadores capaces de cubrir de rieles toda la tierra! En todas partes se notaba la presencia de aquella electricidad soberana; había acabado por ser la misma sangre de la fábrica, circulando de un extremo á otro de los talleres, dando vida á todas las cosas, convertida en la única fuente de movimiento, de calor y de luz.

—Sin duda,—debió conceder Ragú,—esto está muy bien; es muy limpio y muy grande; vale mucho más que nuestros sucios agujeros de otros tiempos, en los cuales estábamos como cerdos en dornajo. Cierto que se han realizado progresos; la lástima es que no se haya podido encontrar todavía la manera de dar cien mil francos de renta á cada ciudadano.

—Los tenemos, tenemos esos cien mil francos de renta,—contestó alegremente Bonnaire.—Ven á verlo.

Y lo llevó á los almacenes generales. Eran inmensas granjas, inmensos graneros, inmensas salas de reserva, donde se aglomeraba toda la producción, toda la

riqueza de la ciudad. De año en año, había habido necesidad de agrandarlos; ya no se sabía donde colocar las cosechas; hasta se había aminorado la producción de objetos fabricados para que no se produjera una aglomeración excesiva. En ninguna parte se comprendía mejor la incalculable fortuna de que era capaz un pueblo, cuando desaparecían los intermediarios, los ladrones y los ociosos. La nación entera trabajando, con su jornada de cuatro horas diarias, amontonaba una riqueza tan prodigiosa, que á todos los habitantes les sobraban toda clase de bienes, satisfacían todos los deseos y desconocían desde entonces la envidia, el odio y el crimen.

—He aquí nuestras rentas,—replicó Bonnaire.—Cada uno de nosotros puede sacar de aquí sin llevar cuenta. ¿Crees que esto no representa para cada uno cien mil francos de vida feliz? Cierto que todos somos igualmente ricos, y eso, tú lo has dicho, á ti te aminoraría el placer, porque no aprecias la fortuna más que cuando la sazona la miseria de los demás. Pero nuestro sistema ofrece en cambio, una ventaja, y es que no se corre el riesgo de que le roben á uno ó le asesinen cualquier noche en la esquina de una calle.

Indicó también que empezaba á notarse un movimiento fuera de los almacenes generales: el cambio directo de productor á productor, que venía sobre todo de los pequeños talleres de familia, de las máquinas á domicilio. Los grandes talleres, los grandes almacenes sociales, acabarían quizá por desaparecer un día y su desaparición constituiría un nuevo paso hacia la libertad, hacia el individuo soberanamente libre en la humanidad libre.

Ragú le escuchaba trastornado poco á poco por aquella felicidad conquistada, que hubiera querido regar todavía. Y no sabiendo cómo ocultar el trastorno de su inteligencia, exclamó:

—¡De modo que tú á estas horas eres anarquista!

Esta vez Bonnaire demostró ruidosamente su alegría.

—¡Oh, mi buen amigo! Era colectivista y me has reprochado el que no lo fuera ya. Ahora me haces anarquista... La verdad es que ya no somos nada desde el día en que se ha realizado el ensueño común

de felicidad, de verdad y de justicia... Y ahora que me acuerdo, ven á ver algo más para acabar nuestra visita.

Le llevó tras los almacenes generales, justamente al pie de la rampa de los Montes Bleuses, al sitio donde Lange había instalado antaño sus hornos rudimentarios de alfarero, en un cercado de piedras secas, una especie de barraca de artesano libertario, que vivía fuera de las costumbres y de las leyes. Hoy se elevaba allí todo un vasto edificio, una fábrica considerable de cerámica, de la cual salían los ladrillos y las tejas esmaltadas, las mil decoraciones de colores vivos que adornaban la ciudad entera. Lange se había decidido á formar discípulos, cediendo á las instancias amistosas de Lucas, tan pronto como vió renacer un poco de equidad y de consuelo para la atroz miseria. Al fin, puesto que en el pueblo florecía nuevamente la alegría, también iba él á poder realizar su sueño, dejar brotar de su mano las *terra cottas* brillantes, las espigas de oro, los azulejos, y las amapolas, con que hacía tanto tiempo trataba de alegrar las fachadas entre la verdura de los jardines. Parecía como si le edificasen exprofeso una ciudad, la ciudad feliz de los trabajadores libertados y ennoblecidos. Y de sus gruesos dedos de obrero genial, había salido, dilatándose, la belleza, un arte admirable que venía del pueblo y volvía al pueblo; toda la fuerza y toda la gracia primitivas. No había renunciado á los objetos más humildes, las simple arcilla, la vajilla de cocina y de mesa, las marmitas, las tarteras, los cántaros, los platos, de forma y de colores excelentes, mezclando á las necesidades ínfimas de la vulgar vida cotidiana el encanto glorioso del arte. Pero de año en año, había ido ampliando su producción, dotando de frisos soberbios á los edificios públicos, poblando de estatuas preciosas los paseos, levantando en las plazas fuentes como grandes ramos de flores de donde fluía el agua de los manantiales con frescura de eterna juventud. Y las pléyades de artistas que había hecho á su imagen entre las nuevas generaciones producían ahora con extraordinaria abundancia, ponían arte y belleza hasta en los vasos de que las

amas de casa se servían para guardar el dulce y las conservas.

Precisamente Lange estaba allí, en el umbral de la fábrica, en lo más alto de la escalinata. Aunque tenía cerca de setenta y cinco años, se conservaba robusto su cuerpo de chaparro macizo bajo aquella cabeza cuadrada y rústica, envuelta por enmarañados cabellos y barba, hoy de un blanco de nieve. Pero de sus ojos vivos salía ahora en claras sonrisas la infinita bondad, oculta bajo la ruda corteza. Una banda de niños juguetones le rodeaba, compuestas de chicos y niñas que se empujaban unos á otros con las manos tendidas hacia adelante, mientras que él procedía á una distribución de menudos regalos, según acostumbraba á hacerlo todos los días de fiesta. Les repartía así, á manera de juguetes, muñecos de arcilla, modelados con sólo unos cuantos movimientos del dedo pulgar, pintados y cocidos de cualquier manera, pero de una gracia deliciosa y algunos cómicamente encantadores. Representaban los asuntos más sencillos del mundo, las ocupaciones de todos los días, los actos menudos y los goces fugitivos de cada hora; niños llorando ó riendo, niñas arreglando la casa, obreros trabajando; la vida, en fin, en continua y maravillosa floración.

—Vamos, vamos, hijos míos, no os precipitéis, habrá para todos... Toma, rubita mía, para ti esta nena que se está poniendo las medias... Toma tú, grandullón, para ti este galopín que vuelve de la escuela... Toma tú, morenillo, para ti este herrero, con su martillo.

Y gritaba y reía contentísimo en medio de los niños felices que se disputaban sus hombrecillos y mujercitas, como llamaba á sus excelentes figuras.

—¡Ah, tened cuidado! No hay que romperlos... Colocadlos en vuestro cuarto; así tendréis delante de los ojos líneas agradables y lindos colores. Luego, cuando seáis grandes, os gustará lo bello y lo bueno, y vosotros mismos seréis muy hermosos y muy buenos.

Era su teoría. El pueblo necesita belleza para ser sano y fraternal. Un pueblo satisfecho no podía ser más que un pueblo inteligente y armonioso. Todo en él y en su derredor debía recordarle la belleza,

sobre todo los objetos de uso corriente, los utensilios, los muebles, la casa entera. Y la creencia en la superioridad del arte aristocrático era una imbecilidad; el arte más vasto, más conmovedor, ¿no estaba en la vida misma? Cuando la obra fuera ejecutada por todos se impregnaría de una emoción, de una grandeza incomparables de la inmensidad de los seres y de las cosas. Por otra parte, aún ahora venía de todos, salía de las entrañas de la humanidad, pues la obra inmortal, la que desafiaba á los siglos, nacía de la multitud y resumía una época y una civilización. Y siempre el arte florecía en el pueblo, para embellecerlo, darle el perfume y el brillo tan necesarios á su existencia, como el pan de cada día.

Aun quedan este labrador recogiendo su cosecha, esta mujer lavando la ropa... ¡Toma! Para ti, grandullona. ¡Ten! para ti, chiquitín... Y se acabó; ahora sed buenos, besos en mi nombre á vuestros papás y á vuestras mamás. ¡Andad, andad, corderitos míos, pollitos míos; la vida es bella, la vida es buena!

Ragú, inmóvil, había escuchado en silencio, cada vez más sorprendido. Acabó por dar rienda suelta á su terrible mofa.

—Hola, anarquista, ¿ya no hablas de hacer saltar toda la tienda?

Lange se volvió con un movimiento brusco y le miró sin reconocerle. No se enfadó, se echó á reír de nuevo.

—¡Ah! me conoces, tú, cuyo nombre no recuerdo ya... Es cierto, he querido hacer saltar la tienda. Lo gritaba así por todas partes, á todos los vientos, lanzando la maldición á la ciudad maldita, anunciándole la destrucción próxima por el hierro y el fuego. Hasta había resuelto ser yo mismo el justiciero, quemando á Beauclair como con un rayo... Pero, ¿qué quieres? Las cosas han ido por otro camino. Se ha hecho ya bastante justicia para desarmarme. La ciudad se ha purificado, se ha reedificado, y no puedo destruirla ahora que se realiza en ella todo lo que he querido, todo lo que he soñado... ¿No es cierto, Bonnaire? La paz está hecha.

Y el anarquista de otros tiempos, tendió la mano al

antiguo colectivista, con el cual había tenido tan furiosas cuestiones.

—Nos hubiéramos comido, ¿no es cierto, Bonnaire?... Estábamos de acuerdo acerca de la ciudad de libertad, de equidad y de concordia, á donde deseábamos llegar. Sólo que diferíamos en cuanto al camino que debíamos seguir, y los que creían que debían tirar por la derecha hubieran destrozado á los que pretendían pasar por la izquierda... Ahora que hemos llegado, seríamos demasiado brutos si disputáramos todavía, ¿no es cierto, Bonnaire?... la paz está hecha...

Bonnaire, que había retenido entre las suyas la mano del alfarero, la estrechaba, la sacudía afectuosamente.

—Sí, sí, Lange, hacíamos mal en no entendernos; probablemente eso era lo que nos impedía avanzar. O más bien, todos teníamos razón, puesto que ahora estamos estrechándonos las manos, reconociendo que en el fondo todos queríamos lo mismo.

—Y,—replicó Lange,—si las cosas no marchan todavía como lo exigiría la justicia absoluta; si aún tienen que venir la plenitud de la libertad y la plenitud del amor, hay que confiar en estos galopines y en estas chiquillas para continuar la obra y terminarla algún día... Ya lo oís, mis pollitos y mis corderitos, amáos mucho los unos á los otros.

Se reproducían los gritos y las risas, cuando brutalemente intervino de nuevo Ragú.

—Y tu Descalza, dí, anarquista frustrado, ¿la has hecho tu mujer?

Se llenaron de súbitas lágrimas los ojos de Lange. Hacía ya cerca de veinte años que la buena moza, recogida por bondad en un camino, y que la adoraba como una esclava, había muerto en sus brazos, víctima de un espantoso accidente, que había quedado muy oscuro. El lo atribuía á la explosión de sus hornos; hablaba de la puerta de hierro lanzada con violencia y que había abierto á la Descalza un agujero en mitad del pecho. Pero la verdad era ciertamente otra. Ella le ayudaba en sus experimentos de explosivos y debía de haber sido herida y muerta instantáneamente, durante los ensayos hechos para cargar las

fanosas pequeñas marmitas, de que él hablaba tan complaciente y que debía depositar en la Alcaldía, en la Sub-Prefectura, en el Tribunal, donde quiera que había una autoridad para destruir. Durante meses enteros, durante años, su corazón había sangrado, por esta pérdida trágica, y todavía hoy, en medio de tanta dicha lograda, lloraba á aquella amante tan cariñosa, que por la limosna de un pedazo de pan, le había hecho para siempre el regio presente de su belleza.

Lange avanzó rudamente hacia Ragú.

—Eres un malvado. ¿Por qué me revuelves el corazón?... ¿Quién eres? ¿De dónde vuelves? ¿No sabes que mi mujer ha muerto y que todas las noches todavía le pido perdón, acusándome de haberla matado? Si no me he convertido en un mal hombre lo debo á su tierno recuerdo, pues siempre la tengo presente y es mi buena consejera... Pero tú eres un malvado; no quiero reconocerte, no quiero saber tu nombre. ¡Vete, vete de entre nosotros!

Estaba soberbio de violencia dolorosa. Bajo la corteza mal desbastada, el poeta que en otros tiempos estallaba en fantasías vengadoras de negra grandeza, se había enternecido, con el corazón lleno de una bondad temblorosa, inmensa ahora.

—¿De modo que le has conocido?—preguntó Bonnaire, inquieto.—¿Quién es? dímelo.

—No quiero conocerlo, — repitió Lange con más fuerza.—No diré nada; que se vaya, que se vaya en seguida... No sirve para vivir entre nosotros.

Y Bonnaire, persuadido de que el alfarero había reconocido á su hombre, se lo llevó suavemente, deseando evitar una explicación penosa. Ragú, sin insistir en la disputa, le seguía en silencio. Todo lo que veía, lo que oía, le hería el corazón, le llenaba de un pesar amargo, de una envidia infinita. Y comenzaba á titubear, ante aquella felicidad conquistada, de la cual no participaba ni participaría jamás.

Pero lo que acabó de trastornarle fué el espectáculo de Beauclair, de fiesta, por la noche. En aquel primer día del verano había prevalecido el uso de poner cada familia su mesa delante de la casa, comiendo fuera, en la calle, á la vista de los transeuntes. Era como una comunión fraternal de la ciudad entera;

se cortaba el pan y se bebía el vino públicamente; las mesas acababan por aproximarse, no hacían más que una mesa sola y convertían á la ciudad en inmensa sala de festín, donde el pueblo venía á ser una sola y misma familia.

Desde las siete, cuando aún resplandecía el sol, se dispusieron las mesas, adornadas de rosas, de la lluvia de rosas que embalsamaban á Beauclair desde por la mañana. Los manteles blancos, las vajillas pintadas, la cristalería y la plata se encendían con la púrpura de poniente. Tendiendo á desaparecer la plata acuñada, cada cual tenía su vaso de plata, como antes se tenía un vaso de estaño. Y Bonnaire quiso, absolutamente, que Ragú se sentara á su mesa, á la mesa de su nieta Claudina, que se había casado con un hijo de Lucas, Carlos Froment.

—Os traigo un convidado,—dijo sencillamente sin nombrarlo.—Es un forastero, un amigo.

Y todos contestaron

—Sea bien venido.

Bonnaire colocó á Ragú á su lado. Pero la mesa era larga; cuatro generaciones se codeaban alrededor de ella. El abuelo, Bonnaire veía allí á su hijo Luciano y su nuera Luisa Mazelle, ambos con más de cincuenta años; veía á su nieta Claudina y á su marido Carlos Froment, en la madurez, y veía á su biznieta Alicia, una chiquilla deliciosa de ocho años. Seguía toda una parentela complicada. Y advirtió que se hubiera necesitado una mesa gigantesca si los tres hijos restantes, Antonieta, Zoé y Severiano, no hubieran ido á comer á otras mesas vecinas, en casa de sus hijos respectivos. Bromeaba acerca de este tema; decía que á los póstros se acercarían de modo que todos estuvieran juntos.

Ragú miraba sobre todo á Luisa Mazelle, linda y viva todavía, con su fina cabeza de cabra caprichosa. Debía sorprenderle la actitud de esta hija de burgueses siempre tan cariñosa con su marido Luciano, hijo de obreros. Se inclinó hacia Bonnaire y le preguntó en voz baja

—¿De modo que los Mazelle han muerto?

—Sí, de espanto al perder sus rentas. La enorme baja de los valores, las conversiones que trastorna-

ron el Gran Libro de la Deuda, anunciando su próxima destrucción, cayeron sobre ellos como otros tantos rayos. El marido se fué el primero, muerto, en su amor á la divina pereza, por la idea de que tendría que volver á ponerse á trabajar. La mujer se ha arrastrado algún tiempo, no curando siquiera su enfermedad imaginaria, no atreviéndose ya á salir de casa, en la obstinada certidumbre de que se asesinaba á la gente á la vuelta de cada esquina desde el día que habían tocado á la renta. Y por más que su hija hizo para llevársela consigo, nunca quiso ser alimentada por otro y se la encontró por fin un día, con la cara negra, herida por la apoplejía, con la nariz metida en un paquete de valores ya inútiles... ¡ Pobres gentes! Se han ido sin comprender, asustados, anonadados, acusando al mundo de haberse vuelto del revés.

Ragú movió la cabeza. No sentía compasión por aquellos burgueses, pero le parecía también á él que un mundo del cual se había desterrado la pereza dejaba de ser habitable. Y de nuevo se puso á mirar, entristecido por la alegría creciente de los comensales, por la abundancia y el lujo de la mesa, que parecían cosa natural y no ostentación de la vanidad. Todas las mujeres llevaban los mismos vestidos de día de fiesta, las mismas sedas claras y encantadoras y en todas las cabelleras lucían las mismas piedras preciosas, los rubíes, los zafiros, las esmeraldas. Las flores, las rosas soberbias eran aún más estimadas, más preciosas, más vivas. Desde la mitad de la comida, compuesta de manjares muy sencillos, muy delicados, sobre todo legumbres y frutas, servidos en vajilla de plata, resonaban ya canciones alegres, saludando la puesta del sol, despidiéndole hasta la vista, en la certidumbre de la feliz aurora próxima. Y entonces se produjo un incidente delicioso. Todos los pájaros de la vecindad, curruacas, verderones, pinzones, simples gorriones, bajaron á la mesa antes de ir á acostarse entre la verdura sombría. Llegaban de todas partes, volando atrevidamente, posándose en los hombros de los comensales, bajándose á picotear las migajas del mantel, aceptando golosinas de mano de los niños y de las mujeres. Desde que Beauclair se había convertido en una ciudad de concordia y de paz,—no lo ig-

noraban ellos,—no tenían ya nada que temer de los buenos habitantes; ni lazos, ni tiros; y se habían familiarizado, formando ahora parte de las familias. Así cada jardín tenía sus huéspedes que á la hora de las comidas venían á tomar su parte de alimentación común.

—¡ Ah! ¡ He aquí á nuestros amiguitos!—exclamó Bonnaire.—¡ Cómo picotean! ¡ Bien conocen que es día de fiesta!... Alicia, mígales pan.

Y Ragú, con la frente sombría, los ojos tristes, continuaba mirando á los pájaros que bajaban de todas partes, formando un torbellino de plumas ligeras, doradas por los últimos rayos de sol. Bajaban sin cesar de las ramas de los árboles; algunos se marchaban volando y volvían. Los postres se vieron animados por el sinnúmero de patitas que saltaban ágilmente entre las cerezas y entre las rosas. Nada todavía desde por la mañana, en medio de la felicidad y de los esplendores visitados, le había dicho á Ragú, de manera tan encantadora y tan clara, cuán sosegado y dichoso era aquel pueblo naciente.

Se levantó de pronto dirigiéndose á Bonnaire.

—Me ahogo,—dijo,—necesito moverme... Y, además, quiero ver aún, quiero verlo todo, todas las mesas, todos los comensales.

Bonnaire comprendió perfectamente. ¿No eran Lucas y Josina los que quería ver, hacia quien le llevaba su ardiente curiosidad desde su regreso? E insistiendo en evitar una explicación decisiva, respondió sencillamente:

—Eso es; voy á enseñártelo todo, vamos á dar una vuelta á las mesas.

La primera mesa que encontraron, ante la casa vecina, era la de los Morfain. La presidía Petit-Da con su mujer Honoria Caffiaux, los dos con el pelo blanco; y allí estaban su hijo Raimundo, su mujer Teresa Froment, así como su hijo menor, Mauricio Morfain, un gran muchachote de diez y nueve años ya. Después, en frente, se hallaba la descendencia de Azulina, viuda de Aquiles Gourier y cuyos grandes ojos de cielo conservaban su azul infinito ya cerca de los setenta años. Pronto iba á ser bisabuela, por su hija Leonia, casada con Severino Bonnaire, y por su nieto

Feliciano, nacido de este matrimonio, que acababa de casarse con Helena, hija de Paulina Froment y de Andrés Jollivet. Todos estaban presentes, incluso estos dos últimos que habían venido con su hija. Se daba broma á Helena; se proyectaba llamar Gregorio á su primer hijo; mientras que su hermana Berta, de diez y ocho años no cumplidos, se reían ya con las ternezas que le decía Raimundo, su primo, prometiendo así esta pareja otro matrimonio de amor para más tarde.

La llegada de Bonnaire, que encontraba allí á su primogénito Severino, fué saludada con aclamaciones ruidosas. Y Ragú, perdiéndose cada vez más en el laberinto de aquellas alianzas enmarañadas, se hizo presentar particularmente á las dos Froment, sentadas á esta mesa, Teresa y Paulina, en camino ya de los cuarenta, siempre adorables, de alegre y sana hermosura. Después, Azulina le recordó al antiguo alcalde Gourier, al antiguo subprefecto Chatelard; y quiso saber qué había sido de ellos. Habían acabado por extinguirse con pocos días de diferencia, en la intimidad que la pérdida común de la bella Leonor había venido á estrechar aun más. Gourier, que murió antes, se acomodaba mal al nuevo estado de cosas; elevaba algunas veces los brazos al cielo como patrono asombrado de no serlo ya, hablando del pasado con melancolía de hombre antiguo, hasta el punto de echar de menos las ceremonias del culto católico, la primera comunión y las procesiones, el incienso y las campanas, él que tanta carne de sacerdote había comido en otros tiempos. Chatelard, al contrario, se había dormido galantemente en la piel del anarquista, que había brotado poco á poco bajo su diplomática reserva, realizando su destino tal como lo había deseado, feliz, olvidado en medio de aquel Beauclair reconstruido y triunfal, desapareciendo en silencio con el régimen cuyo luto llevaba con tal palidez, como sepultado él también en la caída del último ministerio. Pero más noble y más bella había sido la muerte del presidente Gaume, cuyo recuerdo evocaba la presencia de su nieto Andrés y de sus biznietas Helena y Berta. Había vivido hasta los noventa y dos años sólo con torturas. El día que se cerraron el

Tribunal y la Cárcel se había sentido libre del peso de toda su existencia de juez. Un hombre que juzga á los hombres, que se tiene por la verdad infalible, por la justicia absoluta, á pesar de las posibles enfermedades de la inteligencia y del corazón, era cosa que le hacía temblar, le producía escrúpulos excesivos, remordimientos espantosos, y le asaltaba el temor de haber sido mal juez. En fin, la justicia que esperaba, la que temía no ver, había venido; no la justicia de un orden social inicuo, que reina por la espada con que defiende á unos cuantos espoliadores y hiere á la multitud inmensa de los miserables esclavos, sino la justicia de hombre libre á hombre libre, que da á cada cual su lote de felicidad legítima, aportando la verdad, la fraternidad y la paz. La mañana de su muerte hizo llamar á un antiguo cazador furtivo, condenado por él hacía tiempo á una dura pena por haber matado á un gendarme que le había pegado un sablazo; y se arrepintió públicamente, confesó en alta voz las dudas que habían emponzoñado su carrera, dijo á gritos lo que hasta entonces había ocultado, los crímenes del Código, los errores y mentiras de la ley, todas esas armas de opresión y de odio sociales, todos esos terrenos corrompidos donde renacían las epidemias de robos y asesinatos.

—De modo,—replicó Ragú,—que ese matrimonio que se halla sentado á esta mesa, ese Feliciano y esa Helena, en cuya casa nos hemos detenido un instante esta mañana, son á la vez nietos de los Froment, de los Morfain, de los Jollivet y de los Gaume... Y todas esas sangres enemigas ¿no se envenenan unas á otras en las venas por donde corren ahora?

—No señor,—respondió tranquilamente Bonnaire.—Se han reconciliado, la raza ha adquirido mayor belleza y más fuerza.

Una nueva amargura le aguardaba á Ragú en la mesa siguiente. Era la de Bourron, su antiguo compañero de holgazanería y de borrachera, á quien dominaba y pervertía tan fácilmente. ¡Bourron, feliz, Bourron salvado, mientras él permanecía sólo en su infierno! Y Bourron, á pesar de su avanzada edad, triunfaba, en efecto, al lado de su mujer Babette, la eterna mujer risueña, cuya hermosa esperanza inalte-

able, cuyo cielo obstinadamente azul, se habían convertido en realidad, sin que ella se dignara siquiera extrañarlo. ¿Acaso no era natural? Eran felices porque se acaba siempre por ser feliz. Y á su alrededor la vida prolífica no tenía ya límites. Primero, Marta, su primogénita, se había casado con Augusto Labo- que, de quien había tenido á Adolfo, el cual se había casado con Germana, hija de Zoa Bonnaire y de Ni- colás Yvonnot. En seguida, Sebastián, su hijo mayor, se había casado con Agata Fauchard, y de este matri- monio había nacido Clementina, casada á su vez con Alejandro Feuillat, hijo de León Feuillat y de Eu- genia Yvonnot. Ya dos niñas nacidas de estas dos ra- mas representaban la cuarta generación: Simona La- boque y Amelia Feuillat, una y otra de cinco años. Y también estaba allí, gracias á las alianzas, Luis Fauchard, casado con Juliana Dacheux, de la cual había tenido á Laura, y Evaristo Mitaine, casado con Olimpia Lenfant, de quien habían tenido á Hipólito, y, en fin, Hipólito Mitaine, casado con Laura Fau- chard, de quien habían tenido á Francisco, un galopín que haría ocho años, la cuarta generación tam- bién por este lado, dispuesta á crecer gallardamente. En el Beauclair gozoso no se hubiera encontrado me- sa más grande que esta, alrededor de la cual se halla- ban todas las descendencias mezcladas de los Bour- rron, los Laboques, los Bonnaire, los Yvonnot, los Fauchard, los Feuillat, los Dacheux, los Lenfant y los Mitaine.

Bonnaire, que aún allí encontraba á una de las su- yas, Zoa, daba detalles á Ragú sobre los que la muer- te había arrebatado. Fauchard y su mujer Natalia, él embotado, ella siempre enferma, había desapare- cido de este mundo sin comprender, ocultando el pan que tenían á discreción por temor á que se lo robaran. Feuillat antes de morir había tenido la satisfacción de presenciar el triunfo del vasto dominio de Com- bettes, su obra. Lenfant é Yvonnot acababan de se- guirle á esa tierra de hoy más, amada inteligente- mente, virilmente fecundada. Después, los Dacheux, los Caffiaux y los Laboque, todo el antiguo comercio ahora suprimido. La bella panadera, la buena señora

Mitaine, había acabado también por sucumbir, carga- da de años, de bondad y de belleza.

Ragú ya no escuchaba, no podía apartar la vista de los Bourron.

— ¡Cuidado que se mantiene joven! — murmuró, — ¡y su Babette no abandona un momento su placentera risa!

Se acordaba de sus antiguas aventuras, cuando el compinche se eternizaba con él en casa de los Caf- fiaux, declamando contra los patronos y volviendo á casa borracho perdido. Recordaba su propia larga vida de miseria, los cincuenta años perdidos rodando de taller en taller por el vasto mundo. Hoy la expe- riencia estaba hecha, el trabajo reorganizado, rege- nerado, había salvado á su colega, medio perdido ya, mientras que él volvía exterminado por el antiguo trabajo de miseria y de sufrimiento, el salario mícuo, envenenador y destructor. Y en aquel momento con- templó un espectáculo encantador que acabó de lle- narle de angustia. Simona Laboque, hija de Adolfo y de Germana, chiquilla rubia de cinco años, biznieta de Bourron, cogió de la mesa con sus manecitas rosas deshojadas y las hizo llover sobre la blanca cabeza del bisabuelo, que sonreía de contento.

— ¡Toma, abuelo Bourron, ahí te van, ahí te van más! Es para coronarte... ¡Toma! ¡Toma! Las tienes en el pelo, en las orejas, en la nariz, por todas par- tes!... ¡Felicidades, felicidades, abuelo Bourron!

Toda la mesa reía, aplaudía, aclamaba al antepa- sado. Ragú huyó, arrastrando á Bonnaire. Temblaba, desfallecía. Después, cuando se hubieron separado un poco, exclamó bruscamente con voz sorda:

— Escucha, ¿á qué callarlo más tiempo? No he ve- nido más que para verlos... ¿Dónde están? ¡Ensé- ñámelos!

Hablaba de Lucas y Josina. Pero como Bonnaire, que había comprendido, tardase en contestar, con- tinuó:

— Desde esta mañana me paseo, aparento intere- sarme por todo, y, sin embargo, no pienso mas que en ellos; ellos solos me preocupan, pues sólo ellos me han

traído otra vez aquí, á través de tantas fatigas y tantos sufrimientos... He sabido allá lejos que no le había matado. Viven los dos ¿no es eso? Tienen muchos hijos, son felices, se hallan en pleno triunfo, ¿no es eso?

Bonnaire reflexionaba. Temiendo un escándalo había retrasado hasta entonces el inevitable encuentro. ¿No le había resultado bien su táctica? ¿No había llegado á infundir en Ragú una especie de terror sagrado ante la grandeza de la obra realizada? Le veía ahora pasmado, tembloroso, con las manos demasiado blandas para un nuevo crimen. Y, con aire de serena honradez, respondió al fin:

—Puesto que quieres verlos, amigo mío, te los voy á enseñar. Y, la verdad, verás gente feliz.

La mesa de Lucas se encontraba al lado de la de los Bourron. Ocupaba él el centro, teniendo á su derecha á Josina y á su izquierda á Sourette y Jordán. Allí estaba también Susana en frente de Lucas, Nanet y Nisa, que bien pronto iban á ser abuelos, se habían sentado cerca de ella, con los ojos sonrientes bajo sus mechones rubios algo pálidos, como en los días ya lejanos en que no eran más que juguetes, corderitos rizados. Después estaba toda la descendencia, rodeando la mesa. Hilario, el primogénito de los Froment, se había casado con Colette, la hija de Nanet y de Elisa, de la cual había tenido á Marieta, de cerca de quince años; mientras que de Pablo Boisgelin y de Antonietta Bonnaire nacía Ludovico, que pronto iba á hacer veinte. Mediaba promesa de unión entre Ludovico y Marieta; comían al lado uno de otro, cuchicheando, divirtiéndose tiernamente con sus secretillos. En seguida venía Julio, el último de los Froment, que se había casado con Celina, la hija de Arsenio Lenfant y de Eulalia Laboque, y el matrimonio tenía un pillastre de seis años, Ricardo, hermoso como un arcángel, era la pasión de su abuelo Lucas. Y toda la parentela seguía, mesa adelante: era la mesa donde se fundían más estrechamente las sangres enemigas, los Froment, los Boisgelin, los Delaveau, mezclados á la sangre de los Bonnaire, los Laboque y los Lenfant, el trabajo manual, el comercio y la tierra, toda la co-

munion social de dónde había salido la ciudad nueva, el Beauclair de justicia y de paz.

En el momento en que Ragú se aproximaba, el último rayo del sol poniente iluminaba gloriosamente la mesa, y los ramos de rosas, las sedas ligeras y las cabelleras llenas de diamantes de las mujeres brillaban en medio de aquel esplendor. Pero lo que sobre todo hacía adorable esta despedida del astro era el apresuramiento de los pájaros de las cercanías en bajar otra vez entre los convidados antes de irse á dormir á las ramas. Hubo tal revoloteo, con tal batir de alas, que la mesa se cubrió de avecillas, nube gigantesca de plumas pequeñas, tibias. Manos amigas las cogían, las acariciaban y las volvían á soltar. Y esta confianza de los pardillos y de los pinzones era cosa infinitamente tierna, celebraba en el aire tranquilo de la tarde la alianza desde entonces pactada entre los seres, la paz universal que reinaba entre los hombres, los animales y las cosas.

—¡Oh! abuelo Lucas,—exclamó Ricardo,—mira, abuela Josina tiene una curruca bebiendo en su vaso!

Era cierto, y Lucas, el fundador de la ciudad, se divirtió y emocionó con ello. El agua era de aquella tan fresca y tan pura que él había recogido entre las rocas de los Montes-Bleuses y merced á la cual parecía haber nacido la ciudad entera, con los jardines, las avenidas y los surtidores de las fuentes. Cogió el vaso, lo elevó hacia el sol de púrpura, diciendo:

—Josina, hay que beber, hay que beber á la salud de nuestra feliz ciudad.

Y cuando Josina, que continuaba siendo enamorada y tierna bajo sus cabellos blancos, mojó riendo los labios, bebió él también, añadiendo:

—¡A la salud de nuestra ciudad cuya fiesta celebramos hoy!... ¡Y qué se ensanche siempre, que crezca en libertad, en prosperidad y en belleza, y que conquiste toda la tierra á la obra de universal armonía!

A la luz del sol que le ceñía como de un nimbo de gloria estaba soberbio de juventud, de fe, de gozo triunfal. Sin orgullo ni énfasis proclamaba sencillamente su felicidad al ver al fin su obra viva y sólida. Era el Fundador, el Creador, el Padre, y todo aquel

pueblo lleno de alegría, todos aquéllos convidados á todas las mesas, donde se festejaba, con el trabajo las fecundidades del verano, eran su pueblo, sus amigos, sus parientes, su familia, prolongada sin cesar y cada vez más fraternal y próspera. Y una aclamación acogió el voto de ardiente ternura que elevaba á su ciudad, ascendió en el aire de la tarde, rodó de mesa en mesa, hasta las lejanas avenidas. Todos se habían puesto en pie y levantando á su vez el vaso bebían á la salud de Lucas y Josina, la pareja de héroes, los patriarcas del trabajo, ella, rescatada, purificada como esposa; él, redentor, que para salvarla había salvado de la iniquidad y del sufrimiento al miserable mundo de los asalariados. Fue aquel un minuto de exaltación y de magnificencia en que brillaron la gratitud apasionada de la inmensa multitud, la recompensa de tanta fe activa, el ingreso definitivo en la gloria y el amor.

Entonces Ragú sintió temblar todos sus miembros, anonadado y lívido bajo el viento de apoteosis que pasaba. No pudo soportar el brillo de belleza y de bondad que irradiaba de Lucas y Josina. Retrocedió, y vacilaba hasta el punto de disponerse á huir cuando Lucas, que se había fijado en él, se volvió hacia Bonnaire.

—¡Ah! amigo mío, faltaba usted á mi alegría, pues ha sido usted otro yo, el más valiente, el más fuerte obrero de la obra, y no deben festejarme sin festejarle á usted también... y dígame, ¿quién es ese anciano que está con usted?

—Es un extranjero.

—¡Un extranjero! ¿Qué se acerque, que paffa con nosotros el pan de nuestra cosecha y que beba el agua de nuestras fuentes! Nuestra ciudad es una población de cordial acogida y de paz para todos los hombres... Josina, haz sitio, y usted, amigo nuestro á quien no conocemos, acérquese, siéntese entre mi mujer y yo, pues queremos honrar en usted á todos nuestros hermanos desconocidos de las otras ciudades del mundo.

Ragú, como sobrecojido por un espanto sagrado, retrocedió otra vez.

—¡No! ¡No! ¡No puedo!

—¿Por qué?— preguntó Lucas con dulzura. — Si viene usted de lejos, si está usted cansado, encontrará aquí manos consoladoras y dispuestas para el socorro. No preguntamos su nombre ni su pasado. Entre nosotros todo está perdonado; sólo reina la fraternidad para la dicha de cada uno puesta en la dicha de todos... Y dile tú también, querida mujer, estas cosas, que serán más sueves, más convincentes en tus labios, puesto que yo no consigo al parecer más que asustarle.

Entonces habló Josina.

—¡Ea, amigo mío! Hé aquí nuestro vaso; ¿por qué no ha de beber usted á nuestra salud y á la suya? Viene de lejos y es usted nuestro hermano; nos complacerá ensanchar aún nuestra familia. Es costumbre ahora en Beauclair los días de fiesta darse el ósculo de paz que lo borra todo... Tome usted y beba, ¡por el amor de todos!

Pero Ragú retrocedió de nuevo, más pálido y más tembloroso, herido por el terror del sacrilegio.

—¡No! ¡No! ¡No puedo!

En aquel momento Lucas y Josina ¿sospecharon la verdad, reconocieron al miserable que volvía para sufrir aún después de haber arrastrado tanto tiempo su destino de pereza y de corrupción? Le miraron con ojos de feliz bondad, por los cuales pasaba una gran tristeza compasiva. Y Lucas concluyó sencillamente:

—Váyase usted, pues, como quiera, puesto que no puede ser de nuestra familia á la hora en que se acortan las distancias y se estrechan todas las manos. Vea usted, vea usted como se confunden todos; las mesas van á unirse á las mesas y antes de muchos minutos no habrá más que una sola para toda una ciudad de hermanos.

Era cierto. Los convidados comenzaban á aproximarse; cada mesa parecía ponerse en marcha hacia la mesa próxima; poco á poco se soldaban unas á otras, como sucedía siempre al terminar la comida común, celebrando la fiesta del Verano en una bella tarde de Junio. ¡Se había hecho esto tan natural! Los niños servían primero de mensajeros, yendo de postre en postre; después los miembros de una familia dispersos al azar de las alianzas, tendían á reunirse, á en-

contrarse cerca unos de otros. ¿Cómo impedir que Severino Bonnaire, en la mesa de los Morfain, Zoa Bonnaire, en la de los Bourron, y Antonieta Bonnaire, en la de Lucas, se sintieran arrastrados hacia la mesa paterna donde se hallaba su hermano mayor, Luciano? Y los Froment, diseminados como el trigo en los surcos, Carlos en casa de los Bonnaire, Teresa y Paulina en casa de los Morfain, ¿cómo no habían de ponerse en movimiento, llevando consigo á los otros en el deseo de estar con el padre, el fundador y el creador? Entonces se vió prodigioso espectáculo; las mesas andando, reuniéndose, soldándose, acabando por no formar más que una misma mesa á través de la ciudad regocijada. A lo largo de las avenidas, ante las puertas de las casas llenas de alegría, la comida común no sufría ya interrupción, la Pascua de aquel pueblo fraternal iba á terminar bajo las estrellas, en una inmensa comunión, tocándose codo con todo sobre el mismo mantel, entre las mismas rosas deshojadas. Toda la ciudad se convertía en un banquete gigante, las familias se mezclaban, se confundían en una familia única, y el mismo soplo animaba todos los pechos y el mismo amor hacía latir los corazones. Del gran cielo puro descendía una paz deliciosa, soberana, la armonía de los mundos y de los hombres.

Bonnaire no había intervenido para no perder de vista á Ragú, viendo realizarse en él la transformación que esperaba después de aquel día cuyas sorpresas le habían estremecido, una á una, hasta este resplandeciente final que le aterrorizaba y le arrebató. Y lo sintió tan conmovido, tan vacilante, que le dió la mano.

—Ven, andemos un poco, es tan suave el aire de la tarde... Dime: ¿crees ahora en nuestra felicidad? Ya lo ves; se puede trabajar y ser feliz, pues la alegría, la salud, la vida perfecta están en el trabajo. Trabajar es vivir, sencillamente. Se ha necesitado toda una religión de sufrimiento y de muerte para hacer del trabajo una maldición y para colocar la felicidad de un paraíso en la eterna pereza... El trabajo no es nuestro amo; es el soplo de nuestro pecho, la sangre de nuestras venas, nuestra única razón de amar, de procrear, de ser humanidad inmortal.

Pero Ragú, derrotado, ya no discutía; se hallaba como deshecho por la fatiga, cansado hasta la muerte.

—¡Oh! ¡Déjame, déjame!... No soy más que un cobarde; un niño hubiera tenido más valor. Me desprecio á mí mismo.

Y después, en voz baja:

—Había venido para matarlos á los dos... ¡Ah! ¡Qué interminable viaje! Caminos y más caminos, años enteros de caminata sin dirección fija, á través de países desconocidos, con esta rabia única en el corazón, con este único deseo: volver á Beauclair, encontrar á ese hombre y á esa mujer para hundirles en la carne el cuchillo de que tan mal me había servido...! Y tú me has distraído, he temblado ante ellos, he retrocedido como un cobarde al verlos tan hermosos, tan grandes, tan radiantes!

Bonnaire había temblado ante esta confesión. La vispera dudaba del crimen, sintiendo el sombrío temblor que pasaba; ahora, ante el desconcierto del miserable, se apoderaba de él la piedad.

—Ven, ven, pobre sér, ven á mi casa á dormir esta noche. Mañana, veremos.

—¡Dormir además en tu casa! ¡Oh, no, no! Me voy, me voy en seguida.

—No puedes marcharte á estas horas; estás demasiado cansado, demasiado débil... ¿Por qué no te quedas con nosotros? Tú te sosegarás, conocerás nuestra dicha.

—¡Oh! ¡No, no! Necesito marcharme en seguida, en seguida! El alfarero lo ha dicho muy bien: no estoy hecho para vivir con vosotros.

Y con el acento de un condenado puesto en tortura, con rabia sorda, exclamó:

—Vuestra dicha... No puedo verla: sufriría demasiado.

Desde este momento no insistió ya Bonnaire, que comenzaba á sentir una incomodidad, un horror secreto. Se llevó en silencio á su casa á Ragú, quien cogió de nuvo su zurrón y su palo, sin querer esperar el fin de la comida. No se cambió ni una sola palabra, ni un ademán para el último adios. Y Bonnaire miró á aquel hombre, al viejo miserable y aniquilado que se marchaba con paso vacilante, y que desapareció á

lo lejos en la obscuridad de la noche que poco á poco había ido cayendo.

Pero Ragú no pudo abandonar tan deprisa á Beauclair en fiesta. Subió lentamente por la garganta de Brias, ascendió paso á paso, trabajosamente, entre las rocas de los Montes-Bleuses. Ahora dominaba la ciudad, y al volverse, la vió toda entera de una sola mirada. En el cielo, de azul sombrío, de inmensa pureza, centelleaban las estrellas. Y bajo aquella suavidad de la hermosa noche de junio, la ciudad se extendía, semejante á otro cielo, hormigueando también en ella innumerables astros pequeños. Eran los millares de millares de lámparas eléctricas que acababan de encenderse á lo largo de las mesas del festín, en medio del verde de los árboles. Volvía á ver aquellas mesas, volvía á encontrarlas, como dibujadas con trazos de fuego, victoriosos de las tinieblas. Se prolongaban; acababan por llenar el horizonte. Y oía subir las risas y los cánticos; continuaba asistiendo á la fiesta gigantesca de todo un pueblo sentado á la mesa, en una sola y fraternal familia.

Ante este espectáculo quiso huir más lejos; subió arriba y volvió á ver la ciudad que resplandecía más aún, cuando se volvió de nuevo. Subió más arriba, subió sin cesar. Pero á medida que subía y se volvía, la ciudad parecía agrandarse tomando toda la llanura, confundándose con el mismo cielo. Cada vez oía más distintamente las risas y los cánticos. La gran familia humana celebraba la alegría del trabajo, en la tierra fecunda. Y por última vez, se puso en marcha y anduvo mucho tiempo, mucho tiempo, hasta que se perdió en las tinieblas.

Y pasaron más años todavía; y la muerte necesaria, la buena obrera de la eterna vida, hizo su trabajo, se llevó uno á uno á los hombres que habían cumplido su tarea. Partió Bourron primero, después su mujer Babette, de buen humor hasta el último alien-

to. Detrás Petit-Da, Azulina, de ojos azules de infinito, de eterno cielo azul. Murió Lange concluyendo con el dedo pulgar el último monigote, una joven graciosa de pies desnudos, á semejanza de la Descalza. Nanet y Nisa murieron jóvenes, dándose un beso. En fin, sucumbió Bonnaire, á lo heroe, en pie, como enterrado en el tragín del trabajo, un día que había ido á los talleres á ver funcionar un martillo gigante, cada golpe del cual forjaba una pieza.

Y de toda su generación, de todos los fundadores y creadores en el Beauclair triunfal, sólo quedaban Lucas y Jordan, amados, rodeados del cuidado afectuoso de Josina, de Sœurette y de Susana, las tres de una salud y un ánimo milagroso, para su mucha edad; parecía que vivían sólo para ayudarlos á ellos, sostenerlos hora por hora. Susana, desde que Lucas andaba difícilmente inutilizadas las piernas poco á poco, casi clavado en una butaca, vivía con él, partiendo con Josina la dulce gloria de servirle. Lucas tenía ochenta años cumplidos, una alegría inalterable, inteligente siempre firme; si no fuera por las malditas piernas que iban siendo de plomo, parecía un joven, como él decía en broma. Tampoco Sœurette dejaba á su hermano Jordan, siempre clavado en su laboratorio donde ahora dormía, de donde no salía ya. Llevaba á Lucas diez años; sus noventa habían conservado la actividad lenta y metódica á que debía su obra inmensa; sin cesar se veía á punto de morir y no moría, y era de tal lógica, de tal voluntad razonada en el trabajo, que trabajaba todavía, cuando hacía ya mucho tiempo los obreros de su generación dormían bajo tierra.

Con frecuencia había repetido su débil vocecilla:

— Los que mueren es porque quieren; no se muere uno mientras tiene algo que hacer. Yo siempre estoy muy mal, pero así y todo, llegaré á ser muy viejo y no moriré hasta el día que mi obra esté concluida... ¡ Ya veréis, ya veréis! Veré venir la hora y os lo advertiré, queridos míos, diciendo: Buenas noches, acabé mi jornada, voy á dormir.

Trabajaba pues, Jordan, siempre, porque según él no había acabado su obra. Vivía envuelto en mantas, todo lo bebía templado para no constiparse; descan-

lo lejos en la obscuridad de la noche que poco á poco había ido cayendo.

Pero Ragú no pudo abandonar tan deprisa á Beauclair en fiesta. Subió lentamente por la garganta de Brias, ascendió paso á paso, trabajosamente, entre las rocas de los Montes-Bleuses. Ahora dominaba la ciudad, y al volverse, la vió toda entera de una sola mirada. En el cielo, de azul sombrío, de inmensa pureza, centelleaban las estrellas. Y bajo aquella suavidad de la hermosa noche de junio, la ciudad se extendía, semejante á otro cielo, hormigueando también en ella innumerables astros pequeños. Eran los millares de millares de lámparas eléctricas que acababan de encenderse á lo largo de las mesas del festín, en medio del verde de los árboles. Volvía á ver aquellas mesas, volvía á encontrarlas, como dibujadas con trazos de fuego, victoriosos de las tinieblas. Se prolongaban; acababan por llenar el horizonte. Y oía subir las risas y los cánticos; continuaba asistiendo á la fiesta gigantesca de todo un pueblo sentado á la mesa, en una sola y fraternal familia.

Ante este espectáculo quiso huir más lejos; subió arriba y volvió á ver la ciudad que resplandecía más aún, cuando se volvió de nuevo. Subió más arriba, subió sin cesar. Pero á medida que subía y se volvía, la ciudad parecía agrandarse tomando toda la llanura, confundándose con el mismo cielo. Cada vez oía más distintamente las risas y los cánticos. La gran familia humana celebraba la alegría del trabajo, en la tierra fecunda. Y por última vez, se puso en marcha y anduvo mucho tiempo, mucho tiempo, hasta que se perdió en las tinieblas.

Y pasaron más años todavía; y la muerte necesaria, la buena obrera de la eterna vida, hizo su trabajo, se llevó uno á uno á los hombres que habían cumplido su tarea. Partió Bourron primero, después su mujer Babette, de buen humor hasta el último alien-

to. Detrás Petit-Da, Azulina, de ojos azules de infinito, de eterno cielo azul. Murió Lange concluyendo con el dedo pulgar el último monigote, una joven graciosa de pies desnudos, á semejanza de la Descalza. Nanet y Nisa murieron jóvenes, dándose un beso. En fin, sucumbió Bonnaire, á lo heroe, en pie, como enterrado en el tragín del trabajo, un día que había ido á los talleres á ver funcionar un martillo gigante, cada golpe del cual forjaba una pieza.

Y de toda su generación, de todos los fundadores y creadores en el Beauclair triunfal, sólo quedaban Lucas y Jordan, amados, rodeados del cuidado afectuoso de Josina, de Sœurette y de Susana, las tres de una salud y un ánimo milagroso, para su mucha edad; parecía que vivían sólo para ayudarlos á ellos, sostenerlos hora por hora. Susana, desde que Lucas andaba difícilmente inutilizadas las piernas poco á poco, casi clavado en una butaca, vivía con él, partiendo con Josina la dulce gloria de servirle. Lucas tenía ochenta años cumplidos, una alegría inalterable, inteligente siempre firme; si no fuera por las malditas piernas que iban siendo de plomo, parecía un joven, como él decía en broma. Tampoco Sœurette dejaba á su hermano Jordan, siempre clavado en su laboratorio donde ahora dormía, de donde no salía ya. Llevaba á Lucas diez años; sus noventa habían conservado la actividad lenta y metódica á que debía su obra inmensa; sin cesar se veía á punto de morir y no moría, y era de tal lógica, de tal voluntad razonada en el trabajo, que trabajaba todavía, cuando hacía ya mucho tiempo los obreros de su generación dormían bajo tierra.

Con frecuencia había repetido su débil vocecilla:

— Los que mueren es porque quieren; no se muere uno mientras tiene algo que hacer. Yo siempre estoy muy mal, pero así y todo, llegaré á ser muy viejo y no moriré hasta el día que mi obra esté concluida... ¡ Ya veréis, ya veréis! Veré venir la hora y os lo advertiré, queridos míos, diciendo: Buenas noches, acabé mi jornada, voy á dormir.

Trabajaba pues, Jordan, siempre, porque según él no había acabado su obra. Vivía envuelto en mantas, todo lo bebía templado para no constiparse; descan-

saba mucho, medio acostado en un canapé, entre las escasas horas que podía dedicarse á sus investigaciones. Pero dos ó tres horas conquistadas así, le bastaban para una gran tarea, gracias al método. Scurette, muy cuidadosa, intervenía con abnegación absoluta, como un otro yo; á la vez enfermera, secretaria, ayudante de laboratorio, sin permitir á nadie acercarse á su hermano. Los días que él tenía las manos demasiado débiles, impotentes para la acción, ella ejecutaba su pensamiento, y acababa por ser la prolongación de su vida.

En la idea de Jordan, su obra sólo estaría terminada el día en que pudiera dar á la ciudad nueva la electricidad bienhechora, sin medirla, á discreción, como el agua del río, como el aire libre. En sesenta años había hecho mucho para llegar á esta solución. Primero había suprimido los gastos de acarreo, por medio de cables. Después había inventado el aparato que transformaba la energía calorífica del carbón, en energía eléctrica, y una vez cargados los dinamos directamente, había hecho funcionar sus hornos eléctricos, transformando la metalurgia y dando á la ciudad en abundancia electricidad para todos los usos sociales y domésticos. Pero aún costaba cara y la quería de balde. Temía después, como posible, como cierto, que se agotaran las minas de carbón. Acaso antes de un siglo el carbón faltaría, y esto sería la muerte del mundo actual, de nuestra industria, de nuestros medios de locomoción; sería la humanidad, como un gran cuerpo cuya sangre ya no circulara. Veía inquieto cada tonelada que ardía. Y débil, febril, tosiendo, con un pie en la sepultura, le torturaba la catástrofe que amenazaba á las generaciones futuras. Se juraba no morir sin regalarles la oleada de fuerza, la vida prodigada sin fin, que sería su civilización y su felicidad. Y se había puesto otra vez al trabajo, diez años hacía.

Naturalmente, pensó primero en los saltos de agua. Era la fuerza necesaria primitiva, se empleaba con buen éxito en los países montañosos. Por desgracia, los escasos arroyos de los Montes Bleuses no tenían la energía necesaria. Además no era aquella una fuerza regular, constante, ni de la abundancia que él nece-

sitaba. También se acordó de las mareas y de que otros sabios se habían ocupado en esto. Aprovechó sus estudios y hasta imaginó aparatos. Lo lejos que estaba Beauclair del mar, no era hoy un obstáculo, pues la energía eléctrica se transmitía ya, sin pérdidas, á grandes distancias. Pero otra idea le acesaba, se apoderaba de él poco á poco, le lanzaba á un ensueño prodigioso, pensando hacer feliz al mundo si la realizaba.

Siempre Jordan, tan flaco y friolento, había tenido la pasión del sol. Le seguía en su curso, le miraba ponerse, con el miedo, con el temblor de las tinieblas invasoras. Y por la mañana se levantaba, á veces, temprano, por el gusto de verle renacer.

Si se hubiera sumido en el mar sin aparecer jamás, ¡qué noche sin fin, helada y mortal para la misera humanidad! Tenía el culto del divino sol, padre de nuestro mundo, creador y regulador que después de haber sacado los seres del limo, les ha dado calor, les ha hecho desarrollarse y extenderse, los ha alimentado con los frutos de la tierra en una serie incalculable de siglos. Era la eterna fuente de vida, porque lo era de luz, de calor y movimiento. Reinaba glorioso, bueno y justo, poderoso rey, dios necesario, sin el cual todo moriría. ¿Por qué no había de aumentar ese sol sus beneficios? Durante miles de años había acumulando su calor benéfico en los vegetales de que venía la hulla. Oculta mucho tiempo en el seno de la tierra, había guardado para nosotros ese calor acumulado. Al sol había que recurrir de nuevo. Si todas las tardes desaparecía, si había el triste invierno, había que pedirle una gran parte de su fuego para poder esperar su vuelta de cada mañana y pasar sin sufrir las estaciones frías. Así, el problema era sencillo y formidable. Había que dirigirse al sol, tomarle el calor y trasformarle con aparatos especiales convertido en electricidad, de la que habría que conservar provisiones enormes en depósitos impermeables. Durante el estío, la recolección de los rayos de sol en trojes, en graneros de abundancia sin fin. En las noches largas, en el invierno obscuro y helado, allí habría luz, calor y movimiento para bien de la humanidad.

El sueño de Jordán había ocupado otros cerebros;

se había transformado el calor solar en electricidad, pero en cantidades ínfimas. Jordán quería todo aquello en grande, útil, práctico. Durante años se le vió hacer construir, en el antiguo Parque de la Crécherie, aparatos extraños   manera de torres, cuyo uso no se podía adivinar. El nada decía, á nadie confiaba su secreto. Si hacía buen tiempo, en los ratos en que se sentía fuerte, llegaba con su pasito de anciano débil y se encerraba con sus hombres en la nueva fábrica, y tenaz á pesar de los fracasos, luchaba, acababa por conquistar el astro soberano, él, hormiga laboriosa á quien un rayo de sol un poco fuerte hubiera matado. Nunca hubo mayor heroismo, mayor victoria sobre las fuerzas naturales, ayer mortíferos rayos, hoy simples energías conquistadas al servicio del hombre. Y resolvió el problema; el sol se dejó coger un poco de fuego. Se construyó una fábrica definitiva que daba   Beauclair electricidad para todo un año,   discreción de los habitantes, como las fuentes daban agua. Pero había un defecto; los inmensos depósitos perdían mucha fuerza. Y había que conservar para el invierno bastantes rayos del sol almacenados para encender sobre el pueblo otro sol durante las largas noches de Diciembre. De nuevo Jordán volvió al trabajo. Buscaba, luchaba, resuelto á vivir hasta vencer. Sus fuerzas declinaban; ya no podía salir, y tenía que mandar las órdenes   la fábrica. Así pasaron meses. Encerrado en su laboratorio, all  acababa su labor, all  quería extinguirse el día en que esta labor estuviese terminada. Y ese día llegó; había encontrado el medio de evitar toda pérdida, de hacer los depósitos impermeables capaces de conservar mucho tiempo las provisiones de fuerza eléctrica. Y ya no tuvo más que un deseo; decir adiós   su obra, abrazar   los suyos, y luego volver á entrar en la vida universal.

Era Octubre; el sol doraba todavía las hojas con un oro templado, claro, suave. Jordán consiguió de Sc urette que se le llevaría por última vez en una butaca   la fábrica donde se acababan de instalar los nuevos depósitos. Descaba comprobar su victoria, aquel sol acumulado y conservado para que Beauclair pudiera esperar   la primavera próxima. Y en las primeras horas de una tarde deliciosa, le llevaron all 

y pas  dos horas visit ndolo todo y regulando la marcha de los aparatos. Estaba la fábrica en la falda de los Montes Bleuses, en la parte del antiguo parque expuesta al mediodía y que ya antes era, gracias al sol, un paraíso de frutas y de flores. Algunas torres dominaban los amplios edificios, techumbres inmensas de acero y de vidrio los unían, y nada más se veía por fuera, pues los cables pasaban bajo tierra. Jordán acab  su visita haciéndose parar un instante todavía en el patio central, desde el cual pase  una suprema y larga mirada en torno suyo sobre aquel mundo nuevo, eterna fuente de vida, creación suya, pasión de su existencia entera. Se volvió hacia Sc urette, que había seguido paso   paso detrás de la butaca en que le conducían dos hombres.

—Ea,—dijo sonriendo,—esto se ha acabado, y está muy bien; ahora ya puedoirme... Volvamos   casa, hermana mía.

Estaba muy contento, radiante por haber visto su obra completa y en pie, cual buen trabajador que al fin va á poder descansar. Pero su hermana, para pasarle un poco, había hecho que se diera un rodeo, y Jordán se encontr  de repente, al salir de una calle de árboles, delante del pabellón de Lucas, inmovilizado también, no pudiendo ya salir por causa de las piernas. Hacía algunos meses que no habían podido verse los dos amigos. Sabían uno de otro por sus queridas guardianas, que iban y venían como  ngeles mensajeros. Todavía un deseo, el último de su corazón, anim  al moribundo entre el suave sueño que empezaba   invadirle.

—i Oh, te lo ruego, hermana mía, detenme aquí, bajo este árbol, junto   esta hierba alta!... T  sube en seguida, avisa   Lucas, dile que paso y que estoy ante su puerta esperándole.

Sc urette, sorprendida y algo temerosa de la fuerte emoción de la entrevista, vacil  un instante.

—Pero, amigo mío, Lucas est  como tú, no se me nea,  c mo ha de bajar?

Jordán sonrió, alegre, como solía, reanimados los ojos.

—Le bajarán, hermana mía; pues yo voy hacia él

en mi butaca, bien puede él venir hacia mí en la suya.

Y añadió enternecido:

—¡Se está aquí tan bien! Conversaremos por última vez, nos diremos adiós... ¿Cómo habíamos de separarnos para siempre sin habernos abrazado?

Sœurette ya no pudo negarse; subió á casa de Lucas. Tranquilo, acariciado por el sol poniente, Jordán esperó. Pronto volvió su hermana anunciándole la llegada de su amigo. Profunda emoción se produjo cuando Lucas apareció á su vez conducido también por dos hombres en su butaca. Avanzó lentamente entre el verdor, seguido de Josiña y de Susana, que nunca le dejaban. Le colocaron cerca de Jordán, las butacas se tocaban, y los dos amigos pudieron cogerse y apretarse las manos.

—¡Ah, mi buen Jordán, cuánto se lo agradezco; cuán de usted es esta idea de volver á vernos todavía y decirnos adiós!

—Usted hubiera ido á mi casa, mi querido Lucas. Pues yo era quien pasaba y estaba usted ahí, era tan sencillo reunirnos por última vez sobre esta hierba, bajo uno de estos árboles queridos cuya sombra tanto hemos amado.

El árbol era un gran tilo plateado, un gigante soberbio, ya medio despojado de sus hojas. Pero el sol le doraba todavía y un polvo de astro caía de sus ramas en una lluvia templada. La tarde era deliciosa, de una paz inmensa, de un encanto infinitamente suave. Un gran rayo de sol bañaba á los dos ancianos, mientras las tres mujeres, en pie detrás de ellos, parecían cobijarlos con su solicitud.

—¡Fíjese usted, amigo mío, añadió Jordán, — hace tantos años que mezclamos nuestras vidas en faenas paralelas! Hemos acabado por estar hechos el uno del otro. Me hubiera marchado con un remordimiento si no hubiera vuelto á disculparme por haber creído tan poco en su obra de usted, al principio, cuando usted vino á mí pidiéndome ayuda para construir la futura ciudad de justicia. Estaba convencido de que sería un fracaso.

Lucas se echó á reír.

—Sí, sí, amigo mío; las luchas políticas, económi-

cas y sociales, no eran su fuerte... Sin duda, ¡ha habido entre los hombres tantas agitaciones vanas! Pero qué, ¿había de abstenerse de influir en los hechos, dejar á la evolución cumplirse por sí misma, desdeñar el deseo de apresurar la hora de la emancipación? Todas las intrigas, á veces necesarias, todos los bajos recursos de los conductores de hombres han podido disculparse por las dobles etapas que á veces han hecho adelantar.

Jordán le interrumpió con viveza:

—Tenía usted razón, amigo mío, y me lo ha probado magníficamente. Su lucha aquí ha adelantado, ha creado todo un mundo, tal vez le ha ganado usted cien años á la miseria, al dolor humano; y esta ciudad nueva, este Beauclair regenerado, donde florecen más justicia y más ventura, cuenta las excelencias de su misión, la gloria benéfica de su obra... Ya lo ve usted, con toda mi razón y todo el corazón estoy con usted, y no hubiera querido que nos separáramos sin repetirle que me ha ganado para su causa y con qué cariño creciente le he seguido en todo lo que acaba de realizar, tan humano, tan grande... Muchas veces ha sido usted mi ejemplo.

Pero entonces fué Lucas quien exclamó:

—¡Oh, amigo mío, no hablemos de ejemplo! Usted es quien me lo ha dado continuamente, el más alto, el más magnífico... Acuértese de mi cansancio, á veces, de mis desfallecimientos, y á usted siempre le he encontrado en pie, con más valor, con más fe en su obra los días en que todo lo creía perdido... Su fuerza invencible ha sido no creer más que en el trabajo, ver en él la salud, la única razón de obrar y de vivir. Y así su obra ha llegado á ser su corazón y su cerebro, la sangre de sus venas, el pensamiento siempre en vela... ¡Qué monumento imperecedero, qué dón de esplendor y de dicha va á dejar á los hombres! La obra mía, el constructor de la ciudad, el pastor de pueblos, sin la suya, no hubiera podido realizarse y no sería nada todavía.

Callaron; pasó un pájaro volando; el sol de otoño caía como una lluvia de las ramas desnudas, con mayor suavidad según iba muriendo la tarde. Naturalmente, Sœurette, inquieta, cubrió bien con la manta

las rodillas de Jordán, mientras Josina y Susana se inclinaban sobre Lucas, temiendo que se fatigara. Pero Lucas prosiguió:

—La ciencia sigue siendo la gran revolucionaria; usted me lo decía al principio, y cada paso adelante de nuestra existencia ha venido á probarme que tenía usted razón. Este Beauclair feliz, no hubiera sido posible sin la energía eléctrica de que usted le dotó. Sólo la ciencia, la verdad, emancipará al hombre, más cada día, le hará dueño de su destino, soberano del mundo, vencedor de las fuerzas naturales.

—Sí, respondió Jordán, la ciencia libertará al hombre, pues la verdad es en el fondo fraternidad y justicia... y yo me voy contento; acabo de visitar por última vez nuestra fábrica; ahora funcionará como yo quería, para descanso y bien de todos.

Continuó, dió explicaciones, instrucciones respecto de los nuevos aparatos y su empleo futuro, como si dictara á su amigo su última voluntad. Aquel era su testamento. La electricidad ya era como él la hubiera querido.

En todas partes se distribuía sin medirlos, la luz, el calor, el movimiento. Con dar vueltas á unos botones se iluminaba la casa, se calentaba, cocinaba, y las varias máquinas del oficio ó del uso doméstico se ponían en marcha. Mecanismos ingeniosos sin fin aparecían todos los días para alivio del trabajo manual. La inteligencia se emancipaba, subía el nivel moral é intelectual; en vez de la ociosa pereza, el trabajo consciente y libre; el hombre, su rey, dedicado á sus tareas favoritas, después de algunas horas de faena común dedicadas á la Comunidad social. Y hasta las pobres bestias de carga se veían libres de carros y pesos abrumadores, volviendo á sus prados y á sus bosques.

Las aplicaciones eran innumerables. Jordán había inventado lámparas de tal fuerza, que dos ó tres bastaban para iluminar una avenida. El sueño de encender de noche otro sol en Beauclair, iba á realizarse de seguro. Se habían encontrado también admirables estufas, inmensas, donde, gracias á su sistema perfeccionado de calefacción, crecían en todo tiempo flores, legumbres, frutas. La ciudad estaba ahita de

ellas, se distribuían á manos llenas; ya no había invierno ni noche. Los transportes, la locomoción, la simple circulación por las calles concurridas eran mucho más fáciles gracias á esta fuerza gratuita aplicada á una infinidad de vehículos, bicicletas, cochecillos, carretas, trenes de varios vagones.

—Me voy contento,—repitió Jordán con serena alegría.—He acabado mi tarea y veo la labor bastante avanzada para dormirme en paz. Mañana se descubrirá la navegación aérea; el hombre habrá conquistado el espacio como había conquistado los océanos. Mañana podrá comunicar de un extremo á otro de la tierra sin hilos ni cables. La palabra humana, cualquier movimiento humano, darán la vuelta al mundo con la rapidez del relámpago... Siempre será la ciencia, amigo mío, la revolucionaria invencible que emancipe á los pueblos con más paz y más verdad. Hace ya tiempo que habéis como borrado las fronteras con vuestros ferrocarriles que se prolongan sin cesar, cruzan los ríos, horadan las montañas, juntando todas las naciones con las mallas cada vez más espesas y fraternales de esta inmensa red. ¿Qué será cuando se hable de capital á capital, cuando el mismo pensamiento, en el mismo minuto, ocupe en los mismos intereses á los distintos continentes, cuando las barquillas de los globos viajen por el libre espacio, patria común, sin tropezar con aduanas. El aire que respiramos todos, el espacio que es de todos, será el campo de armonía ilimitada, donde la humanidad de mañana se reconcilie... Por eso me ha visto usted siempre tranquilo, seguro de la emancipación final. En vano los hombres se devoraban estúpidamente, en sus luchas ciegas, y las religiones se obstinaban en acumular errores, para seguir dominando; la ciencia seguía avanzando. Traía más luz, más fraternidad, más ventura cada día. Y por la fuerza irresistible de la verdad barrerá el pasado de tinieblas y de odios, acabará por libertar las inteligencias, por juntar los corazones bajo el gran sol benéfico, padre de todos.

Se fatigaba; su voz iba siendo muy débil. Pero aun concluyó, animándose:

—Ya lo ve usted, amigo mío, era yo tan revolucionario como usted.

—Lo sé, querido amigo,—respondió Lucas conmovido.—Ha sido usted mi maestro en todo; nunca le agradeceré bastante sus admirables lecciones de energía, de magnífica fe en el trabajo y en el propósito.

Bajaba el sol; como un ligero escalofrío acababa de pasar entre las ramas del gran tilo, del cual caía más pálido el polvo de oro del astro. La noche se acercaba, un suave reposo invadía lentamente la hierba, alta. Y las tres mujeres, en pie, mudas y atentas, ya se inquietaban, aunque les inspiraba respeto aquella suprema entrevista, que las tenía inmóviles por la emoción. Intervinieron, suaves, cariñosas, con ademanes maternales, no con palabras. Josina y Scurette taparon también á Lucas, que dijo:

—No tengo frío, ¡está tan hermosa la tarde!

Scurette se había vuelto para mirar al sol que se ponía; Jordán siguió su mirada.

—Sí, la noche llega,—añadió;—el sol puede ponerse; nos deja en nuestros depósitos su fuerza bienhechora... Y esta vez, si se pone, quiere decir que he andado toda mi jornada. Voy á dormir... Adiós, amigo mío.

—Adiós, amigo mío,—repitió Lucas.—Pronto dormiré yo también.

Era el último adiós, de conmovedora ternura, de grandeza sencilla, extraordinaria. Uno y otro sabían que no se verían más; la última mirada, las últimas palabras. Y después de sesenta años de vivir la misma obra común, se separaban para no reunirse más que en la corriente de las generaciones, los hombres de mañana cuya felicidad habían adelantado.

—Adiós, amigo mío,—dijo otra vez Jordan.—Nada de tristeza; la muerte es buena y necesaria. Se revive en los demás, de ese modo se es inmortal. A ellos nos habíamos consagrado ya, para ellos hemos trabajado solo, y en ellos renaceremos gozando así de nuestra obra... Adiós, amigo mío.

Y Lucas, una vez más repitió:

—Adiós, amigo mío, todo lo que quede de nosotros dirá cuanto hemos amado y cuanto hemos esperado. Cada cual nace para su tarea, la vida no tiene

otra razón, la Naturaleza echa al mundo un sér más cada vez que necesita un obrero más. Y cuando ha cumplido su trabajo puede el obrero descansar. La tierra le recoge para emplearle en otras cosas... Adiós, amigo mío.

Se inclinó, queriendo abrazarle. Pero no pudo; las tres cariñosas mujeres tuvieron que ayudarlos, sostenerlos para que se estrecharan por última vez. Les hizo esto reír como niños; admiraba su alegría, su serenidad, en esta hora de la separación; ni recuerdos de días mejores, ni remordimientos; habían cumplido su deber, toda su labor humana. Aún menos temían; miraban sin terror más allá de la muerte, seguros de la gran calma en que los buenos obreros se quedaban dormidos. Fué el abrazo cariñoso, muy lógico; cuanto aliento les quedaba lo pusieron en aquel beso.

—Adiós, mi buen Jordan.

—Adiós, mi buen Lucas.

Después, no hablaron más. El silencio se hizo profundo y sagrado. El sol desapareció del cielo inmenso, detrás de la línea lejana é indecisa del horizonte. Sobre el gran tilo, un pájaro calló; las ramas se sumergieron en una sombra sutil mientras la hierba, y todo el parque con sus altos troncos, sus calles, sus praderas entraban en la paz deliciosa de la noche.

Entonces, á una seña de Scurette, los dos hombres levantaron la butaca de Jordan, le llevaron con marcha suave y lenta. Lucas, inmóvil, había pedido con un ademán que se le dejara un instante más bajo el árbol. Y miraba á su amigo que se alejaba, allá abajo, por el fondo de la gran calle de árboles, recta. Era larga, y la butaca poco á poco iba disminuyendo. Hubo un momento, en que volviéndose Jordán, cambiaron la última mirada, una sonrisa medio borrada por la distancia. Aquello había acabado; Lucas vió la butaca perderse, desaparecer, mientras el parque entero se dormía en las tinieblas. Al volver á su laboratorio, Jordan se acostó, tan débil, tan menudo en su edad avanzada que parecía reducido á la estatura de un niño; y tal como había dicho, acabada su obra, se entregó por fin á la muerte. Murió al día siguiente con mucha paz, sonriendo, entre los brazos de Scurette.

Lucas vivió cinco años más, siempre en su butaca,

junto á la ventana de su cuarto, desde donde veía el progreso de su ciudad. Una semana después de la muerte de Jordán, Sœurette se vino con ellos, y ya fueron tres á cuidar de Lucas. Entonces recogió la soberbia cosecha de amor, que había sembrado en torno suyo á manos llenas.

En largas horas de feliz contemplación ante su próspera ciudad, Lucas veía el pasado redívivo. Veía el punto de partida, la lejana lectura de un menudo libro, resumen de la doctrina de Fourier. Recordaba la noche de insomnio, de duda y de fiebre. Los arranques geniales de Fourier le habían inspirado: las pasiones humanas rehabilitadas, como fuerza de la vida; el trabajo sacado de presidio, ennoblecido, agradable; nuevo código social; la libertad y la justicia conquistadas por la paz, juntando el capital, el trabajo, la inteligencia. A Fourier debía su ensayo de la Créchérie, la salud y la alegría de su nuevo pueblo. La religión de la humanidad, como el catolicismo, acaso tardaría siglos en consolidarse; ¡pero que evolución después empujada por el amor! Fourier práctico, evolucionista, llegaba al colectivismo, y hasta al sueño libertario de los anarquistas. En la asociación, el capital paso á paso dejaba el puesto al trabajo y á la inteligencia. Desaparecía el comercio; poco á poco el dinero. Avanzando así, á partir de Fourier, la ciudad nueva conquistaba á las sectas enemigas, colectivistas y hasta anarquistas, para unirlos á todos en un pueblo hermano, trayendo el reino del cielo á la tierra.

Era admirable el espectáculo de victoria que Lucas tenía siempre ante los ojos; la ciudad feliz cuyos tejados de colores vivos, entre los árboles, se dilataban ante su ventana. Después del primer paso doloroso de la generación primera, inbuída por los antiguos errores, las generaciones nuevas, educadas por escuelas talleres, seguían la marcha de modo fácil, gracioso, alcanzando los horizontes que se tuvieran por quiméricos. Gracias al continuo mudar, los hijos y los hijos de los hijos parecían tener otro corazón, otro cerebro; era fácil la fraternidad, porque el bien práctico de cada cual, estaba en el de todos. No había comercio, que era robo; dinero criminal, avaricia; no

había herencia, nadie nacía con el privilegio del ocio; no había degollinas en torno á los testamentos. ¿Para qué aborrecerse, envidiarse, codiciar lo ajeno con fuerza ó dolo, si la fortuna pública era de todos, y cada cual nacía, vivía y moría tan rico como el vecino? El crimen ya no tenía razón de ser, era estúpido, todo el salvaje aparato de represión y castigo se había hundido por inútil; gendarmes, tribunales, cárceles. Había que vivir en medio de este pueblo, que ignoraba la guerra, y amaba el trabajo solidario, para ver que las pretendidas utopías de dicha universal se hacían posibles. Las pasiones no sofocadas, cultivadas, se hacían virtudes, energías. La dicha legítima estaba en el desenvolvimiento de los cinco sentidos, y del sentimiento del amor, pues el hombre debía gozar, satisfacer sus deseos sin hipocresía, á la luz del sol. Todo esto era la religión de la vida, libre de dogmas.

Asistía Lucas, sobre todo, al triunfo del trabajo salvador, creador y regulador del mundo. Desde el primer día había querido la muerte del salario único, de un nuevo reparto mas justo. Pero, ¡qué de etapas antes de llegar al sueño realizado! También, en esto, se partía de Fourier: la unión, el trabajo variado, corto, agradable, las series de grupos. La comunidad libertaria estaba en germen en Fourier, pues si había rechazado la revolución social, su esperanza era destruir la sociedad presente. En la Créchérie, el salario, por grados había ido agonizando; había llegado á satisfacer á los colectivistas con la circulación reglamentada de los bonos de trabajo. Sin embargo, el salario seguía siendo, atenuado, disfrazado, negándose á morir. Solo la comunidad libertaria lo había destruido en la última etapa, con la antigua quimera de libertad y justicia totales, de unidad y armonía, ya vivientes. No había autoridad; el nuevo pacto social se fundaba en el trabajo necesario, la ley y el culto. Nadie impedía la expansión de cada cual; el ciudadano progresaba á su modo en su deber de trabajador; formaba parte de los grupos que quería, pasaba del campo á la fábrica, según sus facultades y su deseo. No había lucha de clases, pues sólo había una; todos eran igualmente ricos, con la misma instrucción y educación, sin diferencia alguna en traje, habitación y costum-

bres. Era el trabajo rey, el sólo dios, de una nobleza soberana, que había rescatado á la humanidad, y le daba el vigor, el amor y la belleza.

Sonreía gozoso Lucas, cuando un soplo de brisa matinal le traía las carcajadas y los cánticos, cuya sonora alegría le mandaba la ciudad á todas horas. Era el trabajo fácil, delicioso. Pocas horas al día, casi todo era vigilar, porque las máquinas nuevas habían llegado á tener pies y manos, como los esclavos antiguos. Levantaban montañas, cogían los objetos más delicados y los modelaban con esmero infinito. Andaban, obedecían, como animales sin dolor, gastándose sin fatiga. Por ellas, el hombre acababa por reconquistar la Naturaleza.

Era un lujo, abundancia prodigiosa de manufacturas de las flores y frutos de la tierra. Cada ciudadano vivía como un príncipe, con algunas horas de trabajo. ¡ Ya no había la servidumbre de las diez horas! Esta reducción del trabajo material había hecho florecer los estudios de los sabios, las obras de los artistas, abriendo el campo de la inteligencia á todos. En los laboratorios, descubrimientos maravillosos cada semana. El pensamiento humano se hacía superior, porque el pueblo entero estudiaba la verdad por métodos experimentales; las grandes inteligencias ya no eran excepciones; el genio era legión.

Ya la química transformaba la alimentación; aunque la tierra no hubiera producido más trigo, ni olivos, ni viñas, de los laboratorios habría salido bastante pan, aceite y vino para abastecer la ciudad entera. En física, en materia de electricidad sobre todo, los inventos seguían ensanchando los límites de lo posible; daban á los hombres la omnipotencia de los dioses, sabiéndolo, viéndolo, pudiéndolo todo. Después el vuelo de los artistas, la belleza más amplia, floración inmensa, universal, con que todos podían perfumarse y adornarse. No había artefacto, por humilde que fuera, en que no interviniese el arte en la forma, en el color, en la expresión. Lange, con sus ladrillos esmaltados, su alferería policroma, había sido el primero en embellecer la vida cotidiana del pueblo; y ahora venían legiones de artistas; lo era cada obrero; iba aneja á cada oficio la belleza innata,

grande, simple de obra vivida, buscada, adaptada á su servicio propio. Todas las artes florecían con la inspiración popular en las almas; por las pasiones libres, por el amor compartido. En esta dirección universal, la música era la voz del pueblo feliz; y músicos, hijos suyos, encontraban para él cantos sublimes, cuya continua armonía era como un baño ideal en teatros, talleres, casas y calles. Edificaban arquitectos, para el pueblo, palacios inmensos y soberbios, con la amplitud y la majestad una y variada de la muchedumbre; con la adorable variedad fantástica de miles de individualidades que allí se resumían. Los escultores poblaban de bronces, de mármoles vivientes, los jardines y los museos; los pintores adornaban las escenas de la vida ordinaria, los edificios públicos, las estaciones, los talleres, las bibliotecas, las salas de espectáculos, de estudio y de recreo; y sobre todo había escritores que daban á este pueblo innumerable, que los leía, obras robustas poderosas, de aliento, nacidas del mismo pueblo y escritas para él. El genio, en que se acumulaba la energía intelectual de las generaciones, se agrandaba en aquella humanidad más instruída y libre. Jamás había tenido tal esplendor. No era la flor de estufa de una literatura limitada, aristocrática; brillaba en plena humanidad, con poemas en que rebosaba la vida de todos, que todos habían ayudado

Y Lucas lleno de serenidad, sin temor por el porvenir, veía su ciudad seguir creciendo como persona fuerte y hermosa, de juventud eterna.

Había bajado de las gargantas de Brías, entre los dos promontorios de los Montes Bleuses, y ahora invadían las praderías de la Rumaña. Las fachadas, blancas, en el buen tiempo, reían entre prados, sin que el humo manchase la pureza del aire; no había chimeneas, la electricidad reemplazaba la madera y el carbón. El gran cielo azul tendía su tapiz de seda ligera immaculada. Por doquiera surgían casas, calles, fuentes innumerables, el rumor de muchas aguas; perpétua alegría. Un pueblo libre, feliz, fraternal, es foco de atracción. Los pueblecillos de los alrededores, Saint-Cron, Forneries, Magnolles, habían seguido el ejemplo de Beauclair. Era el contagio irresistible de la dicha; y no haría obstáculo para la fuer-

za de la felicidad realizada cuando los hombres tuvieran la visión neta y decisiva de ella. Nunca ha habido más que una lucha humana, la lucha por la felicidad, y está en el fondo de toda religión y de todo gobierno. El egoísmo es el esfuerzo individual buscando para sí la dicha posible; ¿y porque cada ciudadano no ha de poner su egoísmo en tratar á los demás como hermanos, el día que se convenza de que la felicidad de cada cual está en la de todos? Si los intereses luchaban, era porque el pacto antiguo los oponía unos á otros. Pero si se prueba que el interés está en la unidad, en la armonía la paz está hecha. Si el hombre hubiera puesto en conquistar al mundo, las fuerzas naturales, todo su afán de siglos y siglos, gastado en sangre y lágrimas, sería el rey de lo creado. No es cierto que un pueblo que no lucha, degenera. El ideal no tiene límites; siempre tendrá mucho que conquistar lo desconocido. A cada necesidad satisfecha sucederá otra, despertando héroes de la ciencia y de la belleza. Como el sueño, el deseo es infinito. Como se combatió por robar la dicha ajena, se luchará por aumentar la de todos. Y no habrá más que héroes; y todo niño, al nacer, recibirá un regalo de bienvenida: la tierra entera, el cielo sin límites, el sol paternal fuente de la inmortal vida.

Lucas contento frente á su ciudad triunfante, atribuía al amor todos aquellos prodigios. El amor que había sembrado y que ahora recogía en frutos inagotables de bondad, de fraternidad. La mujer salvada, Josina, devuelta á su puesto, lo había hecho todo. También la instrucción, la educación, nuevas, juntando los dos sexos y dándoles los mismos conocimientos, los había llevado á entenderse con un fin ya único, amar mucho para ser muy amado. Lo que juntaba en la escuela se afirmaba en el taller, con el amor florecía. Los amigos de la niñez amantes en la juventud, formaban las parejas siempre fieles y juntos se llegaba á la vejez. Sin embargo la libertad subsistía; era lícito separarse, sino sabían entenderse, y los hijos quedaban con uno ó con otro, según su gusto; ó bien los acogía la comunidad si surgían dificultades. El duelo aquel entre el hombre y la mujer tanto tiempo origen de amarguras, se resolvía dejando á la mu-

jer libre, igual del hombre, su compañera por ley del albedrío. Podía no casarse, vivir como un hombre, ¿pero, á qué mutilarse, negar el deseo, aislarse? Hace falta toda la vida. El orden natural, se restablecía pronto, la paz reconciliaba los sexos. Cuando dos enamorados, la carne en flor, se prometían en un beso, en la templada noche, seguros estaban de ceder sólo á la pasión. Nadie podía venderse por la dote y no cabían maquinaciones de las familias para echar una hembra á la parada, pensando en la ganancia.

Era el pleno amor depurado, saneado, hecho perfume, llama, el foco de la vida. Extendido, general, universal, naciendo de la pareja para pasar á la madre, al padre, á los hijos, á los parientes, á los vecinos, á los conciudadanos, á la humanidad entera, en ondas cada vez más grandes en un mar de amor, acababa por bañar al mundo. La dilección era como el aire puro que alimentaba todos los pechos. La humanidad equilibrada al fin como los astros, por la atracción, la ley de justicia, de solidaridad y de amor viajaría en adelante dichosa á través del eterno infinito.

—Mirad, mirad,—decía Lucas á veces contento, cuando por la mañana Josina, Susana y Scourette rodeaban su butaca ante la ventana abierta de par en par,—¡mirad! desde anoche, más árboles han florecido; besos y más besos parece que echan á volar desde los aleros como pájaros cantores... Allá abajo, á derecha é izquierda, el amor bate las alas, al sol naciente.

Las tres reían también y bromeaban, amables, por complacerle.

—Sí, sí,—decía Josina,—por este lado, encima de aquella casa de tejas azules sembradas de estrellas blancas, parece que tiembla el sol anunciando mucha alegría dentro. Dos enamorados deben de haber celebrado esta noche sus bodas.

—Y mirad enfrente,—decía Scourette,—en la fachada brillante de esa otra casa, de azulejos adornados con rosas, como echan lumbre los cristales como un astro que amanece. De seguro, allí acaba de nacer un niño.

—Y doquiera, sobre todas las moradas, sobre el pueblo entero,—decía Susana,—lueven rayos de sol,

como espigas de oro se levantan en un campo fraternal de fertilidad prodigiosa. ¿No es la paz de todos, el amor de todos que cada día brota y se recoge?

Lucas las oía encantado. Adorable recompensa le daba el amor, rodeándole en su ancianidad extrema de aquel florecimiento del cariño entero, de aquellas tres mujeres cuya presencia embalsamaba y hacía resplandecer sus últimos días. El mayor fruto del amor, el más exquisito, era para él. Tres mujeres le adoraban, le envolvían sin cesar en un culto de afección devota, de solícitud y pequeños cuidados. Eran infinitamente buenas, cariñosas, de ojos serenos, que inspiraban en él el continuo apego á la vida. Sus manos suaves le sostenían hasta el borde de la tumba. Y eran muy viejas, blancas del todo, ligeras como almas, ya augustas, como puras llamas, activas y alegres, ardiendo con la eterna y juvenil pasión por el gran anciano. Seguía él viviendo y ellas también; eran su fuerza, su acción, su inteligencia, siempre allí; sanas y firmes, apesár de todo; yendo y viniendo, cuando él ya no se movía; guardianas y amas de su casa, compañeras que habían alargado la existencia del anciano más allá de los regulares límites.

Josina, á los setenta y ocho años, aun era la enamorada, la Eva salvada un día de la culpa y del dolor. Muy menuda, como flor seca y pálida, pero aun con perfume, conservaba su gracia sutil, su delicado encanto. Al sol claro, sus cabellos blancos, aún tenía reflejos de oro, el oro soberano de la juventud. Y como siempre, Lucas la adoraba, como en el día lejano en que la había socorrido amando en ella al pueblo del dolor, á la mujer atormentada, habiéndola escogido por más miserable, por más dolorida, para salvar con ella, si la salvaba, á todos los desheredados de este mundo, sofocados por la vergüenza y el hambre. Hoy todavía besaba con devoción su mano mutilada, la herida del inícuo trabajo. Por ella había emancipado á los trabajadores; y con su amor fecundado, había eternizado su obra. Y ella también le adoraba como siempre, como el primer día, con ardor de cariñosa gratitud, delicioso dón de todo un sér, pasión y deseo de lo infinito en el amor cuya llama inextinguible la edad no había debilitado.

Sœurette, de la edad de Lucas, próxima á los ochenta y cinco, era la más activa, siempre en pie, acupada el día entero. Hacía mucho tiempo que parecía no envejecer; menudísima, d'eminuyido todavía, pero embellecida por la amable vejez. Antes de color tan obscuro, tan delgada, nada agraciada, ahora era una graciosa viejecilla, un ratón blanco con ojos de luz. Antaño, en la terrible crisis de su amor á Lucas, su hermano Jordán la había dicho que se resignaría, que sacrificaría su pasión al bien ajeno. Y se había resignado, más cada día, su renunciamiento había llegado á ser una pura alegría, una fuerza de divino contento. Seguía amando á Lucas, en sus hijos y en sus nietos, ayudando á Josina á cuidarlos. Le amaba con amor más profundo, libre de todo egoísmo, casta llama de fraternidad y de afecto maternal. Como había cuidado á su hermano, con igual delicadeza cuidaba ahora á Lucas. Y en esto estaba ahora su dicha, y en sentir cuanto la amaba él también y cumplir un siglo en esta amistad apasionada, tan dulce como el amor.

Susana de ochenta y ocho años, era la mayor, la seria y la venerable. Pequeña, derecha todavía, con aquel rostro amable cuyo encanto habían sido en otro tiempo la bondad, la razón firme é indulgente. Pero ya no andaba apenas; sólo sus ojos piadosos hablaban de un anhelo de afanarse siempre por los demás. Por lo común ahora permanecía sentada al lado de Lucas, acompañándole, mientras las otras dos, activas, corrían de un lado á otro sin ruido. ¡Ella también le había amado tanto en las horas tristes de su juventud un amor que la consolaba, largo tiempo ignorado por ella misma! Sin saberlo, á él se había entregado entera, soñando con el héroe á quien hubiera querido alentar, ayudar con su cariño; y el día en que su corazón había hablado, estaba ya en brazos de otra mujer amante; en su lugar sólo había ya sitio para una amiga. Y era ella, largos años, con dulzura infinita, serenidad absoluta, en paz perfecta, en la comunión de cariño y de pensamiento en que vivía con el hombre que era ya su hermano. Y esta amistad, sin duda, como la de Sœurette, era tan deliciosa porque había nacido del amor, del fuego eterno.

Lucas, de tal suerte, muy viejo, muy grande, de suprema belleza acababa la vida en el amor de tres mujeres, muy viejas, muy grandes, de suprema belleza. El, con su gran estatura, sin que sus ochenta y cinco le hubiesen encorvado, continuaba sano, fuerte, firme como un roble. Sólo las piernas se le habían entorpecido como para clavarle allí, delante de su ventana, feliz espectador; ahora que su ciudad estaba fundada. Sobre su frente, de forma de torre, sus espesos cabellos, de los cuales no faltaba uno se habían vuelto blancos, y eran una melena abundante, melena blanca de un león viejo descansando. Alumbraba, perfumaba, sus últimos días esta adoración de que le rodeaban Josina, Scurette y Susana. Amándolas á todas con el río inmenso de su amor en que todos los corazones podían beber; á unas y á otras amante y amigas las estrechaba en el mismo abrazo para crear más vida, más felicidad.

Mas, aparecieron señales. Como Jordan, sin duda, cumplida su obra, Lucas iba á morir. Le invadía cierto sueño, un reposo bien ganado, cuya llegada esperaba con plácida serenidad. Vió venir la muerte contento; sabía que era necesaria y suave, sin necesitar la mentida promesa del cielo para aceptarla con valeroso corazón. El cielo, en adelante, estaba en la tierra donde toda la verdad y la justicia posibles realizaban el ideal, toda la dicha humana.

Cada sér era inmortal en las generaciones de él nacidas, el torrente de amor se aumentaba con todo amor y rodaba por lo infinito asegurando la eternidad á todos los que habían vivido, amado, procreado. Y Lucas sabía que podía morir, pero que renacería continuamente en los hombres cuya existencia mejor y más dichosa había deseado. Esta era la única certeza de más allá; le daba una paz admirable; tanto había amado á los otros, tanto había hecho por aliviar sus penas, que era recompensa beatífica adormecerse en ellos, aprovecharse él mismo de su obra en el seno de las generaciones cada vez más felices.

Josina, Scurette y Susana, alarmadas, viéndole aletargarse, no quisieron, sin embargo, estar tristes. Todas las mañanas siguieron abriendo las ventanas para que el sol bondadoso entrase libremente; adorna-

ban y perfumaban el cuarto con flores, con grandes ramilletes de un brillo y de un aroma que parecían la infancia. Y como la infancia la quería tanto Lucas, le rodeaban á cada momento de alegres bandadas de chiquillos y chiquillas de cabeza rubia ó morena, que eran como otros ramilletes, mañana en flor, la fuerza y la belleza de los años futuros. Y cuando estaba allí toda aquella gente menuda, jugando entre carcajadas alrededor de su butaca, Lucas les sonreía con ternura, seguía sus juegos muy entretenido; encantado de alejarse así, en medio de una alegría tan pura y de tan viva esperanza.

De modo que, el día en que debía venir la muerte, muy justa, muy buena, al caer el crepúsculo, las tres mujeres que la veían acercarse en los ojos de claridad profunda del anciano, invitaron á venir á los biznietos, los más pequeños, aquellos cuya vista traería en el último instante la mayor juventud, el mayor porvenir. Y éstos trajeron consigo á otros camaradas mayores, los descendientes de los trabajadores cuyo esfuerzo solidario había fundado un día la Crèche. Fué admirable espectáculo aquella estancia llena de sol, de niños y de rosas, mientras el héroe, el viejo león de la melena blanca, todavía atendía á sus juegos con tierna alegría. Bien le reconocían todos, le llamaban por su nombre, le preguntaban cosas. Un garrido mancebo de dieciocho años, Francisco, hijo de Hipólito Mitaine y de Laura Fauchard le miraba á través de dos lágrimas que procuraba contener. Lucas le llamó:

— Anda, ven á darme la mano, buen mozo, mi querido Francisco. Nada de tristeza; ya ves como nosotros estamos contentos... Has de ser un valiente; y has crecido más; serás un soberbio galán enamorado.

Después se acercaron dos muchachas de quince años, Amelia, hija de Alejandro Feuillat y de Clementina Bourron; y Simona, hija de Adolfo Laboquer y de Germana Yvonnot.

— ¡Ah! vosotras estáis alegres, hermosas mías, y tenéis mucha razón... Venid dejadme besar vuestras mejillas de primavera y tened siempre alegría y hermosura, esa es la dicha.

Luego ya no reconoció más que á los suyos, cuyo

número se multiplicaba sin cesar. Estaban allí dos de sus nietos, una nieta de dieciocho años, Alicia, hija de Carlos Froment y de Celina Lenfant. Sólo había traído á los solteros, pues los nietos casados, con sus mujeres y toda la familia, hubieran hundido la habitación. Sonreía Lucas con más ternura llamando junto á sí á Ricardo y á Alicia.

— Alicia, mi rubia, ya eres una moza casadera; escoge un muchacho alegre y sano como tú. ¡ Ah! ¿ ya lo has hecho? Queréis mucho, tened hijos sanos y alegres como vosotros... Y tú, arrogante Ricardo, sé que vas á entrar de aprendiz en un taller de calzado, y que además tu pasión es la música. Trabaja y canta. Ten genio.

Pero en este momento la oleada de los más pequeños se echó sobre él. Eran cuatro, tres niños y una niña, todos biznietos que querían subírsele á las rodillas. Empezó cogiendo al mayor, de siete años, hijo de Mauricio Morfain y de Berta Jollivet; primo y prima, él hijo de Raimundo Morfain y de Teresa Froment, y ella hija de Andrés Jollivet y de Paulina Froment.

— ¡ Ah! ¡ mi chiquitín, mi Jorge, el nieto querido de mis dos hijas, de Teresa, mi morena, y de mi rubia Paulina!... Tus ojos eran los de mi Paulina, y ahora van siendo los de mi Teresa! Y tu boca tan fresca y sonriente ¿ es de mi Teresa ó es de mi Paulina?... Bésame con mucha fuerza, mi chiquitín, mi Jorge, para acordarte de mí, mucho tiempo.

Le tocó el turno á Gregorio Bonnaire; más pequeño de cinco años apenas. Era hijo de Feliciano Bonnaire y de Elena Jollivet, el primero hijo de Severino Bonnaire y de Leonia Gourier, la segunda de Andrés Jollivet y de Paulina Froment.

— ¡ Un hombrecillo más de mí Paulina!... ¿ Es verdad Gregorio mío, que abuelita Paulina es muy buena y siempre tiene entre las manos cosas ricas?... Y á mí, el abuelo viejo, ¿ me quieres? ¿ Has de ser siempre buen niño y tan guapo, verdad, cuando te acuerdes de mí ... Bésame, bésame con mucha fuerza.

Y para acabar cogió los dos últimos, Clemente y Luz, hermano y hermana, á él sobre la rodilla derecha, á ella sobre la izquierda. Clemente tenía cinco

años, Luz dos. Eran hijos de Ludovico Boissgelin y de Marieta Froment. Pero aquí los recuerdos se levantaban en tropel pensando en Ludovico, hijo de Pablo Boissgelin y de Antonieta Bonnaire; y en Marieta hija de Hilario Froment y de Colette la deliciosa, la hija mayor de Nanet y de Nisa. Los Delaveau, los Boissgelin, los Bonnaire mezclados con los Froment renacían bajo aquellas frentes puras de ligeros cabellos en bucles.

— Venid, venid, Clementín, Lucina, amores míos. Si supieráis todo lo que vuelvo á encontrar, todo lo que leo en el fondo de vuestros ojos claros... Clementín, tú eres ya muy bueno y muy fuerte, ¡ oh! ya lo sé, me lo ha dicho el abuelito Hilario, que está muy contento oyéndote siempre reír... Y tú Lucina, tan pequeña que apenas hablas, ya sé que eres así y todo una mujercita valiente, porque nunca lloras y tiendes alegres tus manitas al sol... Tenéis que besarme también los dos, adorados y hermosos hijos, lo mejor que voy á dejar de mí, ¡ toda mi fuerza y toda mi esperanza!

Se habían acercado los demás; hubiera querido tener brazos bastante largos para cogerlos y abrazarlos á todos contra su corazón. A ellos confiaba el porvenir á ellos legaba su obra, como á fuerzas nuevas que la vivirían otra vez extendiéndola sin fin. Siempre había pensado en los niños, en las generaciones futuras para terminar la empresa de la dicha. Y á aquellos niños queridos, nacidos de él que le rodeaban amorosos en la paz serena de su última hora, ¡ qué testamento de justicia, de verdad y de bondad les dejaba; con qué pasión hacía de ellos los ejecutores de su sueño, la humanidad cada día más libre y más feliz!

— ¡ Andad, andad, mis queridos hijos! ¡ sed muy justos y muy buenos! ¡ Acordáos de haberme besado hoy todos, y amadme siempre mucho y amaos siempre mucho los unos á los otros! Un día sabréis lo que hicimos, y haréis lo que hemos hecho, y vuestros hijos á su vez deberán hacer lo que hagáis! ¡ mucho trabajo, mucha vida, mucho amor!... ¡ Y en tanto mis queridos hijos, andad á jugar, tened mucha salud y mucha alegría!

Josina, Sœurette y Susana quisieron entonces des-

pedir á la bandada bulliciosa por temor del estrépito, viendo á Lucas debilitarse poco á poco. Pero él no lo consintió, deseaba tenerlos cerca de sí, para alejarse suavemente entre el ruido alegre de sus carcajadas. Y se resolvió que los niños bajarán á jugar al jardín bajo su ventana. Los oía, los veía; estaba contento.

Ya el sol bajaba al horizonte, el gran sol del estío con que resplandecía la ciudad entera. Llenaba de oro toda la estancia como de una gloria, y Lucas en este esplendor, en su butaca, calló mucho tiempo mirando el inmenso horizonte.

Una paz profunda llegaba; Josina y Scœurette, calladas como él, habían venido á apoyarse á su derecha y á su izquierda, mientras Susana, sentada, parecía seguir el mismo sueño; y habló por fin Lucas con voz pausada que parecía hacerse poco á poco lejana.

—Sí; allí está nuestra ciudad, Beauclair regenerado, resplandece en el aire puro, y sé que los pueblos vecinos, Brías, Magnolles, Formeries, Saint-Cron, han tenido que seguirnos, atraídos por el ejemplo... Pero más allá de ese ancho horizonte, del otro lado de los Montes Bleuses, y allá abajo, detrás de la Rumaña, ¿qué se hace en el ancho mundo, á dónde han llegado las provincias y las naciones, en la larga lucha, en la árdua y sangrienta marcha hacia la ciudad feliz?

De nuevo calló lleno de mil ideas. No ignoraba que la evolución se cumplía doquiera, propagándose á todas horas con velocidad acelerada. El movimiento desde los pueblos había ido conquistando las provincias, después la nación entera, después las naciones vecinas; y ya no había fronteras ni montañas ni océanos que no se pudieran salvar; la emancipación volaba de un continente á otro, barriendo los gobiernos y las religiones, uniendo las razas. Pero en esta reconstrucción de la humanidad los procedimientos variaban mucho. Mientras Beauclair cambiaba por evolución, gracias al experimento de la asociación, en otras partes la revolución estallaba, la sangre corría entre incendios y matanzas. No había dos Estados vecinos que hubiesen seguido el mismo camino; y por los más diferentes y aun contrarios, iban todos los

pueblos á encontrarse en la misma fraternal ciudad, la metrópoli conquistada al fin de la fedearción humana. Y Lucas añadió como soñando, con voz más débil:

—¡Ah! ¡Sí! quisiera saber, antes de abandonar mi obra, hasta dónde ha llegado ya la gran tarea... dormiría mejor, llevaría aún más certidumbre y esperanza.

Nuevo silencio. Como él, Josina, Scœurette y Susana, muy viejas, muy buenas, de gran hermosura, seguían soñando, mirando á lo lejos.

Josina comenzó:

—He sabido muchas cosas, un viajero me las ha contado... En una gran república, los colectivistas se hicieron dueños del poder. Durante años, dieron batallas políticas encarnizadas para apoderarse de las cámaras y del gobierno. No consiguiendo legalmente, dieron un golpe de Estado, cuando tuvieron fuerza, seguros del apoyo del pueblo. Desde el día siguiente aplicaron todos su programa á fuerza de leyes y decretos. Comenzó la expropiación en masa; toda la riqueza privada fué de la nación, todos los instrumentos del trabajo volvieron á los trabajadores. No hubo propietarios ni capitalistas ni patronos; sólo reinaba el Estado, señor de todo, á la vez propietario, capitalista y patrón, distribuyendo y regalando la vida social... Pero esta sacudida inmensa, estas modificaciones bruscas y radicales, naturalmente, no pudieron producirse sin terribles perturbaciones. Las clases no se dejan desposeer así ni aún de los bienes robados; espantosos motines estallaron por todas partes. Hubo propietarios que prefirieron hacerse matar en el umbral de su dominio. Otros destruyeron sus bienes, inundaron las minas, destrozaron los ferrocarriles, destruyeron las fábricas y las manufacturas, y entre tanto, los capitalistas quemaban sus valores y arrojaban el oro al mar. Hubo que sitiar ciertas casas; ciudades enteras, tuvieron que ser tomadas por asalto. Durante años, reinó la horrible guerra civil; se ensangrentaron las calles, arrastraban cadáveres los ríos... Además, el Estado soberano, encontraba toda

suerte de dificultades para que el orden nuevo marchase sin tropiezo. La hora de trabajo era la unidad de valor, y los cambios se hacían por medio de bonos. Primero se había creado una comisión de estadística que inspeccionaba la producción y repartía los productos, á prorrata, del trabajo de cada cual. Luego, se había hecho sentir la necesidad de otras oficinas de intervención, y una organización complicada parecía renacer poco á poco, embarazando la marcha administrativa de la sociedad naciente. Se volvía á regimentarlo todo como en los cuarteles. Nunca en más rígido encajillado se había encerrado á los hombres. Sin embargo, la evolución se cumplía, aun aquello era un paso hacia la justicia; se honraba el trabajo, se repartía la riqueza cada día con más equidad. Al final estaba, fatalmente, la desaparición del salario y del capital, la supresión del dinero y del comercio. Y me contaba que hoy ese Estado colectivista, trastornado con tantas catástrofes, regado con tanta sangre, entra en la paz y llega á la fraternal solidaridad de los pueblos libres y trabajadores.

Calló Josina y volvió á contemplar el horizonte. Lucas dijo:

—Sí, ese es uno de los caminos sangrientos, uno de los que yo no he querido. Pero, ahora ya, qué importa, si conducía á la misma unidad, á la misma armonía.

Entonces fué Sœurette quien habló, con los ojos muy abiertos, como mirando al ancho mundo á través de los promontorios de los Montes Bleuses.

—Yo también he sabido una historia. Testigos me han contado cosas espantosas. En un vasto imperio vecino, los anarquistas acabaron por hacer saltar la vieja armazón social á fuerza de bombas y de metralleta. El pueblo había sufrido tanto, que se puso de su parte y acabó la destrucción barriando hasta las últimas migajas del mundo podrido; ardieron los pueblos en la noche largo tiempo como teas, en medio de los rugidos de los antiguos verdugos degollados, que no querían morir. Era el diluvio de sangre cuya necesidad fecunda habían anunciado los profetas de la anarquía. Después comenzaron los tiempos nuevos.

Ya no se decía: «A cada uno según sus obras», sino «á cada uno según sus necesidades». El hombre tenía derecho á la vida, á la habitación, al vestido, al pan cotidiano. Se habían amontonado, pues, todas las riquezas, se habían repartido, y no se puso á nadie á ración hasta el día en que ya no hubo lo mismo para todos. La humanidad entera trabajando, la naturaleza explotada con ciencia y método, habían de dar productos incalculables, una fortuna inmensa bastante para colmar los apetitos de los pueblos decuplicados.

Desaparecida la sociedad ladrona y parasitaria y con ella el dinero, fuente de todos los crímenes, y las leyes salvajes de restricción y represión, fuentes de todas las iniquidades, la paz reinaría por la comunidad libertaria, donde la dicha de cada cual consistiría en la dicha de todos. Y no más autoridad de ninguna clase, ni leyes, ni gobierno. Si los anarquistas habían aceptado luchar á sangre y fuego, la sangrienta necesidad del primer exterminio, era porque estaban seguros de no poder destruir de raíz los antiguos atavismos monárquicos y religiosos, aplastar para siempre á la autoridad en sus últimos gérmenes, sino con el brutal cauterio de la llaga secular. Había que cortar de un golpe todo lo que ataba con fuerza al pasado de error y despotismo. Toda política era mala, un veneno, mercado, trampa, engaño para los desheredados. Después había surgido el ensayo del ideal, el hombre libre en la sociedad libre, y la anarquía se había fundido en la evolución comunista, pues sólo era una negación política y el método de derribar para reconstituir. Aceptada la asociación, los grupos libres que vivían del cambio, siempre en circulación, como la sangre; y en fin, el gran imperio en que la anarquía había triunfado, se juntó á los demás pueblos en la federación universal. ®

Dejó de hablar Sœurette, inmóvil, ensimismada, apoyado el codo en el respaldo de la butaca. Y Lucas dijo con lentitud, con lengua torpe:

—Sí, el último día, en el umbral de la tierra prometida, los anarquistas, después de los colectivistas, tenían que juntarse con los discípulos de Fourier. Si los caminos eran diferentes, el fin seguía siendo uno.

Se quedó pensativo y después dijo todavía:

— ¡Cuántas lágrimas, cuánta sangre, qué de guerras abominables para conquistar la paz fraternal que querían todos! Tantos siglos de degüello fratricida, cuando sólo se trataba de saber si debía irse por la derecha ó por la izquierda para llegar primero!

Silenciosa hasta entonces Susana, sentada, mirando también más allá del horizonte, habló por fin con un frío temblor de compasión.

— ¡Ah, la última guerra, la última batalla! fueron tan terribles que los hombres para siempre rompieron sus espadas y sus cañones... Era al principio de la grandes crisis sociales que acababan de renovar el mundo; y me han contado cosas espantosas, hombres que por poco se vuelven locos en medio de aquel choque supremo entre las naciones. En la crisis furiosa de los pueblos, preñada la sociedad futura, media Europa se había arrojado sobre la otra media, y todos los continentes habían ido detrás; chocaban las escuadras en los océanos para dominar el agua y la tierra. Ni una nación quedaba fuera de la lucha, unas a otras se habían arrastrado, ejércitos inmensos entraban en línea de batalla, ardiendo de furor hereditario, resueltos á aplastarse como si por los campos vacíos y estériles hubiese, por cada dos hombres uno de sobra... Los dos ejércitos inmensos de hermanos enemigos, se encontraron en el centro de Europa, sobre vastas llanuras, donde millones de seres podían degollarse. Ocupando leguas y leguas, desplegaron las tropas seguidas de otras de refuerzo, en tal torrente de hombres, que la batalla duró un mes. Cada nuevo día había más carne humana para el fuego de cañones y fusiles. No se levantaban los muertos, los montones formaban murallas detrás de las cuales los nuevos regimientos, inagotables, venían á hacerse matar. La noche no suspendía el combate; se mataba en la sombra. El sol á cada aurora alumbraba grandes charcas de sangre. Un campo de matanza cuyas mieses horribles, los cadáveres, se amontonaban en haces cada vez más altos. Por todas partes el rayo, de un golpe, hacía desaparecer cuerpos de ejércitos enteros. Los combatientes no necesitaban siquiera acercarse ni verse; los

cañones lanzaban á muchos kilómetros granadas cuya explosión arrasaba hectáreas de terreno y asfixiaba, envenenaba. Desde el cielo mismo, los globos lanzaban bombas é incendiaban los pueblos al pasar. La ciencia había inventado explosivos, máquinas de muerte capaces de llevarla á distancias prodigiosas, de tragar bruscamente todo un pueblo, como en un temblor de tierra... Y qué monstruosa carnicería en la última tarde de esta batalla gigantesca. Jamás todavía tamaño sacrificio había humeado bajo el cielo. Más de un millón de hombres yacían allí, por los anchos campos devastados, á lo largo de los ríos, á través de las praderas. Se caminaba horas y horas, y siempre se encontraban más y más cadáveres, con los ojos abiertos, vociferando la locura humana, con las bocas también abiertas... Y fué la última batalla, porque el espanto heló los corazones al despertar de esta embriaguez horrible, y fué universal la certidumbre de que la guerra ya no era posible con la ciencia omnipotente, soberana creadora de vida y no de muerte.

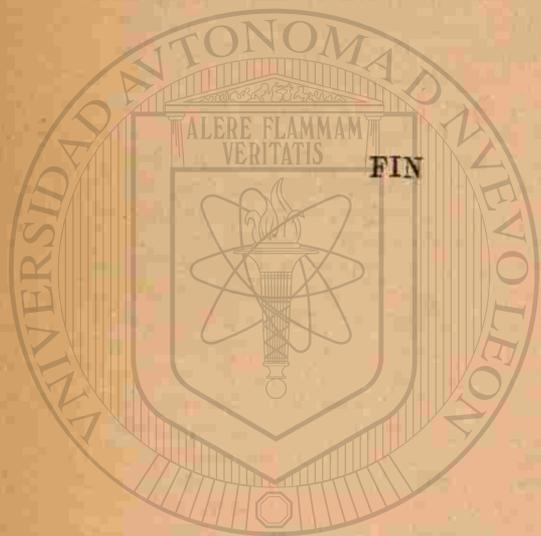
Volvió á callar Susana temblorosa, los claros ojos radiantes, iluminados por la paz futura. Y Lucas concluyó con voz que ya no era más que un soplo débil:

— Sí, la guerra ha muerto; es la etapa suprema, el beso entre hermanos al término del largo viaje, tan arduo, tan doloroso... He llegado al final de mi jornada; ya puedo dormir.

No habló más; el último momento fué suave, augusto. Josina, Scurette y Susana no se movían; esperaban sin tristeza, con tierno fervor, en la estancia tan tranquila y alegre llena de flores y de sol. Bajo la ventana, la alegre bandada de niños seguía jugando, y se oían los gritos de los pequeños y las risas de los mayores, el regocijo del porvenir que avanza, buscando más y más alegrías. En el inmeso cielo azul, el sol amigo brillaba en el horizonte, fecundador y padre cuya fuerza creadora el hombre dominaba; y bajo el resplandor de sus rayos de gloria, Beauclair triunfante se afanaba en su colmena, donde el trabajo regenerado ya, era dicha de todos por el justo reparto de los bienes de este mundo. Y más allá de la Rumanía, al otro lado de los Montes Bleuses, la federación

próxima de los pueblos, el pueblo único fraternal, la humanidad cumpliendo al fin su destino de verdad, de paz y de justicia.

Lucas, con la última mirada, abarcó la ciudad, el horizonte, la tierra entera, donde la evolución, comenzada por él, se propagaba y concluía. La obra estaba hecha, la ciudad estaba fundada. Y Lucas espiró, entró en el torrente de universal amor, de eterna vida.



# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

